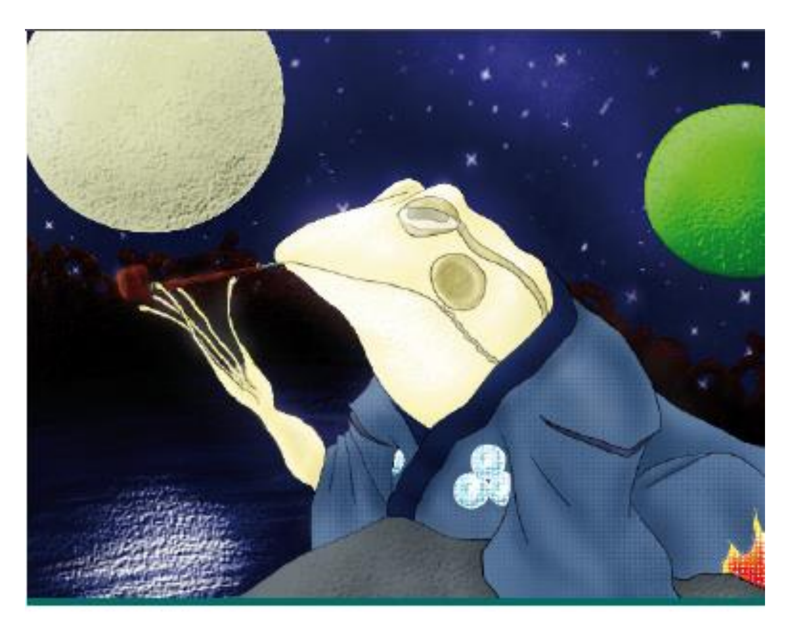


Fernando Camino Riveiros



Fernando Camino Riveiros

"Äxeraide"

El Guardián de los Secretos

(I parte)

PRÓLOGO

Bajo la oscuridad del tétrico bosque nocturno, apenas sí podía vislumbrarse el avance de una sibilina figura, vacilante, quien sujetaba un bulto envuelto en trapos entre sus anchos brazos.

Coníferas gigantes, de una altura que impedía discernir sus copas, se cerraban en torno al lugar; protegiéndolo de los peligros de la tierra y ocultándolo a la vista de los cielos. Ante las maltrechas escaleras del templo, de proporciones antaño gigantescas, ahora degradado y deslustrado por el paso de los siglos, el desconocido se pasó la manga de lino por la frente, que se hallaba perlada de un sudor frío, y ajustó la capucha que cubría su rostro; que tenía como cometido protegerlo tanto de la helada como de ser reconocido.

Luego de unos instantes de aparente indecisión, el sujeto apretó el bulto contra su pecho de forma firme, aunque con suavidad, y llamó a la puerta sacudiendo la gran aldaba de bronce ennegrecido, que colgaba pesadamente de ella, contra la vieja pero todavía resistente madera de Lavka; la cual giró fácilmente sobre sus goznes con aquel leve impulso. Frente a él, se abría un largo y sinuoso pasillo, precariamente iluminado por unas cuantas bolas de Leudo, que desembocaba en una amplia estancia de forma circular que se encontraba en total penumbra.

Una vez hubo llegado al centro de la sala, donde la luminiscencia proyectada por los orbes azulados se desvanecía entre las tinieblas, aparecieron de la nada dos pequeños núcleos de luz dorada, a la altura de su rostro.

Por unos instantes, el hombre sintió flaquear sus fuerzas; pero no dejó traslucir su estado anímico ante los conocidos ojos que lo observaban de forma altiva, sin ninguna emoción discernible en la mirada.

Las pupilas del misterioso sujeto, oculto por la oscuridad, parecían brillar con luz propia mientras servían como vórtice a sendos remolinos que se desdibujaban, ondulantes y etéreos, como si de un brillante gas se tratase, a través del iris.

-¿A qué has venido?

La voz del "pupilas brillantes", suave y de timbre relativamente alto para un hombre, contrastaba con el amenazador aspecto que ofrecía su oscura silueta; iluminada tan solo por los áureos remolinos de sus ojos.

-Ya lo sabes -Proclamó el hombre encapuchado tendiéndole a su interlocutor el bulto de tela.- Te lo ruego; hazte cargo de...

-¿Qué derecho tiene alguien de tu posición a rogarme nada?

-Po... por favor. Me trago mi orgullo y te suplico que...

-¡Silencio! -Los brillantes vórtices iluminaron fugazmente la estancia antes de regresar a su tenue y fantasmagórico resplandor habitual.- No existe pretexto alguno para esta osadía; y no creas que te tendré una mayor consideración a partir de ahora tan solo por los lazos que nos unen.

-Si tan solo quisieras escuchar. No es lo que piensas; lo que ocurre es...

Alrededor del suplicante encapuchado, ocho nuevos vórtices de escintilante luz ambarina comenzaron a girar a diferentes alturas.

-Estabas avisado.

-¡Espera, no...!

Apenas un leve destello acerado, y el sonido de la sangre al salpicar sobre el desgastado suelo, fueron prueba de los múltiples mandobles que el intruso acababa de recibir en la oscuridad, de mano de los cuatro hombres que ahora limpiaban sus largas y relativamente delgadas espadas; ligeramente curvas, de doble filo, en la capa del cadáver.

-Fuiste un inútil y un estúpido... mas, aún así, tu desaparición es una pérdida... ¡Garned!

-¿Si, mi señor? -El más alto de los hombres, a juzgar por la posición de los ondulantes remolinos en la oscuridad, se arrodilló ante el que había conversado con el difunto.- ¿Deseáis que me deshaga del cuerpo?

-Por supuesto... pero que tenga un funeral relativamente digno; no quiero revueltas. Diremos que ocurrió en una misión de alto secreto. Además, sería conveniente que buscases un nuevo comandante para los "Oscuros"… Creo que Yeichi, segundo al mando, sería una buena opción. No es muy inteligente, pero su fuerza no tiene parangón, según tengo oído.

-Vuestros deseos son...

Antes de que Garned hubiese terminado con su habitual despedida protocolaria, el bulto de tela comenzó a revolverse en el suelo mientras un leve sollozo salía de él.

-Ah, sí; lo había olvidado. -El sombrío líder del grupo se agachó y recogió al bebé envuelto en trapos del suelo.- ¿Qué hacer contigo...?

-Deberíamos acabar también con él, mi señor; es sangre de la sangre de...

Los vórtices refulgentes del líder de los "pupilas brillantes" ganaron en intensidad hasta hacer trastabillar al insolente subordinado, el de menor edad; apenas un adolescente teniendo en cuenta su voz, altura y descaro al hablar.

-¿Algo que decir en contra de la sangre del niño, Lanjy?

-N... No, mi señor; solo que...

-Bien, como tú quieras. Dejo al infante en tu custodia. Haz lo que te plazca con él. Yo me retiro por hoy... Ha sido un día productivo en varios aspectos.

Luego de chasquear los dedos, el misterioso y sombrío personaje salió de la estancia acompañado por los otros tres sujetos. Lanjy, sosteniendo al bebé en su brazo izquierdo, se llevó la mano derecha a la lisa empuñadura de madera sin guarda de su arma, cuya vaina se veía sujeta a la cadera, aproximadamente en el punto donde la espalda se unía a la pelvis, en paralelo al suelo. La levantó en el aire y, luego de un instante en que el acero escintiló con un brillo dorado ante la luz de sus globos oculares, la dejó caer sobre el pequeño.

I - ÁSHELAYD, LA SOÑADORA

Áshelayd se despertó de un respingo, empapada en sudor y temblando todavía a causa del horrible espectáculo que acababa de presenciar. Miró al cielo tras el impoluto cristal del ventanal de su habitación. Jira, la luna blanca, permanecía en lo alto; seguida de cerca por Jiraha, el satélite de menor tamaño de los dos que orbitaban el planeta, de pálido color verduzco, semioculta por un extraviado grupo de nubes; plateadas, debido al reflejo de su intensa luz.

La joven, temblorosa, algo inquieta y destemplada todavía, se frotó los brazos por culpa de los sudores fríos que le habían causado aquella horrorosa pesadilla. Se incorporó en la sencilla cama de robusta estructura metálica, bordadas sábanas blancas y almohada de plumas para coger, de su mesilla de madera maciza, un grueso libro encuadernado en cuero, ligeramente gastado a causa del constante uso, cuyo título rezaba "Hechicería general de grado medio, cursos IV-VI". Buscó de nuevo, en el índice, el apartado "sueños y visiones" como tantas otras noches y, una vez más, se vio defraudada ante lo inexplicable de su recurrente pesadilla.

Algo más calmada, la joven estudiante de magia se dispuso a tomar un baño relajante, con cuidado de no despertar a su compañera de habitación; quien dormía, con la boca abierta e indecorosamente despatarrada, en la cama que se encontraba al otro lado de la acogedora estancia. Ya acomodada sobre la cóncava superficie de piedra pulida adornada por ondulantes figuras talladas,

que se veía colmada de agua caliente surgida de los manantiales subterráneos, Áshelayd dejó flotar su larga y lisa melena verde azulada sobre la superficie del líquido mientras, con los ojos cerrados, repasaba mentalmente cada detalle de la odiosa pesadilla que la había atormentado durante cada una de las noches que habían transcurrido desde el mes anterior.

Horas después, una inesperada sacudida la despertó.

-¿Se puede saber por qué no has ido hoy a clase de historia, Áshel?

Yarlai, su compañera de habitación, se encontraba frente a ella; asiéndola por los hombros.

-¿Eh? -La joven, todavía algo confusa, miró en todas direcciones hasta que logró encontrarse con el rostro de su amiga, de aspecto malhumorado; tan próximo al suyo propio que prácticamente se tocaban sus narices.- ¿...Qué dices?

-Digo que por qué diablos has faltado a las primeras tres horas de clase. El profesor Handschmud preguntó por ti y le mentí... pero me pilló y, ahora, si no vas a disculparte antes de que termine la hora de descanso, me castigará a mí también.

-¿Cómo que las...? ¿Por qué no me despertaste?

-¡Me levanté otra vez algo más tarde de la hora y pensé que ya habrías salido! ¡Perdona por no imaginar que habías decidido dormir en la bañera! Y ahora, si haces el favor, bonita... ¡VE A DISCULPARTE DE UNA VEZ!

Tan rápido como pudo, Áshelayd se secó, colocó el corto camisón de lino y vestido abierto de cuero reglamentario, que cerró y sujetó con un oscuro fajín mientras salía a toda prisa de la habitación, con las sandalias

de paja sostenidas en la boca; y corrió por el largo pasillo en dirección a la estancia del profesor. Una vez hubo llegado al despacho del director Handschmud, la joven se alisó el vestido, puso las sandalias y recogió la larga melena en una alta coleta, que le caía por la espalda hasta las rodillas, justo antes de llamar.

-Adelante, Áshelayd.

-Disculpe, profesor. -La estudiante entró, lentamente y sin atreverse a cruzar una sola mirada con su maestro.- Yarlai no tuvo nada que ver con mi falta de asistencia. Yo... bueno, dormí mal y...

-Tranquila, pequeña, no hace falta que te justifiques; entiendo tu situación. -El anciano director rubricó en un pergamino, lo ocultó en el interior de un pequeño cilindro de marfil que lucía extraños símbolos tallados sobre su contorno y se levantó de la silla con sorprendente agilidad. Luego de guardarse el escrito en el bolsillo interior de la manga de la túnica, al tiempo que miraba por la ventana, mientras se mesaba la larga barba plateada, se dirigió a la joven.- No es fácil soportar una carga cómo la tuya, lo sé muy bien... La de los sueños es una magia extraña y difícil de controlar. Mucho me temo que no exista una fácil solución a tu problema.

-Entonces... -Comenzó a decir Áshelayd, habiendo olvidado ya el motivo de la visita a causa de la mala noticia.- ¿Perderé el sueño para siempre?

El imponente hechicero puso los ojos en blanco y se pasó una mano por la incipiente calva, en señal de exasperación.

-Me pregunto si a tu edad yo sería tan impaciente... ¿Quién ha dicho tal cosa, si puede saberse? No he dicho que tu mal sea incurable. Yo tan solo te he informado de

que no hallarás respuesta fácil a tus malos sueños; y menos entre estas paredes. No te espera una feliz solución si te quedas aquí sin hacer nada.

-Pero, señor, ¿Insinuáis acaso que, para curarme, debería abandonar vuestra escuela y el aprendizaje de la magia?

Handschmud giró sobre sí mismo de pronto y, como si una intensa batalla interior hubiese dado inicio, empezó a caminar por la sala, hablando a toda velocidad; más para sí que para la muchacha.

-¡Ya estamos...! Espero que algún día abras lo suficiente tu mente como para aprender a interpretar las múltiples posibilidades que encierran los consejos. ¿Por qué sería necesario abandonar el estudio de la magia solo por estar fuera de aquí? ¿Crees acaso que los antiguos hechiceros hacían exámenes, evaluaciones y daban clase en cómodos pupitres? ¡No! Ellos luchaban cada día por sobrevivir y proteger a quienes les importaban... Ahí radicaba en otros tiempos la fuerza... -El anciano parecía haberse perdido entre las sombras de sus recuerdos hasta que, sin previo aviso, regresó a su comprensiva y amable forma de ser habitual; como si nada hubiese ocurrido.- Mira, Áshelayd, no te he mandado venir aquí para regañarte y, si he amenazado a tu amiga, ha sido tan solo para asegurarme de que el mensaje te llegaría lo antes posible. Lo que te voy a pedir es algo muy, pero que muy importante...

-Vos diréis, maestro.

-Creo que la solución a tus problemas, así como a otros tantos de los que no tienes, ni debes tener, conocimiento alguno, pero que son de vital importancia, ha llegado a mis manos.

Luego de varias décadas de búsqueda, finalmente he encontrado una leyenda verídica que habla de un hombre capaz de comprender la magia.

El profesor pareció sorprendido ante la pasividad con que la joven había escuchado sus palabras.

-¿Y?

-¿Cómo que "y"?

-También yo puedo comprender la magia... y vos sois reconocido en todo el mundo como uno de los más grandes Hechiceros de la historia; muchos os consideran el mago vivo más poderoso sobre la faz de la tierra ¿Acaso no la comprendéis?

El anciano sonrió para sí y lanzó una cálida aunque penetrante mirada a la estudiante con sus extraños ojos, uno grisáceo y el otro de un color verde claro, aunque intenso; surcado este último en diagonal por una fina cicatriz que atravesaba el párpado y dividía su ceja derecha en dos.

-No tienes idea de lo que dices, Áshelayd. No te hablo de comprender los fundamentos básicos de la magia elemental y espiritual, o de cómo ejecutar los hechizos mediante cánticos... te estoy hablando de comprender la propia esencia de la magia; sus secretos más inhóspitos e increíbles... es decir: su origen, su naturaleza; lo que realmente es.

No obstante, y cómo tú muy bien has dicho, soy un mago famoso, que no puede ya moverse sin ser visto, y mi edad y responsabilidades me atan a este lugar... Tú, sin embargo, eres joven, talentosa y, aunque no siempre lo demuestres, despierta de mente.

-¿Pretendéis, acaso, encomendarme la búsqueda de ese hombre?

Áshelayd parecía extrañada ante la actitud del director, que no debía estar en sus cabales si era esto lo que le estaba sugiriendo.

-Por supuesto que no. Incluso la estupidez de este anciano senil posee un límite... -Bromeó el hechicero.- Aunque sí me gustaría pedirte que fueses al pueblo de Árdell a reunirte con un amigo mío que posee una información interesante acerca de este sujeto... Le prometí ir yo mismo; pero me es imposible. Tengo muchísimo papeleo atrasado... –El anciano señaló, con la mano abierta, las seis pilas de papeles que ocupaban la superficie de su mesa casi por completo.- ¿Qué me dices, Áshelayd? ¿Te apetece vivir una pequeña aventura extraescolar?

La joven, sorprendida, se vio a si misma asintiendo y dándole las gracias al director del centro por la oportunidad, a pesar de estar completamente aterrada.

-Y, por cierto, pequeña...

-¿Si, maestro?

La alumna se detuvo en el quicio de la puerta para escuchar las palabras de su mentor.

-…A ver si cuidas algo más esas sandalias, que parece que les hayan dado un mordisco.

II - EMPIEZA LA AVENTURA

-¿En serio te vas de la escuela? -Yarlai parecía tremendamente consternada ante la perspectiva de perder a una de las pocas amigas que tenía en el internado.- ...No es que te vaya a echar de menos ni nada de eso, pero ¿Volverás algún día a hacerme una visita...?

-Por última vez: ¡Que no me voy!

-Ya, ya, o sea que el director te expulsó... ¡Vaya severidad! Iré con cuidado de no quedarme dormida a partir de ahora.

La joven hechicera fulminó a su amiga con la mirada.

-Solo serán unos días. Handschmud me ha encargado un recado; eso es todo.

-Ay, pero qué inocente es mi niña... Eso te lo dijo para que te fueses sin montar un escándalo... Luego, simplemente, le bastará con no dejarte volver a entrar.

Dejando a la otra joven con la palabra en la boca (y ligeramente preocupada a causa de la posibilidad que ésta le acababa de plantear), Áshelayd salió de la estancia sin despedirse y fue a parar al pasillo principal que daba a las habitaciones del ala femenina.

Antes de ir al despacho del director, se miró en el espejo de cuerpo entero situado en el baño para mujeres más cercano, con la intención de comprobar si su aspecto era el más adecuado para compensar la impresión que debía haber causado en el anciano aquella mañana.

Áshelayd era una adolescente de estatura algo mayor que la media en su edad, de ojos grandes almendrados, de color violáceo claro, y mirada cándida e inocente. Su rostro destacaba entre los demás por unos dulces y suaves rasgos, mejillas sonrosadas, blanca dentadura perfecta y afilada, finas cejas y brillante pelo verdoso azulado; que ella solía recoger, con una cinta roja, en una larga coleta cuya base se encontraba casi en la coronilla y le llegaba a las piernas.

La figura de la joven, proporcionada, estilizada y sin prominentes curvas todavía, denotaba una constitución atlética. Vestía un fino y suave vestido compuesto por un chaleco largo de seda azulada, de bordes anchos de tono más oscuro, liso a la derecha y con motivos florales hacia el hombro izquierdo, cruzado bajo la sujeción de un grueso fajín azul marino, sobresaliendo una parte de la prenda por debajo de éste; haciéndose servir también, de este modo, como una corta falda.

Desde la base de las rodillas, y fijadas con un par de lazos cortos, bajaban unos calentadores verdosos de algodón que llegaban a cubrir incluso una parte de las negras botas de viaje que la muchacha había tomado la precaución de ponerse.

Satisfecha con su aspecto, la joven giró la cara para verse mejor los aros dorados de las orejas, se colocó el flequillo, que caía sobre su frente en sueltos mechones, unos centímetros por encima de los ojos, y salió al pasillo mientras se ajustaba las gruesas muñequeras rojas.

-¡Áshelayd! -La joven se volvió, sobresaltada.- ¡Qué bueno que te encuentro aquí! Temí que ya te hubieses ido.

Handschmud avanzaba a grandes zancadas por el pasillo, con un alargado objeto envuelto en trapos entre las manos y una sonrisa en la cara sudada.

-Claro que no me he ido, profesor. Todavía tenía que haceros una última visita para preguntaros por el lugar del encuentro y despedirme.

-Bien. Me alegro de oírlo. No sé cómo pude no reparar en ello... Habrán sido los nervios. -El anciano hechicero, que parecía agotado a causa de la carrera, le ofreció una pequeña tarjeta en que había escrito la hora y lugar de la cita, así como la descripción del sujeto con quien debía hablar.- Verás... el contacto de Árdell piensa que seré yo quien vaya a verlo; y no creo que le dé por confiar en una niña que afirme ir de mi parte... Así que, como no sabe leer y no podría reconocer mi firma ni aunque me viese escribiéndola, toma esto para confirmar que gozas de mi total confianza. Espero que, además, te traiga buena suerte y sea de utilidad por el camino.

Áshelayd cogió el delgado y alargado objeto de forma irregular que su maestro le había tendido y apenas pudo reprimir un ahogado grito de emoción al comprobar qué era lo que la tela escondía. Sobre las manos de la joven reposaba ahora una nudosa vara cuyo extremo superior se bifurcaba en dos finas extensiones que se arremolinaban sobre un translúcido orbe de color verde oscuro.

-¡Es la Vara de Rayâ! Dice la leyenda que la reina Rayâ la recibió del espíritu del bosque de Yariojira durante la "Guerra de los once años" y, con ella...

-Sí, sí; es ésa misma. No hace falta que me des una lección de historia sobre cómo acabó la segunda era de

los reinos; yo estaba allí cuando la princesa me la dio en reconocimiento a mi labor ¿Sabes?
Te deseo mucha suerte en tu viaje, Áshelayd.

-Gracias, maestro.

Con una amplia sonrisa en la cara, y habiéndose colocado la vara a la espalda, sujeta con una deteriorada correa negra de cuero, la muchacha salió del gigantesco edificio por el puente levadizo para, con la mirada puesta sobre el sol que despuntaba y el bastón mágico en alto, proclamar a viva voz:

-¡Aquí empieza mi aventura!

-¡Shhht! Aquí no se grita, pequeña.

-Perdón, profesora.

III - EN EL BOSQUE DE SEISRÍOS

El bosque de Seisríos era una vasta extensión de árboles que habían germinado de forma artificial durante los últimos cien años, luego de que la ciudad de Lorhn, antiguo fortín que se había mantenido inexpugnable desde el fin de la primera era de los reinos, transcurrida cinco siglos atrás, cayese durante la "Guerra de los once años" como resultado de la batalla en que los clanes de la raza de las serpientes-dragón, fieles al rey usurpador, fueron derrotados por el ejército de la resistencia.

Aquí y allá, Áshelayd se encontraba con evidencias de las antiguas estructuras que en aquel lugar se habían asentado tanto tiempo atrás: Restos de la enorme muralla de seis metros de espesor y casi quince de alto; cimientos de casas; vestigios de algunas estructuras bélicas fabricadas con lavka, el material vegetal más duro y resistente que creaba la naturaleza; así como grandes monolitos dedicados a la memoria de nombres olvidados hacía ya mucho tiempo.

El bosque se había creado por orden expresa del Harte, o general superior, de la antigua reina Rayâ; y recibía su nombre de la confluencia de los seis ríos que se unían, al llegar al valle en que éste se encontraba, desde las montañas colindantes.

La joven arboleda, que era transitada con frecuencia por mercaderes, peregrinos y viajeros, se veía surcada por un tortuoso entramado de caminos que podía llegar a inducir a errores a la hora de ubicarse.

Para evitar perderse, Áshelayd había decidido seguir el cauce del río hacia abajo, ignorando los senderos, y así llegar a Árdell lo antes posible.

Cuál fue su frustración al comprobar que lo que ella había creído hasta entonces el Río de Árdell resultó ser el Río de Fannay; uno de los otros afluentes que surgían de la montaña, y que, de alguna manera, se había alejado del camino que había estado siguiendo.

La joven procuró tranquilizarse. Seisríos estaba lleno de senderos. No era posible perderse. Extraviarse sí; pero no perderse. Luego de unos instantes, concluyó que, si bien siguiendo las aguas del Fannay acabaría llegando al pueblo igualmente, desplazándose tan solo unos kilómetros hacia su derecha en la foresta, encontraría el camino recto que ofrecía el Río de Árdell; evitándose así una larga e innecesaria caminata a través de la parte más frondosa y poco practicada del bosque. Orgullosa de sus conocimientos geográficos, la muchacha emprendió de nuevo la marcha sin pensárselo dos veces.

A la mañana siguiente, algo preocupada, tanto por la cantidad de víveres que le quedaban con respecto al tiempo que permanecería en el bosque, que no le durarían más de cuatro días, como por la aparente ausencia de senderos, la joven concluyó que, probablemente, se había extraviado. Pero ese no era momento de perder la sangra fría. Debía presentarse en Árdell en cuatro días y el tortuoso bosque se atravesaba a pie en unos tres y medio. Todavía tenía tiempo y alimentos de sobra; así que no había de qué preocuparse. Encontraría la forma de llegar, sin duda.

Luego de pasar un par de horas llorando por pura desesperación, la joven hechicera se levantó, decidida a encontrar el camino. Para ello, decidió, lo mejor sería subir a un lugar elevado; como un árbol o una roca.

Unos minutos de búsqueda más tarde, Áshelayd se encontró frente a un gigantesco monolito rocoso de extraña forma aguzada; que parecía reposar tumbado.

Con cierta dificultad, la joven fue asiéndose a la áspera superficie de roca, casi totalmente recubierta por la tierra acumulada tras largos años, hasta llegar a la cima. Una vez llegado a la cumbre, Áshelayd maldijo su mala suerte por partida doble: Por un lado, no se veía ni rastro de río o sendero alguno y, por otro, la escamada superficie de la roca le había producido numerosas laceraciones en los dedos.

Furiosa, la joven comenzó a bajar por dónde había subido, con tan mala suerte que resbaló en el musgo y cayó rodando por la zona con pendiente de menor inclinación.

Completamente ofuscada a causa del dolor y de la rabia, Áshelayd cogió la Vara de Rayâ con ambas manos y golpeó el extraño monolito con todas sus fuerzas.

El eco del grito de la muchacha entre los árboles, que asustó a unas cuantas ardillas, y algunas esquirlas de roca que cayeron al suelo, parecieron ser la única consecuencia del irreflexivo acto de la joven, quien, todavía dolorida, se había dejado caer de rodillas, rendida; pensando, tan solo, en cómo le gustaría volver al internado y proseguir con su vida normal.

-No sé por qué la gente habla tan bien de las aventuras... -La joven se levantó y sacudió el polvo y hojas

secas de los calentadores.- ...son un asco. ¿Y qué hago yo ahora?

Tras ella, un aterrador gruñido estremeció el bosque. Se volvió y comprobó que, a su espalda, tan solo se encontraba, tumbado y semienterrado, el mismo monolito de forma alargada. Apenas se hubo comenzado a girar otra vez, un nuevo gruñido siseante, más fuerte en esta ocasión, retumbó en la foresta.

La joven sintió vibrar su pecho y vio caer las hojas de los árboles más cercanos. No se lo estaba imaginando: el potente sonido provenía de la extraña "formación natural".

Áshelayd se acercó de nuevo y pasó la mano con cuidado por la verdosa superficie, cuyas grietas escamadas en forma de tridente se asemejaban tan afiladas como navajas, hasta llegar a una veta negruzca y alargada que parecía tener una textura muy diferente a la del resto. Pasó sus dedos por ella y pudo sentir que cedía bajo su fuerza. Era un material similar al caucho, pero muchísimo más duro y rígido.

Curiosa por naturaleza, la joven decidió intentar extraer el material de la roca; así que volvió a asir el cetro mágico con ambas manos y golpeó cuan fuerte pudo.

En los segundos siguientes, apenas logró sostenerse en pie debido al poderoso rugido que el misterioso monolito había desprendido al impactar el orbe verde de la vara sobre su superficie. Áshelayd, completamente intrigada por la misteriosa roca, se percató de que la tierra acumulada durante décadas, así como las plantas y líquenes que habían comenzado a crecer sobre ella durante ese tiempo, se habían desprendido de la piedra, la cual, desnuda, se parecía sorprendentemente a...

-¿...Una cabeza de serpiente?

De pronto, la veta negruzca se abrió; mostrando un enorme globo ocular, amarillento, cuya pupila formaba un delgado surco, oscuro como la pez, que lo dividía de arriba a abajo.

Acto seguido, la tierra comenzó a temblar y agrietarse. La bestia pugnaba por sacarse de encima las toneladas de sedimento que cubrían su cuerpo, pero parecía ser incapaz de moverse.

De entre sus enormes fauces surgió una húmeda y flexible lengua bífida, con la que el monstruo se lamió la profunda cicatriz que atravesaba en vertical lo que otrora había sido su ojo derecho, y forcejeó de nuevo. Viendo lo inútil de sus esfuerzos, fue cuando comenzó a mirar a su al rededor con su único globo ocular hasta que detectó a la muchacha; quien se había quedado paralizada a causa del miedo.

-Mira lo que tenemos por aquí... ¿Cuál es tu nombre, humana?

-Á...Á...Áshe...

-Bien, "Ashe". Libérame de mi yugo.

-¿Co... cómo decís...?

-¡Obedece, humana! Si me haces esperar un segundo más, comunicaré al rey de Dothë tu insolencia y serás castigada... o, mejor aún: si no te das prisa en liberarme, te engulliré. La batalla me ha agotado más de lo previsto... siento como si no hubiese comido desde hace siglos.

-¿El rey de Dothë?

-No juegues conmigo, insignificante insecto... ¿O acaso no es ese tu señor? -El gigantesco reptil pareció

sorprenderse de repente e intento escapar de nuevo, forcejeando con ansia, sin éxito alguno.- **¿Acaso perteneces a la resistencia? ¡Sois todos unos malditos traidores! ¿Has venido a sonsacarme los secretos del reino? ¡He sido un iluso al confiarme por ver esa vara en otras manos...!**

-Yo no pertenezco a ninguna resistencia, señor serpiente. Pero mucho me temo que ya no exista ese reino del que me habláis...

El monstruoso ser se pasó la lengua de nuevo por su cuenca ciega y, luego de unos instantes de nerviosa meditación, observó el paisaje con detenimiento; reparando sobre todo en las frondosas copas de los altos árboles.

-**...Niña... dime en qué año estamos.**

-¿Cómo? Eh... estamos en el ciento tres; a día seis de la época de la caída de hojas.

-**¿Ciento tres? No, no... Dime en qué año estamos según el calendario de Rosan.**

-¿El calendario de Rosan? –La muchacha dudó durante unos instantes, tratando de recordar.- Creo que dejó de usarse hace ya cien años; al comienzo de la tercera era de los reinos.

La serpiente pareció quedar paralizada a causa del impacto que le había producido escuchar este último dato.

-**Cien… cien años... perdimos la guerra...** -El colosal ofidio reanudó sus intentos de huida removiendo todavía más el suelo y dejando a la vista parte de su cola.- **¡Pero qué diablos me pasa! ¡Debería poder sacudir-**

me esta tierra sin esfuerzo! ¡Un siglo sin comer no es tiempo suficiente como para debilitarme así!

-Creo que no es vuestra falta de fuerza la que os impide moveros... -Áshelayd señaló hacia la lejana cola del reptil.- ...Os habéis quedado atrapado entre las raíces de todos estos árboles.

-**¿Qué? El lavka no crece así; nunca forma bosques. ¿Y cómo es que son tan largas sus raíces? ¡No pertenecen a un clima seco...!**

-Es que este bosque no es natural; los árboles no son lavka. Fue creado por orden del Harte de la reina Rayâ; y los magos...

-**¿Cómo? ¡Ese maldito criajo blancuzco! ¡Te mataré, enano de orejas puntiagudas! ¿Me oyes? ¡Me lo has vuelto a hacer! ¡AAAAAAARRGH!** -La gran serpiente se revolvió y tomó una gigantesca bocanada de aire, haciendo crujir las raíces de los árboles híbridos al hincharse su cuerpo.- **Saldré de aquí por las buenas o por las malas. Utiliza la vara con que esa maldita bruja me selló para liberarme, "Ashe", o atente a las consecuencias.**

Alejándose del radio de alcance de la lengua bífida y terribles hileras de dientes aserrados del monstruo, Áshelayd replicó:

-He cometido el error de despertarte de tu letargo al golpearte con el arma que, por lo visto, te había sellado; y, quizás, por ello no merezca ya la confianza que mi maestro depositó en mi al dejarme el cetro… Pero no soy tan estúpida como para liberarte, bestia inmunda.

En la franja negra que constituía el párpado del único ojo de la serpiente-dragón se hizo visible el profundo

odio que el monstruo profesaba por quienes lo habían encerrado y, ahora, canalizaba hacia la joven estudiante de magia.

-**Sea.**

De sus gigantescas fauces, luego de chasquear unas oscuras muelas de pedernal que produjeron una pequeña chispa en lo más hondo de su garganta, brotó un extenso chorro de fuego azulado que calcinó casi una décima parte del bosque. Luego de un poderoso rugido, una nueva lengua de fuego, esta vez de mucho menor tamaño, envolvió a la propia serpiente; que forcejeaba mientras los árboles que la retenían se desmoronaban, convertidos en carbonilla.

Áshelayd intentaba no mirar atrás. Huía a toda prisa haciendo lo posible por no pensar en el mal que acababa de desatar y sin encontrar forma alguna de repararlo. No obstante, el colosal rey de las serpiente-dragón todavía tardaría días en lograr liberarse por completo para, luego, hambriento y herido tanto en cuerpo como en orgullo, retirarse a las profundidades del antiguo bosque de Yariojira; su hogar primigenio.

Varias horas más tarde, exhausta, la joven todavía continuaba abriéndose camino, como podía, por entre la espesura; intentando evitar los golpes con las ramas y pinchazos de las zarzas. El hambre, la sed y el agotamiento la habían mareado, así que la muchacha, más desesperada que nunca por encontrar agua, perdió precaución y se aventuró en la oscuridad; tropezando con unas raíces y cayendo aparatosamente de nuevo.

Ante ella, en un claro, tumbado de lado en el suelo, reposaba la figura de un joven vestido con un fino kimono de color rojo claro, aunque de tono bastante intenso, adornado con una gruesa faja amarilla de algodón, pantalones holgados con los bajos sujetos desde los gemelos por unas vendas blancas que le cubrían hasta los pies y calzado con unas sencillas sandalias negras, atadas con firmeza mediante numerosas tiras de cuero.

Áshelayd se le acercó, sintiéndose salvada, y lo cogió del oscuro dobladillo de la chaqueta del kimono para volverlo hacia ella. Al hacerlo, la lívida cara del muchacho cayó a un lado, inerte. El potente grito de la joven resonó por el bosque; el costado del desconocido estaba atravesado por una certera flecha que parecía haberle perforado el pulmón.

IV - *YIN, EL MISTERIOSO DESCONOCIDO*

Áshelayd se había quedado conmocionada al ver el costado ensartado del muchacho, del que brotaba un fino hilo de sangre que se derramaba sobre el suelo; donde ya había comenzado a formar un pequeño charco. El primer impulso de la joven, en cuanto recuperó el control sobre su cuerpo, fue seguir huyendo; pero no podía abandonar a una persona malherida de esa forma, y menos habiendo un gigantesco monstruo escupefuego tan cerca de ese lugar.

La hechicera, haciendo uso de todo su valor, comenzó a bajar la gruesa faja elástica de algodón del desconocido y, con sumo cuidado para evitar retorcer la flecha en la herida, abrió la chaqueta del kimono.

A duras penas pudo reprimir una arcada al ver el deplorable estado en que se encontraba el cuerpo del muchacho: Tres tajos paralelos surcaban su pectoral izquierdo mientras que, otras tres profundas hendiduras en el vientre, delataban lo fino y afilado de lo que fuese que lo hubiera herido.

No obstante, la laceración más grave era, sin duda, la producida por una flecha que, a juzgar por la pesada respiración del muchacho; que sonaba casi burbujeante, parecía haber perforado el pulmón derecho. Recordando toda clase de primeros auxilios que había recibido, así como cualquier texto sobre curaciones de emergencia que hubiese podido leer, Áshelayd sacó su pequeño cuchillo de caza y murmuró unas melódicas palabras que no necesitó consultar en su libro de texto; pues había

sido uno de los primeros hechizos que había aprendido. Al momento, la hoja de acero se calentó y toda la suciedad y microorganismos que había sobre ella cayeron al suelo en forma de polvo negruzco, dotando al metal de un brillo refulgente.

La madre de Áshelayd era una experta en las artes médicas, heredera de una larga tradición de curanderos y, de pequeña, le había enseñado algunas bases antes de ingresar en el internado.

Con el cuchillo ya desinfectado, produjo una profunda incisión que prolongó la abertura que el filo irregular del proyectil había originado; haciendo posible su extracción sin peligro. La punta triangular de la flecha estaba diseñada para entrar lo más fácilmente posible en la carne pero también para que, debido a la forma dentada de su cabeza, al extraerla los tejidos se desgarrasen. De esta forma, Áshelayd logró, luego de forcejear un buen rato, sacarla del pulmón sin dañarlo todavía más y, luego, con facilidad en comparación, extraerla de la herida. Ahora venía lo peor.

Dando gracias por que el muchacho estuviese inconsciente, la joven introdujo la hoja de nuevo en la herida y masculló otra vez los mismos musicales siseos ininteligibles; luego de lo cual el acero se puso al rojo vivo y un horrible sonido silbante salió de la abertura en el costado, junto con un chorro de vapor que llenó el ambiente de un nauseabundo olor a carne quemada. Apenas hubo extraído el cuchillo de la herida cauterizada, Áshelayd sacó de su boca el conjunto de hojas medicinales que, luego de sacar de su bolsa, había estado masticando, e introdujo la pulpa en la castigada oquedad.

Una vez hubo vendado el costado con gasa y papel adhesivo, así como tratado la herida del vientre y desinfectado los cortes del pecho con otras hierbas, Áshelayd se dejó recostada, con las manos temblando, sobre el árbol más cercano. Comenzó a reírse de pura histeria y, más tarde, a llorar desconsoladamente. Por más que hiciese, no lograba quitarse los restos de sangre de las manos; y sentía como si el olor de la carne quemada se hubiese quedado impregnado para siempre en su nariz. Así, mientras la contrariada muchacha desahogaba la tensión acumulada durante el día, se hizo de noche.

-¿Por qué sigo vivo?

La ronca voz del herido rompió la continuidad del llanto de la muchacha; quien se incorporó de inmediato, sobresaltada.

-¡Estás vivo! Lo... lo conseguí... Te encontré desmayado en el suelo. Dime ¿Estás bien? ¿Quién eres? ¿Qué te pasó?

El muchacho cerró los ojos un instante, como intentando organizar sus dispersas ideas y, luego de pasarse la mano por la encarnada melena, acorde con el color de su ropa, dejó caer el brazo pesadamente sobre el suelo y comenzó a hablar como si no hubiese nadie más allí.

-No puedo haber sobrevivido; es imposible. Esto debe ser... -El muchacho abrió los semirasgados ojos por completo y giró su cabeza hacia Áshelayd- ¿Qué pretendéis? ¿Qué clase de magia es esta? No sé lo que queréis; yo siempre os había sido fiel ¿A qué clase de tortura pretendéis someterme?

La joven estudiante de magia dudó sobre la coherencia de las palabras del desconocido. Había perdido mucha sangre y, a pesar de sus cuidados, era un milagro que hubiese logrado sobrevivir.

-Yo me llamo Áshelayd -La muchacha intentó calmarlo con una actitud respetuosa, pausada y relajada.- Os he encontrado aquí, joven, y he sanado vuestras heridas. Habéis estado cerca de la muerte, pero mis medicinas y vuestra fortaleza os han salvado. ¿Cual es vuestro nombre?

El muchacho miró lentamente hacia las estrellas, con aire distraído, como sopesando la situación, y se fijó en su constelación favorita, la del relámpago; cuya luz siempre lo dotaba de fuerzas suficientes para continuar en los momentos más adversos. Cerró los ojos de nuevo y, antes de abrirlos, susurró.

-...Yin. Mi nombre es Yin.

Animada por el éxito, la joven continuó preguntando.

-¿Y qué es lo que os ha traído, Yin, a este bosque?

-¿No había nadie más aquí cuando habéis llegado, doncella?

-Pues no. Tan solo vos estabais aquí. De haber estado acompañado, mis operaciones de urgencia no habrían sido precisas.

En el impasible rostro del pelirrojo se vislumbró algo similar a una sonrisa irónica.

-Cierto. No habría sido necesaria ninguna operación. Y vos, curandera ¿Qué hacéis en este despoblado paraje? ¿Acaso sois una hechicera asceta?

-Una tarea me fue encargada y, para cumplirla, debía cruzar el bosque... -Áshelayd, hasta ahora encantada

por que la hubiesen llamado sanadora, y sintiéndose aún poderosa al haber sido comparada con una "hechicera asceta", no pudo evitar que el desánimo se apoderase de ella.- Pero no creo que pueda ya lograrlo a tiempo. Por cierto, aún no me habéis contestado por qué...

-Os debo la vida, mi señora... una vida que, sin embargo ya no existe como tal. De todas formas, sí hay entre nosotros una deuda que debe ser saldada. A partir de hoy me pongo a vuestro servicio. Seré vuestro guía y fiel guardaespaldas hasta que dejéis de precisarme, o mi cuerpo perezca en tanto que mi existencia.

La muchacha se sintió algo confusa a causa de las palabras del joven y su primera reacción fue el rechazar la oferta pero, al oír dicha declaración de intenciones y, a pesar del deplorable estado físico de su supuesto "guardaespaldas", se sintió ligeramente segura y protegida por primera vez desde que se había perdido en Seisríos; y esto la reconfortó.

-Está bien, Yin. Pero no creo que pueda esperaros, pues mi encargo tiene fecha límite; y vos estáis demasiado enfermo para la travesía a través del bosque.

-Quizás sí, o quizás no. No voy a negaros que, en estos momentos, dar un paso me resultaría imposible. Pero podré acompañaros siempre y cuando os dirijáis hacia el Norte.

-Ciertamente, mi dirección es esa, pero... ¿Por qué os iba a resultar más fácil desplazaros hacia Árdell que en sentido contrario?

El muchacho le dirigió una penetrante mirada de soslayo con sus claros ojos marrones.

-Escuchad en silencio y lo entenderéis.

V - LOS BANDIDOS DE SEISRÍOS

Áshelayd estaba agotada. Su pequeño cuchillo de caza, ya completamente mellado, había dejado de cortar por sí solo hacía un buen rato y, una vez agotados sus infructuosos intentos de seguir cortando con magia, la muchacha se había visto obligada a devolverle de nuevo el borde cortante a la hoja con una piedra de afilar que Yin le había proporcionado. Por lo visto, llevaba un completo conjunto de herramientas destinadas al mantenimiento de las armas escondido bajo la faja, lo cual la había hecho sospechar de la verdadera identidad del joven; quien, por otra parte, carecía de armas o instrumentos que afilar.

Tomando una gran bocanada de aire que soltó de inmediato en forma de hondo suspiro, Áshelayd levantó la mirada de las chispas que salían del metal cada vez que frotaba la piedra contra él y comprobó sus progresos. El ancho árbol en que antes se había apoyado presentaba ahora un aspecto bastante diferente: Un enorme rectángulo irregular de corteza se separaba del tronco por la mayor parte, aunque todavía no estaba cortada del todo. La forma del contorno del árbol era ideal para lo que tenían pensado y, mientras ella se partía el espinazo con el casco de la nave, Yin, todavía convaleciente, trenzaba las finas raíces que servirían de cuerdas.

Hasta el momento en que el joven se lo había hecho ver, Áshelayd no había reparado en el sonido del río; situado tras unos arbustos cercanos. Con una pequeña

embarcación, no tardarían en llegar, bajando por las embravecidas aguas, hasta su destino.

-Vale, esto ya está, Yin. ¿Ahora qué hago?

-Bien. Ahora colocad la tabla combada en el suelo y medid la distancia entre ambas esquinas de un mismo extremo. Con una cuerda o similar, hallad el arco de cada uno de los extremos y haced otro corte en la corteza siguiendo estas medidas para que, al instalar las nuevas piezas, el casco de la canoa quede cerrado. Luego habrá que agujerear la madera y atar las partes con las cuerdas. Sellaremos las grietas y huecos con una mezcla de arcilla, ceniza y resina y podremos botarla luego de que yo le coloque el timón y la estructura interna para que mantenga la forma a pesar de los envites del agua.

Mientras trabajaba, con la inquietante duda rondándole la cabeza, la muchacha se decidió a preguntar finalmente al joven:

-¿Seguro que una canoa de corteza podrá navegar por el río? Yo la veo muy endeble.

-No os preocupéis, mi señora. Estos árboles híbridos son mucho menos duros que el lavka, pero su corteza, aunque blanda, es muy resistente y elástica. Podríamos navegar sobre rápidos con ella y tendríamos más probabilidades de llegar vivos a la desembocadura que con una canoa de madera rígida y, supuestamente, "buena"… aunque tendremos que ir achicando.

La construcción de la embarcación les llevó lo que quedaba de noche y medio día; pero cuando estuvo finalmente acabada, el joven ya era capaz de ponerse en vertical de nuevo.

-No puedo creer que podáis teneros por vuestro propio pié con esas terribles heridas... ¿Seguro que no queréis reposar un poco más, Yin? Aún hay tiempo.

-Estaré bien, mi señora. Reposaré tanto sobre las aguas como en tierra, ya que ese extraño ser continúa haciendo retumbar el suelo mientras calcina el bosque. Quedarse aquí durante más tiempo del estrictamente necesario sería arriesgado en exceso.

Con un último esfuerzo, el guardaespaldas se irguió por completo, dejando atrás la estabilidad que el apoyo del tronco pelado le ofrecía, y respiró hondo.

Tosió unas cuantas veces, escupiendo algo de sangre al principio y sintió que se le iba un poco la cabeza; pero esto no se vio reflejado en su comportamiento. Ignorando el apoyo que Áshelayd le ofrecía para llegar al bote que se encontraba frente a él, trastabilló hacia el lado contrario y comenzó a apartar arbustos con el pie.

-¿Qué hacéis? ¿Acaso no debíamos marchar sin demora?

-Estoy buscando algo que... perdí... al caer...

El muchacho, que rebuscaba con aire dubitativo y distraído, miró hacia arriba y vio cómo, colgando de una rama por la correa, un alargado fardo de desgastado cuero pendía a varios metros por encima de sus cabezas. Evitando agacharse, debido a la herida del vientre, cogió, con los dedos al aire del pie derecho, el mellado cuchillo, ahora en apariencia inservible, que Áshelayd había tirado al ver que el arreglo saldría más caro que la compra de uno nuevo al llegar al Pueblo. Error que no volvería a cometer luego de la reprimenda que Yin tenía pensado darle acerca de no abandonar utensilios tan útiles como podía llegar a serlo una navaja.

Una vez se lo hubo pasado del pie a la mano, alzó el brazo con gran velocidad y el cuchillo, invisible, cortó la delgada rama limpiamente sin dejar ni una muesca. En el último momento, el joven alargó el brazo y agarró el fardo antes de que éste impactase contra el suelo. Yin, ayudado por la muchacha, se sentó en la improvisada canoa y, con el brazo izquierdo, tomó el timón.

-Preparaos. Voy a empujarla ya.

-Hacedlo con fuerza, mi señora. El lecho del río es muy fangoso y, si vais poco a poco, podría encallarse.

Una vez en el agua, la nave comenzó a bajar, cada vez más rápido, siguiendo el cauce del río.

Varias horas después, los dos jóvenes ya habían recorrido un gran trecho.

Áshelayd veía pasar los árboles a toda velocidad frente a ella; lo que le producía un gran mareo. Había probado ya a mirar a un punto fijo en la lejanía, meter la cabeza entre las rodillas, echarse agua fría por la nuca... y, el único momento en que había logrado olvidar las nauseas, había sido durante el cambio de los vendajes de Yin; en el que pudo comprobar, asombrada, que los cortes del pectoral ya se habían cerrado y la costra más superficial comenzaba a desprenderse. La eficacia de sus medicinas era mucho mayor de lo que esperaba. Satisfecha con sus habilidades mágicas y curativas, y probando ahora a mirar al cielo, la joven no pudo retener durante más tiempo su curiosidad.

-Oídme, Yin...

-No.

-¿Cómo que "no"? ¡Si aún no os he dicho lo que os quería preguntar!

-Ibais a preguntarme acerca de mi historia ¿Me equivoco?

-Bueno... no del todo.

-El pasado es algo privado. No tengo obligación de relatárselo a nadie ajeno a él cuando ya estoy cumpliendo mi deuda de otro modo.

-Pero ahora existe una parte de vuestro pasado compartida por mi ¿O no?

-Bien. Pues entonces, conformaos con eso.

Áshelayd, sin ningunas ganas de discutir, se colocó el brazo frente la cara para protegerse de la luz y, mientras se recostaba, avisó a Yin de que la despertase al llegar a Árdell.

-Mi señora... Despertad, mi señora...

La estudiante de magia tardó un buen rato en ubicarse. Los árboles tapaban el sol y, al principio, creyó que había caído la noche.

-¿Ya hemos llegado?

-... No. Y creo que no lo tendremos fácil para lograrlo.

Un pequeño hilillo de sangre resbalaba desde la boca de Yin, quien, ojeroso y empapado en sudor frío, se agarraba el costado ensangrentado.

-¡Pero qué...!

La fuerte mano del joven tapó la boca de la muchacha; la cual observó, aterrada, cómo el bote se había estrellado en la orilla. Pero lo peor no era el hecho en sí, sino sus aparentes causas. Dos grandes rocas redondeadas, de las que solían ser utilizadas en las catapultas, lo habían aplastado; y un reguero de flechas marcaba la estela que llevaba a los arbustos entre los que se habían escondido.

Áshelayd no pudo sino sentirse impresionada ante la gran habilidad de su guardián; quien había sido capaz de esquivar las rocas y flechas y de llevarla con él, a pesar de sus graves lesiones, con la delicadeza suficiente como para no despertarla.

-No os preocupéis, mi señora, la herida no se ha abierto. -Comenzó a decir el muchacho para tranquilizarla, adelantándose a su pregunta.- La sangre de la ropa es la misma de antes y esto -Se limpió la boca.- ha sido por el esfuerzo; que me ha hecho soltar algo del líquido que todavía quedaba en los pulmones.

-¿Y ahora qué vamos a hacer? ¿Quién nos ha atacado?

-Ignoro la identidad de nuestros agresores, pero podemos intentar conocerla ahora. ¿Tenéis algún enemigo?

Áshelayd no pudo evitar pensar en uno de los niños de su aldea natal; que solía tirarle de las coletas cuando era pequeña.

-No. Creo que no. Pero ¿No serán quienes os hirieron?

-Si fuesen ellos, no estaríamos ya aquí. Ellos nunca fallan.

-Con vos fallaron.

-O eso creemos, pero hay algo muy raro en todo est...

-¡Atención, grumetillos! -Una potente voz masculina surgió de entre los árboles, dejando la frase de Yin sin terminar.- La transacción es sencilla: Si tenéis algo de valor, nos lo dais. Si no tenéis lo suficiente, mis muchachos se divertirán con la chica y, yo, con el chico. -

Múltiples voces comenzaron a reír la gracia al unísono.- Si decidís luchar, moriréis.

-Yin... ¿Qué hacemos? ¿Has oído esas risas? ¡Son muchísimos! Y yo no tengo apenas nada con valor monetario...

-No os preocupéis, mi señora. No pienso dejar que esos bandidos mancillen vuestro cuerpo... ni el mío. -Precisó.

El joven guerrero se levantó con el fardo en la mano.

-¡Siéntate, inconsciente! ¡No podrás contra ellos sin armas!

-Por eso, precisamente, necesitaba encontrar mis cosas.

El rostro de Yin, ya de por si frío e inexpresivo, se volvió completamente inescrutable. El muchacho respiró hondo y sacó algo del fardo, que se metió en los bolsillos interiores de la chaqueta, produciendo un sonido metálico. A continuación, abrió el recipiente de cuero por completo y cogió, de su interior, una espada curva de madera, sin guarda; que se veía surcada, por el centro, por una fina depresión que iba de extremo a extremo.

-¿Vais a luchar con ese palo? -A Áshelayd no le cabía duda: La pérdida de sangre lo había vuelto loco.- Escapemos, por favor. Todavía estamos a tiempo.

-No tardarían en atraparnos. Estamos en su territorio. Además, en el otro sentido, está ese extraño ser que produce los temblores de tierra. -El joven se ató la espada a la cadera con una cuerda, por la espalda, dejándola casi en paralelo al suelo y con la empuñadura hacia la izquierda.- Así terminaremos más rápido. Pase lo que pase, no os mováis de aquí.

Rápido y ágil como un gato, a pesar de sus heridas, Yin se subió a la copa del árbol más cercano y se perdió de vista entre las verdosas hojas; que todavía no habían empezado a amarillear a pesar de la fecha.

En cuanto el muchacho hubo desaparecido, Áshelayd se vio presa del pánico. Se agarró con todas sus fuerzas a la vara de Rayâ y comenzó a buscar, frenéticamente, algún tipo de hechizo defensivo en su libro.

Apenas hubo empezado a pasar las páginas, el último grito de un moribundo se proyectó por el río

-¿Yin...?

Estaba casi segura de que no había sido su voz, pero la preocupación y el miedo acabaron por convencerla de que sí lo había sido. No obstante, cuando ya casi habían comenzado a aflorar las primeras lágrimas de desesperación a sus ojos, un segundo alarido cortó el aire. Los bandidos de Seisríos, que servían bajo las órdenes de un antiguo capitán pirata, no estaban acostumbrados a sentir miedo; pero habían comenzado a notar que algo extraño pasaba.

Un tercer grito los alertó. El cuarto causó nerviosismo. El quinto los desquició. El sexto los hizo rezar, abrazados a sus armas. El séptimo hizo huir de sus posiciones a varios de ellos, quienes resultaron ser el octavo, el noveno, el décimo y el undécimo; que gritaron con apenas unos segundos de diferencia. El asesino debía ser increíblemente rápido, certero y letal. El capitán no podía consentir que sus hombres continuasen cayendo como moscas de aquella manera.

-¡Rápido! ¡Reuníos en el lecho del río! En campo abierto no podrán atacarnos sin ser vistos.

Al momento, más por instinto de supervivencia que por obediencia, los siete hombres restantes y el capitán se habían aglutinado a toda prisa, espalda contra espalda, esperando un nuevo ataque del enemigo.

Sobre ellos, el sonido de las hojas delató la presencia del atacante; que ahora caía sobre ellos, a contraluz, como si de una sombra maldita venida del mismo sol se tratase.

-¡Arqueros!

Una lluvia de flechas acribilló el cuerpo del misterioso guerrero y cayó secamente en el suelo, levantando una densa nube de polvo.

-Sorpresa.

Yin movió los brazos hacia los lados a toda velocidad, desde los nueve metros de distancia que lo separaban del grupo de bandidos, y el capitán pudo ver cómo todos sus hombres caían al suelo, algunos heridos de gravedad; otros sin vida.

-No... no es posible... ¡Estás muerto...!

-Yo ya estaba muerto antes de venir aquí... -Lentamente, el muchacho pelirrojo levantó hasta la altura de su cara un extraño cuchillo de alargada hoja de corte triangular, del tamaño de su mano. Poseía un delgado y corto mango, también metálico, más ancho hacia el extremo inferior; con un hueco en forma de círculo donde éste se encontraba con la hoja, para ser blandido y lanzado con mayor precisión.- Así que no creas que unas cuantas flechas podrán arañarme siquiera.

Bajo los pies de Yin, oculto por la nube de polvo, reposaba el cadáver, acribillado de flechas, de uno de los hombres del capitán.

-¡Por favor, no me mates, espíritu! -De rodillas, el antiguo pirata suplicaba mientras una sospechosa mancha oscura se iba formando en sus pantalones.- Haré lo que me pidas, pero no me mates, por favor...

-Dame tu barco.

-¡No puedo hacer eso, me quedaría aquí atrapado con ese monstruo que lleva haciendo retumbar la tierra desde ayer y...!

El cuchillo de Yin cortó certeramente un mechón de pelo de la patilla del capitán; dejándosela rapada. No fue necesario más.

Al final del día, Áshelayd y Yin se encontraban atando su nueva embarcación en los muelles de Árdell.

VI - *EL PUEBLO DE ÁRDELL*

Yin y Áshelayd habían atravesado el bosque de Seisríos en mucho menos tiempo del previsto, y todavía faltaban dos días para la cita con el amigo de Handschmud, así que deberían pasar la noche durmiendo al raso en el interior de la nave hasta la fecha indicada pues, ya que a la joven, quien provenía de una familia humilde en recursos económicos, apenas sí le llegaba el dinero para comprar bastante comida para ella, teniéndose que hacer cargo también de su nuevo compañero, no le salían las cuentas.

Por si los problemas económicos no fuesen suficiente, el exceso de ejercicio estando aún convaleciente había subido la fiebre del guardaespaldas; quien se revolvía en agobiantes pesadillas, balbuceando cosas sin sentido aparente acerca de espadas brillantes y traiciones.

Esa noche, la joven la había pasado haciendo guardia en el barco, cuidando de su compañero, pero debía encontrar pronto a un médico capacitado o no sobreviviría durante mucho más tiempo pues, aunque ninguna de las heridas parecía haberse infectado e, incluso, la del pecho casi había desaparecido ya, la fiebre y sudores fríos delataban el mal estado de salud del muchacho.

-Yin, no sé si me oyes, pero tengo que ir a por un médico. Nos costará los ahorros, pero no podría haber llegado hasta aquí sin ti, así que te lo debo.

Áshelayd se sentía dividida. Por una parte, tenía ante ella a un joven atento, culto e ingenioso que la cuidaba mejor de lo que nadie lo había hecho en mucho tiempo y se preocupaba sinceramente por ella… pero,

por la otra, se trataba también de un sanguinario guerrero capaz de utilizar un cadáver como escudo y colchoneta a un tiempo; así como de matar sin pestañear con sus extraños cuchillos voladores.

No obstante, ahora la joven solo veía a, como solía decir su madre, “un paciente que necesitaba ayuda” y, de todas formas, no podía criticar su actuación; pues simplemente pensar en la alternativa, la hacía estremecerse.

-Mirad... en mi bolsa... -El sudoroso muchacho la había cogido del brazo en el último momento y, entre jadeos, le había indicado que se acercara.- Tengo dinero, para emergencias. Usad el que necesitéis.

Acto seguido, se durmió profundamente y comenzó a quejarse en sueños de nuevo.

Ya en el pueblo, Áshelayd se dispuso a encontrar el dispensario zonal para pedir la ayuda de un médico.

El de Árdell era uno de los pueblos más grandes e interesantes del país. Su gran afluencia turística era debida, por una parte, a sus amables gentes; famosas por su cordialidad, hospitalidad y educación y, por otra, al tenebroso pasado del lugar. En el anteriormente conocido como "valle escarpado" había tenido lugar una de las más colosales batallas de la historia. Árdell, el último dragón nórdico, había dado su vida por vencer a la más poderosa facción del ejército de las serpiente-dragón; asegurando la victoria de la resistencia en la batalla y causando, al inmolarse, un gran cráter; que redujo los peñascos a arena y removió la fértil tierra, la cual jamás había sido cultivada, e hizo aflorar un acuífero de agua potable; posibilitando la creación de un pueblo y no solo

de pequeños asentamientos junto al río como hasta entonces.

La visión de la estatua a tamaño natural del dragón que el Harte de la princesa Rayâ había mandado construir, labrada en pulido bronce macizo, era sobrecogedora. La bestia medía más de quince metros de alto, sostenida sobre cuatro fuertes patas de aspecto más de felino que de reptil, a pesar de las escamas, y sus alas, aunque plegadas, se percibían enormes. La cola, que se doblaba para terminar, junto a sus dentadas zarpas delanteras, en una enorme protuberancia en forma de hoz, afilada como un hacha, medía tanto o más que el resto del cuerpo. Áshelayd quedó hipnotizada durante unos segundos al encontrarse con la mirada de la gigantesca criatura; diferente a cualquier otro dragón que hubiese visto en sus libros de texto. Los ojos de la escultura denotaban fiereza y nobleza a partes iguales. La mirada altiva del dragón inspiraba respeto y, a un tiempo, transmitían una gran sensación de tristeza. Se decía, aunque nadie sabía si era verdad, que el mismo general superior los había tallado con su propia espada.

Árdell, "el grande", había sido el último ejemplar de la especie primigenia; de donde derivaron las demás razas de dragones de la actualidad. Aunque se corrían rumores acerca de la reaparición de estos seres de forma periódica, lo cierto era que ninguna de las expediciones que habían partido hacia las heladas tierras del norte había hallado evidencia alguna de que así fuese.

-El último dragón nórdico...

Áshelayd se secó, sorprendida, una lágrima que acababa de aflorar a sus ojos por razones desconocidas. Sin poder soportar durante un segundo más la visión del

que era considerado por los lugareños como el mayor héroe de la historia de la región, luego del propio Ëan, por supuesto, la joven comenzó a preguntar a los transeúntes por la casa de curas más próxima.

Una enfermera vestida con una túnica gris la recibió educadamente y le preguntó por los motivos de su visita.

-Veréis, es que mi... guardaespaldas, supongo, está muy enfermo, y necesitaría ayuda. Tiene mucha fiebre y una herida de flecha en el costado que llega hasta el pulmón.

-Bien. Necesito ciertos datos. ¿Sexo y edad?

-Varón. No creo que sobrepase los dieciséis, pero es mayor de quince años.

-Entendido. ¿Raza?

-Humana.

-Te he preguntado por la raza, no la especie.

Áshelayd pareció algo confusa.

-Yo no creía que...

- En cuestión de medicina no valen filosofías; cada uno es lo que es y necesita un tratamiento diferente - Respondió la enfermera, algo irritada; aunque esto no era del todo cierto. La casa de curas de Árdell, frente a la actitud positiva de los demás vecinos, era famosa por su discriminación racial exagerada desde que ésta hubo sido anexionada a los Cadrelicios.- Mira, por ejemplo, tú eres de especie humana, pero tienes los ojos violeta y el pelo verdoso azulado; así que eres, seguramente, un tercio de demonio ¿Verdad? Pues dime, ¿Qué es tu guardaespaldas? ¿Otro demonio?

Áshelayd se sentía muy incómoda cada vez que alguien mencionaba su ascendencia. Debido a su partici-

pación histórica en bandos perdedores que, ahora, se veían como los malvados, los demonios eran considerados como seres crueles y sádicos que, en realidad, no solían resultar más que magos y druidas conocedores de los secretos de la naturaleza a los que sus líderes; quienes tradicionalmente llegaban al cargo por herencia y no por elección popular, habían llevado a la perdición a causa de la codicia.

La estirpe de los Raiden´shi, últimos gobernantes demoníacos conocidos, desaparecía en los caóticos registros de la “Guerra de los once años”. Luego de aliarse al rey usurpador, la familia real de los demonios cayó junto a él, traicionada por su propio pueblo, producto de una revolución interna que llevó al grueso de la población a unirse a la resistencia.

-Cre... creo que es de raza ëana "pura". Aunque tiene el pelo rojo como el fuego y los ojos algo rasgados... pero no mucho; casi no se notaría si no tuviese siempre esa mirada como de...

-Está bien; eso es normal. Seguramente esté teñido. Espera unos instantes y enviaremos a un médico para que lo atienda. ¿Dirección…?

Una vez en el barco de nuevo, el doctor, un hombre muy miope al que los años no habían tratado bien en cuanto al físico, le puso mala cara a la joven.

-Conque humano de raza ëana pura ¿Eh?

-Lo siento. ¿Acaso no lo es?

Parece mentira que, habiendo contratado como guardaespaldas a un "mercenario" no sepas lo que es. La propia palabra tiene ese significado.

-¿Qué palabra?

-No te hagas la tonta, niña. Si no tienes dinero, esto te perjudica. Es más fácil curar a un "mercenario" que a cualquier otro tipo de humano; así que...

-Pero ¿De dónde sacáis vos que Yin sea un mercenario?

-Por favor, qué sino podría ser un Yajin´e.

-Un... ¿Qué?

El doctor, mientras comprobaba el estado de su paciente, comenzó con su explicación; extrañado ante la aparente ignorancia de la joven acerca de la verdadera naturaleza de su acompañante.

-Yajin´e. Significa mercenario. Se trata de un pueblo reservado y orgulloso, especialmente dotado para la actividad física. "Lo que tres hombres fornidos podrían hacer torpemente, un Yajin´e lo realiza sin problema" o, al menos, es lo que rezaba su propaganda en mis tiempos de médico militar, en que sus servicios eran contratados con frecuencia por los capitanes y tenientes para las misiones más peligrosas; aunque se les suelen atribuir proezas exageradas que éstos no se molestan en desmentir.

De todas formas, según dicen, son entrenados sin descanso desde los tres o cuatro años para convertirse en poderosos guerreros. Algunos son mandados a la guerra al cumplir los doce solo para fortalecerles el carácter y, curiosamente, suelen sobrevivir aún cuando los más valerosos y reconocidos héroes perecen. Su poder regenerativo es mucho mayor que el de cualquier otra raza humana y, por ello, son los más baratos de curar.

Se dice que son fríos y calculadores... Incluso se cuentan historias acerca de grupos enteros de bandidos que han sucumbido ante uno solo de ellos; pues tam-

bién son maestros de la estrategia y el sigilo. Y también hay rumores acerca de un misterioso grupo selecto, elegido de entre sus mejores hombres, cuyos integrantes visten todos de negro, y que se dedican a asesinar por encargo como actividad principal; sin importar el sexo, edad, o posición social de la víctima.

Si quieres un consejo, pequeña, sepárate de él lo antes posible o te arrepentirás. Atraen la mala suerte; son solo instrumentos de guerra que venden sus sucios cuerpos al mejor postor... Son una raza inferior.

Áshelayd sintió como si le hubiesen atravesado el pecho con un témpano de hielo.

-Ya, como los demonios…

-¡Jajaja, muy bien traída! -El doctor se levantó y sacó un pañuelo para limpiarse las manos del ungüento que había utilizado.- Bueno, pues esto ya está. Le he dado a beber un medicamento y le he puesto una medicina en las heridas que le curarán la fiebre y la inflamación. Le escocerá bastante, pero así te saldrá aún más barato. No hace falta que me lo agradezcas, bonita; que uno es un caballero. Adiós.

Luego de pagar al doctor, con lágrimas de rabia en los ojos, Áshelayd se sintió más unida que nunca a su guardaespaldas. No solo la había salvado, sino que se veía en la misma situación que ella había sufrido durante toda su vida... o incluso peor.

El médico todavía no se había alejado mucho, así que la joven tomó una decisión.

-Raza inferior ¿Eh?

De lo más hondo de su pecho, brotó un siseo vibrante y melódico que generó una pequeña condensación de vapor de agua destilada, absorbida del ambien-

te; la cual comenzó a perseguir al doctor soltando una leve llovizna que éste se volvió loco intentando evitar durante los siguientes tres días.

-Hola ¿Ya os habéis despertado?

El Yajin´e entreabrió los ojos, algo confuso, y se miró hacia el costado sin que su rostro denotase el sufrimiento de ningún tipo de molestia.

-Mi señora ¿Es normal que vuestra medicina escueza así? Antes no lo hacía. Quizás las heridas se hayan visto infectadas por algún mal.

-El mal que os tortura no es debido a las heridas de vuestro cuerpo; sino a la estupidez humana. -La joven se levantó y alisó el bajo de la chaqueta; que le servía como falda.- Haríais bien en ir a los baños y lavaros la sangre, suciedad y sudor a conciencia para evitar infecciones mientras yo me dirijo a la cita con el hombre al que debo ver.

-De ningún modo. Mi lugar está junto a vos; protegiéndoos.

-Tranquilo. El hombre del que hablamos es amigo de confianza de Handschmud, el hechicero. Es un mago muy famoso que...

-Lo sé. -La voz del muchacho adquirió un tono didáctico.- Handschmud, "el valiente", logró la victoria en el que desde entonces se conoce como valle de la gloria; a las puertas del antiguo reino de Dothë. A pesar de su juventud, creó un grupo de magos y guerreros que logró desbaratar las defensas del ejército de Dothë y demostró a sus compañeros de la resistencia, en numerosas ocasiones, que una mayor fuerza militar podía ser vencida con la astucia. Por sus servicios prestados, la reina Rayâ le dio en custodia su famosa vara y le concedió el

título oficial de Zetz, "el valiente"; así como la presidencia oficial del grupo estatal de hechiceros que acababa de formarse en el País de Rayâ, en el que nos encontramos; aunque no tardó en abandonarlo. Aún hoy, cuando un pequeño grupo vence a otro muy superior en número y recursos se dice que “han hecho un Handschmud".

Áshelayd no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Cómo podía ser posible que nada de esto hubiese llegado jamás a sus oídos cuando había pasado los últimos años de su vida conviviendo en el mismo castillo que él? La joven comprendió, entonces, que esto no había sido una bendición para el mago, precisamente. "La normalización de la magia acabará con ella", solía decir; frase que extrañaba bastante a los alumnos, pues era precisamente él quien les obligaba a estudiar dichas normas.

Todo cobraba sentido si se pensaba en Handschmud como un guerrero que lo había aprendido todo a lo largo de un sinfín de batallas y, solo por salir victorioso, había sobrevivido; pero cuyo espíritu libre y aventurero ahora se veía atrapado por las reglas y la burocracia. Conociendo la forma de pensar del maestro, Áshelayd se sintió realmente agradecida por la estima que éste le debía tener; ya que la había mandado "a correr una aventura".

-Entonces, imagino que no habrá problemas con el amigo de mi maestro ¿Verdad?

-Ciertamente, ahora entiendo que lograseis curarme, siendo alumna de tan insigne mago; pero no es con él con quien os vais a reunir. No me fiaré de ningún "amigo de mi amigo"; pues no por ello ha de ser también necesariamente mi amigo.

-Yin, os ordeno que vayáis a la casa de baños. No les hará bien, ni a la fiebre ni a vuestras heridas, quedaros aquí o ir conmigo. Como médico os sugiero que reposéis pero, ya que no lo vais a hacer, por lo menos daros un baño reparador.

Ante la insistencia de la joven, Yin tuvo que aceptar, aunque por supuesto, a regañadientes.

VII - *ÁNID NID, EL NERVIOSO HOSTALERO*

La taberna "Hálito Draco" era la más famosa y de mayor tamaño del lugar; llamada así, como no podía ser de otro modo, en honor al dragón que daba nombre al pueblo. El local ocupaba una calle por completo; dando sus entradas a parar a las zonas principales del lugar. Detrás de él, se agrupaban un cúmulo de pequeños comercios y demás negocios; entre ellos la posada en que Áshelayd debía encontrarse con el amigo de Handschmud para obtener la información que éste poseía acerca del misterioso personaje que, por lo visto, tendría la solución a sus respectivos problemas.

De repente, la joven se paró en seco. Esa noche no había tenido la pesadilla de costumbre.

Intrigada, comenzó a sopesar las distintas posibilidades: Quizás el problema hubiese sido la falta de energía. Llevaba dos días sin dormir apenas y había agotado toda su magia curando a Yin y construyendo la canoa. Otra causa podría haber sido el ambiente del pueblo; según se rumoreaba era una de las zonas de más intensa actividad paranormal del país. La mayor parte de la gente solía creer que esto era debido a la energía residual que el dragón había dejado en el lugar como protección, ya que la extraña fuerza invisible parecía anular todo tipo de hechizo maligno que fuese lanzado a distancia; pero, en realidad, esto no era posible pues, si bien éstos eran unas de las criaturas más increíbles y poderosas que jamás habían existido en la tierra, los dragones debían sus asombrosas facultades a la evolución; y la ma-

yoría (aunque no todos) desconocían por completo el uso de la magia. Árdell incluido.

Un nuevo temblor de tierra sacó a la muchacha de su ensoñación. Los terremotos, junto a los repentinos incendios del bosque, se habían vuelto tan frecuentes durante esos últimos días que, a pesar del miedo inicial de los pueblerinos, todo el mundo se había acostumbrado a ellos; aunque los ya de por sí comunes rumores sobre dragones no hacían más que aumentar.

Apenas hubo puesto un pie en el mugriento suelo de la maltrecha posada, tres hombres que jugaban con unos desgastados naipes, probablemente mineros trabajadores de la industria metalúrgica del lugar, comenzaron a susurrar lanzándole miradas lascivas.

Intentando ignorarlos, Áshelayd se sentó en una mesa de la pequeña taberna que se encontraba en la sala de recepción, la cual parecía ser una fuente de ingresos más rentable que el simple alquiler de camas; que seguramente se encontraban a rebosar de chinches, pulgas y piojos… o incluso cosas peores.

-Oye, preciosa. -Uno de los mineros, el de mayor edad y, al mismo tiempo, el que se encontraba en más avanzado estado de embriaguez, se había dejado caer en la silla de al lado y la había cogido de la mano.- He apostado con mis amigos ¿A que eres una hechicera?

Poniendo buena cara y sin inmutarse ante la cada vez mayor proximidad del nauseabundo sujeto que apestaba a alcohol barato, la muchacha contestó con voz melodiosa.

-Pues sí.

-¿Y podrías enseñarme... -El minero hizo una mal disimulada seña de complicidad a sus amigos.- ...algún "truquito"?

-Claro; no hay problema. ¿Ves la pulsera de acero de la mano con que sujetas la mía? -El ebrio trabajador asintió con cara bobalicona y aprovechó para arrimar su cadera todavía más a la de la muchacha.- Pues ahora te enseñaré uno de los primeros trucos que aprendí.

Luego de unos segundos de leve melódico siseo, el minero, hasta entonces ocupado mirándole el casi inexistente escote e intentando rozarse con la muchacha, notó un calor que nada tenía que ver con la ingesta de bebidas espirituosas o la cercanía de la joven. Momentos después, se veía a sí mismo corriendo de un lado a otro por todo el establecimiento, chillando como un cerdo durante la matanza, mientras agitaba el brazo sobre su cabeza a toda velocidad. Su plateada pulsera de casado, que la muchacha había reconocido como tal, estaba al rojo vivo.

Alertado por el escándalo que estaban formando el hombre y sus dos amigos, a quienes el episodio había resultado hilarante y ahora reían con fuerza, el dueño del local acudió, con aire nervioso; mirando hacia todas partes. Sus ojos no tardaron en posarse sobre Áshelayd, quien, nada más verlo, se había levantado y plantado ante él, con la vara de Rayâ en las manos.

-Handschmud me envía a por cierta información.

-¡Shhht! Calla, pequeña. -El nervioso hombre con la voz de pito y rostro sudoroso, de estatura menuda y cuerpo rubicundo, cara mal afeitada, calva brillante y ropa ajada y sucia, la cogió del brazo con una mano temblorosa y se la llevó de la zona de bebedores. Visi-

blemente más calmado y aparentando un alivio mayor del que tendría por qué sentir, el posadero comenzó a hablar.- Soy Ánid, de la casa de los Nid. En otros tiempos mi familia fue noble pero de eso, ahora, ya tan solo nos queda el nombre. Bien ¿Qué os trae a vos, y no a mi viejo amigo, a este mi "humilde tugurio infernal de mala muerte"?

-Por lo visto, el maestro Handschmud tenía importantes asuntos que atender en el internado y no le ha sido posible venir aquí como habíais convenido en un principio.

El posadero trastabilló hacia atrás, asiéndose con la mugrienta mano a la mesa de su habitación, cerrando los ojos con fuerza y comenzando a sudar de nuevo, con aire preocupado.

-En... ¿En el internado...?

-Pues sí. ¿Os ocurre algo?

-No, doncella; nada en absoluto.

Evidentemente decaído, el grasiento individuo indicó a la joven que lo siguiese a los establos.

Luego de unos instantes de lento avance entre los objetos apilados en el almacén, que debían cruzar para llegar a su destino, la joven no pudo reprimir su gran curiosidad durante más tiempo.

-¿Qué es eso que sabéis acerca del hombre que "comprende" la magia?

-Ah, sí. -Ánid sonrió en la penumbra y se pasó la mano por el áspero rostro- Os referís al "Guardián de los Secretos" ¿Verdad? Se dice que, hace ya más de novecientos años, antes o durante el comienzo de la primera era de los reinos, quizás incluso cuando el propio Ëan no era más que un joven espadachín de cierto renombre y

el dios Jyulark reinaba todavía en el desierto blanco, uno de los más poderosos hechiceros de la historia... el padre de la hechicería clásica, en realidad, tuvo un hijo que nació ciego.

Intentando curarlo por todos los medios posibles, llegó a profundizar en la esencia de la magia en un grado mucho mayor de lo que jamás se había hecho (ni volvió a hacerse) y, por lo visto, dio con su naturaleza real. Tanto la de la magia elemental como la espiritual; pasando por la hechicería.

Para sanar a su primogénito, que por aquel entonces había cumplido ya la mayoría de edad, e incluso se había casado, tuvo que recurrir a todo su poder y conocimiento... pero, por desgracia, a pesar de la preparación física, mental y espiritual a la que lo había sometido durante los años anteriores, la energía requerida para el hechizo, así como la potencia de éste, fueron demasiado para los dos hombres.

Ambos murieron a causa del intento y, lo que en principio fue acto de amor, se tornó en una maldición que se hizo patente al nacer el nieto del mago seis meses después.

Desde entonces, todos los descendientes de esta estirpe maldita sufren las consecuencias del fallido intento de cura.

-Interesante historia pero, sin ánimo de ofenderos ¿En qué consiste esta maldición y cómo podría ayudarnos a mi maestro y a mí?

-En principio, según dicha leyenda, estos descendientes de estirpe maldita, instruidos en el arte o no, poseen el mismo poder de "comprender la magia" que

alcanzó su antepasado. Esto es todo lo que yo sé acerca del tema.

-¿Y ya está? ¿Tanto lío para esto?

-No exactamente, jovencita. Handschmud debería ser quien estuviese aquí -Llegados al establo, Ánid Nid se apretó los ojos con fuerza y reprimió un sollozo.- Y, en caso de sobrevivir, le habría dicho que se dirigiese a la gran biblioteca de Ordenaýl, a la tercera planta, ala sudeste, sección "C", a continuar con la investigación.

-En caso de... ¿Qué?

-Lo siento.

En ese instante, la joven cayó al suelo, dolorida, notando como la sangre comenzaba a resbalar por su brazo.

-¿Qué ocurre?

-¡No es culpa mía, me obligaron!

De entre las sombras, surgió un hombre completamente cubierto de ropas negras, con un nuevo cuchillo de lanzador en la mano.

-Has hecho un buen trabajo, Ánid. Tu querida nieta conservará la vida.

-¿Quién eres?

Áshelayd se arrastraba poco a poco por el suelo, intentando acercarse a la vara; que se le había caído de entre las manos al impactar la navaja voladora contra su brazo.

-No intentéis distraerme, niña. Bastante ofendido estoy ya. ¡Quién se creerá que es ese Handschmud para mandarte a ti, una cría, a cumplir con el trabajo de un hombre...! En fin. De todos modos, a estas alturas ya estará muerto, sea como fuere.

-¿Cómo? ¡Dime de qué estás hablando!

-¿Para qué? si vais a morir, chiquilla...

Con un movimiento seco, el encapuchado lanzó un segundo cuchillo contra la joven.

Áshelayd cerró los ojos. Pudo sentir cómo su sangre, caliente y espesa, le salpicaba en la cara luego de oír cómo se le clavaba el cuchillo; así como el grito de júbilo del asesino... Pero, ese grito, no había sido de júbilo.

Al abrir los ojos, se encontró con que era el misterioso asesino quien se encontraba tumbado en el suelo, en posición fetal y, la navaja, no había acertado sino que se había clavado en el suelo a un palmo escaso de ella.

Desde el otro lado de la calle, un joven corría a toda velocidad hacia ellos mientras cogía un nuevo cuchillo del interior de la chaqueta roja de su kimono.

Áshelayd, al ver a Yin, se sintió salvada y, abandonando toda precaución, se abalanzó contra el atacante con intención de reducirlo. Pero éste, para desgracia de la joven, en ese mismo momento, acababa de recoger el cuchillo con que el Yajin´e había desviado la trayectoria del suyo propio y, de paso, le había ocasionado un profundo corte en el antebrazo izquierdo.

-¡No te muevas, chico, o la degüello!

Yin se paró en seco, a apenas unos metros del establo. Ahora, su encrespada melena rojiza se veía sujeta por una coleta que, junto con el flequillo que le tapaba ligeramente los ojos semi-rasgados, le daba un aspecto todavía más fiero y amenazador que antes.

-Así no conseguiréis nada, maleante. Puedo acertaros entre los ojos desde la otra punta del pueblo; solo retrasáis vuestra agonía al obligarme a esperar a que os distraigáis para atacar.

El asesino a sueldo, leyendo la verdad de los claros ojos del joven, no lo dudó más y, luego de lanzar a la muchacha contra él, huyó trepando por la fachada.

-¿Estáis bien, mi señora?

-Sí, sí ¡Ve tras él!

-Si le ocurre algo mientras no estoy, vuestra muerte no será dulce, posadero.

Apenas hubo proferido su amenaza, el Yajin´e saltó al tejado con pasmosa agilidad y se perdió en la oscuridad de la joven noche.

VIII - INTERROGANDO AL ENEMIGO

-¡Inconsciente! ¿Por qué has mandado a ese muchacho tras los pasos del asesino? ¿Acaso no has visto los ropajes oscuros y su habilidad con una técnica de asesinato silencioso como lo es el lanzamiento de cuchillo? ¡Era un "mercenario"; un Yajin´e del cuerpo de élite de los asesinos; enviado para acabar con Handschmud! ¡Aunque antes lo atacase por sorpresa, ese joven no tendrá nada que hacer contra él...!

-Mucho me temo que sois vos quien no conoce la verdadera naturaleza de los Yajin´e. -A Áshelayd la palabra "mercenario" le sonaba extrañamente despectiva mientras que, el otro término, le inspiraba incluso romanticismo.- Ese hombre que nos ha atacado era hábil pero, al fin y al cabo, no se trataba más que de un asesino cualquiera. Es él quien no tiene nada que hacer contra Yin.

-¿Yin?

-Sí, mi amigo; el chico del cabello rojo que ha salvado mi vida.

-Qué extraño... Tu amigo lleva por nombre la palabra arcana que, escribiéndose "jin", significaría "relámpago". Aunque también podría hacer referencia a Jhyn, uno de los cuatro dioses de la energía de la mitología occidental; del que derivó el término...

-Por favor, no cambiéis de tema, que ya estoy bastante fastidiada. ¿De qué va todo esto?

El tímido individuo carraspeó y, sin atreverse a mirarla a los ojos, comenzó a hablar.

-Veréis, señorita... no conozco muchos detalles pero, por lo poco de lo que me he podido enterar, alguien pretende descabezar al Alto Consejo.

-¡Pero eso es absurdo! -Áshelayd no cabía en sí de su asombro. El Alto Consejo estaba constituido por las mentes más preeminentes del momento: Técnicos, científicos, filósofos, ingenieros y, por descontado, hechiceros. Se trataba de un selecto grupo de gran trascendencia política y social que, en la práctica, se hallaba por encima de las leyes y fronteras y, en cierto modo, servían de guía hacia la paz y el progreso cuando los países vecinos se enzarzaban en conflictos. Los mandatarios eran elegidos indirectamente mediante un proceso democrático en que las diferentes órdenes menores y gremios seleccionaban a sus respectivos Depositarios, quienes designaban, entre los candidatos, a aquel que ostentaría el cargo de Sabio Mayor durante los siguientes diez años.- ¿Quién podría querer destruirlos... o, simplemente, ser tan estúpido como para creer que puedan ser vencidos?

-Pecáis de ingenuidad, jovencita. Entiendo que, desde vuestra posición, el Alto Consejo pueda parecer un mecanismo perfecto e invencible pero, cuando los años os den perspectiva, comprenderéis que ninguna asociación carece de rencillas internas y otros diversos puntos débiles. -La joven se sentía extrañamente cómoda con el hostelero a pesar de lo que había ocurrido hacía tan solo unos instantes. Su forma de hablar le recordaba increíblemente a la del director del internado.- ...Sin Handschmud, que es reconocido oficialmente como el mago vivo más poderoso de toda la región de Ëan y, discutiblemente, del mundo, comenzarían los enfren-

tamientos entre los otros poderosos e influyentes hechiceros; que desembocarían en una serie de altercados, que terminarían por incluir a otros sectores que apoyasen a uno u otro candidato. En cuestión de meses, toda la región de Ëan se vería fragmentada en un sinfín de "micro-países" en constante enfrentamiento...

-Esperad un momento... -A Áshelayd había comenzado a dolerle la cabeza.- ¿Qué clase de sistema permite algo así? Handschmud tiene ya más de cien años y, aunque me pese por el aprecio que le tengo, podría dejarnos en cualquier momento. Todos deben haberse preparado ya para...

Ánid comenzó a reír estruendosamente; haciendo bailar los irregulares pellejos de su papada, así como su enorme panza, debido a las contracciones espasmódicas de su pecho.

-Cierto, lo olvidaba; sois muy joven para recordarlo y, probablemente, no os afectó si vivíais alejada de la civilización en aquel momento... -El desaliñado hostelero cruzó una comprensiva mirada con la joven y, bajando el tono, comenzó a explicarse.- La teoría que os acabo de exponer no es tal; sino un hecho. Hace doce años, a la muerte de la reina Rayâ; por aquel entonces Sabia Mayor, a pesar de su estatus aristocrático, ocurrió algo terrible. La codicia del que entonces fuera considerado como el más poderoso hechicero, Valdemaíd, lo impulsó a pretender hacerse con el cargo de Gran Sabio por la fuerza y, a causa de ello, dio comienzo a una terrible guerra que, en sus escasos siete años de duración, provocó algunos de los sucesos más sorprendentes de nuestra era: La alianza entre los Trolls y humanos, el auge de la iglesia Cadrelicia, el acuerdo entre Indo y magos, la

caída de la dinastía Vànyner a manos de dos únicos guerreros... -Áshelayd carraspeó, con la intención de indicarle a su interlocutor que retomase la historia.- Como iba diciendo, la caída de los Vànyner dejó sin mando a gran parte de la infantería a favor de Valdemaíd; pero éste seguía contando con un importante séquito de magos bajo sus órdenes. Este grupo recibió el nombre de "Los siete Yanos´a"...

-Eso vendría a significar algo así como... -La muchacha dudó unos instantes.- ...¿Los siete espíritus defensores del diablo?

-Casi. Yanos´a se traduciría a nuestro idioma como "sacerdote del diablo". -La joven asintió; sorprendida ante el hecho de que la combinación entre las palabras "´a/defensor" y "Ya/espíritu" formasen "sacerdote" en la antigua lengua arcana creada por los elfos.- ...Lo poco que quedaba del país de Rayâ invirtió sus fondos restantes en la contratación del más selecto grupo de asesinos que se podían comprar y, gracias a ello, todos los Yanos´a fueron derrotados uno tras otro a manos de aquellos que se autodenominan los "Oscuros".

Valdemaíd, acosado por las tropas enemigas, luego de ver caer al último de sus hombres de confianza, tomó la decisión de abandonar su fortaleza en la sitiada Ordenaýl y atacar directamente a la ciudad de Endia, capital del país de Rayâ; donde se encontraban los dirigentes de los ejércitos fieles al antiguo régimen.

Jamás en toda la historia conocida se ha dado una situación parecida, en la que Endia haya estado tan cerca de ser tomada por las tropas enemigas. Afortunadamente, alguien logró detener al malvado hechicero. La persona que lo hizo no se trataba más que de un humil-

de viajero errante que, en su larga vida, había sufrido y librado más batallas de las que el malvado atacante hubiese podido llegar a soñar.

Handschmud Zetz, "el valiente", logró derrotar a Valdemaíd en un épico combate que duró seis días y siete noches.

Luego de esto, todos los bandos decidieron crear una débil relación de alianza basada en una política de "no represalias" en que todos los territorios y presos políticos fueron devueltos. Las elecciones a Gran Sabio revelaron a Handschmud con un histórico ciento por cien de los votos a su favor y, durante los siguientes tres años, éste se dedicó en cuerpo y alma a recomponer los deshilachados jirones de nuestra civilización, al mismo tiempo que se iba interesando cada vez más por un hermoso castillo dedicado a la enseñanza de magia cerca del bosque de Seisríos; que restauró ayudado por un arquitecto amigo suyo. En cuanto la situación se estabilizó, dimitió; realizando su cuarta acción histórica al convertirse en el Gran Sabio que menos tiempo había ostentado el cargo...

-Y entonces fue cuando se convirtió en director del internado.

-Exacto. El viejo Handschmud nunca ha sido muy dado a...

Súbitamente, un golpe seco alertó a la pareja. A sus pies, un muchacho se revolvía, gimiendo, sin atreverse del todo a tocar su pierna izquierda; que permanecía doblada por la rodilla en un ángulo antinatural.

Apenas unos segundos después, Yin apareció tras ellos dejando, como única evidencia de su caída, una

leve onda de polvo, desprendida del árido suelo de la calle, bajo sus pies.

-Lamento haber tardado tanto, mi señora, pero no quería arriesgarme a matarlo y es difícil atrapar vivo a alguien de sus características… parece conocer muy bien la distribución de los tejados del pueblo.

El joven Yajin´e comenzó a avanzar hacia el encapuchado que, al verlo, comenzó a revolverse y a gritar desesperado.

-¡Que no se acerque, por favor! ¡Es un monstruo! ¡Un diablo! ¡SOCOROOOO! ¡A MI LA GUARDIAAA...!

Yin, tranquilo y pausado, colocó su pie sobre la pierna rota del asesino y le lanzó una despiadada mirada.

-¿Que pretendíais atacando a mi señora?

El enmascarado, viendo cómo se encendían las luces en las ventanas y algunos vecinos curiosos salían de sus casas, se sintió envalentonado y, quitándose la tela de la cara, mostró su joven rostro.

-¡No te diré nada, hijo de perrahAAAAAAAAH!

El muchacho, que no se había visto afectado ante la juventud del asesino o la presencia de los vecinos, relajó la presión de su pie para volver a preguntar.

-¿Por qué habéis atacado a mi señora?

-Po... por favor... a mí la guard... ¡AAAAAHH!

Yin, luego de reducir de nuevo la fuerza con que había comprimido la herida del asesino frustrado, se dirigió a las confusas gentes de Árdell con una voz tan potente como serena.

-Este muchacho que aquí veis ha cometido un terrible delito. Solo mi intervención ha podido evitar un homicidio esta noche y, apelando a los derechos de defen-

sa del honor que las leyes del País de Rayâ me otorgan, solicito a las autoridades que me permitan hallar la razón de dicho intento de asesinato por los medios que yo considere convenientes; tomando la deuda como saldada una vez cumplido mi propósito.

Un hombre rudo, acompañado de un joven que resollaba mientras cargaba con un gran espadón y un pesado escudo, apareció de pronto entre la multitud y se detuvo ante Yin.

Lo miró durante unos instantes, como intentando recordar si lo había visto antes; pero no tardó en negar con la cabeza al concluir que no era así.

-Cierto es, forastero, que la defensa del honor es un derecho que os permite detener y castigar, siempre que sea con buen criterio, acorde con el delito, al criminal. Pero yo, el Capitán Hal Gard, alcalde de este pueblo, os pregunto ¿Fue a vos a quien atacó este muchacho? Habláis de "evitar un homicidio"; pero no habéis especificado.

-Ca... capitán... ayudadme...

-¡Silencio, Jolhann! Bastante decepcionado estoy ya contigo.

-Pe... pero, señor... yo... Era tanto dinero; y mi familia... llevamos días sin comer...

-Siempre hubo trabajo para ti en el pueblo, Jolhann. No tienes derecho a apelar compasión en ese sentido. A pesar de ello, os vuelvo a preguntar, viajero ¿Fue a vos a quién este muchacho atacó?

-No, capitán; pero como si lo fuera.

-Explicaos.

-Yo soy el guardaespaldas de la doncella Áshelayd; víctima del altercado.

-Eso no os da derecho a cobraros una deuda de honor. Pelear por trabajo lo hacen los mercenarios y, si además el ataque es contra un muchacho de un humilde pueblo en tiempos de paz, he de ser tajante... Según la ley, debería ser vuestro cliente quien luchase contra el joven.

-Mi cometido está lejos de poder ser considerado un trabajo, capitán. La razón de que yo proteja a mi señora no es económica sino que se trata de una conexión mucho más profunda -Áshelayd notó cómo un ligero rubor acudía a sus mejillas; aunque sabía que la frase no iba a terminar de la forma en que los presentes esperaban.- Tengo una deuda de honor con ella, ya que salvó mi vida. Siendo que mi vida le pertenece ahora, su honor es el mío y, si su persona es deshonrada, mía es la responsabilidad de solucionar el asunto.

El capitán miró hacia Áshelayd; quien se puso rígida al instante, ante la intensa mirada de sus brillantes ojos zarcos.

-¿Es eso cierto, doncella?

-S... sí, señor.

-Y tú, Jolhann ¿Tienes algo más que añadir en tu defensa?

-Yo... señor, por favor, no volveré a...

-Lo lamento en el alma, Jolhann... Pero debiste haberlo pensado bien antes de cometer este crimen. Os recuerdo, forasteros, que el castigo debe ser acorde con el delito y éste ha sido tan solo una tentativa; así que no debéis matarlo o lisiarlo de por vida. -Hal Gard dirigió una mirada de preocupación hacia la amoratada rodilla del joven; que podía verse a través de la tela desgarra-

da.- ¡Vamos, todo el mundo a sus casas; aquí no se os ha perdido nada!

Una vez se hubieron ido el capitán y los demás habitantes del pueblo, Jolhann comenzó a sollozar, suplicando.

-Cállate ya, mocoso. -Yin se agachó, agarró por el pelo al joven criminal, que no debía pasar de los trece años, y lo obligó a mirarlo fijamente a los ojos.- Si no me dices quién te contrató para matar a mi señora y por qué lo hizo, te llevaré hasta donde está tu familia y los mataré a todos, uno por uno. A los niños los dejaré de últimos para que vean perecer a los demás y, cuando haya acabado con todos, iré cortándote en pedacitos poco a poco hasta que, al final, al no quedarte ya extremidades, te abriré el pecho y sacaré el corazón con el cuidado necesario como para que vivas lo suficiente para ver cómo me lo como.

Las amenazas de Yin, a pesar de haber funcionado, habían surtido un efecto exagerado. Áshelayd luchaba por mantener el contenido de su estómago en su lugar mientras que, Ánid, yacía inconsciente en el suelo.

-Me... me pagó un encapuchado. No sé quien era...

-Está bien. Mi señora, por favor, sostenedlo mientras voy a preguntar dónde vive la familia de este...

-¡No! ¡Os lo juro; solo sé que ese tipo tenía una voz desquiciada y no dejaba de moverse; como si tuviese tics nerviosos...!

-Continúa; quizás no haga falta llegar a tanto como yo pensaba.

Visiblemente emocionado ante la posibilidad de librarse del horrible castigo que, de todas formas, jamás

habría llegado a recibir, el muchacho continuó explicando:

-Llevaba un gran paquete alargado, de algo más que metro y sesenta y cinco centímetros de largo, y sus saltones ojos vidriosos, de un pálido azul fantasmal y pupilas contraídas, resaltaban sobre la oscuridad... Dijo que debía atacar a una organización "impura", regida por un malvado anciano llamado Handschmud, y que yo debía acabar con él para que su poderoso ejército lograse tomar la fortaleza mientras tanto...

-¡No! -Áshelayd estaba horrorizada.- Yin, tenemos que volver al internado. Si el ataque debía ser contra Handschmud y "su organización" de forma simultánea, ahora mismo...

El muchacho asintió. Lo más probable era que, en esos instantes, se estuviese llevando a cabo una terrible lucha al otro lado de Seisríos.

IX - RÁPIDA TRAVESÍA POR SEISRÍOS

El crepitar de los cascos de los caballos contra el suelo, junto a los desbocados latidos de su corazón, impedía a Áshelayd pensar con claridad. No podía creer que algo tan terrible pudiese ocurrir en realidad y, a pesar de la presencia de Handschmud en el internado, se sentía extrañamente intranquila.

Yin avanzaba unos metros por delante de ella, abriendo camino, ya que su experiencia a caballo parecía ser mucho mayor que la de Áshelayd; la cual solo había tomado las riendas en las clases de equitación de la escuela y, por lo tanto, jamás había cabalgado por un bosque a tal velocidad.

Las dos magníficas bestias, dignas de un noble de la más alta alcurnia, habían sido cedidas por Ánid; quien se había negado a revelarles su procedencia, luego de curar el brazo de la joven hechicera y de que Yin lograse sonsacarle al muchacho del pueblo la ubicación de la nieta del hostelero. Al Yajin´e no le costó mucho echar la puerta abajo y someter al robusto cómplice del joven; quien describió de forma similar, aunque mucho menos elocuente, al hombre que los había contratado.

De todas formas, aunque estuviesen robándoles los caballos al mismo rey y su séquito (quienes, por otra parte, jamás se hubiesen hospedado en aquel tugurio de mala muerte), Áshelayd sentía que debía hacerlo si con ello aumentaban las posibilidades de ayudar a sus compañeros

-¿Qué ocurre ahora? -Yin se había parado en seco y, extendiendo el brazo izquierdo con la palma abierta y los dedos juntos, había indicado a la muchacha que hiciese lo propio.- Por favor, Yin, tenemos que…

-¡Callad! -Susurró el joven.- No podemos seguir avanzando por aquí.

-¿Por qué no? -Respondió la muchacha en el mismo tono de voz.- ¿Acaso no hemos dado este tremendo rodeo para evitar a la...?

En ese momento, un ligero sonido de fricción inundó el ambiente. El olor a carne quemada dominaba a cualquier otro que pudiese flotar en el aire, lo que, unido a las trazas de humo, hizo salir a cuanto animal había de su madriguera. A unos sesenta metros, semioculta por el follaje, una alargada silueta se desplazaba con lentitud, reptando, mientras desprendía numerosas hileras de humo; pretendiendo mantener de forma constante su agitada respiración.

Por fortuna, el hollín había entumecido el prodigioso sentido del olfato de la gigantesca serpiente, así como los sensores térmicos de su hocico; por lo que continuó alejándose poco a poco hasta que se perdieron de vista los últimos jirones de la abrasada piel de su cola.

Áshelayd había contenido la respiración durante casi todo aquel intervalo de tiempo, no tanto a causa del mal olor sino por el miedo. Sin embargo, al relajarse una vez se hubo ido el monstruo, se sintió realmente agotada. Llevaba ya mucho sin dormir del tirón y, durante todo lo que quedaba de noche, no le esperaba más que una interminable cabalgata a través del bosque... pero era un sacrificio necesario. Con la idea de cumplir su misión, retomó el camino, luego de lo cual, Yin volvió a

ponerse en cabeza y continuó su carrera, esta vez en línea recta, hacia su destino. El monstruo jamás llegaría a saberlo pero, en su marcha a través del bosque, había apartado la mayor parte de los obstáculos que entorpecían el viaje de los muchachos, quienes, gracias a ello, lograrían llegar al internado al amanecer con toda seguridad.

X - *UN NUEVO RUMBO*

La ascendente columna de humo y hollín se hizo visible mucho antes de llegar al gigantesco castillo. Áshelayd sintió cómo se desvanecían sus últimas esperanzas. Había llegado tarde. No había nada que pudiese hacer ya por ayudar.

Yin, perspicaz, deceleró para ponerse a la misma altura que ella.

-Se en lo que estáis pensando, mi señora... -Áshelayd regresó a la realidad al oír la voz de su acompañante.- "Donde hay humo, hay fuego", pero no necesariamente ha de haber muerte o derrota. Esperad a haber llegado para preocuparos.

-Sí... Tenéis razón.

Algo más animada, la joven espoleó al caballo para aumentar la velocidad. Finalmente, el muchacho deseó no haber abierto la boca.

De lo que había sido un icono en la arquitectura del país, así como centro a la vanguardia de estudios sobre la hechicería, apenas quedaban algunos muros derruidos junto a los escombros.

Áshelayd, sintiendo que su alma había quedado tan destrozada como el edificio, bajó torpemente del caballo y comenzó a llorar.

Yin, por su parte, no daba crédito. Todo un castillo, de semejante tamaño, hecho añicos... ¿Qué clase de poder permitía hacer algo así? Aún con ello, la magnitud del ataque jamás habría podido ser lo suficientemente grande como para acabar con todo el grupo de magos expertos que eran los profesores de aquel internado.

Menos todavía como para vencer al mismo tiempo a Handschmud Zetz sin darle a éste la oportunidad de defenderse; en cuyo caso, las señales serían evidentes: Una buena pila de cadáveres enemigos.

En ese instante, una luz pareció parpadear en los ojos del muchacho; al percatarse éste de una posibilidad.

-Quizás...

Mientras la estudiante de hechicería continuaba llorando, el guardaespaldas comenzó a rebuscar entre los restos de la estructura destruida.

Unos veinte minutos después, el joven comprendió que su teoría era correcta.

De un monumental salto, que amortiguó con una voltereta al llegar al suelo, el Yajin´e se plantó ante Áshelayd quien, todavía desconsolada, apenas se percató de su presencia.

-¿Qué quieres...?

-Animaos, mi señora. He estado buscando supervivientes, pero no he encontrado ninguno...

La muchacha arrancó a llorar de nuevo; con mayor desconsuelo en esta ocasión.

-¡Muchas gracias! ¡Ahora ya me siento mucho mejor, imbécil...!

-...No, no. No me habéis dejado terminar. Lo que os quería decir es que tampoco he encontrado cadáveres. No queda ningún resto humano aquí.

El rostro de Áshelayd pareció iluminarse de pronto.

-Entonces... ¡Están vivos!

-Bueno... eso no es del todo...

-¡Están vivos! -La muchacha se abalanzó sobre el cuello del joven y lo abrazó con todas sus fuerzas.- ¡Seguro que han logrado escapar! ¡Gracias, Yin!

A pesar de la reacción de la joven, el muchacho no las tenía todas consigo. Era cierto que no había encontrado ningún cadáver o señal de haber habido alguno por los alrededores; pero eso, precisamente, era lo que no encajaba. ¿Desde cuándo una batalla de tal magnitud podía decidirse sin cobrarse ni una sola vida en ninguno de los bandos? No. No solo no había víctimas mortales; tampoco había logrado encontrar señales de que nadie hubiese luchado o resultado herido. Aunque, por otra parte, el ruinoso estado carbonizado del edificio tampoco ofrecía una superficie adecuada para realizar sus pesquisas de rastreador.

En cualquier caso, la idea de que, una vez proclamados vencedores, los sitiados se llevasen los cadáveres de los enemigos, era casi tan ridícula como pensar que, una vez vencidos los sitiados, los atacantes se llevasen sus restos consigo.

No existía ninguna razón para llevarse los cuerpos... incluso si el ataque hubiese tenido algo que ver con el cobro de alguna recompensa, lo cual no encajaría con lo que sabían hasta el momento, habría bastado con llevarse únicamente la cabeza del sujeto en cuestión o cualquier otra prenda requerida por el contratante. De todas formas, en ninguna situación que se le ocurriese sería necesario llevarse los cuerpos de los alumnos...

Definitivamente, solo había una posibilidad: "Se los han llevado como prisioneros".

-Mi señora, creo que deberíamos dirigirnos a Endia, la capital.

-Pero lo más seguro es que los heridos se hayan encaminado al pueblo más cercano; el de Árdell. Seguro que lo rodearon por el lado contrario al nuestro y, por eso, no nos los encontramos por el camino.

Yin sabía que los secuestradores jamás se dirigirían hacia un bosque habitado por un monstruo escupefuego y, por si esto fuese poco, había descartado ya (y con buenas razones) que el lugar de destino de los atacantes pudiese ser la zona norte de la región.

Desde el reparto de tierras, las gentes del Desierto Blanco, en el nordeste, se habían aislado del país de Rayâ y sus múltiples enfrentamientos por el agua los tenían verdaderamente ocupados. La otra posibilidad relacionada con la zona superior de la península era que la procedencia del enemigo fuese el noroeste; el archipiélago Hane (Yin se estremeció al pensar en ello) pero, aunque éste fuera el caso, no se habrían llevado a la comitiva a los puentes de Hasslyn; sino que los habrían guiado al lugar en que estuviesen aquellos que habían contratado sus servicios.

Lo más probable era que este lugar fuese Endia, la ciudad más grande y bulliciosa del país; donde, como él bien sabía, este tipo de encargos prosperaban.

No le quedaba otra. Debía convencer a la muchacha de que lo mejor era dirigirse al suroeste.

-Quizás la lucha los obligó a huir. No sabemos qué pasó con exactitud pero, de ser así, se habrían puesto de camino hacia la capital; donde hay mayor seguridad. La prioridad habrá sido la protección de los alumnos.

Aunque no parecía del todo convencida, Áshelayd decidió confiar en su compañero, que hasta ahora no le había fallado, y montó de nuevo en su agotado corcel. Una vez más, los dos jóvenes corrieron por la foresta mientras una leve duda comenzaba a rondar la mente de Yin. ¿Realmente había tomado su decisión llevado por la lógica o, quizás, por el miedo?

XI - HADÍ, EL GUERRERO SANTO

La capital del País de Rayâ, Endia, situada en el suroeste del país, era punto de convergencia de todas las rutas marinas que pasaban por el extremo norte del continente; donde se encontraba la gran península que era la región de Ëan; llamada por muchos "la cabeza de caballo", debido a la curiosa forma que su relieve dibujaba en la intersección del Océano Piral con el Inedal.

Edificada sobre tierra fértil, rodeada de puros manantiales y protegida por las murallas élficas que la habían resguardado de múltiples ataques, según contaban las leyendas, desde antes de los albores mismos de la humanidad, la ciudad resultaba por completo autosuficiente aún sin contar con su proximidad al inagotable Océano Piral, quien, con sus maravillas y alimento, nutría vientres y bolsillos de los habitantes; entre los que se contaban numerosos comerciantes que enviaban y recibían sus mercancías por las vías marítimas.

Ajeno al bullicioso ambiente del exterior de una de las opulentas sedes de la iglesia Cadrelicia, un hombre anciano y encorvado, cuyo rostro se veía cubierto por la capucha de un hábito de esparto, renqueaba ayudado por otro sujeto vestido de forma similar, de aspecto joven y enclenque este último; quien llevaba, bajo el otro brazo, un paquete alargado que daba toda la impresión de contener algo muy pesado en su interior.

-Hadí... -La voz del anciano, cascada, cansada y hueca, parecía rasgar el aire a medida que se propagaba por las altas bóvedas del lugar, en forma de eco.- ...ya

muy pronto lograremos cumplir con nuestro cometido... -El anciano se paró unos instantes a recobrar el aliento y continuó su inestable marcha.- Con la "reliquia sagrada", símbolo de la iglesia, en nuestro poder, tu comunión con Dios será ya completa y mis... "nuestros" planes para tu futuro estarán más cerca de cumplirse que nunca...

-Gracias, Gran Sacerdote... -De la boca del joven surgía una dulce voz, casi angelical y cantarina que, por otra parte, parecía poseer un deje de absoluto desquiciamiento y fanatismo.- Pero yo todavía no soy digno de...

-¡Tonterías! -El Gran Sacerdote comenzó a toser secamente debido al esfuerzo que su débil garganta había sufrido al gritar.- tú, Hadí Belforell, fuiste seleccionado por Dios entre todos aquellos niños... Eres el elegido; el que heredó la fuerza de su primer enviado a nuestro mundo. Su poder es el tuyo, por lo tanto ahora deberás demostrar tu condición de nuevo Mesías ante el resto de altos cargos de la congregación... -El anciano cogió el largo paquete y, apoyándolo en el suelo para evitar que el peso lo desequilibrase, lo abrió.- ...Y, para ello, deberás pasar la prueba del "Guerrero Santo".

Del interior del paquete, cayó una alargada silueta, perfectamente reconocible, envuelta en una delicada tela de inmaculada seda blanca.

Hadí, sin esfuerzo, agarró el objeto antes de que éste impactase contra el suelo y lo observó entre sus manos con el mismo cuidado que habría tenido de haber estado sosteniendo a un bebé recién nacido.

Incapaz de resistir la tentación, luego de percatarse de la emocionada mirada de su maestro y mentor, el

joven tiró de una de las cintas que mantenían la tela plegada sobre el objeto; que se hizo visible al momento.

La larga y blanca empuñadura envuelta en cinta de "cabello de elfa", la cual encajaba a la perfección entre los largos y huesudos dedos de sus fuertes manos, terminaba en un contundente pomo, con un rubí engarzado en un lado y un zafiro al otro. Una extraña guarda dorada, adornada en el centro por el símbolo de la iglesia Cadrelicia (un trapecio dividido en dos triángulos a los lados y otro abajo, apuntando hacia arriba, sobre el que se encontraba un rombo alargado), protegido bajo una lámina de cristal diamantino, se prolongaba a los dos lados de la espada de forma similar a las alas de un pájaro; resultando el canto interior un filo cortante. De ella surgía una hoja gruesa y contundente que, con su aproximadamente metro y medio de largo, iba disminuyendo progresivamente de anchura hasta formar un amenazante aguijón.

Hadí la blandió, lentamente al principio; con fuerza al final. El delicado filo silbaba al cortar el aire, que parecía ondular a su alrededor; mientras que el peso de la hoja lo dotaba de una fuerza asesina. Estas características por sí solas ya convertían a la espada en el arma más magnífica que el joven hubiese contemplado en su vida; pero había más: La curiosa distribución del peso del pomo, guarda y hoja creaban una inestabilidad en el equilibrio de la espada que permitía cambiar bruscamente de dirección o táctica en medio de un tajo, conservando tanto la fuerza como la velocidad iniciales al hacerlo, con tan solo modificar ligeramente el ángulo en que se sujetaba la empuñadura.

-Es... es magnífica. Tan solo un genio podría haber creado algo así...

-Es la espada de Cadrael, la mano derecha de Dios y fundador de la única iglesia verdadera... Es el producto de la inspiración que Dios imbuyó en la mente de los más habilidosos herreros de la era... quienes, convenientemente, se llevaron el secreto de su perfección a la tumba. Es la última arma en que se aplicó el proceso de refinado de aquel metal legendario...

El muchacho, embelesado ante el fantástico brillo casi espejado de la espada, vio resueltas todas sus dudas.

-Gran Sacerdote... Estoy preparado para la prueba.

Los rasgos del anciano parecieron dulcificarse durante unos instantes. Su voz resonó algo más ronca de lo habitual y, sus amarillentos ojos, brillaban también más que de costumbre.

-Desde el día en que te salvé de aquellos diablos supe que me harías sentir orgulloso, Hadí... llamado de apellido Belforell, aún sin ser noble, por ser éste el nombre de la mano izquierda de Dios; a quien sin duda representas tú en la tierra del mismo modo en que lo hizo Cadrael con su diestra... Muchos años ha, luchando en la "Guerra de los once años", un desafortunado golpe me privó de la capacidad de engendrar hijos propios... pero Dios, en su sabiduría, supo recompensar el sacrificio de mi hombría con un hijo del que me habría de sentir tremendamente agradecido... ¡Luce bien esa marca infligida por los descreídos, hijo mío! ¡Luce bien el símbolo de su ciencia ignorante; tan orgulloso de él como yo lo estoy de ti pues, sin saberlo, esos diablos

disfrazados de hombres te dotaron del número sagrado; el que te muestra como indiscutible elegido!

-Gracias, padre, por todo lo que habéis hecho... Haré que os sintáis más feliz de haberme adoptado que nunca; y luciré el "santo seis" con la cabeza bien alta; nunca más con vergüenza.

-Bien Dicho, Hadí... Ahora retírate a tus aposentos a descansar. Come sin excesos, bebe solo agua y no pienses hoy en mujeres. Debes estar en plena forma para la prueba de esta noche.

Hadí Belforell, sentado sobre un taburete, mantenía su mirada fija en la magnífica espada, que permanecía apoyada contra la pared, ignorando el frío de la grasa y la sensualidad con que las manos de las sirvientas se la untaban por brazos, piernas y torso.

Vistiendo un simple calzón blanco, los tensos músculos del flaco guerrero, que aparentaba, debido a su delgadez, ser varios años menor de lo que realmente era, relucían a la luz de las antorchas; dotándolo de un aspecto amenazador en el claroscuro que desdibujaba sus contornos. Las voces de los guerreros que coreaban fuera de la estancia e, incluso, al otro lado de los gruesos muros, turbaban al joven. Pero nada de eso importaba. Esa noche debía concentrarse tan solo en cumplir con lo que su padre adoptivo esperaba de él.

...

Una vez las muchachas hubieron terminado con su trabajo, lo levantaron y guiaron, entre risitas, ante un espejo.

El propio Hadí se sorprendió. Su figura, que aunaba una apariencia de muchacho enclenque con la de un hombre musculoso, resultaba, en su contraste, aterradora. Los saltones ojos de color azul celeste del joven guerrero poseían la cualidad de causar desagrado a todos aquellos que los contemplasen; ya que solía mantener un párpado algo más caído que el otro, dándole el aspecto de un trastornado, y parecían siempre algo salidos de sus órbitas. Sus finos labios permanecían constantemente en una mueca impasible, tensos; pero nunca debido a la rabia o al miedo. El pelo azabache lo llevaba corto y de punta. Algunos finos mechones rebeldes, algo más largos, caían sobre su frente mientras que, la nuca, se veía adornada por una fina trenza, de unos veinticinco centímetros de largo, que caía sobre su hombro izquierdo.

Ninguna de estas características intrigaría tanto a los presentes como el sobrio tatuaje negro que el joven llevaba en el pectoral izquierdo: "6"; sobre el que tantos rumores corrían, a cual, más disparatado.

El griterío había aumentado. Era el momento de salir al campo de batalla y convertirse en el nuevo símbolo que la iglesia Cadrelicia tanto necesitaba en una era de "falsa paz" como la que se estaba viviendo en aquellos momentos.

Hadí Belforell se ató una cinta blanca a la frente, besó apasionadamente en los labios a cada una de las cinco jóvenes sirvientas y, luego de coger la espada con fuerza, salió a la iluminada estancia contigua.

...

-Sostenéis, pues, Gran Sacerdote, que vuestro protegido, Hadí Bel... -El portavoz del consejo mal disimuló una mueca al leer el nombre del joven.- ...Hadí Belforell, está capacitado para pasar la prueba y convertirse en uno de los "Guerreros Santos" ¿No es así?

-No solo lo sostengo; sino que sé que, una vez finalizada, la prueba lo revelará como el mayor "Guerrero Santo" habido desde el mismísimo Cadrael.

El griterío del público aumentó de forma considerable al oír las atrevidas palabras del anciano.

-No... ¡A pesar de vuestra posición, no consentiremos este tipo de blasf...!

-¡No es blasfemia predicar con la verdad!

-Pues, ya que la fe se reserva a Dios, que se nos demuestre esta "verdad".

-¿Acaso no está para ello esta prueba...?

En ese instante, el joven emergió de la penumbra en que se encontraba la habitación de preparación y sustituyó al anciano en el puesto de honor ante el consejo.

-¿Cu... cuál es vuestro nombre, joven adepto? -Comenzó a preguntar el portavoz, dando comienzo así con el ritual; sorprendido ante la escuálida figura del interesado.- Por favor, contestad a las preguntas con brevedad y de forma clara.

-Hadí Belforell.

-¿Vuestra edad?

-Veinte años.

-¿Habéis incumplido desde vuestra entrada en la iglesia, o pensáis incumplir, los sagrados preceptos de ésta, la única fe verdadera?

-No.

-De ser aceptado ¿Protegeréis a la fe verdadera, aún con vuestra vida, y la predicaréis por el mundo en vuestros viajes, acabando con aquellos, en apariencia hostiles o no, que la amenacen?

-Sí.

-¿Por qué deseáis el cargo de "Guerrero Santo"?

-Para ayudar a mi iglesia en estos momentos aciagos en que el inculto pueblo olvida la virtud del sacrificio y se abandona a la plácida existencia que los astutos diablos, disfrazados de hombres sabios, de magia y de ciencia, les ofrecen.

La respuesta había sido mucho mejor de lo que el consejo esperaba. Sin duda, el muchacho había sido bien instruido por el Gran Sacerdote Lahyrún.

-¿Aceptáis, entonces, las responsabilidades que acarrean esta prueba tanto si es superada como si no?

-Sí. Las acepto.

-Bien. De no ser superada, deberéis peregrinar a tierra santa y recluiros por cinco años de meditación y entrenamiento condicionados por el inicio de algún conflicto en que se os precise. -El alto consejo al completo se alzó del elevado banco presidencial. Alzando las manos, el grupo de insignes miembros de la iglesia proclamó.- ¡Que comience la prueba! -Del gran portón de madera aparecieron, uno tras otro, cinco fornidos guerreros, vestidos de la misma guisa que el joven, armados con espadas, hachas, lanzas y mazas.- Deberéis luchar

contra los cinco "Guerreros Santos" que a nuestra congregación protegen hasta ahora. Por supuesto, no esperamos que venzáis; pero en función de vuestra actuación os declararemos apto o no. -El portavoz se sentó luciendo una socarrona sonrisa y añadió.- Deberéis llevar cuidado ya que en este combate, al igual que en una batalla real, todo está permitido y podríais perder alguna extremidad o, incluso, la vida.

Las cinco moles comenzaron a rodear a Hadí quien, impasible, no se movió ni un ápice.

Algo nervioso a causa del apático comportamiento del muchacho, a modo de tanteo, uno de ellos decidió atacarlo con la maza. Sin mirarlo siquiera, el joven detuvo la bola de hierro templado con la mano izquierda y, en un rápido movimiento de espada, realizó un profundo corte en el brazo de su adversario.

El guerrero cayó al suelo, gimiendo y agarrándose la sangrante herida, mientras Hadí contemplaba, embelesado, el brillante filo argénteo de su arma. Estaba tan afilada que ni siquiera se había manchado con la sangre. Tal le había parecido que, el propio aire que la rodeaba durante el mandoble, hubiese sido quien había realizado el daño.

Tras unos instantes de incredulidad, los otros cuatro "Guerreros Santos" se abalanzaron sobre él. El muchacho parecía volar entre los musculosos cuerpos de los guerreros. Cada vez que era atacado, esquivaba a su adversario, lo hería y escapaba de nuevo.

El enorme peso de la espada, lejos de resultar un problema, permitía al joven aplicar más del doble de su fuerza habitual (que no era poca) en casi todo tipo de técnicas. Podía, incluso, lanzar un golpe hacia abajo y,

una vez destruida el arma de su adversario, mover ligeramente la muñeca para redirigir la hoja hacia el vientre, piernas, brazos, cabeza o cualquier otra parte del cuerpo de cualquier otro enemigo que se estuviese acercando sin que el movimiento perdiese fluidez ni, por lo tanto, velocidad o fuerza.

Una vez se hubo habituado al uso de la espada, Hadí no parecía ya humano. Se movía con velocidad y precisión imposibles de seguir con la vista. La continua relajación y contracción de los músculos contra su esquelética figura parecía deformar su cuerpo, que, en su constante y flexible movimiento, se asemejaba al de una serpiente danzarina. De un solo mandoble, logró romper las astas de las dos últimas lanzas y, de paso, cortar el muslo de uno de los atacantes.

El combate se prolongó por unos minutos más hasta que ya solo un jadeante espadachín estaba en condiciones de hacerle frente.

-Eres... un cobarde... ¿Lo sabías...?

-Tan solo he empleado la técnica más eficaz en un combate contra múltiples adversarios.

-Sí... seguro... Si tan solo pudiese atraparte...

Hadí esbozó, con sus finos labios, algo parecido a una sonrisa.

-Creo que no lo habéis entendido... Por el respeto que os profeso como "Guerreros Santos" que sois no he querido mataros ni lisiaros de por vida... de no ser así ya estaríais todos muertos y yo no habría tenido ni que sudar.

El adversario, indignado, se lanzó contra el muchacho al grito de:

-¡INTENTA MATARME SI PUEDEEEEEEEEES!

-¿Renunciáis a ser útil a la congregación a causa de vuestro propio ego? Pues sea vuestra voluntad.

Parando en seco el avance del adversario con el lomo de su espada, Hadí demostró a su musculoso enemigo que, en fuerza, estaban no menos que igualados.

Pasaron los minutos, que se convirtieron en horas; y los presentes continuaban contemplando el duelo de resistencia con abrumada expectación. El filo de la espada de Hadí se acercaba cada vez más al cuello de su enemigo; quien ya había comenzado a sudar a goterones.

El muchacho no dudó ni siquiera al ver la suplicante mirada del guerrero. En cuanto sintió que las fuerzas de éste flaqueaban, aplicó todo su poder en el corte y, junto con la cabeza del enemigo, hizo volar medio filo de la espada de éste. El portavoz tardó más de tres minutos en recordar que era él quien debía hablar en ese momento.

-Ha... Hadí Belforell es digno de pertenecer al grupo de "Caballeros Santos" que, ahora sin capitán... será dirigido por él luego de un periodo de prueba e instrucción de tres meses. ¿Alguna objeción?

Todos los presentes negaron con la cabeza, como un solo organismo.

Hadí, hinchando el pecho para lucir todo lo posible la marca de su piel, alzó la espada y, mirando al Gran sacerdote, que lo observaba orgulloso desde la tribuna reservada a su cargo, profirió un poderoso alarido que los demás no tardaron en comenzar a imitar. Había nacido una nueva leyenda.

XII - *ATAQUE POR SORPRESA*

Hadí llevaba ya un buen rato admirando su aspecto en el espejo a cuerpo completo de los aposentos que le habían habilitado, pero todavía no podía creer que sus ojos no lo estuviesen engañando.

Ataviado con el uniforme de "Guerrero Santo", su raquítico cuerpo parecía ganar volumen e imponencia. Hecho a medida, le quedaba como un guante.

Sus ropajes estaban constituidos por una camisa interior, reforzada con cuero, sobre la que se había colocado una cota de malla de manga corta, tapada, a su vez, por un grueso camisón color azul claro e intenso, de holgado cuello vuelto. Los pantalones, algo más oscuros y de tonalidad mate, los llevaba sujetos por un fajín rojo carmesí. Encima de todo ello, dejando a la vista el voluminoso cuello de tela y sujeto también por el fajín, llevaba un peto de color claro, con el símbolo de la iglesia Cadrelicia cosido al pecho con hilo de oro y, los bordes, dorados también. Un simple par de confortables botas de cuero, adaptadas tanto para las largas caminatas como para rápidos combates, sin embargo, era lo que más le había gustado al muchacho. Como simple iniciado que había sido hasta entonces, no se le había permitido usar más que sencillas sandalias de paja desde niño... Antes de que Lahyrún lo recogiese, no había podido ni vestirse.

El Gran Sacerdote entró sin llamar a la habitación del muchacho; habiéndose quitado ya el hábito de esparto que había utilizado para viajar de incógnito y llevando ahora puesta una holgada túnica azul claro con el

símbolo de su iglesia bordado en el pecho junto a otras diversas ostentaciones.

-Has estado fantástico en la prueba, Hadí...

-Muchas gracias, Gran Sacerdote. Mañana tenemos una misión y estaba probándome el uniforme... aunque, de todos modos, quizás no tenga oportunidad de lucirlo.

-Espero que sea de tu agrado.

-Lo es. Jamás había llevado una ropa tan cómoda, aunque da algo de calor.

El anciano se acercó al muchacho para verlo mejor con sus ojos lechosos y sonrió, triunfante.

-Sé que acabarás con esos descreídos, hijo mío... no dudes ante los niños y mujeres que, sin duda, utilizarán para escudarse. Son todos iguales... debemos destruir el pilar central de esa torre que es la depravación; personificada por aquel "Alto Consejo"... -El Gran Sacerdote escupió estas palabras con odio.- ...que pretende ignorar nuestras verdades buscando el sentido a la obra de Dios... ¿Para qué? ¿Acaso no basta con seguir sus normas tal y como Cadrael lo especificó...?

-Tranquilizaos, padre. Muy pronto, todo este infierno habrá terminado... aunque no para ellos.

-Mi señor, las tropas están situadas.

-Bien. -Hadí, vestido ahora de incógnito, llevando su antiguo hábito de esparto, y con la espada convenientemente escondida en su paquete, pues se sentía incapaz de separarse de ella, se colocó la capucha y comenzó a bajar la colina que lo llevaría al pueblo más cercano a esa posición; seguido de cerca por uno de sus soldados.- En cuanto me ocupe de buscar el contacto que, según nuestro espía, tiene Handschmud en Árdell, y encuentre a algún imbécil lo suficientemente estúpido o desespe-

rado como para querer enfrentarse a él, y así consigamos que se vea motivado a investigar y permanezca lejos tiempo suficiente, iremos al castillo. Mientras tanto, que todos mantengan sus posiciones... Y aseguraos de tratar con delicadeza esas vasijas si no queréis perderos la acción. -El muchacho sonrió con aire desquiciado.- Esos ateos jamás hubiesen pensado que su querida ciencia les haría perder la guerra que tanto se habían esforzado por iniciar.

...

El día había amanecido tan oscuro y ruidoso como lo habían sido los anteriores. Por alguna razón, el bosque parecía ponerse a arder y volverse a apagar de pronto al mismo tiempo que, de su interior, provenían unos desgarradores alaridos más propios de un diablo que de una bestia de este mundo.

Yarlai, como siempre, se había levantado tarde esa mañana. Mientras corría a toda prisa por los laberínticos pasillos del edificio, sus pensamientos se encontraban muy lejos de allí. "¿Qué estará haciendo Áshel...? ¿Estará bien...? ¿Cuándo volverá...? ¿Me traerá algo bonito...?"

Absorta como estaba, la joven, que sabía el camino de memoria y podría haberlo atravesado incluso con los ojos cerrados, chocó contra un obstáculo inesperado.

-¡Lo sien...!

Sorprendida, comprobó que no había nadie en el corredor; había tropezado contra un gran recipiente.

Tan irremediablemente curiosa como su compañera de cuarto, Yarlai no pudo evitar olvidar la hora que era para, sin mayor parsimonia, ponerse a examinar la gigantesca vasija; del tamaño de un enorme tonel. El recipiente, de barro cocido, no parecía tener nada en especial. No estaba pintado, pulido, tallado o decorado de ninguna forma. Tapado con un prieto corcho, de unos veinte centímetros de diámetro, el único detalle que hacía destacar al objeto, quitando su desproporcionado tamaño, era un pequeño reloj de lata, inusualmente pequeño para la tecnología que utilizaba la gente común, que alguien parecía haber olvidado sobre el tapón.

Sin otra intención que devolverlo a su propietario, la joven cogió el "reloj de bolsillo" y se dispuso a continuar con su camino cuando algo la detuvo. Realmente, no podía seguir adelante, ya que el cronómetro estaba unido a un mecanismo que, atravesando el corcho, daba al interior de la vasija. Asustada, al comprobar que las agujas del reloj estaban a punto de alinearse en las doce en punto cuando apenas eran las ocho y media, el instinto de la muchacha la hizo saltar por uno de los enormes ventanales.

Ya en el aire, comprendiendo lo estúpido de su reacción, Yarlai logró controlarse y comenzó a recitar una serie de sonidos vibrantes que no tardaron en llenar el ambiente.

Como si de una pluma se tratase, el cuerpo de la joven comenzó a balancearse sobre las corrientes de aire para, luego de unos instantes de lento descenso, comenzar a ascender de nuevo.

Cuando ya casi había llegado hasta su destino, y con sumo cuidado, pues la más mínima pérdida de concen-

tración podría hacer que se estampase contra el suelo o uno de los muros, la muchacha alzó la vista para encontrarse con que el aire comenzaba a teñirse de un violeta claro.

Decidida a comprobar el origen del extraño olor agrio, la joven estudiante de hechicería alargó el brazo para asirse al alfeizar de la ventana; pero sin ningún éxito.

El gas de olor acre inundaba sus pulmones; causándole una extraña sensación de insensibilidad y torpeza. Incapaz de mover ni un solo músculo, la joven sintió como el hechizo comenzaba a perder efecto y una fuerza invisible la atraía irremediablemente hacia el suelo. Por fortuna, no con la suficiente rapidez como para partirle ningún hueso.

Postrada en la mullida hierba de los jardines, la joven tan solo pudo ver avanzar a la niebla violácea que, con cada vez mayor espesor, iba cubriendo al castillo desde dentro. Durante unos instantes, justo antes de quedarse inconsciente, logró discernir la imagen de un desconocido de abultados ojos de loco, vestido con un peto azul que lucía un extraño símbolo amarillo en el pecho, parecido a una espada, quien colocó su cara frente a la suya y, con una seca mueca en los labios, le hizo cerrar los ojos de puro pavor.

XIII - *ALTERCADO EN EL BOSQUE DE ANAFAE*

Los altos muros de la capital recortaban ya el cielo anaranjado del atardecer cuando Yin y Áshelayd alcanzaron a divisarlos por fin.

Todavía estaban bastante lejos, a medio camino, cruzando el denso bosque de Anafae; y pronto volverían a perder su destino de vista, al bajar por la otra cara de la colina que tanto esfuerzo les había costado subir a los agotados caballos.

-Mi señora, las bestias están sin aliento.

-Tenéis razón, pero, si no nos damos prisa...

-Un viejo proverbio dice: "Más conejos caza el lobo tranquilo que el desesperado".

La agarrotada y somnolienta joven pareció meditar durante unos instantes.

-¿…Significa que debemos evitar a los animales de la zona?

Yin guardó unos segundos de silencio; como sopesando la posibilidad de que realmente la muchacha hubiese podido llegar a una conclusión tan errónea acerca de sus palabras.

-En… en este caso lo interpretaríamos como que, si dejamos descansar a los caballos, podrán cabalgar a mayor velocidad dentro de un rato pero, si seguimos forzándolos, al final no podrán correr mucho más rápido de lo que iríamos a pie.

La joven estudiante de hechicería suspiró, rendida ante la evidencia. No podían seguir presionando así a sus monturas, ni a sí mismos; los cuatro debían descansar.

-¿Os parece bien aquí, entonces?

-Todavía no, mi señora. En el centro de este bosque hay un lago en forma de herradura llamado "Fuente Sellada" donde podremos abrevarlos; así que lo mejor sería continuar un poco más. Pero debéis tener cuidado en dónde pisáis, ya que está justo al borde de "La Gran Grieta": una enorme fisura que se extiende desde el acantilado hasta varios kilómetros hacia el interior del bosque... Es tan profunda que todavía no ha podido medirse la caída y, por supuesto, de todos los que han bajado, ya fuese por voluntad propia o porque se han despeñado, no ha vuelto ni uno.

Apenas unos minutos más tarde, la verdosa orilla del lago, iluminada tanto por los débiles haces de luz que atravesaban el denso follaje como por una especie de tenue luminiscencia propia, encandiló a los muchachos. Durante unos segundos, quedaron hipnotizados ante el etéreo resplandor que se reflejaba en el fondo desde la superficie ondulante; así como de la imponente aura que desprendía. Por tan solo unos instantes, la suave brisa pareció traer consigo un sonido similar al dulce tarareo de una niña; pero éste cesó de inmediato.

Aunque algo intranquila, la muchacha bajó de su caballo y lo llevó al agua. La bestia se lanzó y comenzó a chapotear y relinchar; más feliz de lo que lo había estado en su vida.

El caballo de Yin, quien todavía no había salido de su estupor, comenzó a impacientarse. No tardó en seguir los pasos de su compañero en cuanto el joven bajó de su lomo y dejó el equipaje en el suelo.

-¿Qué os parece?

-Es casi "demasiado bonito"... Me pone los pelos de punta.

Por favor, Yin, no seáis así. Si a los caballos les gusta, no creo que haya peligro.

-Sí... -El muchacho contempló la enorme roca de forma irregular que, disminuyendo notablemente la belleza del lago, había cambiado su forma circular original por la que ahora tenía hacia el inicio de la primera era de los reinos.- Supongo que no habrá problema.

-Vale. Pues ahora, id a preparar las cosas para comer mientras yo me voy al otro lado de la roca y me doy un baño...

El muchacho la agarró del brazo antes de que se fuese.

-De eso nada. Quedaos donde yo os vea... -Un par de hojas arrastradas por la repentina ráfaga de viento acentuaron todavía más el incómodo silencio que se había formado entre los dos jóvenes.- ...Me... me habéis malinterpretado, yo... lo que yo quería de... decir...

Áshelayd, colorada como un tomate, se sentía incapaz de levantar la vista del suelo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Estaba viajando a solas con un hombre tremendamente atractivo, de casi su misma edad, que apenas conocía... "La situación mejoraba por momentos".

-Ya... ya... ya lo sé, hombre... Aunque, a lo mejor, sí que debería...

Repentinamente, Yin tensó la espalda, atrasó los hombros y le dedicó una gran sonrisa, "tan falsa como un espejo de madera", pensó Áshelayd.

-Vale, me alegro de que todo haya quedado aclarado. Podéis iros a la otra orilla y yo os espero. No tardéis ¿De acuerdo?

La joven, confusa, se fue al lado contrario para bañarse tras la roca sin replicar; insultándose a sí misma una y otra vez. "Pero qué cosas se me ocurren..."

El mercenario, con aire distraído, había comenzado a lanzar piedras aplanadas contra el agua para hacerlas rebotar. Desde el otro lado, podía oírse el tarareo de la muchacha mientras nadaba en las cristalinas aguas del lago. Yin se preguntó de dónde habría venido la melodía que habían oído al llegar. "Ese no era lugar para que las niñas pequeñas jugasen"... Quizás la leyenda de la fuente fuese cierta y, realmente, el misterioso lago era el lugar en que un mago de la antigüedad había resucitado gracias a la magia de la fuente… ¿Y eso que tenía que ver?, pensó, ¿Acaso había resucitado en forma de niña cantarina invisible?

-En fin... no creo que vaya a conocer la respuesta a ese misterio.- El muchacho lanzo otra roca.- ...Lo que sí me gustaría saber... -Mientras hablaba, arrojó una nueva piedra.- ...¡Es tu nombre!

En lugar de lanzar el siguiente proyectil al lago, había continuado el movimiento hasta darse la media vuelta para mandar al certero fragmento aplanado de roca contra la copa de un árbol cercano. De entre las ramas, un hombre cayó aparatosamente y con fuerza contra el suelo para, cuando quiso darse cuenta, percatarse de que Yin le estaba apuntando por la espalda con uno de sus cuchillos.

-Eres rápido, chico...

-Y tú muy tonto, viejo. ¿Quién eres y qué quieres?

-Nada que te interese...

El desconocido sintió cómo el filo se clavaba en la piel de su espalda luego de atravesar el oscuro manto morado y la casaca de cuero que llevaba.

-Entonces ya no hay razón para prolongar esta conversación ¿Verdad?

-He, he, he... Me gusta tu estilo, chiquillo... Solo soy un cazador que viaja en pos de su presa.

-¿Un cazador armado con una pica? ¿Sin arco? ¿Sin cuchillo? Te daré otra oportunidad solo porque, alguien tan viejo, ha de ser listo por fuerza... o ya se lo habrían cargado hace tiempo, teniendo en cuenta su falta de habilidad.

-Está bien, chico. -El desconocido sonrió.- No soy un cazador "al uso". Mi presa no es animal... sino humana.

-¿Un caza recompensas?

-¿Caza recompensas? Cielos, no; nada tan despreciable... yo sirvo directamente a la casa real. Mi misión es atrapar a una peligrosa hechicera que no estaba donde debía estar cuando atrapamos a su grupo y que tiene en su poder algo que no le pertenece a ella, sino al rey.

-Bueno, pues yo soy solo un muchacho al que han echado del circo y no tengo nada que ver con esa historia que me cuentas.

-¿El circo? ¿Por eso llevas el pelo teñido de ese color?

-¿Que creías acaso? ¿Que soy un campesino con ganas de burlarme de la estirpe del rey?

-Claro que no. Es solo que, cuando vi tu aspecto y sentí tu cuchillo en la espalda, llegué a pensar que quizás eras...

-Pues no. Solo soy un lanzador de cuchillos sin trabajo.

-Está bien; puedes soltarme. Si vieses a esa muchacha, indícaselo a las autoridades...

Yin soltó al cazador con cautela y dio dos pasos atrás.

-Entonces vete. No quiero líos con el gobierno oficial.

-Tranquilo, chico. Yo no formo parte del gobierno "oficial" ¡Jajajajaja! Bueno, ya te dejo en paz...

Yin estaba ahora absolutamente convencido de la verdadera identidad del cazador. Desde luego, las cosas se iban a complicar sobremanera de ahí en adelante pero, al menos, habían salvado el tipo en esa ocasión...

-¡Yin! ¿Se puede saber con quién habláis? ¡Si es un hombre, que no se acerque!

El joven suspiró, resignado. Todavía le dolía el pecho al respirar hondo; pero ya no había forma de librarse de una buena pelea.

Apenas hubo terminado Áshelayd la frase, el cazador blandió su pica hacia Yin con una velocidad inesperada, pero éste, haciendo gala de unos reflejos felinos, se lanzó hacia atrás para, luego de completar la voltereta, lanzar dos cuchillos directos al pecho de su adversario. Con gran habilidad, el desconocido paró ambos filos con la vara de la pica; no obstante, para cuando volvió a posar la mirada en donde el muchacho había estado hasta hacía un segundo, éste ya se había puesto de nuevo a su espalda.

En el breve intervalo de tiempo en que lo había perdido de vista, Yin había logrado hacerse con la espa-

da de madera que había guardado antes en una de las alforjas.

-Me sorprendes, chico... Pudiendo aprovechar para lanzarme otro de tus cuchillos, has preferido pararte a recoger una inservible espada de madera... ¿Eres un suicida?

-Lanzándoos otro cuchillo yônbai, vista vuestra defensa anterior, corro el riesgo de que lo esquivéis y contraataquéis. Con esta espada en las manos ya no debo preocuparme por nada.

El cazador no cabía en sí de su asombro.

-¡Estarás de broma! Todo guerrero que se precie conoce la jerarquía de armas... y es que hasta un niño sabría que, para el espadachín medio, sobre todo utilizando una espada de madera, es necesario ser unas cinco veces más fuerte y hábil que el contrincante si éste domina el arte de la lanza... ¡Y yo soy "La Pica"; uno de los "cazadores de renegados", así que necesitarías ser como diez veces más hábil y fuerte que yo para vencerme con ese palillo!

Yin, mientras formaba un ángulo recto entre la espada y el suelo, con ambos brazos extendidos sujetando a la vez la empuñadura, lanzó una despiadada mirada a su interlocutor.

-¿Cual es el problema, entonces?

A una velocidad pasmosa, el joven se situó junto a su adversario y le lanzó un fuerte mandoble. El cazador, quien logró esquivarlo a duras penas, al momento tuvo que contorsionar su cuerpo para evitar un nuevo tajo que se dirigía hacia el flanco contrario.

Desequilibrado, "La Pica" había quedado con la espalda arqueada y el vientre expuesto, y Yin, tan veloz

que solo podía seguirse su movimiento gracias a la estela que iba dejando en el lecho de hojas caídas, se disponía a atravesárselo.

-¡NO ME GANARÁ UN NIÑO CON UN PALO!

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, el cazador había logrado echar el cuerpo hacia delante, en un nuevo intento por golpear al muchacho con su pica a modo de maza.

Yin había salido despedido hacia atrás a pesar de haber logrado detener el golpe con la espada. La fuerza del enemigo era algo a tener en cuenta.

-Tenéis razón; quizás os he subestimado... -"La Pica" sonrió, soberbio.- ...Supongo que no voy a poder pararos los pies sin ponerme serio.

El cazador sintió que se le helaba la sangre al ver la posición que había adoptado el muchacho: Con la mano izquierda sujetaba la empuñadura de la espada mientras que, con la derecha, hacía lo propio con el centro de la misma. Su cuerpo estaba ligeramente doblado y se había colocado de perfil; con ambas piernas sensiblemente flexionadas, la que dirigía hacia él en perpendicular a su cuerpo y, la otra, algo más estirada hacia atrás.

-Tú... tú sí que eres...

-¡YAAAAAH!

Áshelayd, alertada por el ruido de la lucha, se había apresurado a nadar hacia el otro lado de la gran roca para comprobar qué estaba ocurriendo. Lo que vio no habría podido sorprenderla más: Un hombre vestido con un manto aterciopelado de color morado, muy oscuro, se mantenía en pie a duras penas, sangrando profusamente por el vientre, apoyado en una lanza; mientras que Yin, tras él, le daba la espalda mientras guardaba la

hoja de su espada en la vaina. Lo que en principio había hecho que el objeto le pareciese una espada de madera roja esmaltada, no era sino un efecto creado por la ausencia de guarda y perfecto encaje entre empuñadura y vaina. El arma del muchacho era, en realidad, una mortífera espada de acero con empuñadura y vaina de madera, carente de guarda.

-Ma... maldito asesino... ¡Te voy a matar, Yajin´e de los cojones!

Yin sacó uno de sus yônbai y retrasó el brazo.

-Pues, si esas son vuestras intenciones, no me lo tengáis en cuenta...

En el último momento, cuando ya se veía pasto de los gusanos, "La Pica" encontró una forma de salvarse.

Tirándose hacia el lago, esquivó el cuchillo. Luego, a pesar de la profunda herida, que atravesaba su costado izquierdo desde el estómago, giró en el suelo, se levantó y se dirigió hacia la joven con su arma en alto.

Más rápido incluso de lo que se había movido hasta entonces, Yin desenvainó su espada y la lanzó, en un mismo movimiento, hacia el brazo del enemigo.

El cazador, con un grito triunfal, a pesar del dolor del brazo, cogió en el aire con la mano izquierda el arma que acababa de resbalársele de la derecha y se giró en redondo. Con todas sus fuerzas, clavó la pica en el vientre de Yin; quien se dobló al instante a causa del impacto y sujetó el arma, entre jadeos, mientras escupía sangre al tiempo que tosía de forma espeluznante.

Todo había acabado al fin. Se lo había puesto difícil, pero uno de esos malditos mercenarios jamás habría podido acabar con él.

Ahora, tan solo era cuestión de ir a por la muchacha y coger...

-¿Qué pasa?

La pica no salía del cuerpo del muchacho quien, todavía en pie, continuaba sujetándola entre sus manos.

-Gracias... -El rostro de Yin, pálido, ojeroso, perlado de sudor y con los labios ensangrentados, hizo estremecerse al cazador.- ...ahora me siento muchísimo mejor.

Haciendo acopio de una fuerza sobrehumana, el muchacho tiró de la vara hacia sí, haciendo servir su propio abdomen como soporte, hasta levantar el enorme cuerpo del adversario sobre su cabeza, para luego, con un último esfuerzo, lanzarlo hacia "La Gran Grieta". Por desgracia, al caer su enemigo, el cambio en la distribución del peso hizo resbalar al joven sobre las rocas cubiertas de musgo, con lo que él también fue a parar a la gigantesca falla.

Áshelayd corrió a toda velocidad hasta el borde; pero tan solo logró ver la impenetrable oscuridad que ofrecía el colosal abismo.

XIV - UNA ARMADURA MUY FLEXIBLE

Áshelayd sintió cómo la desesperación la embargaba de nuevo. Yin había muerto. Estaba sola en ese bosque, de camino a un lugar en el que no sabía si encontraría a alguien conocido, sin dinero, y sin ningún tipo de protección ante los bandidos de la zona.

Súbitamente, algo la hizo reaccionar. A pesar de sus sollozos, le había parecido oír una voz proveniente de "La Gran Grieta".

En principio, pensó que habría sido el viento al silbar entre las escarpadas rocas pero, algo más atenta, volvió a oírla. Ignorando si se trataba de algún tipo de eco o de una voz real, la muchacha se descolgó por el precipicio; encontrándose así con una inusual escena.

El joven guerrero pelirrojo pendía del abismo, sujeto tan solo por la pica del cazador; que había logrado encajar entre dos rocas en plena caída.

Aunque parecía estar gritando, Áshelayd casi no lo oía. Intrigada, mientras se estiraba para coger su mano, sintió un leve chisporroteo en los oídos. Después comenzó a oír con total claridad la voz del muchacho.

-¿Por qué habéis tardado tanto?

-Lo siento, pero... -La joven se había puesto colorada al percatarse del problema.- ...creo que se me habían taponado los oídos con el agua y no podía oíros... ¡Esperad un instante! -Yin, confuso, casi perdió el equilibrio al retirar la muchacha su mano justo cuando éste iba a asirla.- ¡Esperadme aquí, que ahora vuelvo!

-... Y yo que tenía pensado ponerme a practicar senderismo...

Una vez se hubo envuelto en una de las mantas que llevaban en las alforjas, Áshelayd ayudó a subir a su guardaespaldas.

-Tenemos que llegar rápido a Endia; con esta herida, no... -Absolutamente perpleja, la hechicera se percató de que, en la faja amarilla del joven, no había ningún rastro de sangre. Como si pudiese haber algún daño no visible, la joven arrancó la chaqueta del kimono al muchacho, así como una camisa interior azul, y comprobó que no había ningún tipo de herida a parte de una marca enrojecida en su vientre.- ...no hay corte.

Como única respuesta a la expresión de confusión que la muchacha mantenía en su rostro, el joven sacó uno de sus yônbai y, en un rápido movimiento, la apuñaló con él.

Áshelayd sintió que había llegado a su límite. ¿Cómo podía estar ocurriendo todo aquello? ¿Serpientes gigantes, asesinos, bandidos, mercenarios, castillos derruidos...? Y, ahora, encima, la mataban; justo lo que le faltaba. En cualquier caso, no estaba sufriendo tanto como había esperado. Si bien el impacto no había sido agradable, ahora ya casi no sentía dolor. "Está claro que no me queda mucho…"

Yin, por su parte, se había levantado con la chaqueta en la mano.

-¿Vais a seguir ahí tirada mucho rato? Porque necesito mi camisa.

Fue entonces cuando, maldiciéndose por lo estúpido de su reacción, Áshelayd se dio cuenta de que el

yônbai no había llegado a perforar su piel, ni mucho menos.

Sobre su regazo reposaba todavía la camisa, que, de manga larga y color oscuro, podía mantenerse cerrada en torno al cuerpo del usuario mediante un par de cintas; quedando oculta bajo el kimono. Al examinarla ahora con detenimiento, la muchacha vio cómo, en las zonas más desgastadas, o en donde la tela había sufrido algún que otro corte, podía distinguirse un entramado interior de material plateado y brillante, de tacto gomoso, que, con su forma de red, permitía una máxima flexibilidad y movilidad con un peso mínimo; protegiendo al guerrero de todo tipo de mandobles, aunque no del impacto, e impidiendo la entrada de cualquier hoja con más de medio centímetro de ancho a la hora de sufrir una estocada o apuñalamiento.

-Sabéis que existen otras muchas formas de demostrar vuestra defensa que ésta ¿Verdad?

-Ninguna tan explicativa.

-¿De qué está hecho este material?

-Lo ignoro. Preguntad a las arañas del norte.

Áshelayd se estremeció. Esos artrópodos poseían un tamaño similar al de los jabalíes y, según decían, eran capaces de atrapar incluso a osos entre sus irrompibles redes.

-¿Quién era el tipo de la lanza?

Yin, una vez recuperada su ropa, recobró su semblante serio habitual.

-"El tipo cuya aparición va a causar que nos andemos con mucho cuidado a partir de ahora".

XV - ENDIA, LA CAPITAL DEL REINO

Pasados tres días de agotadora cabalgata, al fin podía divisarse cómo la tenue luz rosada del amanecer iluminaba los blanquecinos muros élficos que protegían la capital, mientras Yin y Áshelayd, casi tan agotada esta última como las monturas, llegaban al monumental portón.

-¿Se puede saber cómo hacéis para estar tan fresco, Yin?

-Es cuestión de concentrarse y redirigir las energías restantes, en lugar de pensar en las perdidas.

Por mucho que intentase mantener la mente centrada en sus fuerzas, la muchacha solo lograba cansarse todavía más, debido al esfuerzo que esto le suponía.

El puente levadizo había terminado de bajar hacía apenas unos minutos; por lo que los viajeros que habían llegado durante la noche, quienes se habían visto obligados a acampar, todavía se veían recogiendo sus bártulos. Gracias a ello, los muchachos no tuvieron que guardar la habitual cola para entrar.

Los guardias, que acababan de comenzar el turno, se sorprendieron al ver la rojiza melena del muchacho, quien se había deshecho la coleta para llamar menos la atención; pero los dejaron pasar tras oír su convincente explicación acerca de su condición circenses sin trabajo. Al fin y al cabo "¿Un chico con el pelo rojo y una muchacha de cabello azul viajando juntos con esas dispares vestimentas? Solo faltaban los domadores y sus bestias". De todos modos, se despojaron por completo de toda

duda tras ver realizar al muchacho un par de saltos mortales sobre su caballo en marcha; prueba que le habían impuesto más para entretenerse que por dudar realmente de su historia.

Una vez se hubieron alejado lo suficiente, Áshelayd le comentó a su compañero, algo molesta, que no le había gustado mucho que éste se hubiese presentado a sí mismo como acróbata y, a ella, como "aprendiz de payaso".

Alrededor de la calle principal de la ciudad, que se bifurcaba en tres desvíos de tamaño similar, se ramificaban las demás calles y avenidas. Era un bullicioso lugar donde tenían lugar actos tan importantes como la lectura de nuevos decretos y nombramientos reales; así como las ejecuciones y humillaciones públicas.

Guiado como por instinto, Yin fluía entre la gente sin rozarla ni llamar la atención en absoluto a pesar de su llamativo aspecto; mientras que Áshelayd, acostumbrada a un ambiente más tranquilo, ya había chocado y caído al suelo tres veces desde el momento en que se había bajado del caballo.

Habiendo dejado a las monturas en el lugar habilitado para ello, ambos muchachos torcieron por uno de los tres desvíos principales hasta llegar a un sombrío edificio frente al que, sorprendentemente, no había ni un alma. La solución al misterio de por qué la gente evitaba ese lugar se hallaba en un sobrio cartel colocado sobre las puertas "C.R.R.: Casa Real de Recompensas".

-Esperadme aquí unos instantes, mi señora. He de investigar un poco acerca de unos asuntos.

-¿Por qué estamos aquí...? ¿Y por qué no puedo ir con vos?

-Esperadme solo unos instantes, por favor...

-Pero es que yo...

Súbitamente, el muchacho levantó la mano para hacerla callar y, mirando a algún punto incierto de la lejanía, comenzó a murmurar.

-Seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno... -Yin se tapó los oídos.- ¡...Cero!

Una estruendosa campanada hizo temblar a la ciudad hasta los cimientos.

-¿Qué ha sido...?

Áshelayd, medio sorda a causa de las vibraciones, apenas sí pudo oír la explicación de su guardaespaldas acerca de la campanada que sonaba cada hora en la ciudad, desde el amanecer al anochecer, para avisar a todos sus habitantes del momento del día que era.

-...En esa torre de allí.

La muchacha había comenzado a oír de nuevo con algo de claridad.

-Eso está muy bien, pero ¿Por qué no puedo acompañaros?

-¿Una bella muchacha así vestida? Este no es lugar para vos.

Aunque fastidiada por no poder entrar con Yin, así como por la crítica hacia lo provocativo de su vestimenta, la joven aceptó; halagada ante el hecho de que la hubiesen calificado de "bella muchacha". De todos modos, pasado un rato comenzó a sospechar que tan solo se lo había dicho para tenerla contenta y que le hiciese caso.

Lo que, según Yin, no serían más que "unos instantes" llegaron a convertirse en más de veinte minutos.

Aburrida, Áshelayd, luego de recorrer una y otra vez la calle de un lado para otro, amplió su radio de exploración hasta dar con un pequeño bulto andante de harapos que chocó con ella.

-¡Perdón, estaba distra...!

De entre una deshilachada capucha emergió la cabeza de una anciana de orejas largas, anchas y puntiagudas. Su arrugada piel estaba cubierta de manchas y una fina pelusa blanquecina, que se hacía más abundante en la punta de la nariz, barbilla y labio superior; donde podía contarse incluso algún que otro pelo grueso y oscuro.

Al levantarse, la anciana le mostró unos ciegos ojos grises con que pareció atravesarla.

-Eres tú... Al fin eres tú...

-¿Cómo dic...?

Cogiendo a la muchacha por la muñeca con una inusitada fuerza, la misteriosa figura envuelta en trapos deshilachados se llevó a Áshelayd a un callejón cercano; donde abrió una chirriante puerta desvencijada e hizo entrar a la joven al oscuro recinto, de aspecto acogedor a pesar del olor a cerrado. Aunque no debía pasar del metro de alto, la mujer poseía una fuerza endiablada.

-Perdona que te haya hecho venir de tan malos modos, pequeña... -La anciana, luego de sentarse junto a una baja mesita, hizo un ademán con la mano mientras hablaba para invitarla a hacer lo mismo. Haciendo a un lado un diminuto taburete, la muchacha se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.- ...pero estás en peligro. Disculpa mis modales, hija; estoy tan vieja y llevo tanto tiempo sola que ya he olvidado cómo tratar a la gente... Soy la última vidente del reino. Mi nombre no importa;

pero pertenezco a la especie de los duendes, así que harás bien en dar por ciertas mis palabras... incluso sin ser vidente, con todos los años que he vivido, deberías tener en cuenta cualquier consejo que decida darte. Pero me estoy desviando del tema... Te ha traído aquí una búsqueda muy importante ¿Verdad?

Áshelayd, que todavía no se había repuesto de la impresión inicial, se encontró contestando con total naturalidad.

-En efecto. Estoy buscando a mis compañeros; que han desaparecido misteriosamen...

La anciana soltó una seca carcajada que se le medio atragantó.

-No... No "esa" búsqueda; sino otra mucho más importante... aquella que empezó hace casi mil años y que tantos han iniciado sin lograr llevarla a término...

-¿Os referís...? -Áshelayd dudó un instante antes de continuar y bajó el tono de su voz; como si pudiese haber alguien escuchándolos.- ¿...a lo del "Guardián de los Secretos"?.

El arrugado rostro de la anciana duende se contorsionó en una benévola sonrisa.

-Muy bien, pequeña. Me gusta tu sinceridad pero, en lo sucesivo... será mejor que no andes comentando tus intenciones tan alegremente o podrías meterte en algunos líos. -Percibiendo la vergüenza de la joven a pesar de su ceguera, la vidente se apresuró en tranquilizarla.- No te preocupes: "no hay dragón que nazca volando"... Llevo muchos años esperándote, Äxeraide.

-Mi... Mi nombre es Áshelayd...

La anciana pareció dudar por unos instantes ante la nueva información.

-Disculpa. En mis visiones no aparecía tu nombre exactamente, sino una representación sobre ti. Äxeraide es la palabra que os definen a ti y a tu destino... Pero Áshelayd, desde luego, es mucho más bonito para una niña de tu edad. Lo otro ya te vendrá después...

En cualquier caso, no es este tema aquel del que debemos hablar... -La anciana cogió a la muchacha de las manos.- Escucha tus predicciones y actúa sabiamente en consecuencia...: "En la torre dorada, hallarás la guía hacia el camino que te llevará a la llave del sendero hacia tu destino. Un tesoro aguarda tu llegada en el antiguo bosque del espíritu de la luna, de ti depende lo que éste llegue a desvelar. Lejos de aquí, al otro lado de la estrella de doce puntas, deberás escoger valientemente si seguir o no adelante y regresar al inicio. Cuando pierdas aquello que te define ahora, y nadie quede a tu alrededor, encontrarás tu verdadera naturaleza. Al final de tu viaje, solo una gran desgracia podrá salvarte; deberás decidir si tu vida es más importante que la del príncipe con quien te has de unir".

Una vez terminado el recital, con aspecto agotado por alguna razón, la anciana se dirigió jadeando hacia la entrada.

-No puedo decirte nada más, hija... Ahora escapa por la puerta de atrás.

De entre todas las dudas que la trastornaban, que no eran pocas, a la joven solo se le ocurrió preguntar:

-¿Escapar de qué?

La campanilla que servía de llamada tintineó al otro lado de la puerta.

-De mi fin, hija; que no ha de ser también el tuyo.

Apenas hubo dicho esto, una enorme alabarda redujo a astillas la puerta, permitiendo la vista del misterioso atacante: un hombre de casi dos metros de alto y músculos ejercitados hasta el extremo, quien, sin dejar de sonreír, con aire satisfecho, preguntó:

-¿Dónde está la zorra a la que tengo que matar?

XVI - LA LUCHA DEL ESPÍRITU ANIMAL

Áshelayd se había quedado petrificada ante la súbita aparición del musculoso guerrero, de aspecto similar al de un oso, tanto por el tamaño como por lo peludo, quien vestía una aterciopelada túnica morada idéntica a la del individuo que había luchado contra Yin en el bosque de Anafae, así como un sencillo casco de hierro que protegía su gran cabeza.

Al acercárseles, la muchacha pudo comprobar que el hombre de la alabarda poseía una cualidad más en común con los osos: el olor.

-Hum… Se supone que busco a una "peligrosa hechicera…" –El desconocido se guardó en el bolsillo una piedra translúcida que emitía un brillo leve.- …pero yo aquí no veo más que a una niña asustada y a un carcamal que no levanta tres palmos del suelo... -El individuo miró de arriba a abajo a ambas mujeres; deteniéndose sobre todo en las piernas desnudas de la muchacha.- Eres tú ¿Verdad?

-¡Corre, Äxeraide!

Sin saber muy bien por qué, la joven hechicera sintió un irrefrenable deseo de cumplir las órdenes de la anciana; a pesar de que su intención inicial había sido intentar ayudarla a escapar con ella.

Como si su cuerpo y mente hubiesen perdido todo contacto, Áshelayd corría por las calles a una velocidad de la que hasta entonces se creía incapaz; esquivando múltiples obstáculos con una habilidad que nada tenía

que envidiarle a la anteriormente demostrada por su guardaespaldas.

-Corre que se las pela... ¿Tanto miedo impongo, o...? -El guerrero lanzó una inquisitiva mirada a la anciana.- Cómo no... Eres una duende, me temo.

-Sí.

-Entonces supongo que, no solo has anulado su libre albedrío, sino que también habrás hecho esa cosa de desactivar las limitaciones auto impuestas por el cerebro de esa chica sobre su cuerpo para que pueda utilizar su fuerza latente ¿No?

-Se llama "liberar el espíritu". Esa jovencita tiene mucha energía interior.

-Pero su físico, por bonito que sea, no la acompaña, me temo... -El hombre del manto púrpura se llevó al hombro la formidable espada, de casi dos metros de largo y cincuenta centímetros de ancho, y se dirigió a la puerta trasera para perseguir a la joven.- Y puedo imaginar que no sabe utilizar "eso" que lleva consigo o ya lo habría hecho. Esta va a ser una "cacería" poco interesante, me temo.

-¿A dónde crees que vas, jovencito?

El individuo reaccionó con sorpresa ante las palabras de la anciana.

-¿Cómo osa un decrépito amasijo de piel arrugada dirigirse así a "Bracamarte"; el más fuerte de los "cazadores de renegados"?

-Osando.

"Bracamarte" sostuvo durante unos instantes la desafiante mirada vacía de la duende.

-Sois ciega. Y vieja. No podéis vencer. Agradeced mi piedad al dejaros con vida.

-Aquí no hay otro que vea el futuro que no sea yo, jovencito; que tengo más poder que cualquier humano. ¿Y por qué iba a querer ver dónde estás si puedo saber con exactitud dónde vas a estar y lo que vas a hacer?

Sin mediar otra palabra, el guerrero se lanzó contra la anciana; quien se puso a su espalda y saltó sobre él antes de que la alabarda tuviese tiempo de estrellarse contra el suelo.

Un conjunto de golpes encadenados hicieron caer al temible luchador, encogido de dolor, mientras la anciana se retiraba lentamente; adoptando una posición defensiva orientada al contraataque.

-Entiendo... -"Bracamarte" no había tardado mucho en recuperarse por completo de la contundente serie de golpes.- ...Sois una maestra del Kunjichi-Ya-jinbaë o "lucha del espíritu animal"; esa misteriosa forma de combate que tan solo los duendes son capaces de ejecutar, reduciendo al máximo las limitaciones auto impuestas o, como tú dices, "liberando el espíritu"... aunque esas limitaciones están por algo. Si vuestra mente y cuerpo no realizan los movimientos en perfecta sintonía, este último se ve afectado ¿Verdad? vuestro organismo se sobrecarga y cada golpe degrada un poco más el conjunto hasta que, incapaz de soportar la tensión... el cuerpo se muere. Sería como... llevar un carro podrido tirado por los caballos más rápidos del reino; por rápido que vaya al principio, al final, se acabará rompiendo ¿Me equivoco?

-En absoluto, jovencito... -La anciana se limpió con la manga un fino hilillo de sangre que le resbalaba desde la nariz.- ...pareces saber bastante más que la mayoría sobre los duendes; así que me imagino que posees acce-

so a los archivos reales. Pero, aún con todo, debes saber que no me importaría perecer llevando a cabo mi destino... aunque, en cualquier caso, visto lo visto, creo que podré vencerte sin necesidad de llegar a morir pese a lo deteriorado que mi cuerpo ha quedado con los años.

El ego de "Bracamarte" había sufrido un duro golpe. Sintiendo cómo la rabia se apoderaba de él, el gigantesco guerrero blandió de nuevo la alabarda y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo, aumentando la velocidad a cada giro; debido a la enorme inercia de la que lo dotaba el gran peso de la espada.

Con una melancólica sonrisa en el rostro, la anciana suspiró y, liberando su espíritu hasta el límite, lo que desencadenó un intenso fulgor rosado que rodeó todo su cuerpo, se lanzó hacia el enemigo.

Del titánico choque se había desprendido una fuerza que había hecho vibrar las ventanas y asustado a las alimañas de la zona; haciéndolas huir entre los pies de los sobresaltados transeúntes.

En el interior del destrozado habitáculo de la duende, "Bracamarte" permanecía en pie, sosteniéndose a duras penas apoyado sobre su alabarda, mientras un fino surco de sangre brotaba de su boca para desaparecer en el cincelado mentón mal afeitado.

Con una sonrisa de superioridad, el cazador alzó la otra mano; poniendo a la luz el cuerpo de la anciana quien, empapada en su propia sangre, que le brotaba hasta de los poros de la piel, apenas lograba mantener la respiración.

-Jamás hubiese pensado que vuestra fuerza llegaría a tal extremo, duende... No solo habéis detenido todos

mis mandobles con las manos desnudas; sino que habéis sido capaz de golpearme repetidamente en el estómago, al mismo tiempo, hasta el punto de hacerme escupir sangre... Ciertamente impresionante. Pero, ironías del destino, vos, que sois más fuerte que yo, pereceréis debido a vuestra poderosa mente; mientras que vuestros golpes no han podido derribar a mi colosal cuerpo, me temo.

La anciana, sonriendo con unos dientes teñidos de rojo, agarró la mano del guerrero con unos dedos fríos y huesudos.

-T... tú... morirás por... culpa de tu co... losal cuerpo.

"Bracamarte" dejó caer sin miramientos el cuerpo inerte de la anciana y salió de la estancia por la misma puerta que Áshelayd había utilizado para escapar.

Sacó una pequeña botella, de grueso cristal verde translúcido, del interior de uno de los numerosos bolsillos interiores de la túnica, y bebió su contenido: un líquido algo más espeso que el agua y de color amarillento y oscuro. Al momento, luego de respirar hondo, su rostro recuperó el buen color y la inflamación de la cara provocada por los golpes de la duende pareció comenzar a reducirse a cada segundo que pasaba. Con la otra mano, sacó de nuevo la piedra brillante.

-Ahora te toca a ti, pequeña furcia.

XVII - *SIN ESCAPATORIA POSIBLE*

A pesar del laberíntico entramado de las calles de la ciudad, Áshelayd parecía dirigirse a un lugar concreto, siguiendo algún tipo de camino predeterminado.

Aunque sabía que corría hacia lugar seguro, la muchacha intentaba detenerse por todos los medios que podía, que no eran muchos; ya que ninguna parte de su cuerpo parecía obedecerla.

Llevaba un ritmo cardiorrespiratorio perfecto a pesar de la velocidad con que se desplazaba. Sin duda, la anciana sabía cómo utilizar su cuerpo mejor que ella misma.

Al principio no había estado muy segura de lo que hacer pero, luego de oír el gran estruendo que había ocasionado la lucha entre el guerrero y la vidente, no le había costado tomar una decisión. Poniendo todo su empeño en detenerse, recordó el consejo de Yin y se concentró en dominar la fuerza de la energía que la movía; en lugar de intentar hacerla desaparecer.

De pronto, luego de un destello verdoso, que la deslumbró a pesar de haber cerrado los ojos para concentrarse mejor, las piernas comenzaron a pesarle y un profundo dolor le aguijoneó los pulmones. Instintivamente, se llevó la mano al pecho, sorprendida ante el hecho de haber recuperado el control (y algo decepcionada por la aparente pérdida de sus nuevas habilidades físicas). Al alzar la cabeza, la muchacha se encontró a sí misma en unos preciosos jardines que se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

Frente a la joven, un enorme tejo presidía, majestuoso, el lugar. No le costó reconocerlo. Era aquel bajo el que, según contaban las leyendas, se encontraba enterrado el último emperador de los elfos.

Al comenzar a levantarse, notó que antes de recuperar el control había agarrado algo frío y áspero con la mano. Una anilla oxidada salía de entre las verdes hierbas, como si hubiese brotado de la misma tierra; dejándole la palma de la mano teñida de un color naranja oscuro con trazos rojizos y marrones.

Mientras corría de nuevo por el camino que llevaba al lugar del que había estado escapando, no pudo evitar la tentación de limpiarse la mano llena de óxido en una sábana que alguien había colgado a secar.

Una vez hubo vuelto al conjunto de desordenados callejones que constituían aquella zona, Áshelayd no tuvo duda alguna: se había perdido.

Confiando en que su instinto la guiaría, se había metido a toda velocidad por las callejuelas sin fijarse en por dónde iba y, ahora, no solo no sabía cómo volver a los jardines o a la casa de la vidente; sino que ignoraba por completo el lugar de la ciudad en que se encontraba. Las cosas no podían ponerse peor.

-¡Por fin! Corres mucho ¿Sabes, niña?

-...O quizás sí puedan ponerse peor...

-¿Qué dices? Bah, como si me importasen tus súplicas... Entrégame lo que le pertenece al rey y quizás te deje ir... luego de pasar un buen rato, por supuesto.

La joven, indignada, se puso roja de pura vergüenza.

-¡Cochino!

-¿Cochino? ¡Hahahahaha! No solo estás tan plana como una cría sino que hablas como una, me temo. Y yo

que te hacía el cumplido de hacerte sentir como una mujer deseable... "Pse", como quieras: Primero te mato y luego lo cojo yo mismo.

-¡AAAAAAAAAH!

El grito de la joven alertó a los transeúntes; quienes miraron aterrorizados hacia la alabarda del cazador. Lejos de ayudar a Áshelayd, todos huyeron despavoridos hacia sus casas.

Sonriendo ante el hecho de no tener que llevarse a la muchacha a ningún lugar apartado para acabar con ella, "Bracamarte" alzó su tremenda arma en el aire con un solo brazo, mientras, con la otra mano, se agarraba la visera del casco simulando una cortés despedida de sombrero.

-Hoy no ha sido tu día, me temo…

-¡AYUDAAAAAAAA!

El ensordecedor restallido de la hoja de la alabarda al chocar contra el suelo llenó el ambiente, junto al desprendimiento de polvo y pequeñas esquirlas de roca salidas del pavimento.

Sin poder creer lo que acababa de ocurrir, "Bracamarte" giró con lentitud sobre sí mismo para ver lo que sucedía a su espalda.

Lanzándole una mirada asesina, cargada de una hostilidad que tan solo quien ha causado incontables muertes con sus propias manos puede originar, un joven pelirrojo vestido con un llamativo kimono encarnado permanecía en una postura relajada, con una espada de madera rojiza sostenida con la mano izquierda, apoyada sobre el mismo hombro; y con la muchacha agarrada como un saco sobre el otro.

-¿Qu… quién...? -"Bracamarte" postró una rodilla en suelo al sufrir un repentino mareo. Al abrir los ojos de nuevo, pudo ver como las dos mitades de su casco todavía se balanceaban suavemente en el suelo; separadas por un limpio tajo.- Nadie había logrado hacerme algo así desde hacía años... He bajado la guardia al ver acorralada a mi "presa", me temo.

-Y te voy a hacer muchas otras cosas... "me temo".

Yin, quien ya había bajado a la muchacha, que se había puesto todavía más colorada debido a su comprometida posición, había vuelto a recogerse el pelo en una coleta, luego de lo cual, adoptó la misma postura que cuando había luchado en el bosque de Anafae.

El guerrero reaccionó como si le hubiesen dado una bofetada que, de algún modo, le había hecho muchísima ilusión.

-Eres... ¿Así que este era vuestro verdadero rostro…? ¡Estaba deseando encontrarme de nuevo con vos, "Obagashy"!

XVIII - *EL DESCUIDO DE "BRACAMARTE"*

No era posible. Simplemente, no podía ser.

A Áshelayd no se le daba demasiado bien el lenguaje arcano pero, debido a la gran cantidad de libros y textos antiguos que había leído durante sus años de estudio, no le cabía duda del significado de la palabra "Obagashy": "oba/alma" "ga/oscuro" "shy/segar". El oscuro segador de almas... "asesino".

¿Por qué había llamado ese hombre a Yin "asesino"? ¿Cómo era que lo conocía? La muchacha sentía que nada tenía sentido. Quizás Yin fuese un mercenario algo brusco y con bastante fuerza pero, de ahí a llamarlo "Obagashy"...

-Veo que seguís tan lento de reflejos como siempre, Anuji. No pensé volvería a encontrarme con vos… lo normal habría sido que ya os hubiesen finiquitado en algún campo de batalla.

El guerrero se levantó, frotándose la cabeza, irradiando rabia por los ojos.

-¡Vos...! Maldito seáis, "Obagashy"... ¡No me creo que fuese un simple crío quien derrotó a mi escuadrón! Fui despojado de mi posición por eso.

-Y es que no fue un simple crío... Fui yo.

"Bracamarte" retrocedió un paso de forma involuntaria ante la nueva oleada de aquella aura llena de hostilidad del joven. Al instante se arrepintió de haber mostrado ese acceso de debilidad e intentó disimularlo echándose a reír mientras comenzaba a andar; rodeando al muchacho.

-Aquella vez me pillasteis por sorpresa, Yajin´e. Pero ahora estoy preparado. He invertido mucho tiempo y esfuerzo en lograr una fuerza superior a la vuestra... No os sintáis importante; tampoco es que me haya obsesionado con venceros... es solo que sois una de las personas a las que más ganas tenía de enfrentarme y, para ello, debía "subir de categoría".

-Entiendo. Por eso habéis ingresado en el escuadrón de "cazadores de renegados" a las órdenes del rey... Lo que me intriga es qué tiene de "peligroso malhechor que, por su fuerza desmedida y deslealtad a la corona, supone un riesgo para la misma" esta doncella; teniendo en cuenta que ésta es la definición que vuestro código recoge como "renegado".

-No te hagas el tonto, "Obagashy". Sabes perfectamente que también nos ocupamos de cumplirle ciertos caprichos al rey Edwäh; tales como perseguir a gente de distinta ideología para silenciarla o, como es este el caso, recuperar antiguos tesoros que, por derecho sucesorio, pertenecen a la corona.

Al momento, Áshelayd lo vio todo claro.

-¡Viene a por mi vara, Yin!

-¿Vuestra vara?

-La muchacha ha acertado casi por completo... pero esa no es "su" vara; sino la "Vara de Rayâ", me temo. Ese poderoso instrumento mágico pertenece a la casa real de Ëan ya que fue un regalo del espíritu del bosque, Yario, hacia la difunta reina durante la "Guerra de los once años".

-¡Pero la reina le cedió la vara a mi maestro, Handschmud, en reconocimiento por su implicación en dicha guerra!

-¿Y eso que más da? Una vez muerto Handschmud, la vara debía pasar a sus descendientes o, de no haberlos tenido, como es el caso, a su legítimo propietario: La familia real.

Aunque Áshelayd no sabía cómo seguir defendiendo su argumento, fue ahora Yin quien, con una confiada mueca de superioridad en el rostro, comenzó a hablar.

-Aún obviando el dudoso hecho de que, legalmente, esto sea como vos decís, teniendo en cuenta el precedente de que la vara ya había sido cedida una vez y, por lo tanto, el que en ese momento era su propietario podría habérsela regalado a quien quisiera antes de morir... ¿De dónde sacáis vos, Anuji, que Handschmud ha muerto?

Tanto la muchacha como el guerrero sintieron una punzada en el pecho, aunque por razones bien diferentes.

-Tan agudo como siempre, "Obagashy". He vuelto a hablar de más, me temo... "Pse" ahora no tiene sentido negarlo: La gloriosa casa real se ha visto implicada en la destrucción del internado de hechiceros que ese tipo regentaba... no de forma directa, por supuesto, pero sí ha ayudado a los ejecutores; esos fanáticos de la “religión única y verdadera”... aunque a mí no me interesan esas cosas. En cualquier caso, se nos ha confirmado que Handschmud continuaba en el edificio cuando no-sé-qué gas se inflamó a causa de una inesperada llamarada proveniente del cercano bosque de Seisríos.

Áshelayd, con los ojos llorosos, intentaba contener el irrefrenable cauce de emociones que la desbordaban. Pero ahora no había tiempo para entristecerse, sino que

era el momento de pensar en el peor y más terrible hechizo ofensivo que hubiese aprendido.

Como si le hubiese leído la mente, Yin le indicó con la mano derecha, oculta de la vista de "Bracamarte" por su propio cuerpo, que se detuviese.

-Y supongo que todos los que estaban con él, también habrán sido calcinados ¿Verdad? Los aficionados no tenéis ni idea de cómo se hacen las cosas...

-¡Idiota! Te acabo de decir que, ni fuimos nosotros, ni la explosión fue intencionada. Los prisioneros están...

"Bracamarte" puso los ojos en blanco y se golpeó la cara con la palma abierta.

-Esa lengua tuya será tu perdición, Anuji... Si quieres, puedo hacerte el favor de arrancártela de cuajo.

-¡No vuelvas a llamarme Anuji nunca más! ¡MI NOMBRE ES "BRACAMARTE"! Y ahora pertenezco a los "cazadores de renegados". No soy tan débil como crees.

-Quizás seas más fuerte que antes... Pero el tipo al que maté en el bosque también se lo tenía muy creído y su pica no me hizo ni cosquillas.

La táctica de desestabilización psicológica de Yin no solo parecía no haber surtido efecto; sino que el enemigo se echó a reír.

-¿"La Pica"? ¿Has matado a "La Pica"? Ese tipo no era más que un maldito pelota que se había ganado la fama de invencible porque siempre se las apañaba para conseguir las misiones más fáciles. Tenía unas ganas tremendas de que, algún día, en una de esas misiones "facilonas" sufriese de algún imprevisto y se lo cargasen... Muchísimas gracias. Ahora mi placer al matarte será doble; ya que será como acabar con los dos al mismo tiempo.

Yin, habiendo aceptado que su técnica no había resultado ser más que un fiasco, adoptó su tranquila actitud habitual.

-Veo que no decidiréis huir... En cualquier caso, esto no terminará bien para vos.

Una vez el muchacho se hubo colocado de nuevo en su posición de combate, "Bracamarte alzó su espada y comenzó a girar a más revoluciones por segundo incluso de lo que lo había hecho al luchar con la anciana; al mismo tiempo que hacía oscilar la alabarda arriba y abajo creando un efecto visual ondulatorio que imposibilitaba el ataque a distancia por cualquier flanco.

-¡Esta vez no podrás vencerme, "Obagashy"! ¡Es imposible que logres esquivar esto!

-¿Qué razón hay para que me habléis con tan poco respeto...? En cualquier caso, no necesito esquivar nada. Vuestro ataque tiene tres fallos bien importantes que lo hacen inútil contra mí.

XIX - *LA FUERZA DEL SOGUHIKÁN*

La alabarda de "Bracamarte" creaba un impenetrable remolino a su alrededor, sin embargo, Yin no parecía preocupado en absoluto.

Veloz como el rayo, el muchacho comenzó a correr en el mismo sentido en que giraba su enemigo; aumentando el ritmo de forma progresiva hasta llegar al punto en que su imagen pareció multiplicarse tras él.

Lanzando un ataque con su espada envainada en igual dirección que la llevada por la alabarda, "Bracamarte" se desestabilizó por unos instantes; por lo que apenas sí pudo evitar el yônbai que le había lanzado el muchacho con algo menos que un rasguño en la mejilla.

-Primer fallo: Falta de equilibrio y estabilidad.

-¡Cállate!

"Bracamarte" se lanzó contra su enemigo realizando una serie de giros más rápidos todavía que los anteriores.

Yin, quien había saltado sobre el guerrero para esquivar el envite, se lanzó ahora contra él por detrás, espada en mano.

Al sentir el choque del arma del muchacho contra la alabarda, el cazador supo que había ganado. Parándose en seco, lanzó toda la fuerza acumulada gracias a la inercia sobre el punto del que había provenido el golpe; pero ahí no había nadie. Un solitario yônbai seguía girando en el aire luego de haber impactado contra su hoja.

Sabiendo lo que venía a continuación, "Bracamarte" solo tuvo tiempo de ladear la cabeza para evitar un golpe directo. La espada envainada de Yin cayó desde arriba, como una maza, sobre el hombro izquierdo del cazador.

Luego de girar en el aire para equilibrarse, el muchacho adoptó una postura chulesca, similar a la que había lucido al aparecer, y continuó la cuenta.

-Segundo fallo: Tu propia velocidad te impide ver al enemigo. Si te guías de la posición de éste solo por sus ataques, le será tremendamente sencillo tenderte una trampa. ¿Vas a intentarlo de nuevo, aún con el hombro izquierdo dislocado?

"Bracamarte" sonrió.

-¿Acaso lo dudas?

Un último ataque desesperado, a gran velocidad a pesar de haber sido realizado con una sola mano, sirvió para convencer a Yin de que no habría manera de vencerlo sin dejarlo incapacitado.

-Tercer fallo... -Súbitamente, "Bracamarte" cesó de girar; al verse su brazo atrapado por algo.- ...Creer que tu ataque más veloz es más rápido que yo.

Yin había penetrado en el radio de acción del cazador y lo había detenido en pleno movimiento.

"Bracamarte" dejó caer la espada y se postró de rodillas, rendido.

-Sois... más fuerte que antes ¿Verdad?

-¿Ahora me volvéis a tratar de vos...? No importa. Lo cierto es que he mejorado más de lo usual en estos últimos años; pero no utilicé todos mis recursos la primera vez que nos vimos... Ni he llegado a hacerlo en esta ocasión, la verdad.

Una vez el Yajin´e le hubo dado la espalda, el cazador levantó la cabeza y, mostrando una mirada repleta de odio, proclamó.

-¡PUES ESTA VEZ TE VERÁS OBLIGADO A USAR HASTA EL ÚLTIMO DE TUS TRUCOS PARA GANAR, "OBAGASHY"!

Arrancándose el manto, "Bracamarte mostró a los dos muchachos su torso desnudo; en el que, además de una densa mata de pelo, podían verse diversas marcas oscuras de forma irregular unidas entre ellas por otras señales más finas, similares a hilos o raíces que se hubiesen fundido con sus vasos sanguíneos.

-Anuji... No me digáis que vos...

-¡QUE EMPIECE EL DUELO DE VERDAD!

-¡Escapad, mi señora!

Comprendiendo que su presencia tan solo resultaría un estorbo para el guardaespaldas, la muchacha corrió calle abajo sin mirar atrás.

Yin, por su parte, permanecía frente a "Bracamarte", en posición de combate, esperando a que éste diese el primer paso.

Las marcas del cuerpo del cazador habían comenzado a iluminarse con un brillo dorado y a recorrer todo su cuerpo como si tuviesen vida propia. Del mismo modo que los gusanos bajo la tierra, las marcas luminosas se desplazaban bajo la piel del guerrero, metiéndosele por las venas, vasos sanguíneos y arterias; abultándolas y haciéndolas brillar a su vez al desperdigar por todo el cuerpo las finas ramificaciones que surgían de ellas.

Una vez terminado el proceso, la totalidad del cuerpo de "Bracamarte" se veía surcado por las finas marcas ondulantes, sus músculos habían aumentado considera-

blemente de tamaño y sus ojos resplandecían tenuemente. Con un horrible chasquido, el brazo del guerrero se recolocó de pronto. Luego de girar la articulación del hombro un par de veces, “Bracamarte”, satisfecho, lanzó una triunfal mirada a su adversario.

-¿Sorprendido, "Obagashy"? Creí haberos dicho que había hecho grandes esfuerzos por ponerme a la altura de los más fuertes... Para alguien como yo, que había llegado al límite de su habilidad, esta era la salida lógica ¿No te parece?

-Vender vuestro cuerpo a un "Soguhikán"; a un comedor de cuerpos... Esta batalla ha llegado demasiado lejos para no tener trascendencia. Dejémoslo aquí.

-¿Qué ocurre, "Obagashy"? ¿Acaso os asusta el que ahora esté a vuestra altura? ¿No os gusta pelear si no tenéis más fuerza que el enemigo? ¡Sois patético!

-¡Lo que pretendo no es sino evitar que os suicidéis sin motivo!

-¡PUES ESO NO OS INCUMBE!

Yin apenas logró interponer su espada entre él y el puño de "Bracamarte a tiempo. El tremendo golpe lo lanzó por los aires hasta que se cruzó con un muro, que detuvo su trayectoria con contundencia; dejándolo momentáneamente sin respiración.

-...Mo... moriréis si... continuáis con esto...

-¡Escúchate a ti mismo, pedazo de mierda! Ya no eres rival para mí. ¿Qué importa un pequeño precio por masacrar a un enemigo de tu calibre?

-¿Pequeño precio? ¿Acaso no sabéis que los "Soguhikán" son parásitos que se alimentan del cuerpo de su anfitrión?

-Sí. Pero también sé que, como resultado de este proceso, segregan numerosas sustancias que dotan de enorme resistencia física a dicho anfitrión. En otras palabras: Desde ahora hasta que el proceso se detenga, soy invencible, me temo.

-No es tan fácil detener al parásito como despertarlo, Anuji. Muy pocos lo han logrado y, aún así, no han salido bien parados luego de hacerlo.

-Entonces será mejor que termine contigo lo antes posible.

Moviéndose con gran rapidez, "Bracamarte" se colocó frente a Yin en una fracción de segundo.

El poderoso puñetazo dirigido hacia el joven abrió un boquete en el muro.

Al mirar hacia arriba, el guerrero vio cómo el muchacho se alejaba saltando de tejado en tejado. Ésta sí iba a ser una cacería divertida.

A toda velocidad, Yin saltaba de un lado a otro intentando pensar en una estrategia viable. Aunque atacase al enemigo con uno de sus cuchillos, el incremento de su masa muscular impediría que la herida fuese mortal en la mayor parte de la superficie de su cuerpo pero, con la gran velocidad que éste había adquirido, tampoco le sería posible acertar en una zona de tamaño tan reducido como la cabeza o el cuello, donde la densa capa de tejidos no lo protegería.

Súbitamente, se vio alertado por unos restos de musgo seco que habían caído sobre su hombro. Saltando hacia atrás, logró evitar el mandoble que "Bracamarte" le había lanzado desde arriba con su alabarda.

-¿Lo has visto, "Obagashy"? Ahora soy más rápido y fuerte que tú. ¡Prepárate a morir!

Yin saltaba y corría por los tejados y terrazas de la zona antigua mientras su adversario se divertía adelantándosele y atacando de vez en cuando sin verdadero ánimo de derrotarlo; como un gato que acorrala a un ratón y disfruta atormentándolo antes de darle el golpe de gracia.

Una vez hubieron llegado a la parte de la zona antigua de la ciudad, que estaba siendo restaurada, Yin se detuvo sobre uno de los andamios de caña.

-No voy a continuar con esto.

-¿Al fin te decides a luchar conmigo, cobarde?

-Veo que no podré hacerte reconsiderar tu posición; así que tendré que matarte para proteger a mi señora. Lo siento.

-¿Lo sientes? ¿Que lo sientes? ¿Quién diablos eres y qué has hecho con ese temible guerrero al que todos conocen como "el oscuro segador de almas"? Siempre has sido un asesino despiadado y sanguinario; así que no entiendo a que viene ahora esta muestra de debilidad.

-... El ser un mercenario me ha convertido en asesino; y no al contrario, tal y como ocurre en tu caso. Si alguna vez he matado ha sido por necesidad y para cumplir con mi deber. Nunca he acabado por gusto con la vida de nadie. Últimamente he tenido tiempo para replantearme mis principios… y he decidido evitar matar en la medida de lo posible.

-... Patético... Me decepcionas, mercenario. No merece la pena que pierda más tiempo con alguien que...

Antes de que "Bracamarte" hubiese terminado la frase, Yin comenzó a rodearlo a toda velocidad; confundiéndolo con su imagen residual.

-¡Eso me lo dirás después de probar mi técnica: Is-hin-yônbai; "Yônbai espejismo"!

Todas las figuras lanzaron un cuchillo al mismo tiempo. El guerrero, sabiendo que no le quedaba tiempo para decidir cuál de ellos era el real, lanzó un mandoble giratorio hacia todos para no arriesgarse. Al momento, comprendió la naturaleza de la táctica del muchacho. Todos los cuchillos eran reales. No obstante, ninguno habría podido acabar con su vida; todos habían ido demasiado bajos... por lo tanto, la intención del Yajin´e era obligarlo a bajar la espada para abrirle la cabeza como un melón.

Subiendo la alabarda con todas sus fuerzas, "Bracamarte" se encontró con su enemigo justo encima de él. Con una mueca de felicidad, barrió el aire con su alabarda, partiendo al chico por la mitad... o, más bien, a su imagen.

Yin, en algún momento, se había colocado a sus pies y, ahora, se preparaba para desenvainar la espada directamente hacia su estómago.

A pesar de lo desequilibrado de la posición, el cazador logró propinar un contundente puntapié a su enemigo; quien salió volando por los aires. Creyéndose salvado, "Bracamarte" se dispuso a seguirlo, pero un sonido metálico a su espalda lo detuvo.

Por apenas unos milímetros, el guerrero logro esquivar los ocho yônbai que el muchacho le había lanzado antes, recibiendo, tan solo, una serie de superficiales cortes paralelos en el pecho.

Sin comprender cómo lo había hecho, el cazador miró hacia su espalda; pero no había nadie. Al darse la vuelta de nuevo, tuvo el tiempo justo para evitar el filo

de la espada enemiga y de lanzarla hacia atrás con un nuevo envite de su propia arma.

Mientras Yin se levantaba otra vez como si nada, el guerrero comprendió lo que había sucedido. De la muñeca del joven surgían varios cables, casi invisibles, atados a los cuchillos. Los cortó sin esfuerzo con su espadón.

-Ha sido una táctica fantástica, mercenario... Casi a la altura del nombre de "Obagashy". Pero contra este nuevo cuerpo no puedes hacer nada. Ni siquiera esas técnicas súper rápidas tuyas de desenvainar en el aire alcanzan una velocidad suficiente para cogerme por la espalda.

-Entonces, quizás debería intentar un ataque frontal.

El rostro del cazador, trastornado a causa del aumento de su poder, se deformó todavía más al mostrar una gran sonrisa.

-Eso me encantaría.

Una vez devuelta la hoja a su vaina, Yin se colocó en posición para desenvainar. "Bracamarte", por su parte, retrasó la alabarda y comenzó a correr hacia el muchacho lanzando un potente bramido.

Del choque resultante salió un fuerte chispazo.

Una vez se hubo detenido el movimiento, el cazador permanecía con el brazo estirado, apuntando con la alabarda en dirección al muchacho mientras que, Yin, perplejo, comprobó cómo su espada había quedado clavada en lo alto de una lejana torre.

XX - UNA MEDIDA DESESPERADA

A pesar de haber logrado desarmar a Yin, "Bracamarte" no había salido del todo bien parado. No solo había dejado de sentir nada del codo para abajo, sino que le temblaba todo el cuerpo. A causa de los espasmos del brazo debilitado, la alabarda cayó plana sobre el suelo. Entonces pudo verlo: había un profundo tajo en el lomo de la hoja de su espadón que llegaba casi hasta el nervio de la misma.

-Parece que realmente tu fama de "Obagashy" es merecida, me temo...

Yin, quien hasta entonces se había estado sujetando el dolorido brazo izquierdo, alzó ahora la solitaria vaina, sosteniéndola con la otra mano.

-Detén esta maldita locura ahora mismo, o me veré obligado a...

-¿A qué? Has perdido casi todos tus cuchillos "llunabi", o como se llamen, así como tu espada. Quizás sí puedas darme algo de guerra con la vaina todavía, pero no serás rival para mi alabarda durante mucho rato más.

-Mira tu brazo.

Con prudencia, el guerrero dirigió su vista hacia la extremidad dolorida sin dejar de controlar a su adversario por el rabillo del ojo.

-¡Ja! Un truco muy infantil por tu parte ¿No te parece? A mi brazo no le pasa nada; se me irá el dolor en unos...

-¡El otro brazo!

Al comprobar su apéndice izquierdo, el cazador no pudo evitar dejar escapar un respingo. La carne y la piel se habían secado y contraído; dándole a la mitad inferior del mismo el aspecto de un tronco seco.

-¡Ugh…!

-El parásito te está consumiendo... Si sigues así, aunque ganes, no podrás volver a combatir en tu vida.

-¡No seas idiota! ¿Crees realmente que soy tan estúpido como para despertar al "Soguhikán" sin tener preparado un remedio contra este tipo de problemas? Llevo los dos últimos años utilizando esta técnica y no me he consumido en absoluto ¿Cómo crees que es posible, genio...? ¡Con esto!

"Bracamarte" sacó de su bolsillo una botellita verde en cuyo interior bailaba un liquido de color amarillo oscuro.

-¿Es eso lo que creo que...?

-Sí. Sangre de unicornio. El mejor remedio contra cualquier enfermedad... mientras no pierda la extremidad, se recuperará casi al instante, pase lo que le pase.

-Solo los elfos podían beber sangre de unicornio.

-Sí, lo sé. Si un humano, Indo, gigante, etc. la bebiese, en principio, no solo no se curaría sino que sufriría de unos cólicos tremendos y podría llegar a morir... Pero esta está tratada. Tengo acceso a las mejores medicinas extraídas de los mejores ingredientes. Ventajas de servir al rey... ¿Qué tienes tú?

-La habilidad necesaria para matarte.

-Ya me he hartado de tus bravuconadas... con esa vaina no podrás atacar; solo detener algunos golpes. Vas a morir, me temo.

Yin, por alguna razón, adoptó su típica postura de combate a pesar de tener solo la vaina.

-Entonces, atácame de nuevo.

"Bracamarte", incapaz de soportar la insolencia de su enemigo, apuró la poción de sangre de unicornio y, sintiendo cómo sus fuerzas perdidas regresaban, se lanzó hacia el muchacho.

El movimiento escogido esta vez, para evitar la técnica de Yin, fue un barrido horizontal de izquierda a derecha. El joven sonrió.

En lugar de atacar hacia delante directamente, Yin se pasó la vaina por la espalda hacia la mano izquierda mientras saltaba para, una vez esquivado el golpe del enemigo, dirigir el arma hacia su cabeza con la inercia del golpe intacta.

El cazador, rápido de reflejos aunque con la mano derecha ocupada en dominar la pesada alabarda, se protegió con su brazo afectado; cuya piel escamada se resquebrajó con el impacto, al no estar todavía recuperada del todo. El instante de duda ocasionado por el intenso dolor fue suficiente para que Yin se colocase bajo el cuerpo inclinado de su enemigo, con las manos en el tejado del edificio en que se encontraban y los pies en el aire, con la intención de propinarle al cazador una contundente patada doble.

A pesar de los intentos del guerrero por evitarlo, las piernas del muchacho fueron más rápidas y golpearon su mentón con dureza.

Mientras "Bracamarte" caía hacia atrás, su alabarda permanecía inmóvil en la mano. Ése era el momento que Yin había estado esperando. Girando sobre sus hombros apoyados en el suelo a gran velocidad, logró enganchar

la empuñadura del espadón con una pierna mientras que, con la otra, golpeó la muñeca del cazador.

Cuando éste llegó al suelo, su alabarda todavía se encontraba girando en el aire. Haciendo un último esfuerzo, Yin se volteó hacia atrás y fue a por ella de un salto. Al ver que "Bracamarte" se había repuesto y pretendía también hacerse con el arma, tomó una arriesgada decisión: en lugar de alargar el brazo para coger el objeto que ambos ambicionaban, lanzó la pierna para golpear su rajada hoja. La alabarda quedó clavada a dos metros por encima de su propia arma; en la misma torre.

-Eres... un maldito bastardo… ¿Lo sabías?

El cazador se sujetaba el reseco brazo ensangrentado, aunque la hemorragia ya había cesado gracias a la poción.

-Mírate, Anuji... se te está consumiendo el cuerpo. No dudo que hayas utilizado esta técnica en varias ocasiones, pero tienes que darte cuenta de algo importante: A medida que el parásito se alimenta de tu carne, aunque aumente la cantidad de ese producto que dota de mayor fuerza a tus prodigiosos músculos, al no quedarte músculos que aumentar, no recibes más fuerza. Al inicio de la batalla podías jugar conmigo como el gato con el ratón... pero ahora ya nos hemos puesto casi al mismo nivel. Quizás yo me haya vuelto algo más fuerte luchando con alguien de tu calibre, mi pueblo es así... pero debes haberte percatado de que eres notablemente menos poderoso que antes.

-Cállate... ¡Cállate...! ¡CÁLLATE YA! ¡Me importa una mierda mi cuerpo! ¡NO VOY A PERDER ESTA PELEA, PASE LO QUE PASE!

Desesperado, el cazador sacó tres botellas repletas del líquido amarillo y se las tomó de golpe.

Los efectos reparadores de la sangre de unicornio, unido a los potenciadores químicos del "Soguhikán", provocaron una reacción desmedida.

Los músculos del guerrero, así como su propio esqueleto, parecieron aumentar tres veces su tamaño anterior entre terribles crujidos y borboteos. "Bracamarte" gritaba, no se podría decir si del terrible dolor que la metamorfosis le infligía o del sublime placer por saberse el más fuerte ahora.

-Imagino que ya no te queda sangre de unicornio para recuperarte al terminar la pelea...

-Eso a ti ya... -"Bracamarte había comenzado a sangrar por las fosas nasales, oídos, lacrimales, uñas y algunos poros de la piel; que se le había vuelto gris.- **...te va a dar igual, me temo.**

Con una potencia imposible, el guerrero lanzó un contundente puñetazo hacia el Yajin´e que llegó incluso a desprender algunas baldosas bajo sus pies; debido al impulso del impacto. A la merced total del golpe, Yin, quien esta vez no había tenido tiempo ni de cubrirse con la vaina, salió volando hacia el otro lado de la calle.

Luego de aterrizar como un peso muerto sobre un tejado cercano a la torre, el joven intentó levantarse para recuperar alguna de las espadas y tener así una mínima oportunidad; pero no pudo hacerlo. El terrible golpe recibido en el estómago lo había dejado mareado y sin fuerzas. Por mucho que lo intentase, no podía mover ni un brazo siquiera.

El contundente temblor del tejado le indicó que su adversario acababa de llegar ¿Había saltado esa distan-

cia? Visto lo visto, no le sorprendería. Sintió cómo el poderoso brazo, de venas abultadas y brillantes, tiraba de la chaqueta de su kimono hacia arriba. Ahora se encontraba suspendido, con la cabeza colgando, pues no tenía fuerzas ni para tensar el cuello, frente a la enorme mole que, hacía un rato, había sido humana.

-Ah... hu... n... hiah...

-**Ya no puedes ni decir tonterías ¿Eh, pequeñajo? Tranquilo, que en seguida me ocuparé de que no sientas más dolor...**

Echando el brazo hacia atrás con teatralidad, deleitándose con el momento, el monstruoso guerrero retrasó el golpe lo suficiente para que el cerebro de Yin volviese a activarse.

Liberándose de la chaqueta en el último instante, logro evitar el puñetazo por parte del cazador quien, al quedar estirado sobre él, presentaba un blanco perfecto.

Una vez lo hubo apuñalado hasta el fondo en el estómago con un yônbai, lo que provocó la caída de la mitad de un fino gusanillo dorado, Yin creyó que todo había terminado... Pero la gran cantidad de sangre de unicornio ingerida por el enemigo hizo inútil el esfuerzo.

De una monumental patada, que al estar tan cerca no llegó a dañarlo tanto como el puñetazo anterior, el Yajin´e llegó hasta el muro en que habían quedado clavadas las espadas.

Aunque el arma del muchacho estaba al alcance de su mano, e incluso llegó a rozar la empuñadura, el cuerpo del joven había vuelto a dejar de obedecerle; por lo que fue resbalando hasta caer pesadamente sobre una de las cornisas de la torre.

Mientras "Bracamarte" se entretenía sacando su alabarda de entre las rocas, Yin comenzó a arrastrarse hasta llegar a entrar por una pequeña abertura sin puerta que llevaba a una gran sala iluminada por cuatro enormes aberturas en el muro, unos metros más arriba.

-**Sé que estás ahí, asesino de pacotilla... no creas que porque la entrada sea muy pequeña voy a dejar de entrar para rematarte...** -De un solo golpe de alabarda, los grandes bloques de piedra se hicieron añicos; dejando un hueco lo suficientemente grande como para poder pasar aún con su imponente tamaño.- **Ahora deja ya que te mate, que me he cansado de esto, me temo.**

En un último y desesperado intento, Yin lanzó el yônbai restante, que cayó al suelo con un tintineo metálico antes de llegar a su objetivo, lo cual hizo ver al muchacho que el golpe había fallado. De todos modos, sabía que, de acertar, no habría logrado hacer nada a aquel monstruo.

- ...inco, cuatro, tres...

Bracamarte, divertido, se detuvo antes de asestar el golpe de gracia.

-**¿Qué es lo que dices, pequeño? ¿Acaso suplicas clemencia?**

-...Cero.

Anuji no tuvo tiempo ni de preguntarse qué había significado aquello. El badajo de la campana, con sus varias toneladas de peso, se llevó la cabeza del monstruo por delante, haciendo saltar por los aires múltiples hebras doradas que el muchacho se cuidó de esquivar rodando por el suelo.

El fuerte sonido de la campanada hizo que el debilitado mercenario estuviese a punto de desmayarse; pero la amortiguación que la cabeza de su enemigo había ofrecido al golpearse las dos piezas de metal, así como su enorme fuerza de voluntad, lo evitaron.

Luego de un rato de merecido descanso, en cuanto comprobó que podía volver a oír, se levantó a duras penas y miró el cuerpo decapitado del hombre que había estado a punto de matarlo. No sintió nada salvo, quizás, cierta diversión ante el hecho de que el haber crecido de esa forma, volviéndose con ello más fuerte que él, hubiese sido la causa de su derrota. "Si hubieses sido tan solo unos centímetros más pequeño..."

Ahora, una vez recuperada la espada, que había caído al suelo al sacar Anuji su alabarda del muro, tan solo era cuestión de encontrar la chaqueta y los cuchillos y buscar a su señora... En ese momento, Yin se dio cuenta de lo terriblemente cansado que estaba.

XXI - *BONI, LA SIMPÁTICA HECHICERA*

Áshelayd había empezado a correr con todas sus fuerzas en cuanto su guardaespaldas se lo hubo ordenado. No obstante, desorientada como estaba, no lograría encontrar la entrada principal de la ciudad ni, mucho menos, a los caballos.

Consciente de ello, la muchacha había decidido tomar el primer desvío con el que se encontró. Este camino la llevó al pequeño portón de suministros que abastecía a la ciudad desde el sur y la conectaba con la zona rural, donde las grandes extensiones de policultivos eran atendidas por jornaleros y, en menor medida, ya que la mayor parte del terreno estaba en manos de la nobleza, por algunos propietarios pertenecientes a la clase campesina. En caso de enfrentamientos, el portón no resultaba ser un punto débil; ya que podía ser retraído e integrado a la muralla con una técnica dotada de una precisión que murió con quienes la construyeron.

Una vez se hubo alejado lo suficiente como para sentirse segura, la muchacha se detuvo, jadeante, para recuperar el aliento.

Al comenzar a caminar de nuevo, aunque con la mente algo dispersa debido a la preocupación que sentía por su compañero de viaje, pudo comprobar que a los jornaleros y campesinos de la zona, a pesar de estar tan cerca de la capital del país, no les iba demasiado bien.

La mayoría de ellos vestían con ropas ajadas, antaño de gran calidad y buena costura, pero que se habían ido desgastando con el uso. No tenía sentido. Si bien la

crisis económica sufrida hacía unos años por el País de Rayâ, que ahora Áshelayd sabía producto de la guerra, había mermado los bolsillos de todos, a la muchacha no se le había escapado que en la zona pudiente de la ciudad la gente vivía sin ahogos y con lujo. La joven no entendía de ninguna manera cómo podía el rey actual ser tan imbécil. La dinastía de Ëan descendía del primer rey de la historia humana; un valiente guerrero que, hacía casi mil años, según se contaba en libros y leyendas de transmisión oral, había sepultado al diablo en el inframundo y había logrado unificar a todos los pueblos de la península, desde el desierto blanco hasta el bosque de Yariojira; conformando así una región que pasó a llevar su nombre. Desde él, todos los reyes habían sido medianamente competentes, incluso sin contar con Hunnan II y Rayâ III; considerados como los mejores gobernantes desde el mismísimo Ëan. No obstante, en esta ocasión, el país estaba en manos de un hombre avaro, soberbio e inepto; que lo había llevado al extremo: por una parte, la nobleza gozaba de gran riqueza; por el otro, la clase trabajadora debían sufrir lo indecible para sobrevivir. La buena calidad de vida que diferenciaba a aquella región de las demás parecía irse desvaneciendo año a año.

Se extendía año tras año la opinión de que este hombre, Edwäh, no era quien debería haber alcanzado el trono, sino su primo hermano. La razón del conflicto era que el primogénito de Rayâ III había sido un hijo bastardo, de padre desconocido, que además carecía de uno de los principales vínculos físicos con la familia real: según los rumores, su pelo y ojos no eran del mismo distintivo color que el de los demás; por lo que las leyes y el juicio de la alta nobleza tan solo contemplaban co-

mo legítimo sucesor al primogénito de su segundo hijo; producto de un matrimonio noble. Había, incluso, quien sostenía que una línea sucesoria paralela a la del propio Ëan, que partía de un hipotético hermano mayor, era quien tenía el verdadero derecho sucesorio.

En cualquier caso, Áshelayd odiaba a Edwäh con todo su ser. Contribuir a la destrucción de su hogar por algo tan mísero como una vara mágica... Si bien este tipo de arma no abundaba, no podía merecer la pena. Una vara mágica tan solo era un instrumento que servía para canalizar el poder del mago o hechicero, a la hora de conjurar o utilizar magia espiritual, y evitar que parte de dicha energía se malgastase, al ser requerido un menor esfuerzo para realizar el proceso. No era admisible el causar tanto daño solo para conseguir algo que, por si esto fuese poco, al rey solo le serviría como trofeo; pues, al contrario que su padre, no había heredado el poder de su abuela.

Absorta como estaba en echar pestes sobre el monarca, Áshelayd chocó con otra anciana. Jamás en toda su vida había tropezado tantas veces como ese día.

-Disculpadme, por favor. Andaba distraída y...

-No es nada, pequeña ¿Ayudarás a esta viejecita a levantarse?

Áshelayd se quedó asombrada ante el aspecto de la desconocida: A pesar de sus espesas y gruesas cejas, que la dotaban de un aspecto algo salvaje, así como de las numerosas arrugas por las que se veía surcado su rostro, la anciana resultó ser una de las mujeres más bellas con las que la joven se hubiese cruzado jamás.

Una vez la hubo ayudado a levantarse, la muchacha pudo comprobar que, a pesar de su edad, la desconoci-

da poseía un talle envidiable y un aspecto, en conjunto, sano. Lo que más destacaba, en cualquier caso, eran unos ojos grandes y redondos, del claro color de la miel, que destilaban una inteligencia y sabiduría que Áshelayd tan solo había vislumbrado hasta entonces en la mirada de Handschmud.

-Vos sois una hechicera.

Áshelayd se sorprendió a sí misma, casi tanto por el hecho de haber dicho algo así, como por la seriedad con que lo había hecho.

-Tienes buen ojo para reconocer a los de tu misma clase, pequeña. ¿Te apetece tomar unas pastas de gunna y una infusión de frí?

Antes de entender cómo había ocurrido, la muchacha se vio aceptando la invitación. Por segunda vez en ese mismo día, sintió como si su voluntad le hubiese sido arrebatada.

La casa de la anciana resultó ser mucho más acogedora de lo que Áshelayd se había esperado; luego de haber visto la pocilga en que vivía la pobre duende. Al recordarla se entristeció. No había llegado a conocerla, pero, quizás todavía más a causa de ello, le daba mucha pena que hubiese sufrido por protegerla. Esperaba que estuviese viva… pero sabía que no era así.

-Tenéis un hogar francamente agradable... este...

-Llámame Boni. -La anciana retiró una sucia capa gris de viaje que reposaba sobre el respaldo de una silla y, ocultándola, con aire avergonzado ante el desorden, invitó a la joven a sentarse.- Y dime ¿Qué te trae por aquí?

Áshelayd, pensando en que lo mejor para todos sería contarle alguna mentira, la miró a los ojos y comenzó a hablar.

-Veréis... Mi maestro me pidió que cumpliese un recado en el pueblo de Árdell, ya que él no podía; pero al final resultó que era una trampa que le habían tendido. Afortunadamente, yo me había encontrado con un Yajin´e en el bosque de Seisríos y me salvó del chaval aquel que habían contratado como asesino. Luego, al enterarnos de que habían atacado a mi maestro mientras yo estaba ausente, Yin y yo vinimos aquí; aunque nos volvieron a atacar en el bosque de Anafae, pero Yin machacó a aquel tipo. Como él tardaba mucho en encontrar información al llegar aquí, me puse a pasear y fui yo quien se encontró con alguien: una duende que me leyó el futuro. Pero entonces, llegó un tipo con pinta de oso y que llevaba una espada gigante y atacó a la duende. Y luego intentó matarme a mí. Yin apareció de pronto y se lo impidió ¡Fue genial! pero, aunque iba ganando, "Brazomate", o como se llame, hizo algo raro y empezó a brillar y Yin se asustó y me dijo que escapase y yo escapé.

Una vez hubo terminado, la muchacha tardó un buen rato en recuperar el aliento. No solo por haber soltado semejante perorata de corrido; sino porque, a pesar de su intención de mentir, había contado todo tal y como lo recordaba; lo cual la había sorprendido enormemente.

-Vaya... Tu capacidad narrativa deja mucho que desear, jovencita... -Mientras hablaba, la anciana colocó frente a Áshelayd un cuenco de barro, de color verdoso, que contenía unas galletas circulares y rugosas, con la

superficie tostada y crujiente, todavía calientes. A continuación, apartó un pequeño tapete decorativo de ganchillo e hizo sitio también para una bandeja del mismo material cocido, en que reposaban dos tazas de alfarería repletas hasta la mitad de agua hirviendo.- Te aconsejaría que, en principio, no mirases a los ojos a un mago si pretendes mentirle... claro que, con ello, estarás dando a entender que no dices la verdad; pero al menos no llegarás a contarle aquello que no quieres que sepa.

-Es cierto, creo que he oído algo acerca de eso... "Los ojos no ven. Solo son ventanas hacia el cerebro; por lo que existen formas de llegar a la mente de alguien solo con mirarlo".

-Y esto vale para todos los sentidos. Técnicamente, este tipo de magia se conoce como "Amagaki", es decir, "alucinógena" o también “de control”. Consiste en proyectar la energía del primer punto, "sentido", hacia el cerebro de tu rival; provocándole una pérdida de control sobre su propio "sentido".

-¿Sen... sentido?

La anciana, que había cogido un recipiente de arcilla en forma de jarra ancha, lleno de agua, en que flotaban unas hojas rojas, vertió algo de éste líquido en ambas tazas, así como una hoja en cada una de ellas, y comenzó a remover el contenido con una varilla de madera terminada en una pequeña protuberancia cóncava.

-Veo que todavía no has estudiado los "cinco puntos", también llamados "Gan´shi". -"Ga/alma", "n´/lugar/residencia", "shi/cinco" tradujo la muchacha para sí; "los cinco emplazamientos del alma".- Resumiendo, estos puntos se encuentran en la cabeza, corazón, vientre, genitales y espalda; y son llamados, respec-

tivamente, "sentido", "fortaleza", "Sentimiento", "Vida" y "Resistencia". Estos cinco "Gan´shi" deben actuar en armonía para que una persona viva sana. Si se controlan de forma correcta, puede llegarse a vivir más de cien años... por el contrario, si una destaca sobre las otras en exceso, el sujeto se descontrola y no solo pierde el norte; sino que jamás logrará encontrar su verdadero poder. Controlar los "Gan´shi" no es algo tan difícil o extraño como pareces pensar, tal y como se deduce de la expresión de tu rostro. La activación de los mismos es la que llevas a cabo cada vez que lanzas un conjuro.

Entiendo que no os hayan hablado de ellos todavía en tu escuela... es un tema complicado que, posiblemente, los chiquillos no podréis comprender a una edad tan difícil... Y, si te lo he contado, es porque el estudio de los "Gan´shi" está relacionado con el estudio del origen y naturaleza de la magia; por lo que he pensado que te sería útil en tu búsqueda, pequeña.

-¿Y qué pasa si haces magia sin estar en comunión total los puntos?

La anciana sonrió mientras daba un nuevo sorbo a la infusión para ayudar a pasar a la pasta por el esófago.

-Nadie ha logrado esa comunión perfecta que tú dices. Toda persona posee defectos y cualidades... No se puede, en principio, alcanzar tal grado de perfección. Durante siglos, muchos han intentado hallar la solución a esta cuestión; pero nadie lo ha logrado salvo, quizás, aquel a quien estás buscando...

"El guardián de los secretos", pensó la muchacha. No cabía duda de que ambas historias coincidían en ese punto: Ánid le había contado que, debido a una serie de conjuros, un poderoso mago había intentado hacer ver a

su hijo ciego luego de obrar en su cuerpo numerosas modificaciones para soportar el efecto de su magia; aunque al final resultaron insuficientes... quizás lo hubiese intentado manipulando el punto "sentido" de forma directa o, a lo mejor, había puesto al mismo nivel a los otros cuatro para que la coincidencia de los mismos obrase el milagro... En cualquier caso, la secuencia de hechos parecía comenzar a tener sentido.

-Entonces, existe la posibilidad... ¿Pero cómo saber qué hay que mejorar? ¿Es esto parte del problema a la hora de unificar los puntos?

-En absoluto. Existen diversas formas de conocer el poder de una persona. La mejor y más explicativa es utilizar uno de los pergaminos que Leudo, el famoso alquimista, creó tiempo atrás para tal fin... pero, a falta de uno, siendo una hechicera medianamente eficiente como soy, creo que algo podré hacer. -La mujer se levantó y colocó frente a la muchacha.- Desnúdate, por favor.

Áshelayd se sobresaltó. No se le había ocurrido que tendría que hacer algo así para conocer el alcance de sus fuerzas.

-¿Por qué tengo que...?

-No seas vergonzosa, muchacha, que todo cuanto puedas tener yo ya lo he visto en más ocasiones que tú. Además, me bastará con que te quedes en ropa interior, si lo prefieres.

Tomando la palabra de Boni, la muchacha se quitó el vestido de seda y conservó el taparrabos; así como la tela cruzada con que se sujetaba innecesariamente el incipiente pecho, todavía poco desarrollado a pesar de su edad.

Avergonzada y con frío, siguió las indicaciones de la anciana y ambas se sentaron en el suelo, con las manos extendidas, tocándose las puntas de los dedos la una a la otra.

-Bien. Ahora, mírame a los ojos e intenta no pensar en nada.

De cualquier modo, Áshelayd no habría sido capaz de centrar su mente en nada más aparte de los dos discos claros que constituían los irises de los ojos de la anciana. A pesar de su edad, conservaban un brillo de vitalidad que la hacía aparentar ser mucho más joven de lo que en realidad era.

-¡AH! ¿Qué ha sido eso?

La muchacha, sorprendida, había sentido de pronto como si le hubiesen atravesado cada uno de los cinco puntos con algo ardiente y vibrante; como un rayo de energía.

-No te preocupes, jovencita. Ya te puedes vestir. -La anciana se levantó ayudada por la estudiante y comenzó a hablar de nuevo mientras se sentaba en la mesa y volvía a coger otra pasta.- Tal y como te decía, a pesar de ser una hechicera, careces de uniformidad en cuanto a tus "Gan´shi" se refiere. Tus puntos de "sentimiento” y "resistencia" son excepcionalmente fuertes, mientras que "fortaleza" y "sentido" están más en la media. "Vida", por último, es especialmente débil.

-Entonces ¿Cómo podría mejorar mis habilidades?

-Bien. Por ahora, al tener una menor proporción de "fortaleza", "vida" y "sentido", no puedes utilizar tu poder latente en su totalidad. -Áshelayd recordó cómo había corrido cuando la duende se lo había ordenado.-

Piensa en ello como si se tratase de una mezcla de colores: Imagina que "sentimiento" y "resistencia" son el color azul mientras que, "vida", "fortaleza" y "sentido", son amarillo. La fuerza del hechizo, mezcla de éstos, será verde... pero no puede ser verde azulado. Tiene que ser verde. Por lo tanto, podrás utilizar todo el amarillo hasta que se agote... pero como la proporción del verde que buscas es de amarillo y azul a partes iguales, nunca podrás utilizar todo el azul; solo una parte equivalente a la del amarillo que dispones, que es poco.

-O sea... que, para poder utilizar todo mi poder, debo aumentar la capacidad de los puntos menos desarrollados.

-Exacto. De nada te servirá aumentar "sentido" sin aumentar "vida", ni "resistencia" sin aumentar "sentido" a su vez.

-Creo que ya lo he entendido. ¿Cómo pueden entrenarse estas cualidades?

-Cuerpo y mente están conectados. Una persona está conformada por ambos elementos; que resultan inútiles sin el otro. Para aumentar "fortaleza", debes hacer ejercicio y hacerte fuerte de carácter; para mejorar en "sentido", debes meditar y observar el entorno, buscando el por qué de las cosas y comunicándote con la naturaleza. Por último, para potenciar el punto "vida", tan solo debes...

-Vale, vale. Me hago una idea... -La muchacha, con las mejillas rojas de pura vergüenza, había decidido que no soportaría oír a la anciana terminar la frase.- ...se hará lo que se pueda.

Bien. Por cierto ¿Dónde está ahora ese amigo tuyo?

Áshelayd se sobresaltó y tiró la silla al levantarse.

-¡Yin! ¡Oh, no! lo había olvidado por completo... Todavía no ha vuelto... es más ¿Cómo va a encontrarme aunque gane la pelea? Debo irme. Gracias por todo, Boni.

-Espera. -La joven, desesperada, lanzó una mirada apremiante a la anciana para que se diese prisa en decirle lo que fuera.- Te olvidas de esto.

Áshelayd, sintiéndose de nuevo tan tonta como el tomate que lo colorado de sus mejillas la hacía parecer, tomó su ropa de manos de la anciana y comenzó a vestirse. Ahora comprendía la razón de que Boni le hubiese dicho que se quitase la ropa: El escrutinio había aumentado notablemente la temperatura de su cuerpo. Tanto, que ni se había percatado de su desnudez.

-Gracias.

-De nada. Buen via... ¿Qué es eso? -La anciana, con expresión seria, había cogido un largo pelo de color encarnado del vestido de la muchacha.- ¿Es acaso un cabello de ese tal Yin?

-Pues... -La muchacha lo examinó durante unos instantes.- ...sí. Yo diría que sí; de todos modos es la única persona que conozco con un pelo de ese color.

Recuperando su semblante amable, Boni se dirigió de nuevo a la joven con su tranquila voz.

-Entonces, creo que no hará falta que salgas a buscar a tu amigo.

XXIII - *SISTEMA DE BÚSQUEDA*

Áshelayd, cansada de esperar, había comenzado a hacer girar la vara entre sus dedos, tumbada en el suelo y con el brazo derecho en alto. Boni se había ido hacía ya un buen rato a la habitación de al lado para hacer "algo que la ayudaría a encontrar a su compañero" y no parecía tener intención de regresar en un futuro próximo.

De pronto, la anciana apareció de nuevo junto a ella; llevando entre sus manos un par de pulseras.

-Aquí están.

-¿Qué son...? ¿Y por qué me arrancaste un pelo a mi también?

-Calma, pequeña, calma... Ten, póntela.

Áshelayd cogió el adorno que la mujer le tendía. Era como una de esas famosas pulseras de la amistad que tan de moda estaban entre los críos de los primeros cursos. Hecha de finas tiras de material trenzado, poseía un vivo color rojo. Las finas hebras destinadas a ser atadas para servir de cierre terminaban en sendos nudos abultados.

-Es... muy bonita, pero... ¿De qué me sirve?

-Paciencia. Tú póntela.

La muchacha se la ató en la muñeca izquierda, utilizando los dientes, luego de subirse la muñequera.

-¿Y ahora qué?

-Piensa en ese tal Yin.

No muy convencida, la joven se centró en su imagen mental del mercenario. Pensó en él saltando a los árboles, corriendo, lanzando cuchillos, multiplicando su

imagen... súbitamente, una pequeña descarga la sacudió.

-Pero ¿Qué...?

Las puntas de la pulsera, que habían quedado colgando, caían ahora de forma antinatural, apuntando, con sus dos nudos, hacia la derecha; como si estuviesen magnetizados.

-Si ahora le das a tu amigo esta otra pulsera, hecha a partir de la extracción de la esencia de un pelo tuyo, él también podrá encontrarte estés donde estés.

-¿Entonces...?

-Sí. La pulsera está señalando hacia el muchacho.

-¿Y eso significa que...?

-En efecto: está vivo. Si hubiese muerto, no habría forma de hacer señalar a la pulsera. Si sigues esa dirección, sin duda hallarás...

Súbitamente, las cuerdas comenzaron a girar en el sentido de las agujas del reloj.

-Eso es que se está moviendo ¿No?

-No solo eso sino que, para que giren a esa velocidad... -Alguien llamó a la puerta con los nudillos.- ...es que el sujeto en cuestión debe estar muy cerca. Ve a abrir, anda.

Áshelayd, emocionada, corrió hacia la puerta y soltó un grito de felicidad al ver al muchacho; sentimiento que no tardó en borrársele de la cara al comprobar el deplorable aspecto que tenía.

Manteniéndose en pie a duras penas, utilizando la espada envainada como apoyo, el joven tenía la cara abultada por numerosos hematomas y había pocas zonas de su piel que no se viesen surcadas por pequeños cortes y arañazos. Los pantalones estaban llenos de pol-

vo y, la chaqueta del kimono, la llevaba abierta y por fuera de la faja, dándole un aspecto, junto a su mirada penetrante, tremendamente fiero y amenazador; como si de una bestia herida se tratase.

-¡Yin! ¿Qué os ha...?

-El enemigo tenía más de un as en la manga... pero vencerlo fue tan solo cuestión de "tiempo". -El muchacho pareció sonreír durante un segundo a causa del chiste; pero no tardó más en recuperar su semblante serio de costumbre para dirigirse a Boni.- Os agradezco mucho que os hayáis ocupado de cuidar de mi señora. Si puedo hacer algo por vos antes de irnos...

-Sí, puedes hacer algo: venir aquí para que pueda hacerte unas curas ¿Se puede saber en qué estás pensando, chiquillo? ¿Cómo es que andas peleándote así a tu edad con el "Brazotomate" ese?

-¿Brazoqué...? Bueno, no importa. Pelear por defender a mi señora es mi misión y lo haré contra quien sea. No importa lo grande o fuerte que sea.

-Razón de más para que dejes que te cure ¿No?

Dando el argumento por válido y aceptado, el muchacho cojeó hasta una de las sillas y comenzó a desvestirse de cintura para arriba.

Mientras la anciana recogía de la alacena todo lo necesario para sanar las heridas del joven, Áshelayd se percató de un detalle.

-Yin ¿Cómo me habéis encontrado? ¿Ha sido por la pulsera?

-¿Pulsera? No conozco esa técnica de búsqueda. Yo tan solo os he seguido el rastro desde la ciudad gracias a las huellas de vuestras botas.

-¡Imposible! ¡Había un montón de gente pasando por el mismo camino; no hay modo de que...!

-Pues lo hay. Llevabais las suelas mojadas y llenas de tierra; así que me bastó con encontrar una huella medianamente decente para ver que habíais ido corriendo hacia el sur. Ya que estabais escapando, supuse que habríais tomado la vía más fácil, cuesta abajo; donde logré hallar más huellas parciales sobre la tierra del camino. Algo más adelante, pude comprobar que habíais chocado con otra mujer, seguramente una anciana, ya que la habíais acompañado del brazo hasta esta casa; lo cual se deduce de la cercanía de las huellas y de la antinatural distribución del peso de vuestros cuerpos.

-... ¿Cómo...?

-Es cuestión de práctica.

-Vaya, parece que todo lo que dicen de los Yajin´e es cierto, después de todo... -La anciana había estado escuchando, con una sonrisa en la cara, el método de seguimiento del mercenario. Al rato, mientras se peleaba con una tira de papel adhesivo, no pudo evitar preguntar.- ¿Se puede saber con qué te han dado? Me sorprende que no se te haya roto ninguna costilla. Parece como si te hubiesen golpeado con una de esas mazas con forma de puño...

-Es que fue lo que lo que pasó... salvo por lo de la maza.

Arqueando las anchas cejas en señal de sorpresa, Boni se dirigió ahora hacia la muchacha.

-Parece que tu novio es un chico duro... ¿Y ahora hacia dónde os dirigiréis?

-Vamos hacia Ordenaýl para buscar más información sobre el secreto de la magia.

-Ah, pues os convendría…

-¡Hey! ¡Yin no es mi novio!

El joven y la anciana se quedaron mirando para la estudiante de hechicería; quien se había arrepentido al instante de haberlo dicho tan alto y a destiempo.

-Co... Como decía... no os conviene ir directamente hacia la península de Ordenaýl sino que deberíais pasar por Yariojira, rodear el cabo cercano al valle de la gloria, pasando por la cantera abandonada, y tomar el gran puente para llegar desde allí. Tened cuidado de no meteros en las dominios de los Indo... -La anciana sonrió, nostálgica, al recordar algo.- Y procurad evitar a los escorpiones.

-Así lo haremos, anciana. Lo mejor será tomar un Wikernô. Ahora estamos en la época de cría y los encontraremos cerca de la sierra Draconia.

Una vez vendados torso, cabeza y brazos del Yajin´e, luego de que la mujer le explicase el funcionamiento de la pulsera verde azulada, aunque Yin no pareció creérselo del todo, ambos muchachos salieron de la casa acompañados por la anciana.

-Muchas gracias por todo, Boni. Y gracias también por la receta de las pastas.

-No es nada, pequeña... Cuidad bien de ella, Yin; os dirigís hacia un lugar peligroso.

-Descuidad. Lucharé con gran fiereza por defenderla.

-Bien. Disfrutad del viaje y... bueno, supongo que, con lo guapo que es, no tendrás problemas para aumentar tu "Gan´shi" "vida" ¿Verdad?

-¡Boni!

La anciana rió con ganas.

-Perdona, perdona... Espero que encuentres sin problema al "Guardián de los Secretos".

-¡Adióooooos!

Apenas hubieron dado la espalda a la casa, Yin se dirigió hacia Áshelayd.

-¿Cómo es que habéis inmiscuido a alguien ajeno al problema en la búsqueda del "Guardián de los Secretos"?

-Pero... si yo no se lo he mencionado en ningún momento...

-¿Y entonces...?

A un tiempo, los dos jóvenes se giraron en redondo. Tras ellos tan solo había un bello conjunto de multicolores campos de policultivos hasta donde alcanzaba la vista.

-¿Pero dónde...?

Yin, por su parte, había comenzado a quitarse las vendas. No sabía cómo, pero todas sus heridas habían desaparecido.

XXIV - *UNA PAUSA POCO DURADERA*

A pesar de que sus lesiones se habían curado, a Áshelayd no se le escapaba que Yin estaba completamente agotado. Andaba arrastrando los pies, con la mirada perdida en el suelo, y su respiración se agitaba por el mero hecho de subir la débil pendiente que los separaba del portón sur de la ciudad.

-No podéis seguir así, Yin... Parad un momento a reponer fuerzas, os lo ruego.

-Ahora no podemos, mi señora. El cuerpo de élite de cazadores del rey anda tras nosotros; lo último que nos conviene es quedarnos quietos en su propio territorio. No tardarán en enterarse de la derrota de Anuji, ya que mucha gente nos vio luchar desde abajo; así que, teniendo en cuenta que saben dónde estamos, debemos partir de inmediato si queremos tener... alguna... posibi... lidad.

El joven había reducido perceptiblemente el ritmo de la subida, junto con su aliento, mientras hablaba. Áshelayd, preocupada, no pensaba permitirle dar un paso más hasta que repusiese sus fuerzas.

-¿Acaso debo recordaros que los animales...? No. Que los lobos rápidos... no. Que, si te desesperas... No, no… ¿Que “si te mueves como un conejo tranquilo te cazará un lobo desesperado”?

Yin arqueó una ceja.

-No es mal consejo... supongo... ¿Pero a cuento de qué viene eso ahora?

-...

-…

-… ¿Qué más da? ¡El caso es que os ordeno que os detengáis ahora mismo!

-No tenemos tiempo para...

-¡A-HO-RA!

El muchacho lanzó un suspiro al aire y, mirando a ambos lados, encontró una solución al problema.

-¿Os parece si comemos algo de la carne y queso famosos de la ciudad en esa taberna y luego nos vamos?

El estómago de ambos rugió al unísono. La joven apenas sí había comido un par de pastas en casa de Boni e incluso había dejado sin terminar la primera taza de frí. Por su parte, la idea de llenarse el estómago luego de un día tan duro, para el muchacho, resultaba una perspectiva bastante más que agradable.

Sin mediar ninguna otra palabra, ambos dieron por buena la sugerencia y entraron en el establecimiento.

El ambiente estaba poco animado. Como taberna para gentes de humilde condición económica que era, debido a los tiempos de crisis, los clientes iban allí más para mitigar sus penas con alcohol que a mejorar sus relaciones sociales. La escasa luz era agradecida por un grupo de jornaleros que, sucios y borrachos, dormitaban en un rincón apartado, recostados los unos sobre los otros, despertando de vez en cuando, durante unos segundos, cuando se les comenzaba a despejar la cabeza, solo para pedir y beber otra jarra de vino agrio o cerveza caliente.

Sobre el encargado del establecimiento, un hombre calvo y de piel amarillenta, con la cara picada por alguna enfermedad de su juventud, reposaban, colgados de unos ganchos de hierro unidos al techo, varios jamones curados a la sal.

Yin fue el primero en acercarse. Dejando tres monedas pequeñas de cobre con una oquedad de forma romboide en el medio, hizo su pedido.

-Dame dos raciones de jamón y medio queso de niga bien curado.

El tabernero levantó la vista de la jarra que estaba limpiando con la manga y enfocó con esfuerzo su vista sobre el muchacho.

-¿Quién eres tú?

-El que te va a pagar cuando le des lo que ha pedido.

-No me gusta tu aspecto, chico... con esa ropa y esa coleta más bien pareces una cría.

Los pocos clientes que estaban lo suficientemente sobrios como para oír el chiste echaron a reír. Yin, por su parte, se reclinó sobre la barra y lanzó al hostelero una desafiante mirada.

-Pregúntale a tu mujer todo lo hombre que soy.

A regañadientes, y tratando de ignorar las estridentes carcajadas que el comentario había ocasionado en sus habituales, el sujeto comenzó a cortar uno de los jamones en cortas láminas.

En cuanto hubo terminado de transformar las dos cuñas de queso en pequeños tacos que cupiesen fácilmente en la boca, el tabernero colocó ambos platos frente al muchacho y les escupió encima.

Yin, con una falsa sonrisa, le devolvió al hostelero la jarra con que había detenido el esputo; en cuyo interior se encontraban las tres monedas.

Murmurando pestes sobre el joven mientras éste se dirigía con la comida hacia la mesa que Áshelayd había elegido, el tabernero decidió que no merecía la pena molestarse en lavar la jarra luego de recoger el dinero; así que simplemente la dejó con las demás.

Aunque ya habían terminado de comer hacía un buen rato y el ambiente no era precisamente "agradable", los dos jóvenes se habían visto invadidos por una repentina modorra en cuanto sus respectivos estómagos hubieron estado repletos. Para llenarse, Yin había tenido que pedir otras tres raciones más para él solo. Áshelayd jamás había visto a nadie comer así; ni tan rápido, ni en tal cantidad.

Ocupados como estaban en la complicada tarea que era el intentar mantenerse despiertos, las horas comenzaron a pasar sin hacerse notar su presencia hasta que, súbitamente, las recias puertas de madera se abrieron de golpe.

-¡Tabernero, la penúltima; que acabo de cumphlir una missshión!

Tambaleándose, un muchacho de apenas dieciséis años llegó hasta la mesa en que Yin y Áshelayd continuaban reposando.

-¿Queréis algo?

-Sí, tú... -El joven miró hacia atrás y le dijo a alguien inexistente que se callase.- ...¿Por dhónde iba...? ¡Ah, shí! Tú, chorva, ya thestás quitando de mi shiiiiitioooo.

Al borracho le dio un repentino ataque de risa.

-¿Os encontráis bien...?

-¡NO ME TOQUEEEEEEEESH!

Sin darle tiempo a la hechicera para reaccionar, el joven lanzó un puñetazo a la gruesa mesa de madera; reduciéndola a astillas en un instante.

Medio desequilibrado, el ebrio desconocido se dio la vuelta como pudo y comenzó a reír de nuevo al ver que Yin no solo había salvado a la muchacha del golpe sino que se había puesto a su espalda en cuestión de segundos.

-¿Se puede saber qué es lo que os ocurre?

-Nnnnn... nnnn... nadaaa, nadaaaa ¿Quién ha disho que...? ¡Tú, el de atrashh, no hablesh, que the he vissss-to! ¿Quién ha disho que me pasha alguoooo? -El muchacho chocó con la pared al intentar apoyarse en ella y comenzó a reír de nuevo.- Ha sido tu piba, que s´ha senta´o en mi shittio.

-Volved a levantar vuestro puño en mi presencia y pagaréis caro el capricho.

El joven recién llegado, con una sonrisa en la cara, se dirigió hacia la barra haciendo eses.

A la luz del ventanuco, Yin pudo comprobar que tres largas cicatrices paralelas recorrían el torso del muchacho: La primera iba de la cadera derecha al hombro izquierdo; la segunda, del pectoral al cuello; la tercera, se cruzaba con su hombro derecho. Como si hubiese estado mirando hacia la izquierda en el momento de recibir el corte, la mejilla derecha del muchacho también lucía una marca alargada que seguía la misma dirección. En conjunto, las cuatro cicatrices daban la impresión de haber sido producto del brutal zarpazo de un animal gigante.

Su pelo era de color castaño y la mayor parte del flequillo caía hacia la izquierda, tapándole los ojos. Una gorra roja de duende, similar a un saco rectangular de tela que caía hasta sus hombros, sujeta por una correa, llamaba casi tanto la atención como la ausencia de camisa o chaqueta que cubriese su fibroso cuerpo. El torso desnudo se veía tapado tan solo por un protector pectoral de acero colocado sobre el corazón y las correas que lo sujetaban, quienes, a su vez, sostenían los holgados pantalones de desgastado cuero claro, cuyas perneras le llegaban tan solo hasta la mitad de los gemelos, y que se veían surcadas por una franja azul a cada lado. Si bien las botas no tenían nada de especial, los guantes sin dedos del muchacho, del mismo vivo color rojo que su gorra, no solo le llegaban hasta el codo; sino que estaban reforzados con placas de deteriorado metal.

Una vez se hubo plantado ante el tabernero, miró de nuevo hacia el Yajin´e y preguntó.

-¿Pasha algo si lo vuelvo a bajarrrrrápido?

Antes de que Yin pudiese reaccionar, la barra ya había sido transformada en un montón de polvo y astillas. El joven no podía permitir que el desconocido continuase haciendo lo que le venía en gana. Cogiendo su espada envainada, se lanzó a por él.

De inmediato, se percató que debería andarse con mucho cuidado. A pesar de que acababa de llenar el estómago con una buena cantidad carne y un queso muy graso, y aunque sus heridas habían desaparecido casi por completo, las piernas le flaqueaban y todavía no podía desarrollar ni la mitad de su velocidad habitual de tanteo. El enemigo, por su parte, aún estando borracho como una cuba, no solo poseía una fuerza prodigiosa,

sino también una técnica lo suficientemente depurada como para lograr ejecutarla incluso padeciendo tal estado de embriaguez.

El primer golpe de la espada del mercenario acertó de pleno en el estómago del desconocido, quien, a trompicones, logró llegar hasta un rincón para vomitar. Una vez vaciado el contenido de su estómago, furioso, se levantó y, luego de quitarse la gorra, vació el contenido del cubo de agua para los perros sobre su cabeza.

Ya despejado, dirigió una mirada de profundo odio hacia el Yajin´e; a la que éste respondió con un irónico...

-¿"Pasha algo"?

-Sí, tío, sí... Nadie se mete con "Jahí, el relámpago rojo", y sale de ella sin una buena patada en el culo.

XXV - JAHÍ, “EL VERSÁTIL”

El luchador parecía haber transformado su personalidad por completo. Donde antes había risas incontenibles y tambaleo, ahora tan solo podían encontrarse músculos tensos y una intensa mirada asesina.

Yin, consciente del peligro, se había alejado de los demás presentes y había alzado su espada, con ambos brazos estirados, en paralelo al suelo; en su posición defensiva favorita para el combate "uno contra uno".

-Te vas a enterar de lo que pasa con los tíos como tú, tío... Un tío no puede ponerse chulo conmigo y pensar que no le voy a devolver todo lo que m´ha hecho ¿Captas, o no captas?

-... Si me habéis preguntado si os entiendo... creo que no "capto".

-¡Pues a ver si te lo meto a leches en esa cabezota roja, cerilla!

-¡Alto! -En el momento en que Jahí había empezado a correr hacia Yin, el desdentado hostelero se había interpuesto entre los dos muchachos.- Por favor, no destruyáis mi local... os lo ruego...

El luchador, con evidente desagrado a causa de haberse visto obligado a detenerse en medio de un ataque, chasqueó la lengua y salió fuera del establecimiento, seguido de cerca por el mercenario. Áshelayd no pudo sino sorprenderse ante lo disciplinado de los muchachos. Jamás había tenido constancia de una pelea de tasca en que los contendientes se retirasen tan pacíficamente y sin atacarse, por petición del dueño del local, para seguir combatiendo fuera.

Una vez en medio de la ruinosa calle, ambos jóvenes recrearon el momento en que los habían detenido.

Jahí, corriendo a gran velocidad, lanzó un puñetazo hacia su oponente.

Yin, afortunadamente, decidió esquivar el golpe en lugar de detenerlo con su espada. El muro que se encontraba tras él, vestigio de la casa que había sostenido junto a sus tres hermanos desaparecidos hacía ya mucho, cayó convertido en polvo.

La réplica del Yajin´e no se hizo esperar. En absoluto impresionado ante el poder destructivo de los puños del luchador, Yin lanzó un contundente golpe hacia su costado izquierdo. El otro joven, sin embargo, pareció no haber notado siquiera el impacto; y detuvo el avance del enemigo con un fuerte codazo.

Yin rodó por el suelo, ágil a pesar de la pérdida de equilibrio; y se levantó, algo más alejado, para limpiarse los labios de sangre con la manga mientras sopesaba la fuerza de su adversario.

-¿Qué miras, cerilla? ¿Te arrepientes ya de haberme chulea´o, no? Pues se siente por ti... te voy a machacar. Fíjate: un solo golpe y ya no te aguantas de...

-Seis.

-¿Qué?

Jahí retrocedió un paso, sorprendido en exceso ante la palabra que acababa de salir de los hinchados labios del joven del kimono rojo.

-No me habéis dado un golpe con el codo, sino seis. -El muchacho escupió algo de sangre al suelo.- Me pareció muy raro que la mesa y la barra se deshiciesen en

astillas en lugar de partirse... pero en ese antro, lo más probable es que la madera estuviese podrida o llena de termitas. Por otra parte, tampoco podía fiarme de la solidez del muro que acabas de convertir en polvo, ya que formaba parte de una casa en ruinas, en una zona húmeda, cercana al mar, donde el sol no llega...

-¿Me... m´estás contando que...?

-La única forma de saber a qué me enfrentaba, luego de ver que mi golpe no os había afectado, era recibir el vuestro. Me disteis seis codazos en la boca; y lo sé porque me estaba desplazando mientras me golpeabais. Tengo seis pequeñas heridas distribuidas entre el labio superior e inferior, así que, probablemente, éste sea el número de codazos que me habéis asestado en un tiempo que mis ojos han sido incapaces de captar. Esto me lleva a la conclusión de que lleváis vuestra fuerza a un nivel superior a la simple habilidad. Controláis el flujo de espíritu ¿Verdad?

Una leve sonrisa, mezcla entre orgullo propio y admiración ajena, asomó en el rostro del muchacho de la gorra carmesí.

-En todo el tiempo que llevo metiéndome en bullas... nadie se había entera´o de qué iba mi rollo... Así es, soy un maestro del Kunjichi-Ya-jinbaë. Me lo enseñó un duende de las montañas. Desde aquella, todos me conocen como "Jahí, el halcón letal".

-...No dudo de que seáis un ser especial... pero no sois un duende. No podéis utilizar el Kunjichi-Ya-jinbaë. Un humano jamás podría llegar a forzar tanto los canales del espíritu como para realizar las técnicas propias de un maestro. Sí, sabéis golpear con gran fuerza y velocidad... pero en el tiempo que vos asestáis seis golpes, un ver-

dadero maestro de la lucha del espíritu animal lograría realizar más de cincuenta... y uno solo habría bastado para tumbarme.

Se hizo un incómodo silencio en que Áshelayd, todavía sorprendida ante la asombrosa capacidad de lucha de los pequeños duendes, trató de evitar la mirada cargada de ira que el luchador parecía destinar a un lugar impreciso.

-Vale. Si t´empeñas en que yo, "Jahí, el matagigantes", te machaque en serio, mira a ver si te mola esto: ¡TIGRE!

Tan rápido que Áshelayd no pudo ni seguir el movimiento, Jahí saltó al aire con piernas encogidas y brazos en alto. Al llegar hasta Yin, descargó sobre él la fuerza de ambas manos para, luego de haber sido éstas esquivadas, lanzar las piernas en continuación de una rápida voltereta. Habiendo quedado el mercenario en el punto justo en que el luchador había esperado que se colocase para esquivarlo de nuevo, la victoria pareció, para éste último, un hecho seguro.

Yin sentía que, como la presa del tigre, había sido acorralado en una emboscada en la que no había tenido más remedio que caer. Sucedió, sin embargo, un hecho que logró salvarle la vida. Durante unos breves instantes, estuvo tentado de esquivar hacia la derecha la mano del enemigo, quien, con los dedos semiflexionados, parecía simular la zarpa del animal al cual estaba imitando. No obstante, de forma repentina, y durante tan solo unas milésimas de segundo, el Yajin’e pudo ver con claridad unos finos filos azulados, que parecían surgir de un aura de igual color, que rodeaba la mano del luchador, justo frente a su cara.

Como pudo, logró desviarse en el último momento y el golpe lo recibió un letrero; que cayó partido en pedazos como si alguien lo hubiese cortado con la más precisa de entre las más afiladas herramientas.

- ¿...Qué eran esas cosas azules?

El enemigo, todavía perplejo ante el hecho de que su adversario hubiese podido zafarse de su ataque, estaba todavía menos preparado para escuchar estas palabras.

-¿Has visto...? No. Tú estás intentando confundirme, cerilla, pero te no voy a dejar que me tomes por imbécil... ¡Yo soy la caña, tío! ¡Soy el gran "Jahí, el luchador legendario"! Voy a hacer que te tragues tu chulería... ¡Tus mierdas no valen conmigo!

El joven unió sus manos entrecruzando los dedos y, con evidente esfuerzo, concentró todo el espíritu que pudo; lo cual desembocó en una pequeña brisa arremolinada que lo envolvió; haciendo volar el polvo bajo sus pies.

-Casi puede sentirse vuestra fuerza... Realmente impresionante.

-¡Y aún no has visto nada! ¡SERPIENTE!

Luego de lanzar ambos brazos hacia delante, con las muñecas juntas y las manos separadas, entrecruzó los dedos de nuevo en un rápido movimiento que no pareció repercutir en absoluto en el ambiente.

Una vez más, a pesar de ello, Yin, completamente concentrado en seguir los veloces movimientos de su adversario, pudo ver cómo las azules fauces de una serpiente espectral, conectada a los brazos del luchador por la misma aura translúcida de la vez anterior, se dirigía hacia él.

Con un leve giro, logró esquivarla; luego de lo cual dejó de ver nuevamente la extraña energía del muchacho.

-¿Qué ha pasado con la serpiente?

Áshelayd, confusa, se encogió de hombros, no por desconocer la respuesta a la pregunta, que así era, sino por ser incapaz de entender a qué se refería su acompañante siquiera.

El luchador, por su parte, parecía a punto de sufrir un colapso nervioso.

-No... No, tío... Me estás tomando el pelo... -Jahí colocó una palma sobre la otra y dobló ambos pulgares, enganchándolos.- El espíritu solo lo pueden ver el tipo del que sale, u otro maestro de la lucha del espíritu animal, o algo por el estilo, si a él no le da la gana de que lo vean otros... y yo no quería que lo vieses... ¡Deja de chulearme! ¡MONO!

Una repentina ráfaga de puñetazos a velocidad imposible cortó el aire, llegando a calentarlo. El suelo vio sus baldosas agrietadas, las paredes adyacentes se resquebrajaron y el polvo inundó el ambiente. Para cuando las nubes de detritus se hubieron depositado de nuevo en el suelo, Yin se hizo visible. Sin un rasguño, el mercenario, sorprendido, miraba hacia sus propias manos; como intentando hallar ahí una respuesta a su milagrosa supervivencia.

-Eran... ¿Concentraciones de espíritu voladoras?

Jahí, con los ojos desorbitados, trastabilló y cayó hacia atrás.

-Lo... lo he visto... Ya sé cómo lo haces... Mi maestro me contó chorradas de eso y yo pensé que iba de coña... ¡Pero ahora va a dar igual que veas el ataque! ¡TORO!

Luego de entrelazar todos los dedos, dejando estirados tan solo el índice y meñique de cada mano, el luchador re envolvió a sí mismo en una densa nube azul de energía, en esta ocasión perfectamente visible, de la que brotaron dos afiladas protuberancias a la altura de su cabeza, y echó a correr hacia su adversario.

Aunque se sentía tremendamente cansado, casi tanto como confuso, Yin colocó la vaina de su espada en el costado, a la altura del el cinturón, y sujetó la empuñadura con la mano derecha.

-No podemos seguir así todo el día... Pienso acabar con esto ahora mismo utilizando mi propia técnica especial.

Aunque Jahí se encontraba todavía a más de dos metros, Yin desenvainó. El luchador, sin motivo aparente, cayó hacia atrás, inconsciente; como si hubiese chocado contra algo, y el aura azul se dispersó de inmediato apenas hubo tocado éste el suelo.

Mientras sentía los fuertes latidos de su corazón retumbándole en la cabeza, que le dolía más a cada momento, el mercenario pudo distinguir con total claridad un extraño símbolo tatuado en el pectoral del joven. En el lugar que había mantenido oculto la protección de acero, la cual ahora permanecía segada a la mitad sobre el suelo, ambos muchachos contemplaron las inconfundibles líneas que conformaban el número diez.

A pesar de la curiosidad que sentía, Yin se vio obligado a dejar de pensar en el asunto de inmediato. Acababa de perder también la consciencia.

XXVI - *EN DIRECCIÓN A YARIOJIRA*

El traqueteo incesante provocado por el cabalgar de la montura hizo despertar al agotado muchacho quien, confuso, se llevó la mano a la cabeza. Al igual que en cada ocasión anterior en la que había realizado aquella técnica, sus reservas de energía habían mermado considerablemente. Como éstas ya habían permanecido bajo mínimos desde un principio, su consciencia lo había abandonado junto a los últimos retazos de las mismas. En ese momento, una duda le comenzó a rondar por la cabeza, que palpitaba dolorosamente cada vez que su corazón latía: "¿Dónde estaba?"

Al abrir los ojos, vio la crin oscura de su caballo. Eso explicaba todo el movimiento que percibía; y que en un principio había creído producto del mareo. Luego de volverse hacia atrás, chocó contra el pecho de la muchacha, la cual, sobresaltada, hizo frenar al caballo.

-Por fin te despiertas... ¿Qué diablos te pasó? Luego de vencer al "gran relámpago halcón gigante" ese te caíste redondo...

-Yo... -La voz del muchacho sonaba débil y afónica.- ...no podía seguirle el ritmo en mi estado; así que, al ver que mis golpes no le afectaban, me vi obligado a utilizar una "técnica prohibida".

La joven asió con fuerza las riendas de su caballo, que guiaba desde la montura de Yin, y comenzó a cabalgar de nuevo.

-No sé qué es eso de la "técnica prohibida"; pero si es tan peligrosa para vos no creo que debierais usarla.

Yin intentó incorporarse; pero se desplomó de nuevo contra el cuello de la bestia.

-No habréis pensado que realmente me dejé golpear a propósito... Fue una mentira que utilicé para desestabilizarlo psicológicamente. Más de la mitad de una batalla se decide por el estado de ánimo del combatiente. Si piensas en la derrota, estás muerto. Tan solo centrarse en la victoria te acerca a ella… y, vista la diferencia de fuerzas, era necesario recurrir a un tipo de poder que me pusiese a su nivel.

-¿Y qué clase de poder es ese que os deja tan agotado?

-Seguro que, como hechicera que sois, conocéis ese tipo de magia llamada "espiritual".

-Sí, por supuesto. A diferencia de los hechizos o de la magia elemental, no puede usarse por sí sola. Es una especie de estabilizador que ayuda a controlar y dotar de mayor potencia a las otras dos clases. Por ejemplo, sirve para dar forma de bola a una llama de magia elemental y evitar que se disperse su fuerza al lanzarla, o para poder apuntar con un rayo y que no se desvíe hacia algún conductor.

-Eso es cierto en parte. Los magos la llamáis "magia espiritual", pero no es magia propiamente dicha. Tendéis a asociar que sí lo es porque funciona de forma similar y puede fusionarse con ella; pero no es “magia” exactamente.

Mi pueblo nombra a esto "energía" y su verdadera naturaleza es ser producto de la unión entre las fuerzas que podemos obtener de los "Gan´shi", que utilizáis los hechiceros, y del "espíritu", que era usado tanto por ese

muchacho contra el que nos hemos enfrentado antes como por los magos elementales.

Simplificando, podríamos decir que, mientras que los "Gan´shi" permanecen estáticos, el espíritu recorre permanentemente el cuerpo en el mismo sentido que la circulación sanguínea. Se subdivide en innumerables micro-canales que llegan hasta cualquier parte del cuerpo; pero el canal... llamémosle "principal", coincide en su recorrido con los cinco puntos antes citados.

Si concentramos la energía de los "Gan´shi" hasta el máximo, al mismo tiempo que aumentamos y aceleramos el flujo del espíritu, el poder de los cinco puntos "desborda" y ve forzada su entrada en los canales, que lo absorben; y se mezcla con el otro tipo de energía.

El poder resultante no puede ser utilizado como los otros dos. Si sale del cuerpo, pierde la mayor parte de su potencia, no obstante, si se sabe utilizar, puede convertirse en "fuerza".

La joven sentía que le iba a estallar la cabeza. Si ya le había costado entender lo que le había explicado Boni con ejemplos, la interrumpida cháchara del muchacho le había parecido casi incomprensible.

-Entonces... Si no se puede sacar del cuerpo ¿Cómo es que pudisteis vencer al "mata halcones rojo legendario" sin tan siquiera tocarlo?

-Sí que se puede sacar del cuerpo, pero pierde su naturaleza. ¿Cómo explicároslo...? Cuando vos utilizáis la magia espiritual ésta surge casi sin que os deis cuenta porque estáis concentrando los "Gan´shi" al lanzar un hechizo o los canales de espíritu al realizar magia elemental; pero si utilizaseis solo la primera, no lograríais

nada más que un leve control sobre algo ya existente como una llama o el viento.

La forma correcta de utilizar la energía es la que yo os he mostrado antes: convertirla en fuerza.

-Un... un momento... No me estaréis queriendo decir que...

-En efecto. La "energía" no llegó a salir del interior de mi cuerpo. Tumbé al enemigo con tan solo la diferencia de presión en el aire causada por el rápido desenvaine de mi espada.

Áshelayd apretó las riendas del caballo, sin saber muy bien si lo que sentía era miedo o emoción.

-In... increíble...

-Aunque potenciar de esta forma las capacidades de un cuerpo, lo somete a demasiado esfuerzo. Tened en cuenta que hacer pasar un tipo de energía por los canales especializados para otra no es algo natural y el organismo no está preparado para ello.

-Pero, cuando yo utilizo magia espiritual, no...

-Eso es porque los magos os libráis de ella de inmediato. Al no aumentar las capacidades del cuerpo, éste no se ve afectado; pero, según tengo oído, la magia que requiere el uso de esta energía sí que os desgasta más que la otra ¿Me equivoco?

En efecto, Yin volvía a tener razón. Como muy bien había podido comprobar Áshelayd a lo largo de todos sus años de estudio, no solo era necesario concentrarse mucho más para utilizarla; sino que el combinar magia espiritual con cualquiera de las otras dos resultaba agotador. Por eso sus bolas de fuego siempre quedaban ovaladas. Un profesor había llegado incluso a llamarla "la gallina de los huevos de fuego", lo cual no solo había

generado risas en clase; sino que le había concedido un título “oficial” por el resto del semestre.

-En cualquier caso, siendo tan peligrosa, no deberíais utilizarla.

El guardaespaldas, sin ánimo de discutir, decidió cambiar de tema para averiguar la otra cuestión que lo intrigaba.

-Por cierto, mi señora... ¿Estamos ya de camino hacia Ordenaýl?

-Eh... no. Recuerda que Boni nos recomendó que fuésemos al sur y atravesásemos el bosque de Yariojira para, luego de pasar la antigua cantera que cerró cuando lo de la liberación masiva de esclavos, cruzar el gran puente y llegar a la península de Amnir. Allí deberemos ir a la biblioteca de la gran torre de Ordenaýl y, supuestamente, encontraremos la información que...

La muchacha se cortó en seco al percatarse de su error.

-No os preocupéis. -Yin, adelantándose a la explicación, ya había comenzado a tranquilizar a la hechicera.- Olvidáis que me entretuve un buen rato buscando información en Endia… no penséis que me fui de allí sin haberme enterado de un par de cosas. Se han oído muchos rumores acerca de un gran grupo de gente encadenada, entre ellos muchos niños, que, en lugar de haber entrado en la capital, había pasado de largo en dirección a la península de Amnir. Una vez logré sonsacarle a Anuji que los tuyos seguían vivos, deduje lo que ya sospechaba: que se trataba de aquellos a quienes buscábamos y que, casualidades del destino, se dirigían hacia el mismo lugar que nosotros.

Aunque nos lleven ventaja y vayan en línea recta, nosotros, que nos veremos obligados a desviarnos del camino, es posible que logremos alcanzarlos ya que un grupo de niños amarrados entre sí no puede viajar demasiado rápido. Además, conozco a alguien que quizás nos pueda ayudar a evitar un gran rodeo en la cantera y a los bandidos que allí moran... Solo debemos cruzar parte del antiguo bosque, entre las montañas, y ya casi estaremos.

Con ánimos renovados, Áshelayd regresó a su montura, al ver que su acompañante estaba mucho mejor, y espoleó al caballo para ganar velocidad.

Si bien se avergonzaba de haber olvidado a sus amigos, aunque hubiese sido tan solo por unos instantes, algo que había dicho el Yajin´e, que le había recordado las palabras de Boni y la duende, la había hecho sentir mejor: "destino".

XXVII - *EN BUSCA Y CAPTURA*

El impacto del agua helada contra la cara del muchacho lo despertó inmediatamente de su profundo sueño.

Sobresaltado, dio un brinco sobre el suelo pero, al intentar incorporarse, un punzante dolor en el pecho lo obligó a dejarse caer de nuevo.

Al abrir los ojos, aunque se había deslumbrado a causa de la luz, logró adivinar sin esfuerzo quién era la persona que lo había despertado. Sobre él se balanceaba una enorme mano enguantada, tres veces más grande de lo normal para un hombre adulto, esperando a ser asida. Una vez hubo sido ayudado a ponerse de pié, Jahí echó un vistazo a su misterioso torturador matinal.

El encapuchado medía más de dos metros y medio de altura. El ancho que separaba sus hombros era tal que se había visto obligado a unir dos capas de viaje, de color azul oscuro, para poder cubrirse con comodidad. No era necesario verlo bajo la cobertura de tela, sin embargo, para saber que los músculos de sus brazos eran tan grandes y duros como rocas. El individuo llevaba unas toscas botas de cuero reforzado, el mismo material que el que había sido utilizado en la confección de sus guantes, y lo único que podía verse de él era una diminuta franja que quedaba entre la capucha y la tela que tapaba su boca; dejando al aire unos pequeños ojos, fieros y a la vez indiferentes, cuyos irises resaltaban con un fuerte color índigo, reflejaban la luz y carecían de pupilas.

-¿Qué te pica, "pequeñín"? ¿No ves que estaba sopas?

-Perdona por molestar, "Jahí, el dormilón legendario"… -La voz del encapuchado resonaba como si hubiese una caverna de por medio entre ellos y era proyectada con gran potencia desde su enorme pecho.- …pero pensé que, quizás, no le sentaría bien a tu salud el dormir sin camisa sobre un suelo húmedo y frío... Si ni siquiera llevas el protector pectoral, muchacho.

-Bah, sabes que soy indestructi... ih... ih... ¡Atchús!

-Hahaha... Solo cuando estás despierto, Jahí, no creas que no lo sé... ¿Qué pasó? ¿Te has vuelto a emborrachar para celebrar que habíamos terminado la misión con éxito?

-¡Eso ahora da igual! El caso es que un chorbo y su piba m´han fastidia´o a base de bien, y a mí no me da la gana de dejarlo estar ¿Captas?

-Como te digo siempre: no.

-"Pse", tú que sabrás. Los grandullones no os coscáis de lo que es que se rían de vosotros y os llamen canijo, enano, chaval...

-Claro. Es mucho mejor ir autoproclamándose "genial", "legendario", "invencible"...

-¿Y qué? Fíjate; todos los mercenarios y caza recompensas famosos tienen un mote tope chulo: "Los cuatro de Agamika", "El tigre", "Obagashy", "Sabueso", "Dracon"...

-Pero no es su nombre lo que les ha hecho grandes; sino al revés. Solo aquel que se hace famoso recibe un apodo. "Los cuatro de Agamika" son la élite bajo las órdenes de alguien invencible; a "Sabueso" no se le escapa

el rastro de nadie; "Dracon” no solo despedaza a los enemigos, sino que bebe su sangre; "Obagashy"...

-Vale, vale, no me rayes. A partir de ahora voy a ser solo "Jahí, el intrépid...".

-¡Pero si no será necesario que inventes nada más, muchacho; casi lo olvidaba! -El luchador, intrigado, estiró el cuello para intentar entrever qué era lo que su amigo estaba buscando en su bolsa.- Aquí está: una copia del registro de caza recompensas con la lista de los cien primeros puestos de este año.

-¿Y qué?

-¿Cómo que "y qué"? Tú léelo.

-A ver... -El muchacho cogió el rollo de papel y comenzó a leer.- Shirei Agamika, "el intocable": Cofundador de la casa de recompensas de la región de Ëan, hace seiscientos veintisiete años. Se le atribuyen proezas tales como...

-No, no, ve más hacia abajo.

-...Derrotado tan solo en una ocasión, a manos del primer Harte de la rein...

-Que no, más abajo; ve hasta el número cien.

El muchacho, somnoliento, dolorido y con una resaca atroz, desenrolló el papel con parsimonia hasta llegar a la última línea. Casi no podía creer lo que estaba viendo.

-Ja... Jahí... ¡Estoy en la lista! ¡ESTOY EN LA LISTA, INOWAKE! ¡Soy el mejor; el más grande! ¡Soy Jahí, "el grande"! ¡No, soy Jahí, "el ganador"! ¡No, Soy...!

-Ahí pone muy claro quién eres. Fíjate...

Toda la alegría del muchacho pareció esfumarse de repente en cuanto vio el sobrenombre que le habían dado: Jahí, "el versátil".

-...No es justo... No tiene nada de fuerza... No mola, ni…

-Anímate, hombre -Inowake apenas podía contener la sonrisa bajo la tela que cubría su boca.- Yo ni siquiera figuro en la lista y...

-Sí, pero es mejor no estar que ir por la vida con un mote tope chorra ¿Sabes?

-Anda, olvídalo. Con lo joven que eres, quizás te lo cambien si realizas suficientes méritos... En cualquier caso, ahora no es momento de lloriquear por menudencias. Tenemos una nueva misión: han mandado un aviso general a la casa de recompensas, así que ya sabes, o nos damos prisa, o alguien se nos adelantará.

-¿Y cuanto dan por la cabeza?

-No piden la cabeza, eso es lo curioso; en realidad ni siquiera especifican si quieren que dejemos a la persona viva o no. Tan solo quieren un objeto que ésta lleva consigo... y debe ser bastante valioso, porque pagan sesenta.

-¿Sesenta monedas de oro? ¿En serio? ¿Tanta guita?

-No, claro que no son sesenta monedas de oro... ¡Sesenta gemas!

Jahí sintió que se le desbocaba el corazón.

-¿Y c´hacemos aquí planta´os? ¡Rápido, que se nos adelantan los demás!

-No te preocupes. Estaba allí justo cuando colgaron el cartel y... digamos que lo cogí "por accidente". Tenemos, al menos, un día de ventaja.

-¡Eres chulo que te cagas, tío! Venga ¿Qué pintas tiene el menda al que buscamos?

-¿No te he dicho que robé el cartel? aquí viene el retrato.

Apenas hubo puesto los ojos sobre el dibujo, al joven luchador se le cayó la lámina de las manos. Sintiendo una rabia infinita, deseó que la tierra se lo tragase, descompusiese su carne, la asimilase, crease plantas con ella y alguien les prendiese fuego.

Sobre el suelo, reposaba el excelente dibujo al pastel de una muchacha de grandes ojos cándidos y almendrados, de color violeta, finas cejas y largo pelo verdoso azulado recogido en una alta coleta.

XXVIII - AMAGAKI

El suave viento arrastraba las hojas resecas y amarillentas, tanto a ras de suelo como sobre las copas de los árboles, mientras un muchacho de fieros ojos marrones atravesaba con su mirada al último de los bandidos que quedaba en pie y todavía no había huido.

-¿Có... cómo has hecho...?

-Vos no estáis aquí para preguntar, sino para morir.

Luego de un breve alarido, el aterrorizado asaltante de caminos huyó a toda prisa, fundiéndose con la espesura del bosque, y Yin pudo relajarse al fin.

Gracias a los cuidados de Áshelayd y a su propia capacidad regenerativa, el cuerpo del muchacho estaba de nuevo en plena forma; pero, a causa del terrible sobreesfuerzo al que la lucha contra “Bracamarte” lo había sometido, no había recuperado todavía las energías perdidas. Afortunadamente, habían podido empezar a moverse a mayor velocidad y estaban cada vez más cerca de la sierra Draconia.

El camino a partir de ahí no iba a ser nada fácil. Una vez dejado atrás el antiguo pueblo de Mirí, donde se tomaron dos días de descanso y gastaron sus últimas monedas en medicinas y alimento, Áshelayd supuso que irían directamente al conjunto de montañas; pero Yin tenía otros planes.

La mayor parte de la zona, desde el pueblo al gran cañón, era propiedad de la iglesia Cadrelicia; con la que no convenía relacionarse. A pesar de los profundos lazos de hermandad que unían a sus miembros, los individuos ajenos a la congregación eran tratados por éstos como

poco más que animales, de quienes podían deshacerse siempre que fuese menester, debido a las constantes campañas de desprestigio que demonizaban a los infieles. Teniendo esto en cuenta, se habían visto obligados a "desviarse de su desvío inicial"; con lo que la única opción que les quedaba era tomar el camino hacia la costa del Mar Prohibido e ir siguiéndola hasta llegar a la sierra. Con algo de suerte, los Wikernôs todavía no habrían abandonado la zona.

Con dicha idea en mente, ambos muchachos habían seguido cabalgando hasta que, como se había convertido ya en costumbre, fueron atacados por un grupo de bandidos.

-No es que me queje, porque son eficaces, Yin, pero... ¿Tenéis que utilizar siempre esas frases tan... bueno... tan "así"?

-Psicología, mi señora; hacedme caso. Si domináis la mente del adversario, domináis el combate.

-Creo que entiendo lo que queréis decir, pero nunca podría llegar a ponerlo en práctica...

-Bueno, los magos no tenéis por que utilizar la psicología.- El muchacho se sentó sobre un tronco caído y deshizo la coleta para echarse un poco de agua por la nuca y refrescarse.- He sido testigo, en numerosas ocasiones, de ese extraño poder hipnótico que poseéis los de vuestra clase.

Áshelayd recordó lo que le había comentado Boni acerca de ese mismo punto. Si lograba dominar la magia de control, a pesar de su debilidad física, podría llegar evitar ser un simple estorbo para su compañero.

-¿Os... os importaría...? -Algo avergonzada, la joven hechicera se había plantado ante el Yajin´e con su libro

de hechicería sujeto entre los brazos, cruzados contra el pecho.- Veréis... nunca he tenido oportunidad de practicar ese tipo de magia aunque, luego de escuchar a Boni, me entró curiosidad y leí el tema en que se explica la teoría... así que me preguntaba si os importaría practicar conmigo.

El joven reaccionó con sorpresa ante la petición. Sin decir una palabra, alzó la vista hacia el cielo y se quedó mirando para las hojas secas; que volaban sobre ellos mecidas por la leve brisa. Con una expresión melancólica, casi dulce, que la muchacha jamás había visto en él, el muchacho respondió:

-Será un placer.

-Bien... -La hechicera, insegura, echó un nuevo vistazo a la página del libro.- Para empezar, debemos "mantener el contacto visual". Vale, eso ya está. Ahora, hay que concentrarse en pensar en las propias sensaciones de uno, y proyectarlas a la mente de la otra persona. De este modo, imaginando percepciones, podré hacer sentir dichas ilusiones al otro...

Mientras hablaba, los ojos de la muchacha se habían ido haciendo cada vez más atrayentes, hasta el punto en que Yin pudo ver con total claridad cómo un pequeño brillo azulado era emanado por las pupilas de ésta. Sin la menor intención de resistirse, para hacerle más fácil el ejercicio, el Yajin´e decidió acatar cualquier deseo repentino que pudiese sentir; que sería, sin duda, producto de la hipnosis a la que se estaba viendo sometido, así que bajó por completo la guardia y se dejó llevar. El resultado del intento, sin embargo, no fue el esperado. En el momento justo en que el mercenario dejó de mantener el control sobre sí mismo, una refulgente

luz cegó a ambos muchachos; que cayeron hacia atrás, tanto a causa del dolor como por el sobresalto.

-¿Os encontráis bien, mi señora?

Yin, antes siquiera de haber llegado al suelo tras la pérdida de equilibrio, ya había comenzado a dirigirse hacia la muchacha. Mientras la ayudaba a levantarse, confusa, Áshelayd respondió, casi sin voz.

-Sí... supongo... Lo siento mucho, no sé qué ha podido salir mal... Creí que lo estaba haciendo bien, pero he debido de utilizar demasiada fuerza, o dirigirla hacia donde no debía, y he acabado causando ese destello...

-Bueno, no hay ensayo sin error. Si queréis podemos seguir intentando...

-No. Ya bastante he hecho... la magia es como el fuego: puede hacer mucho bien, pero si lo utilizas sin precaución, te quemas. Necesito un maestro para estudiar esto de forma segura.

El muchacho, luego de unos instantes de reflexivo silencio, se sentó junto a ella y recogió la vara de Rayâ del suelo.

-Cuando yo aprendí a lanzar los yônbai... era malísimo.

Era completamente incapaz de imbuirles suficiente fuerza para que se clavasen en el tablón de madera con que practicaba, y mucho menos de apuntar. -Luego de tenderle la vara a la muchacha, el joven se sacó un cuchillo de la chaqueta y comenzó a jugar con él.- Pedí consejo muchas veces, pero la práctica de este tipo de combate a distancia media se está perdiendo. En los tiempos que corren, con la llegada del polvo de fuego y los rifles extranjeros, todo el mundo pensaba que ya no había lugar para los lanzadores de cuchillos... En fin, que

por mucho consejo que pidiese, solo obtenía sugerencias acerca del tipo de arma secundaria en que debería especializarme por respuesta. Debido a ello, llegué a plantearme el dejarlo; como lo estáis haciendo vos. Sin embargo, por diversas razones que no vienen al caso, decidí que merecía la pena intentarlo y desarrollé mi propia técnica; para lo que modifiqué el diseño de los antiguos cuchillos que se utilizaban antes, obteniendo esto como resultado.

Al final, una vez entendido el quid de la cuestión, fue solo cuestión de práctica el llegar a convertirme en un maestro en dicho arte; capaz de superar a arqueros y pistoleros.

No soy muy bueno expresándome sobre estos temas, pero lo que quiero decir es que, todo lo que ha sido descubierto alguna vez, puede ser descubierto de nuevo por otra persona... e, incluso, desde un mejor punto de vista; por lo que no siempre es necesaria la tutela de un maestro. -Apenas hubo dicho esto, el yônbai desapareció de su mano y se clavó, al instante, sobre el tronco de un árbol alejado de ellos por unos veinte metros; justo a tiempo de evitar la caída de una hoja que acababa de soltarse de la rama.- ...Lo único que se interpone entre vos y la victoria, es la rendición.

XXIX - LUCHA CON VARA

La sierra Draconia, cuyas cumbres siempre pasaban cubiertas de bruma desde el inicio de la época de caída de hojas hasta la de las flores, se había hecho visible hacía bien poco.

Ambos muchachos habían dejado atrás el resguardo que el bosque de Anafae ofrecía el día anterior y, aunque Áshelayd no parecía preocupada por el cambio, la actitud de Yin sí que se había vuelto más precavida y desconfiada.

Desde el intento fallido de realizar una técnica de control por parte de la joven hechicera hacía ya seis días, los muchachos pasaban las mañanas y las noches ejercitándose; tanto para entrar en calor como para fortalecerse.

Aunque los entrenamientos de Yin suponían proezas imposibles para la muchacha, ésta hacía todo lo posible por estar a la altura.

Mientras que las mañanas iban más destinadas al ejercicio dinámico, como realizar flexiones, abdominales y correr junto a los caballos, durante las noches, Yin enseñaba a Áshelayd a cómo atacar y defenderse en un combate real, tanto cuerpo a cuerpo como con armas, así como, lo cual la había sorprendido acerca de lo que podía llegar a hacer, a adivinar los movimientos del adversario.

-Bien. Ayer practicamos un poco de lucha con puños...

-Sí; mis brazos y mi cara todavía lo recuerdan...

-Uno lucha como entrena. He de pegaros algo fuerte si queréis aprender.

-Si yo no digo que no, pero...

-Como decía, hoy vamos a practicar un sistema de lucha en que la defensa es realizada por la parte superior del cuerpo y las piernas ganan algo de carácter ofensivo: la lucha con vara.

-¿Con vara? ¡Qué bien, así podré luchar con cetros y bastones mágicos en las manos!

-Esa es la idea. Bueno, como en una lucha real vais a utilizar la Vara de Rayâ, será lo que aprenderéis a usar… Yo me conformaré con esta rama medianamente recta y de grosor adecuado.

-Entiendo que no sepáis de esto al no ser mago; pero no se puede luchar contra una vara mágica con un palo... además de ser más duras que el acero, pueden absorber el poder de quien las maneje y, por ejemplo, reducir a cenizas todo lo que las toque.

-Impresionante. Aún así, no seréis rival para mi “palo”.

Áshelayd se había ofendido. Quizás el Yajin´e fuese más fuerte que ella, pero no iba a consentir que se burlase así de sus poderes cuando él no tenía ni idea de magia.

-Está bien, entonces ataca.

-Todavía no os he enseñado las posiciones básicas de...

-Da igual. Tú ataca.

Comprendiendo la situación, el mercenario contuvo una breve sonrisa y se colocó en posición, con las piernas semiflexionadas y la vara, sujeta con las dos manos, apuntando hacia el cuerpo de la muchacha.

-Primera posición: "barrido lateral".

Rápido como el rayo, el joven guerrero se posicionó frente a la hechicera y adelantó el extremo derecho de la rama.

Con intención de hacerle tragar sus palabras, Áshelayd, que se había ido acostumbrando progresivamente a la velocidad del guardaespaldas en los últimos días, dirigió su vara hacia el mismo punto, para hacer entrar en contacto ambas armas y reducir a añicos el palo enemigo; terminando de ese modo con la actitud presuntuosa del muchacho de una vez por todas.

Repentinamente, el avance del brazo derecho del Yajin´e se detuvo y un contundente golpe en el costado contrario de la hechicera la hizo caer, encogida de dolor.

-¡AY! ¿Qué ha sido eso? ¡Creí que ibas a atacarme con la derecha!

-En este estilo de lucha que pretendo enseñaros, el primer golpe va casi siempre destinado a ganar impulso para el segundo; que viene del lado contrario. De otro modo, al carecer la vara de filo, el ataque no sería lo suficientemente contundente para acabar con el enemigo. Las tácticas de esta escuela suelen consistir en series de golpes encadenados que, combinando ataque y defensa, inutilizan cualquier arma enemiga y permiten atacar al adversario aunque éste lleve una coraza.

-No me lo creo...

- Pues es así: Las lanzas son poco eficaces contra otras lanzas, y menos al ser éstas tan versátiles como una vara que, al no tener filo, ofrece una mayor movilidad y posiciones a la hora de cogerla. Las hachas, sin impulso, no pueden cortar bien, por ser armas contundentes; y es muy fácil detener su mango con esto o des-

viar su trayectoria. Las espadas, por último, al ser más cortas que la vara, no logran ampliar su radio de alcance hasta aquel que las blande; por lo que el espadachín debe penetrar dentro del radio de acción de quien la utilice, exponiéndose al contraataque. Además, como pudisteis ver en mi lucha contra "La Pica", una vara también puede ser utilizada para detener proyectiles siempre y cuando la habilidad del guerrero le permita calcular la trayectoria.

Por otra parte, es suficientemente precisa para golpear articulaciones y demás puntos sensibles de las armaduras y permiten desestabilizar a adversarios acorazados; que no pueden doblarse adecuadamente para mantener el equilibrio y contra los que una hoja afilada no serviría de mucho. Por último, aunque el enemigo se proteja con alguna cota de malla o similar, como lo importante es el impacto y no un corte, al luchador le es casi indiferente que éste la lleve o no. Todo esto pueden hacer las varas en manos de un maestro.

-Impresionante... Está bien. Quiero aprender. No haré más magia hasta haber aprendido las posiciones básicas. Por cierto ¿No habíais dicho al principio que iba a aprender un estilo de lucha en que las piernas atacaban y, los brazos, defendían?

-En efecto. No tiene sentido que vos utilicéis la vara solo para golpear. Debéis aprender a defenderos con ella, contraatacar con las piernas y rematar al adversario con un conjuro.

-Claro, tiene sentido...

La joven, algo avergonzada, jamás llegaría a reconocer que, durante unos instantes, no solo había olvidado que era una hechicera, sino que pelear con una vara le

había parecido tan alucinante que no había deseado aprender ningún otro tipo de lucha.

XXX - LA REGIÓN DE LOS INDO

Ante ellos se encontraba, majestuosa, la sierra Draconia; principal impedimento a la hora de comunicar la región con el resto del continente, debido a su condición de península.

No obstante, el gran cúmulo de altas montañas, cuyas cimas no podían siquiera divisarse al estar cubiertas por una densa capa perenne de bruma, tan solo era la puerta hacia un obstáculo mucho mayor: el bosque de Yariojira.

Todo el mundo en la región sabía que, en el bosque de Yariojira, el más antiguo de todos, habitaba Yario, el espíritu de los bosques. En realidad, dicho espíritu estaba conectado con todas y cada una de las plantas que cubrían la península y quién sabía a cuántas más; pero su residencia favorita, así como lugar de reposo de su manifestación física, era el centro del mismo, cerca de la laguna sagrada. Aunque en la foresta podían encontrarse árboles de más de cien metros de altura, el espíritu del bosque se encarnaba en uno inconfundible, desmesurado, inconmensurable. Habitaba en un árbol mucho más grande que las propias montañas y cuyas raíces surgían como un sinuoso dragón del oeste que estuviese nadando en un mar de tierra. Cada una de sus verdes hojas, tan gruesas como el torso de un hombre, podría servir de tejado a la casa más grande de la región; y su copa llegaba tan alto que, durante siglos, se creyó que dicho árbol era el pilar que sostenía el cielo en su lugar.

La tradición popular nunca tendía a otorgarle a Yario la condición de enviado sagrado sino, y esto era aceptado por todos salvo los Cadrelicios, como dios supremo, dador de vida; cuyo cometido era regular las leyes de la naturaleza y mantener unida, con sus raíces, la tierra que pisaban. De ahí que las islas, por estar separadas del resto del continente, fuesen vistas con malos ojos por gran parte de la población.

Dada su condición de dios, el espíritu no era dado a intervenir en la historia humana pero, según los escritos secretos de la corona, Yario había concedido su favor al menos en dos ocasiones; la más reciente había sido hacia la familia real de Ëan, hacía cien años, al entregarle la cristalización de su poder a una joven princesa idealista que se había negado a huir con los suyos y abandonar a las gentes de la región al capricho del rey que por aquel entonces gobernaba en el país vecino.

A Áshelayd no se le había escapado que a la vara comenzaba a ocurrirle algo. La proximidad al bosque la había... ¿Inquietado? Imposible, tan solo era una vara inanimada. Aún así...

-Ahora, la cuestión es tener suerte y esperar no encontrarnos con los Indo... Me avergüenza reconocer que ni con todas mis técnicas de camuflaje podría escapar de ellos en su territorio llevándoos conmigo.

-¿Sabéis por qué se limitan sus tierras a una zona tan estéril y reducida? Siempre me lo he preguntado.

El muchacho sonrió, con aire irónico.

-Qué curioso… ¿No vienen este tipo de detalles en los libros de historia de los hechiceros? Durante la última guerra, magos e Indo se aliaron... Por aquel entonces, los Indo dominaban todo el territorio comprendido

desde la llanura que va desde el desierto blanco hasta aquí, pasando por el gran cañón, colindando con el límite del bosque de Anafae; y eran abundantes en número. Tras la guerra, la asociación regional de hechiceros incumplió ciertos tratos con ellos y, debido a una política de no represalias en que algunos territorios fueron devueltos y otros desagregados... resultó que todos ganaron menos la tribu autóctona. Súbitamente, vieron que no les quedaba más que la sierra, pero, aún con todo, algunos testarudos se negaron a moverse y se quedaron allí. La mayor parte, sin embargo, emigraron hacia las bastas extensiones dominadas por los Indo en el continente de Nhüria. Hay quien dice que se están preparando para tomar venganza…
Tengo entendido que vuestro maestro, Handschmud, intentó mediar en el conflicto posterior, pero los Indo que se quedaron habían retirado la palabra a los humanos, teniéndolos a todos por traidores, y no hubo forma de solucionarlo.

La muchacha estaba consternada. No solo le daban pena los afectados sino que, como hechicera que era, se sentía en parte responsable a pesar de no haber participado en el conflicto. Por otra parte, la flagrante omisión de esta etapa de la historia de su gremio la había hecho dudar acerca de la veracidad de todo cuanto creía saber de los suyos y sus códigos de conducta.

-Pobrecillos... ¿Y hacemos llamar a nuestro bando el de los "buenos"?

-Si eso es lo que os preocupa, a los Trolls, que eran fieles a Valdemaíd, les fue todavía peor.

-No me extraña que sientan rencor hacia los humanos.

-Realmente los odian en su mayoría. Los Yajin´e no les entusiasmamos pero, como no tuvimos que ver en el reparto desigual, incluso perdimos muchos miembros, y nuestra sociedad es muy diferente al resto de los ëanos, casi nos toleran. Nos consideran en el mismo saco; al igual que a los duendes y a los vampiros. A vos, sin embargo... Vuestra ascendencia podría ser un problema, puesto que Indo y demonios nunca han congeniado mucho en el pasado; independientemente del bando en que se hallasen.

-¿Cómo es que sabéis tantas cosas que no vienen en los libros de historia?

-En el campo de batalla se aprende más acerca de la realidad, por pequeñas observaciones y conversaciones entre guerreros, de lo que jamás averiguaría un historiador sentado en la biblioteca de la torre dorada.

La muchacha, súbitamente, reparó en algo y, con voz temblorosa, miró hacia su guardaespaldas.

-Yin... no me digáis que vos combatisteis en...

-Se hace tarde. Creo que será mejor acampar en la falda de esa pequeña montaña, para evitar los vientos del oeste. Vamos. Quizás todavía no sea tarde para encontrar a los Wikernôs; que pasan por aquí cerca en su ruta migratoria.

Llevando a los dos caballos a medio trote, ambos muchachos comenzaron a desplazarse a favor del viento; por lo que no tardaron en llegar al hueco que quedaba bajo el saliente al que el muchacho se refería; el cual resultó ser una magnífica protección ante las frías ráfagas de aire nocturno.

Una vez levantado el campamento, los jóvenes viajeros practicaron el combate con varas durante más de

dos horas hasta que, al verse incapaz de seguir alzando el cetro mágico, Áshelayd detuvo el entrenamiento y se metió entre las mantas que le servían a un tiempo de futón y abrigo.

Bajo las capas de tela, la muchacha veía entrenar al joven mercenario, iluminado por la luz de la luna, hasta que, llegado un momento, comenzó a sentir una gran tristeza. Durante la última guerra él no debía haber tenido más de doce años, y eso hacia el final de la misma. Recordó las palabras del médico de Árdell: "algunos son mandados a la guerra al cumplir los doce solo para fortalecerles el carácter y, curiosamente, suelen sobrevivir aún cuando los más valerosos y reconocidos héroes perecen". No era de extrañar que su corazón se hubiese helado hasta el punto de poder acabar con una vida sin pestañear. Durante los entrenamientos, solía decirle que atacase como si quisiese matarlo; aunque ella jamás había logrado enfadarse lo suficiente como para intentarlo con todas sus ganas.

Áshelayd se fue durmiendo luego de darle vueltas al asunto durante mucho rato. Finalmente, antes de caer rendida, llegó a la conclusión de que no deseaba ser tan fuerte como él, ganar un poder sobrehumano, si ello implicaba perder su humanidad.

La mañana llegó mucho antes de lo que a Áshelayd le hubiese gustado. Incapaz de abrir los ojos a causa de la claridad, se giró hacia el otro lado justo a tiempo de evitar una certera flecha que, de otro modo, habría atravesado su cabeza.

Todos los sistemas de alerta de la muchacha se habían puesto en marcha ante el ataque. Saltando del lecho, sujetando la vara, que había tenido la precaución

de dejar cerca al irse a dormir, su medida inicial fue crear una corriente de aire en torno a ella. De este modo, al arquero le sería imposible apuntar con precisión, por desconocer las variaciones del viento.

Un nuevo proyectil erró su trayectoria debido a las defensas de la muchacha. Tan rápido como pudo, cambió la dirección de su brisa particular para evitar que el atacante corrigiese el error de puntería en un segundo o tercer intento. De los dos ataques, Áshelayd había logrado deducir la posición del enemigo. Había pasado más de una noche entera realizando este tipo de ejercicios con Yin, y no tenía duda alguna del lugar del que habían provenido las flechas. Lo que sí dudaba era dónde podría estar su guardaespaldas; que hasta ahora había sido tan oportuno.

Incapaz de encontrar una respuesta plausible a dicha cuestión, la joven decidió concentrarse en el combate que ahora la ocupaba y dejar ese tipo de reflexiones para más tarde. Continuando con el cumplimiento de las instrucciones que el Yajin´e le había dado, Áshelayd creó una nueva corriente de aire ascendente, que surgía desde donde ella estaba hasta el punto desde el que le habían lanzado las flechas, y comenzó a correr hacia él.

Una vez malgastados dos proyectiles más, que se perdieron en el cielo apenas hubieron sido disparados, el misterioso atacante decidió que era momento de dejarse ver.

De entre las rocas emergió la titánica la figura de un hombre gigantesco, cuya espalda era tan ancha que se había visto obligado a unir dos capas de viaje para cubrir por completo la enorme mole que era su musculoso cuerpo.

Áshelayd no dudó a pesar de lo imponente que resultaba su imagen. Concentrándose al máximo, llevó al límite la fuerza de sus "Gan´shi", hizo circular esta energía por los canales de espíritu, con mayor efectividad que nunca al ser ahora consciente del proceso, y no tardó en modificar el poder resultante para convertirlo en una llama amarilla. Dicha llama, condensada en la bola menos ovalada que la muchacha había logrado crear en su vida, jamás llegaría a impactar contra el individuo. Una vez se hubo disipado el humo del impacto, Áshelayd comprobó, aterrorizada, que el hombre gigantesco se había plantado ante ella de un salto; cubriendo con él los más de nueve metros de distancia que los separaban hasta hacía tan solo unos instantes.

-Muchas gracias por el aviso, jovencita, pero no era necesario. Había oído que erais una peligrosa hechicera, pero vuestra falta de ímpetu asesino en el ataque me hace pensar que no queríais matarme a pesar de mi frustrado intento de asesinaros... Cierto es que podría tratarse tan solo de exceso de confianza pero, ya que sigo vivo, aún habiéndome acercado tanto, me permitiréis dudar de que esto sea así.

-¿Quién sois y qué es lo que queréis?

-Una pregunta original donde las haya.

Áshelayd, inconscientemente, se había estado esforzando por emular la mirada, el tono de voz y las palabras de Yin durante todo el combate; lo cual no había creado el efecto deseado.

-No habéis respondido... ¡Hablad, u os iré cortando en pedacitos hasta que, al no quedaros ya extremidades, os arrancaré el corazón para que veáis como me lo como!

El desconocido comenzó a reír estruendosamente.

-¡Caramba, me encanta esta cría! Lamentaría mucho tener que matar a alguien con vuestro sentido del humor... Pero, si no me entregáis eso que lleváis con vos, será lo que ocurra.

El encapuchado cogió la vara de manos de la muchacha e intentó llevársela. No obstante, ésta significaba demasiado para Áshelayd como para dejarle hacerlo por las buenas. El forcejeo era claramente dominado por el musculoso enemigo, pero la muchacha, en un último intento, decidió transferir los elementos necesarios para la creación de una nueva bola de fuego a su vara, que se encontraba apuntando directamente a la cara del desconocido, con la intención de sentenciar el combate con un único golpe.

El resultado fue, cuanto menos, inesperado: Una perfecta esfera de luz azulada, del tamaño de una cabeza, salió proyectada del interior del orbe e impactó con fuerza sobre unas rocas lejanas; que al momento estallaron en mil pedazos, irradiando una incandescente luz rojiza.

El gigantesco atacante no había tenido problemas para esquivar la bola de fuego en sí misma; pero no había ocurrido así con el calor desprendido. La capucha, así como la tela que le cubría la boca, habían quedado carbonizadas, dejando su rostro al aire. Al levantarse, sus rasgos se hicieron perfectamente visibles: A una cabeza pelada continuaba la prominente frente, en que abultaban unas gruesas cejas sin vello, quienes se unían al perfil de la corta y aguileña nariz, la cual combinaba con un cincelado mentón cuadrado que dotaba al rostro del desconocido de un aspecto rudo y, de alguna forma casi

primitiva, amenazador. Los ojos, pequeños en relación, los tenía de un color azul realmente intenso, que reflejaba la luz dependiendo del ángulo en que ésta incidiese al igual que lo hacían los de los gatos, aunque carentes de pupilas. Por último, el tono de piel del individuo no quedaba a la zaga de las demás extrañezas: era de un color índigo pálido.

-Eres... un Indo.

-Eso parece... Será mejor que yo me ocupe de esto, mi señora. Haceos a un lado.

XXXI - UN COMBATE EXPLOSIVO

Un inesperado estruendo había sobresaltado a Yin en medio de su cacería.

Aunque el ave que esperaba obtener de un certero lanzamiento de cuchillo se había escapado volando, al mercenario no le importó. Su atención ya no estaba centrada en la recogida de alimentos sino en descifrar el nivel de peligro que aquella explosión representaba, así como su procedencia. Un segundo resplandor, de tono azulado, acompañado de un restallido todavía mayor, despejó cualquier atisbo de duda. El muchacho se desplazó entre las rocas tan rápido como le permitieron sus piernas, que no era poca velocidad, y no tardó en hallar la causa de tanto revuelo.

Un Indo había encontrado a Áshelayd y la había atacado. De todos modos, había algo raro en él. Su ropa no concordaba con los trajes tribales que los suyos solían llevar, ni parecía estar acompañado por un grupo de cazadores.

Indo o no, en cualquier caso, no podía permitir que atacase a la muchacha bajo ningún concepto.

-Parecéis hábil, muchacho. Sois vos quien dio su merecido a mi compañero ¿Verdad?

-¿Cual era vuestro compañero? ¿El de la pica, el del parásito o el escandaloso?

-Ju, ju, ju... Escandaloso es la palabra. Bueno, nada más lejos de mi intención desear que le ocurra nada malo pero, si os digo la verdad, ya iba siendo hora de que alguien le hiciese morder el polvo. Para bajarle un poco

los humos, ya me entendéis. No hay quien lo soporte cuando se le sube la fuerza a la cabeza… lo cual no es difícil; ya que tiene mucha.

-Dudo mucho que hayáis venido aquí a hacernos llorar con el drama de vuestra vida. Soltad lo que sepáis e idos, o no volveréis a ir a ningún sitio.

Inowake retrocedió un paso, en guardia; mientras la muchacha, enfadada, se preguntaba por qué su frase no había dado resultado, aún siendo mucho más macabra, mientras que las palabras de Yin sí habían surtido el efecto deseado.

-He visto mucho a lo largo de los años como para no reconocer esa mirada, muchacho. Vos sois de los que van en serio ¿Verdad?

-Yo soy de los que los que hacen que los demás no vuelvan.

El hombre de la piel azul esbozó una sonrisa al tiempo que secaba una solitaria gota de sudor que había acudido a su prominente frente, quizás, debido al nerviosismo. Su adversario era poderoso, sin duda, pero ningún humano era más fuerte que un Indo. Él tenía la fuerza de diez hombres y la velocidad del tigre; la vista del halcón y una agilidad felina. El muchacho del kimono rojo y la espada camuflada no iba a tenerlo nada fácil para vencerlo.

-Si tan seguro estáis de vuestras posibilidades, os ruego que ataquéis. Solo si me vencéis os diré lo que queréis saber.

-Habéis sido vos quien nos habéis asaltado. Os toca mover ficha primero.

Un leve asentimiento fue toda señal realizada por el musculoso guerrero para indicar su conformidad.

Con toda la potencia de sus colosales músculos, el Indo se abalanzó sobre el muchacho. De un fortísimo puñetazo, pulverizó la roca que se hallaba tras éste.

-Increíble...

El joven de la coleta no se había movido ni un centímetro del sitio; y se había limitado a desplazar el puño del gigante índigo con su propia mano en el último momento.

-Cuando el enemigo es más fuerte, conviene utilizar su propio impulso en favor propio.

-Entiendo... ese estilo de lucha me recuerda al que utiliza Jahí. Solo sé de otro pueblo, a parte de los duendes, que utilice las comúnmente conocidas como "artes marciales" en toda la región que los humanos llamáis “de Ëan” ¿Acaso sois un Yajin´e?

-Vuestros conocimientos acerca de mi cultura no os salvarán de esta pelea.

-Ah, lo imaginaba... pero no sabía que los de vuestra clase pudieseis activar y desactivar vuestro poder a placer.

-¿Cómo?

-No os hagáis el tonto. Me refiero a "eso" que utilizasteis para contrarrestar los ataques de Jahí.

Fue entonces cuando el joven comprendió las intenciones del adversario. Seguramente, el luchador le había contado los detalles de su combate, así como todo lo referente al extraño fenómeno que había afectado a las técnicas de Jahí y le había permitido verlas cuando, en principio, no debería haber podido. Probablemente, debido al estado de embriaguez del luchador.

-Vuestro juego no funcionará conmigo, guerrero. Ni con los puños, ni con la lengua ¿Vais a intentar vencerme de algún otro modo antes de daros por vencido?

Inowake desenvainó con la mano derecha una espada especialmente ancha, de longitud normal, y, con la otra, una espada corta; que a él le servía prácticamente como daga.

-Permitidme algún intento más antes de darme por inútil, por favor.

El nuevo cambio de táctica no mejoró la situación. Tras el primer choque, el Indo pareció ganar algo de ventaja pero, una vez hubo desenvainado, Yin hizo saltar por los aires la espada corta del guerrero y no tardó en hacer lo mismo con la otra.

Algo nervioso, aunque todavía sonriente, Inowake se llevó una mano a la bolsa que colgaba de su cadera.

-¿Qué será ahora? ¿Cuchillos voladores?

Con rapidez, el Indo lanzó una pequeña bola al muchacho, que éste logró esquivar por bien poco. Cuando el Yajin´e se disponía a dar una réplica irónica, una explosión lo lanzó por los aires.

-¡Yin!

La tambaleante figura del muchacho surgió lentamente de entre la densa nube de humo que se había formado.

-Tranquila, estoy bien. No os acerquéis.

Inowake sonrió, incrédulo.

-No me digáis que habéis percibido el peligro en el último momento y habéis saltado al tiempo que mi bomba hacía explosión... Sin duda, sois excepcional. Pero no podréis esquivar esto.

El Indo lanzó seis bombas más al aire. Yin logró esquivar las tres primeras explosiones y desviar una de las bombas con su espada, pero la última cayó demasiado cerca y le hizo perder el equilibrio.

No tardó en girar en el suelo para esquivar el siguiente ataque, pero éste no se produjo. Inowake había tenido que hacerse a un lado para evitar la bomba rebotada y esto sirvió de inspiración al muchacho.

-Parece que sí he podido esquivarlo.

El Indo, furioso, lanzó otra tanda de explosivos contra él, pero Yin tenía muy claro lo que debía hacer. Ignorando la trayectoria de las bolas, el muchacho se plantó frente al enemigo y se preparó para desenvainar.

-¡Desde esta distancia no podréis atacar con las bombas sin veros afectado!

Inowake sonrió.

-Tenéis razón.

Al abrir las manos, Yin pudo ver que hasta entonces habían estado ocultando dos de las bolas. Entre el impulso que llevaba y la sorpresa, le fue imposible reaccionar a tiempo. Ambas explosiones los alcanzaron de lleno.

XXXII - UNA HUÍDA INESPERADA

El sable del Yajin´e se clavó en el suelo a varios metros de donde había tenido lugar la explosión. Áshelayd cayó de rodillas, sin fuerzas. El Indo se había inmolado, llevándose por delante a su compañero de viaje.

-Im... ¡IMBÉCIL! ¡POR QUÉ HAS TENIDO QUE ARRIESGARTE TANTO!

-En realidad, mi señora, la falta de arrojo ha sido lo que me ha salvado.- De entre la nube de polvo, humo y escoria, surgió la agotada voz del muchacho.- Aunque no ha sido la mía, precisamente.

Una repentina ráfaga de viento disipó el humo y ambos contendientes se hicieron visibles de nuevo.

-¡Yin! ¡Estás vivo!

-No sabía que los Indo fuesen tan cobardes... Si en lugar de soltar las bombas me hubieseis golpeado con ellas, ahora yo ya no estaría aquí.

-No creí que pudieseis sobrevivir al impacto en cualquier caso... pero ese es un error que tiene fácil solución.

-Ambos sabemos que estáis muy débil como para soportar otra detonación de tal magnitud.

-¿Os habéis visto? Estáis tan mal como yo. En mi caso, sin embargo, mi fortaleza natural podría hacerme sobrevivir donde vos moriréis... De todos modos no estáis en condiciones de esquivar como lo hacíais antes.

-Eso, en el supuesto de que tengáis más explosivos que utilizar.

El Indo acusó el golpe.

-Veo que no hay forma de engañaros...

-No hace falta ser un genio. Nadie en su sano juicio haría explotar una bomba junto a él llevando a la cadera una bolsa llena de explosivos. En cualquier caso, aunque os hubiese quedado alguno, habría explotado con los otros dos en su momento; así que ya no hay de qué preocuparse.

Yin parecía muy seguro, pero Áshelayd no tenía tan claro que éste fuese a ser el vencedor de la contienda. La energía desprendida por las explosiones había sido lo suficientemente fuerte como para soltarle el pelo de la coleta y chamuscarle la ropa. De la faja no quedaba rastro, por lo que la chaqueta caía abierta y libre sobre sus pantalones; dejando al aire la camisa azul. Sin embargo, aunque algunas zonas de piel se veían enrojecidas, misteriosamente, el Yajin´e no había llegado a quemarse. A la muchacha no le cabía duda de que el mercenario había utilizado su propia versión de la magia de control, la "energía", para protegerse; por lo que sus reservas debían estar bajo mínimos.

-Como dije antes, vuestro método defensivo es ciertamente similar al de mi compañero... Aunque Jahí habría creado un escudo de espíritu, en lugar de lo que habéis hecho vos. Sin embargo, girar sobre uno mismo a esa increíble velocidad para evitar que el fuego os quemase, dispersándolo, ha sido una táctica increíble.

-Por desgracia, el desvío de las llamas también os ha beneficiado; por lo que no estáis tan mal como debierais.

-Eso, por descontado.

De un potente salto, el Indo se plantó ante el muchacho y, pasando de largo, le golpeó el cuello con el brazo estirado.

Yin, ignorando el intenso dolor y la sensación de ahogo, se agarró a la extremidad y lanzó las piernas hacia arriba para, luego de girar, golpear la cabeza del musculoso guerrero con ambos pies juntos.

Inowake cayó de rodillas, mareado, y Yin giró por el suelo, mientras tosía, intentando alejarse de él todo lo posible para recuperar el aliento.

-No puedo... dejaros ni un... segundo... de respiro ¿Verdad?

El gigante índigo se abalanzó de nuevo sobre Yin, quien evitó su puñetazo del mismo modo que la primera vez; solo que, en esta ocasión, aprovechando el impulso, el Indo le propinó un contundente rodillazo en el estómago al ver desplazado su primer ataque.

-No debí caer en esa última, pero no volverá a ocurrir. Todo lo que hagáis en el cuerpo a cuerpo yo lo puedo evitar. ¿Cómo vais a vencerme ahora, si yo podría mandaros a diez metros de un golpe?

Yin rió, sin fuerzas, pero con insolencia.

-Je... No podríais ni hacerme... caer tres metros más allá...

-Llevo soportando vuestras burlas demasiado tiempo, mercenario... Ahora que no podéis correr y que veis que vuestra fuerza es insuficiente para vencerme, deberíais...

-¿Acaso es así como queréis retractaros de vuestra amenaza, hablando sin cesar hasta que la olvide?

Inowake se dejó llevar por la rabia acumulada. Luego de una serie de poderosos golpes que hicieron re-

tumbar la tierra (y el pecho de Áshelayd) al impactar contra el muchacho, el guerrero lo lanzó de un derechazo a más de doce metros de distancia.

-¿QUÉ OS HA PARECIDO, YAJIN´E?

Yin, tambaleante, comenzó a levantarse con dificultad.

-Me parece... -Lentamente, el muchacho fue levantando la cabeza; dejando a la vista una oscura mirada asesina, acompañada por una irónica sonrisa.- ...que este combate lo voy a ganar yo.

Inowake sintió cómo se le helaba la sangre en las venas. La furia lo había obnubilado. La furia... las palabras que el enemigo le había dirigido... ¿Sería posible que éste hubiese calculado hasta tal punto el desarrollo del combate?

Sea como fuere, lo cierto es que había metido la pata a base de bien. El Yajin´e había recuperado su espada.

-No sé cómo he podido caer...

-Ni mi velocidad ni mi fuerza... pero sí mi inteligencia. La psicología es algo que conviene conocer si eres un guerrero ya que, más de la mitad de los factores que condicionan un combate, dependen del estado de ánimo de los contrincantes. O lo que es lo mismo: dominando vuestra mente, domino vuestros actos.

La mole de color índigo aceptó la derrota. Aún con toda su prodigiosa fuerza, herido y agotado como estaba, no sería rival para la esbelta espada de doble filo que llevaba el muchacho de la suelta melena encarnada.

-Acabad conmigo, por favor. No soportaría saberme derrotado en tal grado cuando he sido yo quien ha llevado la iniciativa durante todo el combate.

Yin alzó su espada.

-Lo cierto es que he sido yo quien ha llevado las riendas de la contienda... pero nada me cuesta cumpliros el capricho si es que realmente no queréis seguir viviendo.

Lanzándose a toda velocidad, el muchacho colocó la espada en horizontal, paralela al suelo, sujetándola de modo que el filo interior fuese por delante, como si de una hoz se tratase, con la intención de cortarle la cabeza a Inowake, quien, de rodillas y con una plácida sonrisa en la cara, había cerrado ya los ojos, resignado.

-¡No! ¡Deteneos, por favor!

Yin, súbitamente, detuvo su avance; dejando el borde cortante de su arma a tan solo unos centímetros del cuello del Indo.

Durante unos instantes, la muchacha creyó que el guardaespaldas había cedido a su orden, pero no tardó en comenzar a dudarlo.

El suelo había comenzado a retumbar, con cada vez mayor intensidad, mientras un extraño sonido gutural "weke-weke, weke-weke" no tardó en llenar el ambiente.

Sin perder un instante, el agotado Yajin´e envainó la espada y se lanzó hacia Áshelayd, a quien cogió por la cintura, y saltó al abismo desde el saliente en que se encontraban.

Por unos segundos, Inowake, confuso, no entendió lo que había ocurrido hasta que, una vez se hubo asomado a dicho saliente, lo tuvo todo claro. Bajo la rocosa cornisa se hallaba un antiguo y desgastado camino en que podían diferenciarse unas claras huellas de barro.

-Wikernôs...

XXXIII - *CONVIVIENDO CON LOS RAPTORES*

El sol había comenzado ya a ocultarse tras los picos de las altas montañas que constituían la Sierra Draconia cuando el grupo de animales se detuvo al fin.

La manada de wikernôs no era especialmente numerosa. Apenas llegaba a los veinte integrantes.

Áshelayd y Yin se bajaron, agarrotados, del plateado lomo metálico de uno de los saurios, quien, distraído, había comenzado a roer una roca mientras agitaba sus membranosas alas, inútiles para el vuelo, con la intención de refrescarse.

-Son preciosos...

La muchacha se había quedado prendada ante la belleza de las bestias. Los cráneos de éstas reflejaban con fuerza la luz anaranjada; al estar recubiertos, al igual que sus lomos, por una densa capa de un material llamado zilldra, que exudaban en la pubertad y se endurecía al contacto con el aire; sirviéndoles de protección. Los grandes zancos de los bípedos raptores, fibrosos y armados con un par de espolones negros como el carbón, contrastaban con la simpática cara de dichos animales; que poseían un morro chato y redondeado, ojos grandes, azules como zafiros, y unas curiosas orejas parabólicas en forma de caracola de tres puntas, de color claro.

Las oscuras alas les servían, tanto como estabilizadores a la hora de saltar y mantener el equilibrio al correr, como para frenar las caídas. No en vano eran los seres más rápidos en tierra. La corta y ancha cola, por su

parte, era utilizada por éstos para mejorar la distribución del peso de sus cuerpos y aumentar la fuerza de la zancada gracias a unos largos y resistentes tendones anclados en ella; por lo que carecía de movilidad.

Todo su cuerpo se veía adornado por unas suaves escamas de color azul eléctrico, claro pero intenso, mientras que, el vientre y parte inferior de la cola, permanecían de una tonalidad algo más pálida.

El grupo de saurios no llevaba consigo a ninguna cría, pero la mayoría de ellos eran apenas algo más que la mitad de altos que los demás; por lo que probablemente éstos acababan de alcanzar la madurez.

-No hemos tenido suerte. Cuando un grupo de Wikernôs carece de crías entre sus integrantes, se mueven a mayor velocidad... pero también lo hacen a mucha mayor altitud, para evitar ser atacados; por lo que, si suben demasiado, deberemos dejar de montarlos.

-¿Y para eso hemos dejado atrás a los caballos y todas nuestras cosas?

La muchacha, frustrada, dio una patada a una pequeña piedra; que rebotó contra un peñasco y cayó sobre la cabeza de uno de los dinosaurios más jóvenes.

En lugar de enfadarse, el pequeño consideró que se trataba de un juego muy divertido y, llevando una gran roca en la boca, comenzó a perseguir a la muchacha.

Luego de un buen rato de ininterrumpida carrera en círculos, el animal pareció aburrirse finalmente de Áshelayd, así que la dejó ir y se la lanzó a otro compañero; al que le entusiasmó la idea. Poco después, todos los jóvenes se habían unido al juego.

-No son fáciles de enfadar. Y pensar que los Iggrönes miden más de seis metros y son capaces de tragarse a un buey de un bocado...

-No me digáis eso, que estos bichos también son dinosaurios.

-Tranquila, que son omnívoros, pero las hembras no tienen ningún tipo de instinto asesino.

-¿Y cómo se diferencia a los machos de las hembras?

-Ah, eso es fácil. Las que están aquí son todas hembras.

-¿En serio? ¿Cómo podéis estar tan seguro?

-Es simple. Las manadas de Wikernôs solo pueden tener un macho, que es rojo; y está ahí.

Áshelayd siguió la señal del dedo de Yin hasta un saliente elevado en que, medio oculto por las sombras de la joven noche, reposaba un ser gigantesco, de inmensas alas carmesí, que la perforó con sus grandes ojos de rubí.

-No me gustan los machos de Wikernô...

A la mañana siguiente, Áshelayd pudo comprobar que los extraños animales eran remolones en su despertar.

Mientras los jóvenes jugaban y correteaban alrededor de los adultos, éstos roían las rocas en busca de nutritivas arcillas y minerales con que aumentar la fortaleza de sus cascos y castigados esqueletos; al tiempo que desplegaban contra el sol sus alas, repletas de pequeños vasos sanguíneos, para recuperar el calor perdido en la helada noche de montaña.

Por lo que parecía, Yin no se había movido ni un ápice desde que ella se había quedado dormida; sin em-

bargo, la joven pudo comprobar que no había sido así. Frente a él, reposaban dos bolsas en que el guardaespaldas había clasificado y organizado lo poco que tenían, ya que el grueso de sus pertenencias había quedado olvidado en las alforjas de los caballos tras la lucha contra Inowake.

Al levantarse, comprendió por qué su acompañante no había pegado ojo. Cubriéndola, se hallaba una larga chaqueta roja, de bordes más oscuros, con mangas holgadas y anchas; que estaba chamuscada por la mayor parte.

Sonriendo ante el inesperado acto de caballerosidad, a pesar de que se le había pegado el olor a quemado a su propia ropa, la joven le tendió la prenda a su propietario quien, evidentemente agradecido, se la puso de inmediato; con lo que el color comenzó a retornar a sus mejillas.

-Por ahora no creo que vayamos a tener problemas con la altitud, ya que viendo cómo se mueven las más jóvenes no me cabe duda de que todavía no pueden seguir bien el ritmo a las adultas y éstas no se arriesgarían a perder la camada por subir demasiado pronto. Afortunadamente, este grupo se dirige hacia los dominios de un conocido mío que creo que podrá ayudarnos a llegar antes a la torre dorada; así como a proveernos de ropa y víveres.

Como ya habréis supuesto, en estos momentos, lo que prevalece es la supervivencia, que es un entrenamiento en sí, así que dejaremos de practicar técnicas de combate hasta que volvamos a estar al nivel del mar.

-Pero, entonces, todo el entrenamiento que he hecho hasta ahora se perderá y...

-En absoluto. Gracias a lo que habéis estado haciendo estas últimas semanas vuestra respiración ha mejorado mucho y será mucho más probable que sobreviváis a estas alturas. Por otra parte, no solo mantenernos sujetos a los Wikernôs, que no es fácil, sino estar sometidos a estas temperaturas y a la privación de oxígeno nos hará más fuertes y, una vez regresemos a una altura normal y descansemos un poco, os sentiréis mucho más en forma que nunca.

Algo reticente a creerlo, aunque deseando que fuese así, la joven cogió uno de los fardos y se montó en un animal que acababa de desperezarse y parecía impaciente por echar a correr de una vez.

-¿Sabéis, Yin...?

-Decidme.

-Creo que ni el frío, ni la falta de oxígeno, ni la carencia de alimentos... Lo más difícil va a ser soportar ese "weke-weke" durante todo el viaje.

Yin se llevó la desgastada bolsa de cuero al chamuscado hombro de su chaqueta, una vez montado en el lomo de uno de los raptores, y esbozó una media sonrisa. No le faltaba razón.

XXXIV - *LA DEFENSA PERFECTA*

Tan solo seis guerreros se mantenían en pie, semiocultos por la oscuridad.

Sudorosos y jadeantes, los aterrados hombres, armados con buenas espadas y protegidos por robustas armaduras, miraban hacia la luz proveniente del resquicio que quedaba entre los dos monumentales portones; deseando más que nada en el mundo que esta franja luminosa no aumentase de tamaño.

-No lo soporto, Capitán...

-Calla, Nubiu, no quiero cobardes en mi ejército.

-¿Ejército? ¡Un ejército con seis miembros no es un ejército!

-¿También tú, Hiodinn...?

-No es nuestra intención insubordinarnos, Capitán... pero nos enfrentamos a un monstruo.

-¿Y crees que no lo sé, Kale? Ha matado a nuestros doscientos hombres...

-El "Ejército de Liberación Popular" ha fracasado...

-¡Eso no lo digáis nunca! ¡Puede que nosotros fallezcamos aquí hoy, pero no así nuestros ideales! El pueblo terminará comprendiendo que debe centrar su atención en la vida real y en solucionar sus problemas; y no en contentar a dioses ni...

-Cuántas herejías en una sola frase...

-¡Es él! ¡ESTÁ AQUÍIIIIII!

Los guerreros se dispersaron con presteza a lo largo de la estancia, rodeando al enemigo.

-Os noto asustados, infieles... ¿No erais vosotros acaso quienes os las dabais tan arrogantemente de "libertadores" y "poseedores de la verdad"?

-El miedo no está reñido con la razón, si hay un motivo para tenerlo.

-Y hacéis bien temiéndome... ¿Sabéis por qué? Porque sois débiles. Sois débiles y yo fuerte... ¿Y sabéis por qué? Porque Dios está de mi lado y me ha dado el poder necesario para venceros.

-Valiente ignorante... ¿Por qué ponéis vuestro poder al servicio de una iglesia que domina al pueblo por la fuerza e impone sus creencias sin ningún tipo de...?

-¡Silencio! -Los seis guerreros trastabillaron hacia atrás, temblando de miedo.- Imponemos la verdad porque el pueblo ignorante se deja seducir por la vida fácil y las comodidades que les ofrecen los diablos... No respetan la virtud del sacrificio y olvidan que la vida es un difícil camino que...

-¡Sois vosotros quienes hacéis difícil ese camino! La virtud del sacrificio no es tal si dicho sacrificio no va destinado a un fin mayor ¿Qué sentido tiene sufrir por nada?

-Nada en esta vida pero, una vez muerto el cuerpo...

-Claro. Eso sí tiene sentido: desperdiciar la vida esperando una recompensa tras la muerte.

-Es inútil. Vuestras mentes cerradas no logran comprender...

-Eres tú quien se niega a razonar y sigue al pie de la letra el mensaje de un timador muerto hace trescientos años, monstruo ¡A por él!

Los guerreros, habiendo recuperado la valentía luego de presenciar la victoria dialéctica de su capitán, se abalanzaron sobre el muchacho del peto azul con el símbolo de la espada dorada en el pecho.

-Yo no soy un monstruo... ¡YO SOY HADÍ BELFORELL!

Apenas tres mandobles de una argéntea espada que hizo luminosa la oscuridad bastaron para teñir el suelo con la sangre de los últimos miembros del "Ejército de Liberación Popular".

Con parsimonia, el joven limpió el filo de su arma en la manga de uno de los cadáveres decapitados y, sin mirar hacia la carnicería una segunda vez, salió de la estancia.

-Mi señor...

-¿Sí?

-Hemos encontrado el tesoro que esos infieles habían escondido. Estaba justo donde vos nos lo indicasteis.

El muchacho de ojos celestes se acercó hasta donde estaba el soldado que llevaba precariamente, en una destartalada carretilla oxidada, un gran bulto envuelto en trapos.

-Estos sucios paganos son tan predecibles...

-Aprovecharon que el dueño anterior del lugar había sido nuestra iglesia y, por tanto, había varios de nuestros símbolos repartidos por el lugar.

-Entonces, tal y como predije, lo habían ocultado bajo el altar que permanecía sellado con la marca sagrada ¿Verdad?

-En efecto.

-¿Y cómo dices que lo habéis sacado?

-Pues... rompiendo el sello, claro.

-Entiendo... -De un rápido movimiento, Hadí partió en dos la cabeza de su subalterno con el lomo de la hoja como si de un melón se tratase.- No deberías haber profanado el símbolo de nuestra iglesia.

Con cuidado, envainó la espada a su espalda y se arrodilló frente a la carretilla.

Como un niño que desea prolongar todo lo posible la apertura de un regalo para aumentar la emoción, el joven comenzó a destapar poco a poco el objeto hasta que éste se vio completamente descubierto.

Al alzarlo se percató de la razón por la que el "ejército de liberación popular" no se había defendido con él de sus ataques. Pesaba lo indecible. Tan solo alguien con una fuerza portentosa, como la suya propia, podría utilizarlo correctamente en combate.

Embelesado por el brillo áureo de los bordes, comenzó a pasar los dedos por las finas marcas doradas que cubrían el fondo negro que constituía la parte convexa del escudo.

Un par de cuchillas sobresalían, como cuernos, de la parte superior, y más ancha, de la fabulosa protección forjada a partir del mismo material que su espada.

Mientras Hadí comprobaba lo cómodo que le era de usar y ajustaba las correas de cuero que lo fijaban al brazo para sujetarlo mejor, otro soldado apareció corriendo por el alargado pasillo.

Intentando ignorar el cadáver de su compañero, por miedo a sufrir el mismo destino, se dirigió a su superior.

-Han mandado un mensaje del Gran Sacerdote. Dice que hay problemas con "lo que vos sabéis" y que debemos permanecer en nuestras posiciones hasta nuevo aviso ya que el enemigo podría dirigirse hacia aquí.

-¿Qué podría querer hacer esa persona en un lugar como este?

El soldado comenzó a revolverse, nervioso, temiendo la reacción del "Guerrero Santo" ante la respuesta.

-No... No nos ha informado de eso, pero el mensaje terminaba advirtiéndoos de que tuvieseis mucho cuidado con la fuerza ofensiva del adversario al que nos enfrentamos.

-Que se tranquilice... Ahora que tengo el "Escudo de Royinuëra" en mi poder, capaz de repeler tanto magia como acero; superado tan solo por el famoso "Escudo Hikirutta", perdido hace años, no existe nadie con fuerza suficiente para hacerme sentir sus golpes. Absolutamente nadie.

XXXV - *EL PERSEGUIDOR INCANSABLE*

El muchacho de la gorra encarnada y ojos verdes se rascó la nuca mientras observaba el panorama.

Junto a sus pies, se hallaba una enorme mole de color índigo, con las piernas envueltas entre chamuscados restos de cuero, de la cual emanaban unos fuertes ronquidos.

-Hay que ver... -Jahí propinó unas contundentes patadas al Indo dormido.- ¿Qué, se te han pega´o las rocas?

-¡Ay! Déjalo ya, por favor... ¿No ves que estoy hecho polvo?

-Es que me preocupaba por ti, tío “¿No sabes que dormir con el torso desnudo sobre el frío suelo es malo para la salud?”

-Rencoroso...

-¿A que ahora t´enteras de que no te solté ninguna bola, señor "marca-musculitos"?

-Desde luego, ese muchacho es hábil... Y deja ya lo de que no lleve capa. Se me saltó con la explosión...

-¿Explosión? Señoras y caballeros, a continuación: ¡El tío de las detonaciones, hace explosión!

-¡Cállate! No me quedó otra que hacer estallar dos bombas frente a mis propias narices para atraparlo. Se movía a una velocidad increíble.

-¿Seguro? Cuando me lié a tortas con él, no se me pareció tan rápido como p´a que no lo pudieses pillar...

-¿Y aún así te venció? Patético...

-Al menos era de mi tamaño, grandullón ¿Cómo se come que tú, que mides casi tres metros, muerdas el polvo ante un pequeñajo "cabeza-cerilla" tan retaco como yo?

-Habré perdido la pelea, pero al menos no tengo pulgas, como tú.

-Bah, los perdedores siempre insultan a lo loco cuando les dan caña...

-Pues, si no tienes pulgas, deja ya de rascarte la nuca.

-Es que no sé, me lleva picando un buen rato...

-¿Lo ves? Tienes pulgas.

-¿A qué te meto?

-¿Tú y cuantos más?

-Yo y mis veinte deditos, bien cerraditos en un par de puñitos "salta-dientecitos".

-Vale, vale... Lo cierto es que los Indo tenemos un dicho, según el cual, a uno le pica la nuca cuando hablan de él a sus espaldas.

-"Pse", alguna chavala a la que he dejado flipada...

-O algún chaval... Vale, vale, lo retiro; pero déjame, que no puedo con el alma...

-Bueno, ya llega de quemar horas a lo tonto. Si no la estás espichando, bien puedes volverte solito al pueblo de Mirí. ¿Por dónde han tira´o ese par de memos?

-Los malditos se montaron en un Wikernô. Ya estarán muy lejos...

-¡Mierda! ¿Por qué no los detuviste?

-Estaba algo ocupado intentando no morirme, ¿Sabes?

-Vale, vale... ¿Y ahora c´hacemos?

-He estado pensando...

-Para variar...

-¡Cállate, que pierdo el hilo! Te decía que he estado pensando en lo de los Wikernôs y se me ha ocurrido una idea: Aunque sean muy rápidos, llevan una ruta muy tortuosa que, como Indo natural de estas tierras, conozco bien. Si sigues recto en esta dirección, es posible que te topes con ellos.

-Vale... total, acertaste lo de que iban a Amnir y lo de que pillarían este camino.

-Si no te hubieses empeñado en comprobar la ruta directa, ya tendríamos en nuestro poder esa puñetera vara y la recompensa de sesenta gemas sería nuestra.

-Ya. Y si hubiesen ido por allí, habríamos queda´o de gilipollas delante de los demás caza recompensas. Véanlos: "salieron de primeros, pero en dirección contraria".

-Vale, entendido... Vete y no pierdas más tiempo.

-Tranqui, tío... sabes que nadie me gana corriendo. Por algo me llaman "Jahí, el rayo sobre tierra".

Dicho esto, el muchacho saltó al vacío y comenzó a descender en dirección al punto de encuentro. El Indo, agotado, volvió a tumbarse y siguió durmiendo.

XXXVI - *UN ENCUENTRO DESAFORTUNADO*

Durante los últimos días, Yin y Áshelayd se habían ido acostumbrando a los hábitos vitales de los dinosaurios que los llevaban sobre sus plateadas espaldas.

Desde el amanecer al anochecer, las fantásticas criaturas se pasaban todo el tiempo corriendo y saltando a una velocidad pasmosa. Áshelayd se preguntaba a menudo por qué tendrían tanta prisa aquellos animales si lo único que hacían era dar vueltas una y otra vez al rededor de las zonas montañosas de la región.

Los únicos momentos que la pareja tenía para desentumecerse y buscar algo que comer eran las noches; durante las cuales los Wikernôs aprovechaban para roer rocas y lamer nutritivos lodos que, luego de unos días en que tan solo habían podido echarse un pequeño pájaro crudo a la boca, los muchachos habían empezado a ingerir también. Esto, así como algún que otro insecto-roca propio del paisaje, constituía la única dieta de los dos jóvenes; quienes ya estaban empezando a hartarse de la situación.

Definitivamente, no volverían a viajar con los Wikernôs sin ir debidamente provistos de alimento. El agua, sin embargo, la extraían con facilidad de la condensación de la niebla sobre sus ropas. Aunque no resultaba muy agradable al gusto, el líquido que lograban escurrir de ellas al menos era potable.

-No creo que pueda resistir esto por mucho más tiempo...

-Ya casi estamos. En un día o dos habremos llegado a nuestro destino.

-Pues, con la suerte que tenemos, seguro que acabamos en los dominios de los vampiros y se nos meriendan.

-Los vampiros no son tan malos como todo el mundo cree. La gente les tiene miedo porque viven entre las sombras y su tez es pálida... Pero también temen a las gentes de Nhüria por tener la piel oscura y no se les achaca la fama de Antropófagos... Aunque no se puede decir que los nhürianos del norte sean muy amistosos.

-Sí, supongo, pero es que ese tal "Dracon"...

-Ese tipo está chiflado. Tomarlo como referente es como ir a unos calabozos y pensar que todos los humanos de raza ëana pura son criminales.

-¿Acaso lo conocéis? ¿Es verdad que bebe la sangre de sus enemigos muertos?

Yin se frotó el cuello y contuvo un escalofrío.

-Y aún estando todavía vivos, también lo intenta. Solo nos hemos visto las caras en una ocasión; y os puedo dar un consejo: no dejéis que ese tipo os acerque sus malditos colmillos... cómo chupa, el desgraciado...

-De... Por favor, decidme que me estáis tomando el pelo...

-Pero tranquila, que ya veréis que los demás vampiros no son así.

-E... está bien, yo... ¡Un momento! -Dos saurios jóvenes levantaron la cabeza, sobresaltados por el grito, con la esperanza de que aquella humana tan divertida los estuviese invitando a participar de nuevo en el entretenido juego de la roca.- Yin... ¿A dónde habéis dicho que nos dirigíamos...?

-A ver a un amigo.

-No os hagáis el tonto. Decidme a dónde vamos, Yin.

-Bueno... A ver a un amigo mío que, casualmente, es un vampiro...

-¡Lo sabía! ¡Pero qué os pasa! ¿Estáis loco? ¡Son las criaturas más peligrosas de la montaña y...!

-Os equivocáis. -Yin, cuyo semblante había adquirido de repente aquel aspecto fiero que lo acompañaba en todos los combates, comenzó a desenvainar su espada mirando hacia arriba.- "Esa" es la criatura más peligrosa de las montañas.

Áshelayd, girando lentamente sobre sus talones, volvió su cabeza hacia el lugar al que estaba señalando su compañero y ahogó un grito. Sobre ellos se encontraba, majestuoso y sujeto en las escarpadas rocas gracias a su larga y gruesa cola, un enorme dragón de montaña.

-Está bien. Os doy la razón.

XXXVII- BATALLA DE TITANES

Las enormes fauces de la bestia de cuernos retorcidos se abrieron completamente sobre el grupo de raptores, llenando el ambiente de un extraño olor.

Los Wikernôs se habían unido, asustados, en un informe bulto que dejaba a la vista tan solo las protecciones metálicas de sus cabezas y espaldas; con las crías en el centro.

-Apartaos, mi señ... -Yin se sobresaltó ante el agudo tono de su voz.- ¡Apartaos, no nos pasará nada!

-Pero... -El timbre de voz de la muchacha también había cambiado.- ¿...Qué diablos es esto?

-Este es el gas que permite a los dragones volar y escupir fuego, mi señora. No os preocupéis por eso y escondeos con el grupo de Wikernôs.

-¿Y qué vais a hacer vos?

-Luchar.

Antes de que Áshelayd tuviese tiempo de replicar, el dragón se lanzó sobre el grupo de animales con las fauces abiertas.

Repentinamente, se detuvo y miró a su espalda. Aprovechando que había dejado su vientre expuesto al atacar, Yin había logrado realizar un profundo corte en el mismo con su espada.

Desafortunadamente, aunque ésta era la parte más blanda de todas las especies de dragones voladores, el de montaña pertenecía a una clase cuyas alas servían tan solo para equilibrarse en los saltos, puesto que utilizaban sus garras dentadas para trepar y la gruesa y larga cola para sujetarse a los peñascos. Ya que siempre se

estaban arrastrando entre las rocas y demás superficies irregulares, sus vientres se veían reforzados por varias capas de dura piel encallecida; por lo que el corte no le había afectado en absoluto.

A pesar de haber evolucionado, luego del Apocalipsis, de forma que su cerebro no se había desarrollado plenamente, como dragón, poseía la inteligencia suficiente para comprender que el pequeño animal de color rojo, con una única garra larga y afilada, era peligroso. Por tanto, debía acabar con él antes de darse su festín.

Echando el cuello hacia atrás, el monstruo comenzó a llenar su boca de gas para, una vez la hubo inclinado hacia delante, chasquear sus muelas de pedernal y crear así la chispa necesaria para incendiarlo.

Sin moverse de su posición, Yin sonrió. Iba a ser muy difícil salir ileso de ese ataque.

Cuando ya había aceptado que no podría hacer nada por esquivarlo, una vez envainada la espada, el chorro de fuego se desvió repentinamente.

El dragón se encontraba ahora tirado en el suelo, meneando la cabeza, molesto. En el lugar que había estado ocupando hasta hacía un instante, se encontraba ahora un enorme Wikernô rojo cuyas protecciones de metal se extendían hasta el cuello, clavículas, pectorales y cola. Un cuerno rojo nacarado surgía de su redondeado hocico, amenazante.

Moviendo las enormes alas membranosas para estabilizarse, el saurio carmesí clavó con fuerza sus oscuros espolones en la roca y lanzó un alarido de advertencia a la otra bestia.

El dragón, sin ningún ánimo de dejar pasar tan suculenta cena, enseñó sus cuernos retorcidos y lanzó una bocanada de fuego al Wikernô macho.

Una vez se hubieron disipado las llamas, los muchachos pudieron comprobar que, sobre el risco, no quedaba nada. Súbitamente, el dinosaurio rojo cayó en picado sobre el animal escupefuego.

Aunque la sorpresa le brindó ventaja, apenas hubo clavado sus espolones en la carne del dragón, éste se volvió para defenderse con sus poderosas fauces.

La lucha se prolongó durante largos y angustiosos minutos que les parecieron horas, en que los dos titanes se herían mutuamente, desesperados por vencer, sin que ninguno de ellos lograse adquirir una ventaja clara.

Así, continuaron luchando durante lo que quedaba del crepúsculo hasta que, agotado, el dragón empapado en sangre se derrumbó sobre el suelo. El Wikernô, entonces, luego de un potente bramido, proferido en señal de victoria, se abalanzó sobre él para darle el golpe de gracia.

Lamentablemente, el astuto adversario le lanzó un nuevo ataque con su poderosa cola, la parte más fuerte de su cuerpo, y lo catapultó contra las rocas; quebrándole las alas.

El dragón se levantó, satisfecho de que el otro animal hubiese caído en su trampa, y comenzó a avanzar, todavía sangrando y cojeando de una pata, hacia el grupo de aterradas hembras; cerca de las cuales se hallaba Áshelayd ahora.

Yin se colocó frente a él, pero la gigantesca bestia lo hizo a un lado con una de sus alas; mandándolo a varios metros de distancia.

Justo frente a la temblorosa manada, abrió sus mandíbulas para, sin previo aviso, saltar por los aires.

Aún con las alas rotas, las piernas del macho, tan fuertes en proporción como los zancos de las hembras, le habían permitido abalanzarse sobre el enemigo. Un contundente golpe de su cabeza recubierta del sólido metal bastó para dejar inconsciente al dragón.

Ambas bestias, una lisiada y la otra aturdida, cayeron lentamente al vacío hasta hacerse invisibles.

El cúmulo de hembras se deshizo y, lentamente, se fueron asomando para ver lo que había sucedido con su protector.

Una vez se hubieron puesto todas sobre la cornisa, y hubieron comprobado que el macho había muerto, comenzaron a proferir sus característicos quejidos, a cada vez mayor velocidad y volumen.

Áshelayd, confusa y todavía asustada, apenas tuvo tiempo de ver las señas que le hacía su guardaespaldas, desde su alejada posición, para que se apartase. Sin más aviso que el dejar de gritar, todos los Wikernôs se dieron la vuelta y comenzaron a subir, en estampida, a lo más alto de la montaña; haciendo caer a Áshelayd en el proceso.

A pesar de lo asustada que estaba, la muchacha sabía que podría salvarse si utilizaba el hechizo correcto. Como por ensalmo, los vibrantes sonidos que reducirían la atracción terrestre sobre ella acudieron a sus labios; pero allí se quedaron.

Una de las rocas desprendidas había impactado contra su cabeza y la había dejado inconsciente, por lo que cayó al abismo como un peso muerto.

XXXVIII - LA MANO QUE GOBIERNA UNA REGIÓN

El día amaneció claro y fresco. Las nubes, dispersas y deshilachadas, avanzaban lentamente por el firmamento matinal mientras el sol se iba alzando, a cada vez mayor distancia del escarpado horizonte, recortándolo con su brillo anaranjado.

La vasta extensión de antiguos árboles que constituía el jardín de la familia real había comenzado a teñir su verdoso color habitual de un marrón amarillento hacía ya varios días, pero Edwäh no se había percatado todavía de ello. Del mismo modo, tampoco había querido interesarse por los conflictos del Desierto Blanco, ni por la preocupante escasez de pesca en esas últimas semanas. El "Carubillo volador", una especie de pez que tan solo podía capturarse en las costas de su país, codiciado tanto por su delicioso sabor como por las gruesas escamas de su piel plateada, utilizadas en la alta costura, estaba retrasando su llegada migratoria anual por alguna razón desconocida; lo que había desestabilizado la economía de los pescadores y comerciantes.

No. Al rey Edwäh no le interesaban crisis económicas, revueltas o, en general, las penurias de sus súbditos. Esas eran cosas de ministros... Su verdadera misión era la de dejar bien claro a todo el mundo que era su linaje, y no otro, el que contaba con el poder suficiente para gobernar. Para conseguirlo no era necesario centrarse en más que mantener unido el territorio y en re-

cuperar todos los símbolos del poder de su familia. ¿Cómo es que no se había dado cuenta antes?

Todas las líneas sucesorias de las más grandes y respetadas casas nobles, nacidas desde el mismísimo inicio de la región como tal, terminaban en él y, por lo tanto, era la persona con más derecho a reinar en la historia desde el mismísimo Ëan, quien, además, era antepasado suyo; como le encantaba recordar a todo el mundo cada vez que se presentaba la oportunidad. No obstante, por alguna extraña razón, algunas personas parecían considerar más digno del derecho a reinar a su primo, el hijo de un bastardo, quien debía agradecer que lo hubiese dejado con vida. A pesar de la iniciativa de su antiguo consejero, muerto en la guerra, quien había decidido desterrarlo apenas hubo terminado la coronación, no se habían podido evitar las revueltas. ¿Por qué buscar en su primo, cuya sangre estaba manchada de vergüenza, a un monarca mejor que su persona? ¿Solo por ser más fuerte que él? ¿Solo por pasarse la vida lidiando en una interminable guerra? ¿Por qué, más aún, elucubrar acerca de una línea sucesoria, paralela a la suya propia, que descendiese de un hipotético hermano mayor de Ëan?

La respuesta había llegado de los labios de su inteligente consejero, Addmelavi, como un rayo de luz esclarecedora: El poder de su familia se había ido atenuando; debilitando; dispersando, a lo largo de la historia. Él mismo era el primer paso para recuperar el prestigio del nombre de Ëan, ya que era heredero de las principales líneas de sangre noble pura. Sin embargo, esto no serviría de nada por sí solo. Tanto las tierras como las posesiones materiales de la casa real, que eran lo que real-

mente le otorgaban su estatus, estaban también en manos ajenas. Por lo tanto, el segundo paso a seguir era, lógicamente, recuperar todo símbolo de poder que les hubiese pertenecido a lo largo de los últimos nueve siglos. Por último, siendo él mismo el poseedor del derecho a reclamarlas, y controlador de los medios para defenderlas, tomaría por la fuerza todas las tierras que su abuela había regalado tan alegremente, del Desierto Blanco al bosque de Yariojira; y todo volvería a ser, al fin, como nunca había debido dejar de ser.

Con esta idea en mente, realmente animado, el rey se levantó de su magnífico escritorio, sobre el que nadie había movido una pluma para algo más que firmar desde la muerte de su abuela, y se plantó ante el portentoso espejo de cuerpo entero que adornaba, entre retrato y retrato, una de las paredes de su cuarto.

Se maravilló al verse reflejado. Su imponente bigote con perilla; su gran cuerpo cebado, símbolo de riqueza, tanto por no faltarle alimento como por no verse obligado a ejercitar los músculos; sus claros ojos marrones, que a la luz se asemejaban a la miel... Su enorme papada, delgadas pantorrillas, sonrisa de triunfador... Era, sin duda, el hombre más atractivo de toda la región. ¿Qué importaba que, a sus cincuenta y seis años, el poco pelo que le quedaba se hubiese tornado blanco como la nieve? También el de su primo lucía ese color. ¿Qué importaba que las arrugas de su rostro amenazasen con taparle los ojos o que el mero hecho de pensar en subir un escalón lo hiciese sudar...? El hijo del bastardo podría jactarse cuanto quisiera de sus músculos y aspecto y actitud juveniles. Ante una planta como la suya, adornada con las mejores sedas, hilos de oro y plata ¿Qué po-

dían los harapos del hijo de su fallecido tío; quien se veía inmerso cada día en el frenesí de las guerras del sureste de Nhüria?

Absorto en su autocomplaciente deleite matutino como estaba, el rey no pudo sentir cómo un encapuchado se le acercaba, sibilino, desde atrás; hasta detenerse, con el mismo ruido con que lo habría hecho una sombra, justo tras su espalda.

-Buenos días, su excelencia.

-Ah, por fin llegáis, mi fiel consejero... ¿Se sabe ya algo acerca de la vara de mi abuela?

-Lamento ser yo quien os haga partícipe de tan nefastas noticias, pero "Bracamarte" ha fracasado en su empeño.

El rey quedó inmóvil durante unos segundos, atónito.

-¡Cómo que ha fallado! ¿Y se atreve a regresar ante mí antes de haber completado su misión? ¡Que me lo traigan aquí ahora mis...!

-Milord, el cuerpo de Anuji, apodado "Bracamarte", ha sido encontrado esta mañana por uno de los encargados de dar la hora. Por lo visto, la campana había estado sonando de una forma extraña durante las últimas semanas y, cuando éste subió a comprobar su estado...

-¿Qué pasó...?

-...Resultó que eran los restos de la cabeza de Anuji lo que impedía al badajo chocar del todo con el cuerpo de la campana.

Edwäh se desestabilizó durante unos instantes e intentó impedir que la bilis acudiese a su boca. Luego de unos minutos de sufrimiento, sacó su pañuelo, se limpió

la comisura de los labios y se recompuso como mejor pudo.

-Creía... creía que estábamos persiguiendo a una simple estudiante de hechicería ¿Cómo ha podido vencer a "Bracamarte"? Tan solo "La Pica" había conseguido más logros que él.

-Hablando de "La Pica", mi señor... No se sabe de él desde hace mucho. Los rastreadores, gracias a las piedras de espectro, han encontrado signos de lucha en el bosque de Anafae, donde debería haberse enfrentado a la ladrona. Por lo visto, es más que probable que Ômino encontrase allí la muerte, al caer al vacío.

-"La Pica" también... Esto está empezando a salirse del programa inicial... ¿Qué habéis planeado, Addmelavi? Porque me imagino que tendréis un nuevo plan, como siempre ¿Verdad?

-Tranquilizaos, excelencia... Sabéis que yo siempre tengo una estrategia alternativa guardada en la manga.

-¡Sí! Sabía que podía confiar en vos, mi fiel consejero... Decidme qué debemos hacer.

-Bien. El proceso es sencillo: El sujeto “B” se dirige, sin duda, hacia donde llevan a sus antiguos compañeros. De otro modo, ya habría huido de la región o, en cualquier caso, nunca se habría dejado ver en la capital sabiendo que estaba en busca y captura.

-¡Los estudiantes del internado! Sabía que deberíamos haberlos matado a todos en lugar de venderlos como esc...

-No, no, mi señor. Esto nos beneficia. Independientemente de lo fuerte o esquivo que sea el enemigo, si tenemos el cebo adecuado, lo atraparemos. Me atreve-

ría a decir que la joven hechicera se ha encaminado hacia la península de Amnir con la intención de...

-¿Amnir? ¡Perfecto! Crearemos un muro humano con todo el ejército para que, al llegar...

-Disculpad la interrupción, milord, pero... no sería inteligente por su parte tomar el camino directo hacia Amnir. Acabáis de demostrar el porqué. Aunque sí podríamos ofrecer una recompensa todavía mayor para obligarla a caer lo antes posible en la trampa, al hacer entrar en el juego a ciertas leyendas de los bajos fondos. En mi opinión, la muchacha hará un rodeo que la llevará por Yariojira para, luego de superar el valle de la gloria, cruzar el gran puente.

-Y entonces, mandamos al ejército para que...

-Dejaos de ejércitos, os lo ruego. No solo perderíamos al objetivo con toda seguridad sino que, aunque lo atrapásemos, seríamos el hazmerreír tanto a nivel nacional como internacional. No podéis movilizar a toda una legión de hombres para capturar a una chiquilla. En su lugar, creo que deberíamos hacer algo un poco diferente...

XXXIX - *NEGRO PORVENIR*

Ahína se había levantado muy tarde esa mañana. La noche anterior la había pasado en una insulsa fiesta y, como siempre, se había visto obligada a posar, sonreír y seguir el maldito protocolo real; por lo que no había conseguido acostarse hasta pasadas las dos de la madrugada. Afortunadamente, los días comenzaban a hacerse más cortos y la luz del sol no había logrado despertarla hasta poco antes de las doce de la mañana.

Ahína sabía que todas las demás niñas de la región la envidiaban, pero la suya no era una vida fácil. Hija de un hombre inepto en las artes, ciencias, letras y magia, la pequeña veía coartadas casi todas sus formas de expresión. Como única vía de escape, su padre le permitía dibujar y tocar algunos instrumentos, ya que éstas eran materias que una buena esposa de su posición debía dominar, pero le había prohibido leer cualquier obra literaria, fantástica o intelectual, con el pretexto de que la lectura no era propia de su edad ni su género. A pesar de lo absurdo del planteamiento, había precedentes, por lo visto; ya que su bisabuela había sido una ilustrada y, al parecer, esto no le había traído más que desgracias a la familia. Cuanto menos se concentrase en resolver problemas y más en estar bonita, mejor para todos.

Definitivamente, a pesar del lujo, Ahína deseaba más que nada en el mundo ser como las otras niñas que veía jugar, siempre desde lejos, a pillarse, esconderse, fingir matrimonios por amor con los chiquillos... La falta de libertad, tanto física como intelectual, era tal, que no solo se veía obligada a leer los boletines reales a escon-

didas, sino que su casamiento había sido decidido ya, a pesar de que el día anterior había cumplido los diez años. Según le habían dicho, parecía ser que su futuro marido, no solo triplicaba su edad, sino que ya tenía un hijo de once años, producto de un matrimonio anterior.

La razón del enlace era que Hibofo Afgharan, el hombre con quien debería unirse, descendía de un poderoso linaje que se remontaba a la nobleza primigenia del antiguo reino de Dothë; por lo que, una vez mezclada la sangre de ambas familias, el conocido como "valle de la gloria", la vasta extensión que constituía la cantera abandonada, así como parte de las aguas del océano Piral, el Mar Prohibido, serían anexionadas al País de Rayâ; con lo que el poder de la familia real de Ëan se vería notablemente incrementado. Y, al fin y al cabo, como solía decirle su padre, la misión de la pequeña como princesa, al igual que la suya como rey, no era otra que mantener e incrementar el poder de la familia; para que no hubiese quien dudase de la legitimidad de su gobierno.

Algo entumecida a causa del escaso e insatisfactorio descanso que había tenido aquella noche, la niña se dirigió, todavía estirándose, hacia la jofaina en que reposaba, como todas las mañanas, una buena cantidad de agua fresca.

Una vez se hubo despejado, llamó con la campanilla a su nueva ayudante de cámara y se sentó en la cama a esperar.

Desde que tenía memoria, las necesidades de la princesa habían sido atendidas por una mujer madura, de grandes volúmenes, quien, además de amamantarla, la había iniciado en el mundo de la lectura. Gracias a

ella, a una muy temprana edad, Ahína había descubierto que poseía un poder que nada tenía que envidiarle al de su bisabuela. De pequeña, mientras observaba una serie de incomprensibles marcas en el papel, oyó canturrear a su sirvienta y comprobó que los ascensos y descensos de los símbolos componían una secuencia matemática que se correspondía a los tonos musicales. Luego de unas semanas de estudio, juntas consiguieron hallar las equivalencias vocales del código y, con ello, la melodía y sonidos que se debían emitir. Cuál fue su sorpresa al comprobar que las cortinas del cuarto habían comenzado a arder en cuanto los melódicos siseos, que se propagaron extrañamente por el aire como una vibración, hubieron cesado.

Como consecuencia de ello, su enfurecido padre, quien odiaba la magia por alguna razón (que ella consideraba envidia), había relevado a la ayudante de su cargo cuando, finalmente, se enteró de las capacidades de su hija.

Durante la última semana, la niña había sido atendida por diferentes criadas; pero ese día iba a conocer a la nueva encargada de sus cuidados, quien lo sería de forma definitiva.

Algo molesta, a causa de la espera, Ahína volvió a hacer sonar la campanilla, en esta ocasión con mayor fuerza y durante más tiempo, hasta que, repentinamente, surgió un apagado grito del otro lado del grueso muro de piedra.

-¡AAAAAAH! ¡ME HE QUEDADO DORMIDAAAA!

Luego de oírse unos cuantos golpes y pasos apresurados, se abrió la pequeña puerta que conectaba los

aposentos de la princesa con la habitación de la ayudante de cámara.

De ella, apareció una muchacha morena, de larga melena rebelde, que se había puesto el uniforme a toda prisa; a juzgar por su aspecto.

-¿Por qué habéis tardado tanto, criada?

-¿Eh? Ah, sí, yo, este... ¿Eh? Ah, sí. Me he quedado dormida, perdona ¿Sabes dónde está la princesa esa a la que tenía que cuidar?

-Soy... soy yo.

-¿Qué? ¡AAAAAH! ¡NOOOOOO! ¡Me van a ejecutaaaar! ¡Perdonaperdonaperdonaper...!

-¡Parad, por favor! -La muchacha del corpiño a medio atar cesó sus quejidos de inmediato.- ¿Por qué creéis que van a ejecutaros?

-Yo... este... es que... ¿No me van a ejecutar?

-No.

-Pero aquel tipo me dijo que, si no lo hacía bien, me...

-¿Qué tipo?

-No sé su nombre. Iba vestido con una túnica violeta y su cara se veía oculta por la capucha. Tenía una voz áspera y las manos enguantadas.

La pequeña puso los ojos en blanco antes de suspirar.

-Addmelavi... Tranquila. Es el consejero de mi padre, pero es un idiota. Mientras esté yo aquí, no permitiré que él os haga nada.

-Gra... gracias. Por cierto ¿Para qué me habéis llamado?

-Es que quería bajar a tomar el desayuno y...

-Tenéis razón, yo también tengo bastante hambre. Os espero mientras os arregláis y bajamos juntas.

-... Este... Sois vos quien tenéis que vestirme. Sois mi ayudante de cámara.

-¿Qué? Eh... Ah, yo... Sí. Ahora mismo, señor, este... señora, quiero decir, princesa.

Luego de unos cuantos torpes apretones de cintas, Ahína tuvo claro que la muchacha no había atado un corsé en su vida. No solo eso, sino que le colocó las enaguas al revés, puso un zapato de cada color, ambos correspondientes al pie derecho, y olvidó peinarla.

Afortunadamente, siendo la hora que era, el rey había abandonado ya el torreón principal hacía mucho y las demás sirvientas pudieron adecentar a la princesa a tiempo para evitarle un castigo a la nueva criada.

-Así que no pertenecéis a la corte por ser hija de siervo ¿Verdad?

-Así es, princesa. Yo siempre he sido pobre... Hace un tiempo sí tuve amigos y un futuro, pero creo que puedo ir olvidándome de todo eso.

-No digáis esas cosas... aquí no os faltará de nada y... bueno, si queréis... yo podría ser vuestra amiga…

El rostro de la criada adoptó un tinte dulce, al verse ésta conmovida por las palabras de la niña.

-Sois muy buena, princesa. Gobernaréis con juicio.

-No creo. Mi padre está estudiando una ley por la cual yo, siendo mujer, no pueda reinar.

-¿Qué? ¡Eso es absurdo! Pero si ha habido casi la misma cantidad de reyes que de reinas a lo largo de nuestra historia. No tiene sentido... Fijaos en Rayâ III; considerada como una de las mej...

-Ese es precisamente el problema. Papá odiaba a la bisabuela porque los preferidos eran su tío y su primo, en lugar de serlo él y mi abuelo; aunque éstos eran producto de una relación prohibida y habían nacido, por lo visto, con "claras diferencias del resto de la familia, que deshonrarían la memoria de Ëan" –Imitó la muchacha, burlándose de su padre.- Además, papá es el primero que no posee ningún tipo de talento mágico desde hace generaciones y, por mucho que asegure odiar la magia, en realidad esto le resulta muy doloroso.

-Si odia la magia, ya sé por qué me ha pasado esto...

-¿Qué decís? ¿Acaso conocéis a algún mago?

-¿A alguno? No solo he conocido a montones de magos sino que he sido alumna del más grande de todos.

-¿Me estáis diciendo que...?

-Sí, señora. Soy aprendiz de hechicera bajo la tutela del famoso Handschmud... o, al menos, lo era.

-¿Y qué pasó?

-Dejadlo, por favor. Por mucho que quisieseis solucionarlo, ahora ya...

-Te lo prometo: Si me enseñas magia, te ayudaré a alcanzar el futuro que desees. Como que me llamo Ahína Hássena Sillea Ëan.

Tras unos instantes de emoción incontenible en que todos sus músculos se vieron paralizados, la muchacha sonrió y estrechó la mano de la pequeña.

-Entonces yo prometo enseñarte todo cuanto se sobre magia. Como que me llamo Yarlai.

XL - *UNA EJECUCIÓN PRECIPITADA*

La pequeña llama escintiló durante unos segundos pero, de nuevo, se mantuvo inextinguible. La siguiente ráfaga estuvo cerca de apagarla, aunque también falló. Ahína, agotada, se dejó caer sobre el mullido colchón, mientras las perlas de sudor corrían por su frente y seguían empapando su ya bastante pegajoso vestido.

-No puedo hacerlo, Yarlita... Sin cantar el hechizo, la magia no me sale.

-Tranquila, Ahinita. La magia elemental es algo complicada si no tienes ciertas bases. Sería mucho más sencillo si tuvieses algún tipo de compatibilidad especial con alguna de sus ramas, pero para saber si la tienes, debemos probarlas todas primero.

-Ya he logrado encender una llama, pero no he podido apagarla con una ráfaga de aire. ¿Sabes algún truco para este tipo de magia?

-Bueno... La rama "sílfide" tampoco es lo mío, pero tengo una amiga a la que se le da especialmente bien. Cuando le pedía consejo, solía decirme que, al contrario que las demás, esta manifestación de magia elemental, más que necesitar un cambio significativo en la propia magia, se lleva a cabo haciendo fluir dicho poder.

-O sea... que, en lugar de pensar en la fuerza de la magia como al crear fuego, debería hacerla correr hasta convertirla en una corriente ¿No?

-Eres muy lista, Ahinita.

La princesa, con ímpetu renovado, saltó de la cama y alzó una mano frente a la vela. Con los ojos cerrados, se concentró durante unos instantes y, repentinamente, el cirio cayó al suelo cortado en rodajas.

-¿Lo he hecho yo?

-¡Vaya! Eso sí que es fuerza... será mejor que controles un poco ese ímpetu, chica, o podrías hacerle daño a alguien.

-¡Lo siento!

A pesar de las disculpas, la radiante sonrisa de la pequeña, realmente orgullosa de sí misma, delataba sus verdaderos sentimientos de felicidad.

-Vale. ¿Te parece si hacemos un experimento?

-Venga. Hoy siento como si pudiese con cualquier cosa.

-Pues eso está bien, porque voy a enseñarte a hacer algo genial: A dominar un hechizo que, combinado con la rama sílfide, te permitirá volar.

La niña permaneció un buen rato sin decir una palabra; intentando asimilar lo que acababa de oír.

Volar era uno de sus mayores deseos. Sentir la libertad infinita del cielo, alcanzar lo inalcanzable, huir de todo cuanto al agobiaba y mantenía presa...

-¡Gracias, Yarlita!

Ahína se abalanzó sobre su amiga y le dio un fuerte abrazo. Jamás hubiese podido imaginar que ocurriría algo así en su vida; y estaba segura de que nada en el mundo podría estropear la maravillosa sensación que en ese momento le producía el tener una amiga que la iba a ayudar a cumplir su otro sueño; absolutamente nada.

-Disculpad, milady. -Una anciana sirvienta, que sentía un gran cariño recíproco por la princesa, entró en la

habitación con el rostro congestionado de dolor.- Acaba de llegar el señor Hibofo Zúndrio Afgharan II y solicita conocer en persona a su futura esposa.

Ahína se dejó caer, sin fuerzas, de los brazos de Yarlai; quien había comenzado a temblar también. En ese momento, la princesa hubiese cambiado todo cuanto tenía por tan solo unos días más de libertad.

El grandioso salón real, destinado a las más importantes recepciones, consistía en una bóveda de paredes lisas en cuyo techo permanecían, desde tiempos inmemoriales, unos frescos que representaban a gran parte de las figuras élficas que habían gobernado en la antigüedad.

En el centro del recinto, sobre el mármol, podía contemplarse la esquemática figura de una flor conformada a partir de seis grandes pétalos que rodeaban a un círculo, entre cada uno de los cuales se hallaba otro de menor tamaño, que la familia real humana había tallado en el suelo, antes de verter oro sobre las oquedades; dando lugar a la maravillosa obra de arte.

Símbolo de la familia descendiente de Ëan, la llamada "flor rey" era el punto sobre el que, entre otros menesteres, todo pretendiente debía jurar fidelidad antes de unirse al clan mediante una boda.

Para cuando Ahína y Yarlai hubieron llegado, Un hombre alto y esbelto, de facciones duras, aunque no por ello hoscas o desagradables, se estaba levantando, con el permiso del rey; quien acababa de tomarle juramento.

Apenas hubo realizado una reverencia a su nuevo señor, el caballero de larga y ondulada melena negra cruzó una mirada con la princesa. Con una galante sonri-

sa, se acercó a ella y, puesta una rodilla en el suelo, rozó el dorso de su mano con los labios.

-Es un honor conoceros, milady. Confío en que os agradará mi persona y disfrutaréis de nuestra vida en común.

-Me siento halagada, mi señor. Será un placer para mí el serviros en cuanto me sea posible y hacer, de nuestra unión, un acontecimiento próspero que aporte poder y herederos a la familia.

A pesar de la estoicidad con que la pequeña estaba soportando el calvario para el que la habían educado, Yarlai, quien la conocía desde hacía poco más de una semana, había aprendido lo suficiente de ella como para saber cuándo estaba triste. En aquella ocasión, aunque el rey no lo sospechaba (ni le interesaba), la niña estaba claramente horrorizada ante la idea de contraer matrimonio con aquel sujeto que, a pesar de su atractivo y buenos modales, tenía veinte años más que ella.

La nueva criada se había indignado al saber, de labios de la pequeña, que tanto varones como mujeres de la familia real alcanzaban la madurez legal junto con la física o, en otras palabras, una vez podían engendrar descendencia, se los casaba para asegurarla. De este modo, desde hacía más de quinientos años, y exceptuando casos extremos como el transcurso de una guerra, o en que el primogénito de la otra familia hubiese fallecido, los muchachos pertenecientes a la realeza rara vez contraían matrimonio con alguien de su edad, y casi nunca después de los dieciséis años; momento en el que los muchachos ajenos a la nobleza alcanzaban la mayoría de edad.

Aunque a la joven hechicera le habría gustado poder ayudar, no había nada en su mano que pudiese hacer para salvar a la niña de su destino. Nada legal, al menos; por lo que no tenía intención de dejar de intentarlo.

-Por favor, guardad silencio. Os he reunido a todos aquí, mis fieles vasallos, para celebrar el compromiso existente entre mi hija, descendiente de los Ëan, la princesa Ahína Hássena Sillea Ëan, con el Braomante, o gran duque, del actual reino de Mûjinander; descendiente de la gran familia Afgharan: Hibofo Zúndrio Osinade Afgharan II. -Todos los comensales comenzaron a aplaudir respetuosamente, con los rostros iluminados de júbilo, ante la magnífica noticia. No sin razones; ya que Edwäh había tenido tres esposas y, las dos primeras, habían fallecido, junto a los niños, en el parto. Por fortuna, aunque también había perdido a su tercera esposa en las mismas circunstancias, la niña había logrado sobrevivir, asegurando, a la casi anciana edad de su padre, que la familia continuaría reinando bajo la línea de sangre directa; y no sería necesario revocar el destierro del hijo del bastardo; a quien ya solían apodar por el mismo nombre que a su padre, a pesar de haber nacido éste de un matrimonio legal.- ...El casamiento se llevará a cabo en la Gran Iglesia de Cadrael, la semana próxima. Mientras tanto, nuestras mejores habitaciones estarán a vuestra disposición. Todos seréis bien recibidos en la ceremonia y agradeceremos vuestra bendición.

Incluso Yarlai, inepta en los ambientes aristocráticos, había captado la tensión que había suscitado la confesión del lugar en que se realizaría la boda. No era de extrañar, ya que la familia de Ëan siempre había sido fiel

al antiguo credo de la región; que designaba a "los cinco grandes": Yario, Ineai, Iaeni, Kinügdra y Jyulark como deidades supremas; siendo el espíritu del bosque el dios entre los dioses. Esta relación entre la iglesia tradicional y la realeza se había reafirmado una y otra vez a lo largo de los siglos, pero en la tesitura sociopolítica del momento no había lugar para antiguas lealtades sin provecho. Siguiendo los sabios consejos de Addmelavi, Edwäh se había afiliado a los Cadrelicios. Su organización era ya demasiado poderosa como para oponerse a ella sin desatar una guerra y, de todos modos, su filosofía le convenía. ¿Qué mejor para dominar al pueblo y defender sus tierras que enseñarles la virtud del sacrificio y la incitación al conflicto armado contra quienes no siguiesen fielmente sus designios incuestionables? Siempre sería mejor que permitir que el "Alto Consejo" siguiese actuando a sus anchas.

-Me gustaría hacer un brindis. -Todos los presentes cesaron de cuchichear de inmediato, al oír la voz del que sería nuevo miembro de la familia real.- Por la paz en todo el territorio, del Desierto Blanco al Océano Inedal, del archipiélago Hane a la península de Amnir, del mar prohibido a la Sierra Draconia... y del valle de la gloria al Océano Piral… ¡Por la paz en el País de Rayâ!

-¡POR LA PAZ Y POR ËAN!

El rey y los comensales gritaron la respuesta de rigor, emocionados y satisfechos por sus palabras. Era costumbre que el novio recitase este discurso siempre que su familia anexionase tierras al país, dejándolas para el final; con la intención de poner en claro la magnitud de sus pertenencias. De lo contrario, tan solo solían hacer un adornado balance con todas las riquezas que

aportaban como dote; la cual debía ofrecerse independientemente de que se tratase de un hombre o una mujer quien fuese a casarse.

Al otro lado de la estancia, esperando discretamente a cumplir cualquier indicación, se encontraba el servicio; quien no veía con tan buenos ojos el futuro enlace.

-Si es una niña, Olidomo...

-Ya lo sé, Liía, pero no podemos hacer nada por...

-Te juro que la saco de aquí, Olidomo. Yo, la saco.

-¡No lo digas ni en broma, mujer! Es su destino; igual que lo es el nuestro servir a los suyos. A mí tampoco me hace gracia, pero no podemos...

-Es que es tan dulce, cariño... Siempre con una sonrisa para nosotros, aunque esté decaída. Más parece que pide a que ordena y nunca nos trata mal.

-Todo eso ya lo sé, pero ¿Acaso piensas que ella preferirá huir a quedarse? Ni siquiera se lo has preguntado. A lo mejor casarse con ese hombre no le desagrada tanto como para renunciar a todo su mundo.

-Todo su mundo es todo lo que ella aborrece.

Los dos criados se sobresaltaron ante la intromisión en la conversación por parte de la nueva ayudante de cámara.

-¿Cómo dices, jovencita?

-Digo que Ahinit... que la princesa Ahína desea, más que nada en el mundo, ser libre. No le atraen la opulencia ni la gloria, mientras vayan ligados al impedimento y la frustración. Es una niña que, como tal, solo quiere jugar, aprender, inventar fantasías, enamorarse de otro

crío, hacer pulseras con sus amigas... Si hubiese alguna forma de sacarla de aquí, yo misma...

-La hay.

-¡Calla, mujer!

-No. Calla tú, hombre; si es que puedes llamarte así. Esa niña tendrá que pasar por un infierno si dejamos las cosas como están y tú te comportas como un cobarde.

-Li... Liía, yo...

-Escucha, jovencita. Existe un lugar donde Edwäh no tiene ningún poder.

-Os escucho.

-Como sabrás, hace años, la reina Rayâ III, que en paz descanse, la pobrecilla, con lo buena que era, dio a luz a un primogénito varón de padre desconocido. Este hombre murió envenenado a manos de su medio hermano, pero...

-Eso solo es un rumor que...

-¡Calla, Olidomo! Te decía que, a pesar de ello, el hijo de este hombre sigue con vida. Edwäh lo desterró para no tener que preocuparse por la sucesión y éste, en lugar de intentar tomarse venganza, ha seguido luchando por nuestra tierra en el continente de Nhüria.

-¿Luchando por nuestra tierra? ¿Qué tendrá que ver Nhüria con...?

-Mucho, pequeña, mucho... Hace ya más de una década que los ejércitos del suroeste intentan penetrar en nuestro territorio. Son más numerosos que los nuestros y, si aquí nos llegó el polvo de fuego ayer, como quien dice, ellos fueron quienes lo inventaron. Sus sucias armas de fuego son muy superiores a nuestras nobles espadas... Aún así, el ejército liderado por el primo del rey los mantiene lejos de las fronteras ëanas.

Lo que quiero decirte es que, si lográis llegar hasta él, todo se habrá solucionado. Él nunca obligará a la niña a hacer nada que no sea bueno para ella.

Yarlai era escéptica ante la idea de que un hombre que lo había perdido todo a causa del rey pudiese sentir algún amor hacia la hija de éste; por mucho que fuesen parientes.

-Aún en el improbable supuesto de que pudiésemos llegar hasta él, dudo que...

-¡Ahí es donde te equivocas, jovencita! Existe un modo muy sencillo de cruzar el océano: el "Creador de Vientos". La princesa Ahína sabrá de qué hablo. Una vez hayáis encontrado a ese hombre, no dudes que os acogerá con los brazos abiertos. Su bondad es casi tan legendaria como su sabiduría. A pesar de tener aproximadamente la misma edad que su primo, dicen que posee un físico envidiable que no os costará reconocer. Su talento como estratega es superado tan solo por su honor y humildad; pues se cuenta que, en una ocasión, regaló al ejército enemigo varios toneles de sal en medio de una batalla, ya que se les había acabado.

-Eso es muy... Bueno, es curioso, pero no creo que...

-Haz caso a mi esposa, niña. Se ha liado con detalles pero ha olvidado lo importante. Una vez al año, la casa real recibe un cargamento de tesoros acompañado de una carta en que el hijo del bastardo reafirma su lealtad a la corona y a la familia. Y si hay algo que es este hombre, es honorable. Nunca hará daño a la niña pero, en su condición de repudiado, estoy seguro de que tampoco la obligará a volver una vez conocidos los detalles de su huída.

-Entonces ¿Cómo lo haremos?

-Escucha con atención...

Sin darse cuenta, los tres sirvientes habían terminado por aceptar como necesaria una cuestión sobre la que, en un principio, tan solo habían estado especulando. Sin embargo, el plan trazado por la pareja de ancianos dejaba bien claro que no era ésta la primera vez que se planteaban la huida de la chiquilla.

La noche lucía un cielo opaco y lúgubre; tan carente de estrellas como de luna. Solo las oscuras nubes de tormenta flotaban sobre el firmamento; negras, tenebrosas... la lluvia que emanaba de ellas se asemejaba, del mismo modo que su aspecto, a las emociones de Ahína.

A pesar de que había logrado reprimirse durante la interminable cena, no había conseguido contener las lágrimas una vez se hubo metido en cama. Yarlai había intentado decirle algo, algún vano consuelo, seguro; pero la había echado. Ahora se arrepentía de haberlo hecho; necesitaba la compañía de una amiga.

Como por arte de magia, la niña oyó abrirse la puerta en ese mismo instante. Borrándose las lágrimas con las sábanas, se levantó, esperanzada e ilusionada ante el hecho de que la sirvienta hubiese decidido visitarla... Pero no era Yarlai quien había entrado en su cuarto.

Un hombre alto, de duras facciones y larga melena azabache se encontraba frente a ella, con la mirada perdida.

-Hi... Hibofo... ¿Qué hacéis vos aquí? No... no deberíais...

Sin decir una palabra, el gran duque se sentó al lado de la pequeña, quien se apartó hacia el ventanal, preocupada ante lo inexpresivo del rostro del Braomante.

Con parsimonia, Afgharan acarició la melena de la pequeña; quien comenzó a temblar de puro pavor.

Con una presa férrea, el intruso la inmovilizó por las muñecas e intentó besarla. La muchacha, aterrada, olvidó sus obligaciones diplomáticas e intentó cuanto pudo para liberarse. Aunque acababa de recibir una patada en la cara, Hibofo no acusó ningún tipo de dolor y continuó con su abusiva exploración. En medio del forcejeo, rasgó el camisón de la niña; quien quiso gritar, pero vio su voz ahogada por una enorme mano enguantada que aprisionaba su garganta.

Cuando ya se había dado por vencida y el individuo había logrado despojarla de toda cobertura casi por completo, un relámpago azulado iluminó la estancia.

El cuerpo de Afgharan, inmóvil, reposaba sobre el suelo en una antinatural postura contorsionada mientras, de la quemadura de su cuello, emanaba todavía un fino hilo de humo.

Yarlai, jadeante, tanto a causa del esfuerzo como del miedo, echó una capa de viaje por encima de la asustada princesa, la cogió en brazos y atravesó el frágil ventanal de un salto para, aprovechando las fuertes corrientes de viento, alejarse todo lo posible de ese lugar mientras durase su hechizo.

Lo que había ocurrido esa noche había acelerado los planes, pero también había logrado convencer a la hechicera de que el riesgo merecía la pena. No sabía qué clase de hombre sería ese tal Yajira Ëan; pero siempre sería mejor que el incompetente padre de la niña que ahora sollozaba expresiones de agradecimiento, acurrucada entre sus brazos.

XLI - EL BOSQUE DE YARIOJIRA

Los tenues haces de luz que atravesaban la densa copa del árbol hicieron despertar a la muchacha.

Al intentar llevarse la mano a la cabeza, las finas ramitas se clavaron en todo el cuerpo y la hicieron gemir de dolor. Girando sobre sí misma, la joven logró colocarse sobre el mesto follaje, evitando así los molestos pinchazos.

El tacto la sorprendió: a pesar de estar en plena época de caída, las hojas estaban frescas y suaves; abundaban en número y olían a flor.

Al abrir definitivamente los ojos, luego de acostumbrarse a la oscuridad, descubrió que la forma de la rama en que se encontraba era, cuanto menos, inusual. Bajo ella se extendían más de un centenar de metros de caída directa hasta un grupo de afilados peñascos. Mareada, tanto por la contusión como por la altura, se aferró con más fuerza todavía a los brotes verdosos, con lo que comprobó, de nuevo, que esa no era una rama normal. Constaba de cinco extensiones, a partir de las cuales se entrelazaban hiedra y hojas, que creaban un mullido colchón; y estaba unida al alejado tronco del árbol mediante un puente de madera pelada, sin más mínimo rastro de hojas o brotes, que parecía haber crecido en paralelo al suelo; lo cual contradecía todo cuanto la muchacha creía saber sobre botánica. Si hubiese tenido que describir el fenómeno de alguna manera, habría dicho que al árbol le había salido un brazo.

A pesar de la debilidad que sentía, Áshelayd comenzó a escalar por el tronco escarpado, una vez cruza-

do el trecho que la separaba de él; con la intención de otear el horizonte y ubicarse.

No sabía muy bien por qué estaba allí, ni por qué le dolía tanto la cabeza, pero algo era seguro: Tenía que volver con Yin cuanto antes. Súbitamente, al pensar en su guardaespaldas, recordó todo lo que le había sucedido: El viaje con los Wikernôs, el ataque del dragón, la estampida...

Animada como estaba ante la cercanía con la superficie, casi no se percató del estridente chillido proveniente de algún punto impreciso del suelo del bosque.

Al principio lo creyó producto del golpe en sus oídos, pero no tardó en comprender que no era así. El ruido se parecía increíblemente al llanto de un bebé; aunque no cabía duda de que esto era imposible, ya que un infante jamás hubiese podido proyectar su voz a tal volumen. Por alguna razón, sin embargo, el quejido había calado muy hondo en ella; hasta el punto de que, sin darse cuenta, había comenzado a bajar.

Los lloros se iban acercando cada vez más hacia el lugar donde ella se encontraba y, si continuaba bajando a ese ritmo, nunca podría interceptar a tiempo a lo que fuese que estuviese pidiendo auxilio de ese modo. Con esto en mente, Áshelayd tomó la determinación de saltar al vacío, con la vara de Rayâ en la mano.

Tal y como había supuesto, llegó a su destino sin problemas, liviana como una pluma, a pesar de su grave falta de energías. Lo había sentido durante la lucha contra el Indo: Esa vara no era normal. Ya había sucedido algo similar durante su estancia en Endia cuando, milagrosamente, se había liberado del influjo de la duende luego de un extraño destello verdoso. El instrumento

que ahora tenía entre sus manos no se trataba de un simple medio para canalizar magia... tampoco se trataba de un amplificador o un condensador; tenía fuerza propia. Lo había notado con total claridad en cuanto divisó la cordillera Draconia. La vara de Rayâ había sido un regalo del espíritu del bosque a la familia real y, por lo visto, la cercanía a su creador la había despertado de su letargo. Áshelayd había oído hablar de ello y también había leído sobre el tema en alguna ocasión, pero jamás hubiese pensado que se encontraría con uno de esos míticos objetos que, además de otorgar un inmenso poder a aquel que los utilizase, poseían voluntad propia: un arma "legendaria".

De entre los arbustos que crecían frente a ella, surgió de pronto un extraño animal anaranjado, similar a un lagarto que, en cuanto la vio, se colocó tras ella y comenzó a temblar, aterrado.

La muchacha, que todavía no había tenido tiempo de salir de su ensimismamiento, se vio alzando la vara hacia un gigantesco artrópodo, de coraza negra como el carbón, que había surgido de entre las sombras justo después del animalillo asustado.

Del translúcido orbe verdoso surgió una lengua de fuego que hizo retroceder al portentoso depredador, quien, asustado ante una amenaza a la que jamás se había enfrentado, comenzó a lanzar picotazos aleatorios sobre sí mismo con la esperanza de sacarse las llamas de encima. Áshelayd comprendió, entonces, que se encontraba ante uno de los escorpiones contra los que tan acertadamente la había advertido Boni.

El arácnido, una vez se hubo librado de un fuego que no había alcanzado más que a chamuscar un poco la

superficie de su piel, comenzó a salivar ante la perspectiva de aumentar la cantidad de comida a ingerir y acercó una de sus pinzas hacia la muchacha.

La hechicera, más asustada de lo que lo había estado jamás, alzó la vara y le transfirió sus últimas energías. Era una apuesta arriesgada, pues se trataba de una magia que habría preferido no tener que utilizar con su nivel de conocimientos debido a lo incontrolable de su fuerza; que podría llegar a herirla a ella... Sin embargo, con un arma legendaria entre sus manos, Áshelayd se sentía capaz de cualquier cosa.

Desde el interior del orbe, surgió un potente chorro de viento hiriente que, en unos segundos, redujo las pinzas y el aguijón del escorpión a una simple pasta triturada.

Tras el sobrehumano esfuerzo, la vara cayó de las manos de la joven justo antes de que ésta se desmayase. El asustado animalillo, que a la luz resultó no ser un lagarto, sino una salamandra cornuda de montaña, se interpuso ahora entre el artrópodo y la humana que la había protegido.

A pesar de sus heridas, el escorpión no parecía querer darse por vencido ahora que sus presas ya no podían defenderse; por lo que comenzó a acercarse hacia ellos mientras, con lo que quedaba de sus peludos pedipalpos, intentaba evitar que las corrosivas babas le resbalasen de los quelíceros debido a la excitación.

La salamandra, en lugar de seguir huyendo, continuó plantada frente al arácnido. Había descubierto su punto débil y, casualmente, era uno que a ella le convenía. Apenas unos segundos de concentración le sirvieron

al anfibio para inflamar su piel en unas escintilantes llamas azuladas.

El escorpión, sabiéndose indefenso con su armadura agrietada, comenzó a recular hasta perderse, definitivamente, entre las sombras.

Una vez desaparecido el peligro, la pequeña salamandra, del tamaño de un conejo, se sacudió el fuego de encima y acudió a auxiliar a la muchacha. Lamiéndole la cara con su viscosa lengua, logró hacerla despertar.

Cuando ya había comenzado a caminar de nuevo, la cálida mano de Áshelayd la detuvo.

-Hola, pequeñina. ¿Te has perdido? -El animal pareció entender las palabras de la chica, ya que asintió levemente con la cabeza.- Yo también me he perdido. Si quieres, podemos ir juntas.

Frotando su mejilla contra la pierna de Áshelayd, la salamandra demostró su acuerdo con lo que, en cuanto la muchacha se hubo recuperado, la nueva pareja comenzó a avanzar en dirección sureste; a juzgar por lo poco que la joven había podido ver desde la copa del árbol antes de bajar.

XLII - UNA MARCHA SIN RUMBO

La travesía a lo largo del bosque resultó ser mucho menos ardua de lo que la joven se había imaginado en un principio.

Si bien Áshelayd había temido un nuevo ataque por parte de los escorpiones, pronto descubrió que su pequeña acompañante había hallado un fantástico modo de hacer huir atemorizadas a todas las alimañas del lugar.

Las habilidades flamígeras de la salamandra no solo aportaban protección ante depredadores y luz donde la espesura impedía llegar a los rayos del sol; sino que también era útil a la hora de abrir los gruesos armazones espinosos de los ganniteros; que guardaban en su interior unos deliciosos y nutritivos frutos blanquecinos, de dulce carne blanda y jugosa.

Caída ya la segunda noche desde que hubiesen comenzado a viajar juntas, Áshelayd y la salamandra se encontraban acampadas junto a un altísimo árbol, cuyas raíces formaban un conjunto de cavernas que habían aprovechado para evitar la aparición inesperada de algún atacante indeseado.

-Y dime, pequeña... ¿Sabes acaso a dónde vamos? ¿Me estás guiando a algún sitio?

La salamandra, remolona, deshizo el ovillo en que se había envuelto para dormir y miró a la muchacha con aire distraído, medio adormilada.

-Bueno. Eso ya sería mucho esperar... Me pregunto si tendrás nombre.

El anfibio, súbitamente, tensó su cuerpo y abrió los ojos por completo.

-Así que quieres que te ponga un nombre...

El animal negó con la cabeza.

-O sea, que ya lo tienes y quieres que lo adivine ¿No?

La salamandra, luego de asentir, bajó de su regazo y corrió hasta la hoguera; donde comenzó a gruñir suavemente.

-¿Te llamas fuego?

El anfibio inclinó la cabeza y luego negó.

-Vale, parecido al fuego... ¿Yìa, que es llama en élfico?

El animal anaranjado negó con contundencia y comenzó a sacudir las brasas con la cola.

-¡Cuidado, que me vas a quemar con las ascuas!

La salamandra se detuvo, atenta, al oír esta palabra, y giró la cabeza hacia la derecha de nuevo.

-Algo como ascuas... a ver... ceniza... chispa... brasas... ¡Pavesa!

Animado, el anfibio alzó la cabeza repetidamente; como indicándole a la muchacha que ya le faltaba poco.

-¡Te llamas Llea, que es pavesa en élfico!

Llea, entusiasmada, saltó a los brazos de la hechicera y lamió sus mejillas con fuerza.

Áshelayd, por su parte, regresó, realmente orgullosa de sí misma, al lecho que se había creado a partir de un montón de hojas secas y se tumbó en él de nuevo, henchida de felicidad. Contenta como estaba, se durmió con una sonrisa en la cara mientras la salamandra se acurrucaba sobre su vientre, con la intención de hacer lo propio.

A la mañana siguiente, la muchacha comprobó, preocupada, que tenían un grave problema.

Aunque hasta entonces habían ido utilizando poco a poco la condensación de la humedad del ambiente para obtener agua, Llea había comenzado a resecarse a un ritmo que Áshelayd era incapaz de contrarrestar; pues condensar la humedad a gran velocidad con magia obtenía, como resultado, agua destilada si se pretendía obtenerla en gran cantidad. Crear agua con magia elemental estaba descartado; pues no sería agua real; sino una concentración de energía fluida similar a un líquido. Anfibio como era, el animal no podía respirar sin agua y, mucho menos, seguir produciendo las llamas que tan inconscientemente habían ido malgastando.

Sin otra solución en mente, Áshelayd confeccionó una mochila mediante una inmensa hoja caída y metió a la salamandra en su interior. Mientras apuntaba con la vara hacia donde estaba su pequeña amiga, para ir llenando poco a poco el recipiente con el líquido vital de forma continuada, la hechicera iba caminando, trabajosamente, por el manto de gigantescas hojas marrones y resbaladizas que cubrían el suelo, así como entre las traicioneras raíces.

La agotadora caminata, junto al esfuerzo que le suponía llevar consigo el peso adicional y mantener constante el hechizo, no tardó en hacer mella en sus ya de por sí debilitadas fuerzas. Rendida, cuando el sol apenas había llegado a lo alto, la muchacha cayó al suelo y, con ella, el contenido de la precaria mochila.

A causa de lo pronunciado de la pendiente, el agua arrastró a la adormecida salamandra quien, sin más

apoyo que el barro en que se revolvía, rodó ladera abajo.

-¡Llea!

Sacando fuerzas de donde no las tenía, Áshelayd se lanzó para atrapar a su compañera pero, aunque no llegó a tiempo, comenzó a resbalar sobre el mismo reguero de lodo por el que ésta lo había hecho; por lo que terminaría en el mismo lugar que ella.

Luego de una aparatosa y dolorosa caída, la muchacha quedó postrada, boca abajo, sobre el fango. Podía oír, con total claridad, cómo la pequeña salamandra le pedía ayuda, desesperada; pero ella ya no podía hacer más. Estaba agotada.

Cuando las lágrimas habían comenzado a aflorar ya a sus ojos, algo golpeó su cabeza. Con movimientos torpes, palpó lo que era y comprobó, con sorpresa, que se trataba de una de las gigantescas hojas que crecían en los árboles más grandes.

Al alzar la vista, vio cómo la juguetona salamandra nadaba feliz junto a la hoja, animándola con sus gritos; mientras intentaba evitar que la corriente se llevase el útil descubrimiento.

Con sus últimas fuerzas, la muchacha logró meterse en el interior del recipiente vegetal para, apenas hubieron pasado unos instantes, desmayarse de nuevo.

Llea, ya recuperada, comenzó a dirigir la hoja riachuelo abajo, con lo que casi parecía una sonrisa en la cara, pletórica de alegría.

XLIII - GIGARANDA

Cuando la muchacha al fin recuperó la consciencia, deseó no haberlo hecho.

La leve migraña que le había estado dando la lata durante los últimos dos días, desde que recobrara el conocimiento luego de caer de una de las cimas de la sierra Draconia, se había convertido en un constante martirio que aumentaba en intensidad cada vez que respiraba o latía su corazón.

No tardó en percatarse de que ya no estaba en la hoja sobre la que se había desmayado luego de caer en el lecho del río, sino sobre una superficie sólida y estable; lo cual la reconfortó pues, con el mareo que sufría, no habría podido soportar el bamboleo del agua sin vomitar.

Al abrir los ojos, Áshelayd descubrió, frente a su lecho, una figura encapuchada que parecía estar velando por ella, pero resultaba irreconocible al estar al contraluz de la diminuta bola de Leudo que iluminaba la estancia, la cual se encontraba ya casi agotada, a juzgar por el bajo nivel de luminosidad anaranjada que emitía.

-¿Do... donde...?

El desconocido de la capa, al ver que se había despertado, se lanzó al suelo y desapareció en la oscuridad. Áshelayd, como pudo, se levantó de la cama y cogió su vestido, que ahora se encontraba perfectamente doblado sobre los pies de la cama, limpio y seco, impregnado de un olor dulce y agradable, y salió por la puerta de la pequeña habitación; con la intención de encontrar a quien fuese que la había ayudado.

Al fondo de aquel pasillo sombrío, la muchacha pudo vislumbrar un par de discos luminosos, a la altura del suelo, que parpadearon con un conocido color rojizo.

Áshelayd avanzó entonces, con una mano sobre la pared para evitar tropezar en la oscuridad, hacia donde había visto los ojos de Llea. Al llegar a este punto, sin embargo, no fue a la pequeña salamandra lo que encontró. Ante ella se abría la entrada a una húmeda caverna, de proporciones inmensas, cuyo suelo se encontraba encharcado en su mayor parte.

Con las botas en las manos y los calentadores subidos hasta los muslos, Áshelayd comenzó a explorar la cueva hasta que, inmersa ya en su interior, dejó de ver a causa de la penumbra. Fue entonces cuando se percató de que le faltaba la Vara de Rayâ. Con ella habría podido crear algo de luz a pesar de su debilidad, aunque fuese una simple chispa y, con ello, tendría al menos cierta idea de su posición.

Desde su derecha resonaron los gritos de llamada de Llea. Ignoraba si sería seguro para una humana el seguir internándose en la cueva pero, en cualquier caso, no tenía ninguna otra referencia que ésta para poder salir con vida de allí; así que se dirigió hacia los estridentes chirridos.

Algo más tarde, la joven hechicera pudo contemplar cómo algo de claridad se filtraba a través de unas grietas en la roca; por lo que supuso que se encontraba cerca de la salida. Agradeció haber encontrado el final del túnel en ese momento; ya que el nivel del agua había ido subiendo a medida que avanzaba y ahora le llegaba, tan solo en las zonas en que menos cubría, por algo más de las rodillas.

Toda la felicidad y el alivio que la joven había sentido hasta hacía tan solo unos instantes, se tornaron en sorpresa y confusión al doblar la última esquina.

Áshelayd se encontraba ahora frente a una inmensa laguna, en parte cubierta por unas enormes raíces, más gruesas que el más ancho tronco de árbol que hubiese visto hasta entonces, quienes, entrelazadas, confeccionaban un tortuoso techo que protegía de visitantes indeseados a los fantásticos seres que allí habitaban.

Al comenzar a andar, el reflejo de la enorme luna blanca sobre las aguas la cegó y su vista se dirigió instintivamente hacia la orilla. En ella reposaba, flotando boca arriba, una chiquilla de unos ocho años, la cual, al verla, sonrió y se volvió a zambullir en el agua. A la muchacha no le habría hecho falta ver su translúcida tez azulada, o sus líquidos cabellos, que brotaban de su cabeza como el agua de una fuente, para saber que era una sirena; una de las famosas hadas del agua.

Este hecho la hizo reflexionar. Normalmente, las sirenas aparecían en la costa y era raro verlas en lagos; aunque sí tenía sentido ver a las dríadas, pequeñas lucecillas verdosas, bailando sobre la superficie y burlándose de los peces que intentaban atraparlas. El único lugar en que todo aquello podía ocurrir, desde luego, era ese; pues frente a ella se alzaba ahora algo todavía más impresionante: Subida en una enorme roca y mirándola con unos ojos ciegos y lechosos, se encontraba una gigantesca rana, de más de diez metros de altura, vestida con una sedosa túnica azulada, algo mojada por los bordes, la cual llevaba estampados los dibujos de llamas rojas y blancas burbujas. Los tenues haces de luz que atravesaban las raíces que cubrían el lugar hacían brillar

su húmeda y blanquecina piel con reflejos perlados. Una vez el inmenso anfibio se hubo cerciorado de que la muchacha se había percatado de su presencia, apartó de entre sus labios viscosos la boquilla de la larga pipa que se estaba fumando y comenzó a hinchar su garganta y carrillos; emitiendo, al hacerlo, una serie de desagradables ruidos guturales; como si estuviese carraspeando.

-**Hola pequeña.**

-Ho... Hola...

La voz de la rana, aunque áspera y cavernosa, poseía cierto deje que a la muchacha se le antojó femenino.

-**Confío en que te hayas repuesto de tus heridas. Nosotros, el clan "Amphybia", conocemos ciertas bases de la anatomía humana, pero las lesiones intracraneales siempre son muy peligrosas.**

La muchacha se llevó la mano a la cabeza y comprobó que una suave venda rodeaba su frente.

-Estoy bien, gracias.

-**Me alegro de que hayas perdido tan rápido el miedo, muchacha... conozco guerreros que se han pasado horas suplicándome que no los coma antes de darme tiempo a explicarles que no era esa mi intención.**

-Sí, es que... No os ofendáis, pero, en estas últimas semanas, he estado a punto de morir un buen número de veces, la última a manos de un dragón; así que estoy curada de espanto.

-**Entiendo... Bueno; en cualquier caso, o quizás con todavía mayor ánimo, al saber por lo que has tenido**

que pasar, querría agradecerte que hayas cuidado de la pequeña que se había perdido.

-¿Está bien Llea?

La rana albina se sorprendió al escuchar las palabras de la muchacha y, luego de dar un par de pausadas caladas a su pipa, inquirió:

-¿Quién te ha dicho el nombre de la niña?

-Bueno, no fue fácil, pero logré adivinarlo gracias a las pistas que ella me iba dando.

-Entiendo... -El anfibio, con una extraña sonrisa contenida en aquella boca enorme, se llevó la pipa de nuevo a los labios y colocó sobre su cabeza un gran sombrero en forma de paraguas, confeccionado a partir de innumerables ramas trenzadas, que se le sujetaba con una cuerda bajo el mentón.- Sígueme, por favor.

De un colosal salto, la rana plateada se plantó en un instante al otro lado de esa parte de la laguna; atajando, y pasando de largo nuevamente, la distancia que la separaba de la joven hechicera.

Áshelayd, algo mareada todavía, rodeó la orilla algo tambaleante para llegar, luego de un buen rato, hasta donde se encontraba la rana.

-Por... por favor... no volváis a hacerlo... estoy que no me aguanto...

-Je, je, je... Perdona, chiquilla, pero quiero que veas esto antes de nada.

El portentoso animal se internó en una nueva caverna con cuidado, seguida de cerca por Áshelayd.

La pequeña entrada, en proporción, daba lugar a una enorme estancia abovedada en cuyo centro se hallaba un gran cráter, similar a un cono volcánico, lleno de

agua cristalina hasta el borde; sobre el que un par de hadas de los bosques hacían carreras de hojas. La rana dio un pequeño salto y se sumergió en el agua; causando un gran chapoteo que dejó empapada toda la sala y enfureció a las dríadas; quienes le sacaron la lengua y se fueron volando, dejando tras de sí sendas estelas de brillante luz esmeralda. Una vez se hubo acomodado, el anfibio dio un par de caladas a su pipa, que había logrado mantener encendida de alguna forma, y sopló, hacia el techo, una densa nube de humo dorado.

-¡Qué bonito!

El gas áureo había iluminado la bóveda, dejando a la vista unos antiguos grabados, teñidos de vivos colores, que parecían conformar una secuencia de tiempo con respecto a varios acontecimientos de gran trascendencia histórica, a juzgar por su aspecto.

-**Esta es, en parte, la historia de mi familia pero, lo que es más importante, lo es también la de toda la región.** -Con la larga boquilla de su pipa, la rana señaló hacia la primera de las imágenes; evidentemente antigua a pesar de las restauraciones posteriores. En la ilustración se representaba una terrible lluvia de fuego que se precipitaba con fuerza sobre un páramo desolado- **"Del cielo cayó la semilla de la creación, quien, con su portentoso brillo, dio a luz a la vida."** -En el siguiente grabado, un gran árbol presidía un hermoso valle lleno de brotes, pero sin una sola flor.- **"Las plantas crecieron y ocuparon la arena estéril, así como la fría y dura piedra; que pronto se convirtieron en tierra fértil y esponjosa. A pesar de ello, los brotes morían y el gran árbol lloraba a diario la pérdida de especies florales que no**

lograban reproducirse con tan solo la acción del viento." -La continuación de la historia mostraba unas gotas de rocío que, a medida que iban cayendo de las hojas del gran árbol, se convertían en pequeños animales que correteaban y jugaban entre las hermosas flores, de vivos colores; que habían ocupado el valle.- **"Las lágrimas del Árbol se tornaron en nueva vida, distinta a la anterior; criaturas que no se nutrían directamente de la tierra sino de las plantas o de entre ellas mismas. En lugar de acabar con la creación, los animales coexistieron con las plantas ayudándolas a diseminarse y regresándoles sus nutrientes al morir"** -En el grabado siguiente, a diferencia de los anteriores, el árbol no aparecía. Solo se mostraba a unos seres antropomórficos de aguzadas orejas y largas melenas plateadas que, blandiendo lanzas, perseguían a los animales mientras incendiaban los jóvenes bosques con sus antorchas.- **"El equilibrio se vio roto a la llegada de los elfos, desde tierras lejanas; que destruyeron cuanto se había logrado construir y rompieron los ciclos naturales."** -El último dibujo de la zona mostraba a un elfo enarbolando su espada, intentando hacer frente a una salamandra gigante; ambos bajo la atenta mirada del árbol.- **"Los animales se defendieron, creciendo y volviéndose violentos; pero no así las plantas. Luego de verse diezmados la mayor parte de los integrantes de ambas facciones combatientes, Annergind, el jefe del grupo elfo, y Gahkutllea, salamandra gobernante de los animales, llegaron a un acuerdo. Elfos y animales tomarían ejemplo del árbol y continuarían coexistiendo en equilibrio. Mientras se**

aceptase el gobierno pacífico de Yario, todos los seres, ya fuesen elfos, vegetales o animales, gozarían de largas vidas y gran poder. Para ello, el vínculo debía hacerse más fuerte. El clan "Amphybia" y los elfos de Annergind sellaron un pacto mediante el cual, siempre que uno necesitase ayuda, el otro acudiría a socorrerlo y, ambos, en auxilio del mundo vegetal; creando así el primer hechizo de la historia: la invocación. Por desgracia, la relación se rompió por culpa de la ambición de Raideyía, el oscuro, y tanto elfos como animales perdimos nuestros dones.

Áshelayd, que había estado escuchando la historia con los ojos como platos, se sintió sobrecogida ante la trascendencia de lo que había escuchado: Tenía ante sus narices el mismísimo génesis; la creación del mundo tal y como ahora se conocía, así como la prueba definitiva de que, entre tantas otras, la iglesia Cadrelicia, que poco a poco se había ido apropiando de gran parte de la región, y a quien ella atribuía acertadamente lo sucedido a sus amigos, estaba equivocada en su posición.

-Es increíble que me hayáis dejado ver esto, gran rana. Os estoy inmensamente agradecida ante este regalo de sabiduría.

-Me complace que sepas aceptar lo valioso de este conocimiento... pero no es por eso por lo que te he traído aquí. Mi nombre es Gigaranda; soy la actual gobernante del clan "Amphybia", que domina el agua y el fuego, y solo mío es el derecho de decidir quién puede entrar aquí y conocer a mi pueblo. Has cometido un

grave delito al entrar en contacto con uno de los míos y llamarlo por su nombre.

-Yo... yo no sabía que...

-¡Silencio! El desconocimiento no es excusa ante el delito. Nadie ajeno al clan, salvo por intervención real, debe entrar en contacto con nosotros en mis dominios; por lo tanto, todo humano que no haya realizado el pacto sagrado, está bajo pena de muerte. -Antes de dar tiempo a la muchacha para explicarse, la larga y viscosa lengua de la rana había atrapado ya su brazo izquierdo; que introdujo por la fuerza en su enorme boca. Áshelayd intentó escapar, pero el rosado apéndice del anfibio se había pegado a su piel con una fuerza increíble. La joven notaba un agudo dolor en el brazo, como si estuviese ardiendo, mientras continuaba forcejeando desesperadamente por escapar de entre las fauces de Gigaranda.- ...Una pena de la que yo te absuelvo, joven, ya que ahora eres miembro de nuestro clan.

Áshelayd cayó de espaldas sobre el suelo, con el brazo todavía dolorido, sin entender lo que había ocurrido. Al llevarse la mano al lugar del que todavía brotaba algo de humo, la muchacha comprobó, al tacto, que había algo diferente en su antebrazo izquierdo. Al verlo, soltó un respingo. Marcada limpiamente, como si siempre hubiese estado ahí, podía verse la silueta de una salamandra roja; que parecía descender, contoneante, por su brazo.

-¿Qué es lo que...?

-Esta marca simboliza tu unión con nuestro grupo, Áshelayd.

La muchacha se sorprendió ante la voz que ahora oía; muy diferente a la anterior. No solo no había movido la boca al hablar, sino que el timbre de voz de Giga-randa se había suavizado y agudizado; convirtiéndose en una verdadera voz femenina.

-¿Cómo sabéis mi nombre? ¿Y cómo es que ahora habláis así?

-Te hablo directamente, Áshelayd, sin intermediarios. Lo que oyes es la voz de mi espíritu; y tu mente la interpreta cómo quiere oírla. Yo, por mi parte, oigo lo que tú piensas con una voz mucho más agradable, como si estuvieses croando; por lo que no hace falta que hables con la boca a los anfibios desde ahora en adelante. -La rana volteó la pipa cerca de la muchacha y le dio un par de toquecitos con sus ventosas para deshacerse de la ceniza.- Sabes a viento, Áshelayd. Eso me gusta. Que tu viento sea la fuerza que cree olas en el agua y avive nuestras llamas.

XLIV - *CAMINO AL VALLE DE LA GLORIA*

El sol se encontraba ya en lo alto del firmamento cuando Áshelayd fue llamada, por un par de pequeños sapos, ante la presencia de Gigaranda.

Desde la noche anterior apenas había podido dormir; pues el intenso dolor de su cabeza, aunque había mermado, todavía resultaba demasiado molesto como para ignorarlo. Debido a ello, evitó el esfuerzo físico que le supondría correr y se tomó el viaje con mucha calma; observando con detenimiento todas las singularidades que durante la noche le habían parecido terroríficas, pero sin embargo ahora, a la luz, resultaban inofensivas e incluso bellas.

Cuando la hechicera llegó al fin hasta la sala en que la enorme rana la había citado, Gigaranda Sonrió.

-Parece que aún no te has recuperado del todo, Áshelayd.

-Lamento la tardanza, pero es que no quería arriesgarme a caer enferma de nuevo.

-Por lo visto sigues firme en tu determinación de marcharte de aquí.

-Por favor, no lo digáis así, gobernante... tengo una misión que cumplir y, además, hay alguien que me estará buscando.

-No dudo que realmente tengas algo urgente que hacer, pero... mis informadores dicen que no hay nadie en el bosque aparte de ti.

-Yin es muy sigiloso y, creedme, me estará buscando.

-Pero, según dices, te vio caer desde uno de los picos de la sierra Draconia ¿Verdad? No tendría sentido que te creyese viva.

-Pues entonces, más razón todavía para ir a buscarlo lo antes posible.

-Bien. Veo que no puedo convencerte para que te quedes a estudiar aquí. Sin embargo, hay algo que me gustaría que vieses antes de irte.

Con una agilidad impropia de su tamaño y condición de invidente, el batracio alvino entró en la alargada sala, iluminada por decenas de bolas de Leudo. A cada lado se abrían enormes expositores y vitrinas en que reposaban, amontonados, cientos de pergaminos, libros, extraños instrumentos y armas antiguas. Al final del pasillo, sobre un pedestal, se encontraba un perchero de oro con una capa colgada; tras la cual había un gran cuadro que representaba a un joven de corto y encrespado cabello marrón, ojos de águila y brazos fuertes; que se cubría con ella.

-¿Qué es esto?

-Es una capa.

-...

-...

-Sí. Eso ya lo veo. Pregunto que por qué es tan importante.

-Ah, sí... Esta es la capa de Ëan. Ha perdurado durante casi mil años, oculta en este lugar, que una vez fue centro de reunión de los "Chabandiers"; un grupo de valerosos guerreros que defendían a la región del mal. Durante la última guerra, fallecieron los pocos miembros que quedaban, ya que, en los tiempos que corren, resulta muy difícil encontrar verdaderos sirvientes de la ver-

dad, la justicia, la paz y la esperanza. Ahora, este trozo de tela verde es tan solo el símbolo de unos ideales olvidados... pero en un tiempo fue lo único que se interpuso entre el gran héroe del pasado y la muerte.

Si te he traído aquí es para revelarte otro importante dato acerca de la historia de la región; un dato que creo que te interesará, teniendo en cuenta lo que me has preguntado acerca del "Guardián de los Secretos".

-Me habíais dicho que no sabíais nada sobre el tema.

-Y no te engañé. Creí desconocer por completo de qué hablabas pero, repasando algunos manuscritos... -Áshelayd se preguntó cómo diablos podría haber repasado unos manuscritos aquella rana ciega gigante.- ...descubrí que, quizás, exista cierta relación entre esta capa y el hombre al que buscas.

-Imagino que habrás oído hablar de esa teoría que sostiene que Ëan tenía un hermano mayor que contribuyó de igual manera a la supervivencia de nuestro hogar durante el primer advenimiento del diablo de la era humana ¿Verdad? Bien. Pues resulta que este pedacito de la gran leyenda que es hoy la vida de Ëan, cuenta mucho más de lo que parece. Por lo visto, según los escritos, la capa fue diseñada y confeccionada por este misterioso personaje tristemente olvidado por la historia; una persona que, sin duda, está ligada al relato que me contaste.

-¿Y éste era el “Guardián de los Secretos”? Entonces, Ëan también era hijo de aquel poderoso hechicero que perdió la vida junto a su primogénito... Pero, sin ánimo de ofender ¿Cómo podría un ciego haber influido así en el devenir de los acontecimientos?

-No sabría decirlo. En realidad ni siquiera podemos estar seguros de si estas dos figuras corresponden al mismo individuo o solo están estrechamente relacionadas pero, aunque así fuese, a lo mejor este hombre no era el Guardián sino el gran mago que murió, ya que carecemos de una cronología detallada, y continuaría siendo una buena pista a seguir... De lo que no hay duda es de que sí existe relación; el conjunto del texto lo dejaba bastante claro. En cualquier caso, saber esto te hace conocedora de uno de los secretos mejor guardados por la familia real desde sus mismísimos orígenes.

-No sé que voy a hacer con todos los datos confidenciales de los que me habéis hecho partícipe...

-¿Confidenciales? En absoluto. Te ruego que prediques con la verdad y te enfrentes, en nuestro nombre, a toda institución u organismo que pretenda ocultarla; te ruego que luches por proteger a los débiles que nosotros no podríamos de forma independiente, sin importar la fuerza de quien los amenace; te ruego, en definitiva, que seas nuestros ojos en el mundo, para que nosotros podamos ser tu fuerza. Llámanos siempre que necesites ayuda con este fin, Áshelayd. Para ello solo debes invocarnos por nuestro nombre, y todos nuestros nombres y características aparecen en el libro que te he dado... Lo que me recuerda algo: Por favor, mira en la pila de libros de la izquierda.

-No hay libros a la izquierda.

-Ah... Pues, entonces, mira en la pila de libros a la derecha.

La muchacha se sentó en el suelo y comenzó a apilar los polvorientos libros a medida que los iba cogiendo y ojeando.

Los pocos que conservaban las letras del título, rezaban textos realmente extraños: "Cuidado avanzado del hongo de las ancas", "Preparación de aceite de gutyrriato verde", "Cómo cocinar nalgas de trasgo"... Cuando la muchacha giró la cabeza para contener la arcada que el texto le había provocado, vio, bajo un antiguo y desproporcionado atlas de la región, la esquina metálica de un gran libro que, con su brillo plateado, parecía instarla a cogerlo.

Una vez lo tuvo entre sus manos, la joven hechicera sintió que perdía el aliento. Los cuatro cantos se veían protegidos por unos romos parches de plata; ribeteados sobre una gruesa piel negra, que resplandecía con los colores del arco iris cuando la luz incidía sobre sus grandes escamas de cinco picos; los cuales delataban su naturaleza de auténtica piel de dragón nórdico. El libro se encontraba cerrado con un candado en forma de cabeza de dragón, labrado en plata; al igual que las letras que componían el críptico título: "El Apocalipsis de los dragones".

-Gi... Gigaranda… ¡Es el primer volumen del "Apocalipsis de los dragones"! ¡Es uno de los libros de magia y hechicería más famosos de la historia! En él se encuentran todo tipo de indicaciones y anotaciones hechas por varios de los más grandes magos de todos los tiempos; quienes fueron considerados como los más poderosos de sus respectivas generaciones. ¿Se puede saber dónde lo habéis encontrado? Se suponía que los siete volúmenes habían sido destruidos en…

-Eso no es importante, pequeña. El caso es que, ahora, es todo tuyo. Deberás mejorar a pasos agiganta-

dos si quieres ponerte al nivel de aquellos que amenazan el mundo.

-Muchas gracias... yo... no sé qué decir...

-Di que cumplirás con nuestras expectativas rescatando a tus compañeros y hallando la verdad acerca del "Guardián de los Secretos", en honor a tu maestro fallecido; quien te encargó esa misión.

-¡Si, señora!

-¡No quiero que se vaya!

-Llea, Áshelayd es una humana que tiene cosas importantes que hacer. No puedes obligarla a...

-Me da igual. Además, Áshelayd quiere quedarse ¿Verdad, Áshel?

-Llea, me encantaría poder quedarme en este precioso lugar, pero debo irme...

-¡Entonces, llévame contigo!

-¡LLEA! -La pequeña salamandra calló y bajó la cabeza de inmediato, avergonzada.- Vuelve con tus padres y déjanos solas. Quiero hablar con la muchacha en privado.

Con aire triste, el anfibio anaranjado se sumergió en el lago y puso rumbo hacia la extensa concentración de raíces.

-No deberíais haber sido tan brusca, Gigaranda...

-Los niños pueden ser muy difíciles a veces... así es mejor para ella. ¿Lo llevas todo?

-Eehh... Sí. Llevo la vara, el libro, la túnica que me regaló aquel tritón tan simpático y la bolsa con las provisiones. Estad tranquila; no me pasará nada.

-Si en algún momento os veis amenazada, debéis saber que no os conviene invocarnos en el interior del bosque. Debido a nuestro gran tamaño, nos cuesta lu-

char entre los árboles... y, si vais a un desierto, tampoco nos viene muy bien a la mayoría; aunque no tenemos rival en el agua dulce y en los valles.

Toda la confianza que la muchacha había sentido hasta entonces desapareció al oír esto.

-Entonces... ¿Cómo diablos se supone que me voy a defender de los...?

-Tranquila. Ya he pensado en eso. **Ven aquí, Zal.**

Áshelayd oyó un leve roce de tela tras su espalda; seguido de unos firmes pasos.

Al girarse, pudo ver a un hombre alto, cuya piel se veía completamente oculta por una capa verde con caperuza y máscara bucal; que tan solo dejaba a la vista unos penetrantes ojos de color violeta, rodeados por un par de párpados con tonalidad cobalto.

-¿Llamabais, señora?

-**Sí. Gracias por venir. Me gustaría encomendaros de nuevo la custodia de esta muchacha.**

-¿De nuevo? Entonces fuisteis vos quien permanecisteis a mi lado hasta que desperté.

-También fui quien os curó pero, descuidad, que fueron los ranas quienes os desvistieron, no yo.

-**Confío en que llegará sana y salva hasta las fronteras del bosque.**

-Sabéis que así será, si depende de mí.

Gigaranda permaneció observando con su sexto sentido, durante unos instantes, al guerrero de la caperuza verde y a la hechicera.

-**Cuidaros mucho, por favor. Ambos sois, cada uno a su manera, el último vestigio de una era antigua a la que quizás le quede muy poco... pero que, dependiendo**

de su fin, dará paso a una época de esplendor o de terrible desgracia.

-Haremos lo posible por mantenernos vivos, señora... Pero ya teníamos pensado hacerlo sin necesidad del aviso. ¡Andando!

Sin mediar otra palabra, Zal comenzó a caminar hacia los altos árboles del horizonte; seguido de cerca por Áshelayd, una vez se hubo despedido ésta de la rana mediante telepatía.

A pesar de lo brusco, aquel hombre parecía de fiar y, además, el color de sus ojos y su piel no dejaba lugar a dudas: era un demonio; lo cual le hacía muchísima ilusión a la muchacha, pues, siendo ella en dos tercios ëana, nunca había conocido a ninguno de pura cepa.

XLV - *ZAL, EL DEMONIO*

La muchacha, agotada, se sentó sobre una gruesa raíz; incapaz de seguir el intenso ritmo que su escolta marcaba.

-¿Qué es lo que pasa ahora, chiquilla?

-¿Cómo que qué pasa? Llevamos andando todo el día, ya ha caído la noche y no hemos hecho más que aumentar la velocidad de la marcha... ¡Tengo hambre, sueño y me duelen los pies!

-Ooooh... Qué descortés por mi parte... ¿Querríais que os llevase en volandas, milady? O, quizás, preferiríais acampar aquí, construiros una casita y esperar a que, algún día, pase algún carro que os recoja...

-¡Ya basta, no seáis tan descortés! Todavía no me he recuperado de la herida de la cabeza y...

-Pues qué pena. -Los violáceos ojos de Zal perforaron a la joven.- Yo he visto a hombres seguir combatiendo luego de haber perdido los brazos... Mi capitán falleció así, dándolo todo, por proteger a los suyos...

Áshelayd lamentó haberle hecho recordar un hecho tan triste; aunque su enfado no desapareció.

-Lo... lo siento, debíais tener una buena relación...

-Apenas lo conocía; pero él no hacía distinciones: "Todo aquel que estuviese a su cargo permanecería a salvo".

-Bueno pues, aunque lo siento por vos, no entiendo qué puede tener eso que ver con no pararse a descansar.

El encapuchado, luego de unos segundos de reflexión, se sentó al cobijo de otro árbol y cruzó los brazos.

-Partiremos al amanecer. Si para entonces todavía no te has despertado, quedas sola a merced de las bestias.

-¿Se puede saber qué os he hecho yo? -La muchacha, alterada, se había puesto en pie.- ¡No habéis hecho más que meteros conmigo desde que dejamos atrás la laguna!

-Si tienes fuerzas para ponerte así... no veo por qué no podemos seguir avanzando.

Áshelayd, con los ojos húmedos de rabia, se sentó de nuevo, dándole la espalda al guerrero de la caperuza verde.

-Vaya asco... y yo que creía que nos llevaríamos bien...

-¿Por qué?

-Bueno... pues... eso.

-¿Por qué tenéis ascendencia demoníaca? ¿Qué clase de razón es esa? Da igual el color del pelo o la piel... lo importante son las personas en sí. Puedes encontrarte con ëanos de raza pura que roben y violen o con vampiros gentiles que ayuden a sus mayores a cruzar por el barro. ¿Qué sentido tiene considerar apto para una amistad a alguien que ni conoces solo porque su piel es azul, su cabello verde y, sus ojos, morados?

-No lo había pensado de esa forma... Es que yo jamás había hablado con un demonio y...

-Mira, muchacha, en todo caso, según ese razonamiento, deberías sentirte más cómoda con los de raza pura ya que, según puede deducirse por tu aspecto, tienes más con ellos que conmigo... Pero, aún así, yo luché en una guerra para que todas las razas de todas las es-

pecies estuviesen en el mismo nivel social, según su estamento.

-Entonces... -Áshelayd recordó la capa verde que le había enseñado Gigaranda, así como la historia que le había contado acerca de lo que representaba.- ¿Acaso sois un "Chabandier"?

-¿Chabandier? Parece que has hablado con la gran rana... esa palabra está anticuada. Hace mucho que pasamos a llamarnos los "Caballeros de Ëan". El nombre primigenio viene de un hombre de confianza del rey que se llamaba Chabandi y, según cuentan las historias, fue quien salvó Endia de ser tomada durante la batalla final entre el héroe y el diablo... a cambio de su propia vida. En cualquier caso, de eso hace ya mucho y solo quedo yo. La orden ha muerto y, con ella, los valores que representaba.

-Me pregunto qué valores representas tú... ¿La mala educación y el desinterés por el malestar ajeno?

El enmascarado pareció reprimir una mueca de disgusto bajo la tela que cubría su rostro.

-Vi a demasiados morir por algo que ya a nadie le importa... Los Cadrelicios se han apoderado de la mitad de la población mientras que, la otra mitad, ha sucumbido bajo la tiranía del nuevo Ëan... Me repugna haber jurado lealtad a su familia.

Dicho esto, nervioso, el guerrero pareció intentar disimular los temblores de sus brazos con una nueva actitud de indiferencia hacia la muchacha.

-¿Es eso? No podéis luchar en contra del rey porque es un Ëan... Es curioso pero, si lo pensáis, por una parte estáis obligado a luchar por el bien de la región y, por el otro, a defender al tirano que la amenaza.

-¿"Si lo pensáis"? ¿Qué crees que me he pasado pensando los últimos años de mi vida, viviendo en lo más profundo de un bosque encantado? Lo único que puedo hacer es... nada.

-Pero podéis dejar a ese hombre y...

-¡NO PUEDO! ¡He jurado lealtad y, para un caballero, su palabra vale tanto como el brazo con que blande su arma!

-¡No me gritéis, que me duele la cabeza...! Yo lo que digo es que podéis seguir siendo fiel a los Ëan si interpretáis vuestro juramento de otro modo...

- Y yo repito: ¿Qué crees que he estado haciendo durante todo este tiempo? ¿Cortejar a las ranas? ¡No hay un maldito resquicio por el que pueda...!

-Lo hay. Si habéis jurado lealtad a los Ëan, y no al propio Edwäh, podéis entrar al servicio de su primo.

-¿Yajira?... -Zal se puso en pie y, con los ojos desorbitados, se dirigió a la muchacha con voz temblorosa ¿Me estás diciendo que el general Yajira continúa con vida?

-¿Cómo? Pues sí, que yo sepa; nos hablaron de él en clase de historia a principios del semestre... ¿Por qué no había de ser así?

-¡MALDITA SEA! Durante la guerra exhibieron un cadáver y proclamaron a los cuatro vientos la muerte del general; diciendo que había vuelto del destierro para ayudarnos... ¡CABRONES! -Zal golpeó el tronco del árbol con fuerza; resquebrajando su dura corteza.- ...Solo era una maldita estratagema para minarnos la moral... el capitán atacó para recuperar sus restos... y todo fue... para nada...

Áshelayd comprobaba desde lejos, casi tan apenada como asustada, el angustioso desengaño que el guerrero parecía estar sufriendo.

Luego de un buen rato en que Zal, de rodillas, continuó profiriendo maldiciones y juramentos en voz baja, se puso en pie y retiró la capucha de su rostro.

-¿Estáis mejor?

-Lamento mi actitud, doncella. Habéis hecho por mi más de lo que hubiese podido esperar en la vida... Os prometo que haré cuanto esté en mi mano por ayudaros en vuestro viaje al sureste de la estrella... Pues yo mismo pienso ponerme de camino a Nhüria para ayudar al general en las guerras del suroeste.

A la débil luz que lograba atravesar el denso follaje, el rostro del demonio resultaba, en el contraste de brillos y sombras, duro e inexpugnable; aunque ni siquiera el claroscuro que recortaba sus facciones podía disimular la intensa emoción que lo embargaba.

De unos treinta y pocos años, Zal conservaba todavía un rostro juvenil, aunque las arrugas de las comisuras y los contornos de los ojos comenzaban a estar algo más marcadas. La piel azul cobalto resaltaba junto al pelo de vivo color verdoso; algo más claro que el de Áshelayd, al verse surcado por alguna que otra cana. Sus ojos, más que ninguna otra cosa, delataban todos los sufrimientos que lo habían ido consumiendo a lo largo de tantos años de autocompasión y sentimiento de culpa. Los rasgos que más lo diferenciaban de las otras razas humanas eran, además del color de piel, cabello y ojos, sus orejas terminadas en punta y una nariz más alargada de lo normal que, por alguna razón, a la muchacha le resultaba curiosamente atractiva.

Parte de la piel visible se hallaba surcada por unos enrevesados tatuajes rúnicos; que Áshelayd no supo descifrar.

-Entonces, al amanecer, partiremos sin demora.

A pesar de que las altas copas impedían vislumbrar la posición del sol, Zal parecía muy seguro de la hora que era, para pesar de Áshelayd; a quien le hubiese gustado poder dormir un poco más.

-Sigo diciendo que es por la noche...

-Creedme. Quizás no podamos ver mucha más luz que la de la de mi bola de Leudo y vuestra vara... pero los animales siguen ciertas pautas dependiendo de la hora. Observándolos, podremos llegar a la conclusión, no de la hora exacta, pero sí del momento del día en que nos encontramos... y, como he dicho, ya ha amanecido.

Demasiado adormilada como para buscar cualquier tipo de réplica, la muchacha se limitó a seguir alumbrando tras los pasos del guía; intentando evitar los constantes tropezones y hundimientos de pies en las charcas de fango.

-¿Qué ha sido eso?

La muchacha, todavía distraída en su búsqueda de obstáculos en el suelo, chocó contra las anchas espaldas del demonio.

-¡Ay! ¿Pero qué...?

-¡Callad!

Agitando la bola de Leudo que llevaba, Zal hizo desaparecer la luz que los iluminaba. Con la mano derecha, alzó una larga daga que había sacado de algún lugar oculto. Luego de guardar la opaca esfera de cristal, colocó frente a él un escudo redondo de un tamaño imposi-

ble de esconder; lo cual suscitó todavía más la ya de por sí hiperactiva curiosidad de la muchacha.

-¿De dónde...?

-¡Silencio, por favor!

Tras ellos, el sonido de hojas secas al ser arrastradas los puso en guardia.

Zal, en un tiempo récord, logró colocarse frente a la muchacha, en la mejor postura defensiva que la situación permitía; demostrando su gran habilidad y experiencia como guerrero.

Un nuevo crujido de la hojarasca hizo que el cuerpo del demonio se tensase todavía más, pero Áshelayd, viéndolo todo claro, se tranquilizó.

-No os preocupéis... Llea y yo nos topamos con unos cuantos de camino a la laguna. Fíjate en cómo escapa en cuanto vea el fuego.

-¡Pero...!

Sin dar tiempo al guía para replicar, la hechicera alzó su vara y, del orbe que la coronaba, surgió un poderoso chorro de fuego rojizo que iluminó el contorno de la bestia atacante.

Mirándola con su penetrante ojo anaranjado, de pupila gatuna, la portentosa bestia comenzó a abrir sus fauces con regocijo solo para decir:

-No creí que tendría oportunidad de vengarme tan pronto, Ashe.

XLVI - *HUYENDO DEL DEPREDADOR*

Áshelayd, aterrada, trastabilló hacia atrás; pero Zal la detuvo. Durante el breve instante de indecisión que ambos habían sufrido, la larga cola de la serpiente había tenido tiempo suficiente para rodearlos por completo. Cualquier intento directo de fuga, pues, terminaría con un contundente golpe contra sus afiladas escamas.

-¿**Qué hacéis en mi bosque, malditos demonios traidores?**

Zal, haciendo lo posible por no parecer demasiado alterado ante la presencia de la serpiente-dragón, replicó con una furia inesperada, mientras intentaba interponer su propio cuerpo entre la muchacha y el monstruo; con la vana intención de ocultarla.

-¿Nos llamas traidores? Yo nunca he desafiado a mi señor... ¿Acaso tú sirves al tuyo, en este aislado bosque, atacando a los inocentes viajeros?

-**Ya no tengo a quien servir ni a quien me sirva... y todo por culpa de vuestra deserción, malditos bastardos de piel azul… De no haber sido por vosotros, jamás hubiésemos sido derrotados durante la última batalla de los titanes** -El ofidio sacó la lengua y acarició la mejilla del guerrero con una de sus bifurcaciones.- **Sabes a rana. Disfrutaré desollándote y comiendo tu piel.**

Áshelayd, quien ya no podía soportar más la displicente actitud del dragón carente de extremidades, golpeó su lengua con la vara y se dirigió a él directamente.

-¡Deja ya de decir que todo es por culpa de otro! "Oh, no, me han enterrado, buah, buah", "oh, no, vencieron a mi señor en una guerra, buah, buah". ¡Crece de una vez! Si todo te sale mal, igual no es que el mundo vaya contra ti; sino que eres un inútil.

Durante unos eternos segundos, en que Zal deseó que la muchacha hubiese sido muda, se hizo el silencio absoluto en el bosque.

La serpiente, con el único ojo inyectado en sangre, mostró sus numerosas hileras de aserrados dientes, propios de la constrictor que era. Cerrando todavía más el cerco que mermaba la movilidad de sus presas, el monstruo alzó la cabeza hacia atrás y chasqueó las muelas.

Áshelayd había cerrado los ojos, esperando su final; pero éste no se produjo.

Al disiparse las llamas, el enorme reptil de sangre caliente pudo observar, con gran asombro, que ahora había un nuevo obstáculo entre ella y los pequeños animalillos que pretendía calcinar.

Clavado en el suelo, justo frente a Zal, se alzaba un escudo espejado con forma adiamantada, de unos cinco o seis metros de alto; que no solo había logrado disipar las llamas sino que había obligado al alargado cuerpo de la serpiente-dragón a deshacer su bloqueo.

Sin perder un segundo, Zal cogió a la muchacha del brazo y comenzó a correr a toda velocidad.

Las finas y rugosas ramas de los arbustos les propinaban fuertes latigazos y se enredaban en sus ropas pero, aún así, los dos compañeros de viaje continuaban con su huída a la mayor velocidad posible.

La serpiente-dragón, a pesar de su colosal fuerza, era incapaz de seguirlos entre los pequeños huecos que los troncos dejaban entre sí. Sin embargo, para desesperación de los huidizos animalillos, el portentoso ofidio podía desplazarse sin problemas reptando entre las copas de los árboles como si de un verde mar se tratase.

-¡Doncella, cuando yo os diga, disparadle un rayo!

-¿Qué? -Áshelayd no podía creer lo que estaba oyendo ¿Qué clase de hechicera se pensaba que era? Los rayos eran el tipo de magia elemental más difícil de crear; no digamos ya controlar...- ¡No podré apuntar a ese maldito bicho mientras corremos!

-¿Si parásemos y la mantuviese distraída podríais?

-¡No creo, hay demasiadas ramas; lo más probable es que el rayo fuese atraído hacia ellas ya que no logro controlarlos más que en un radio de diez metros a mi al rededor!

-¡Bien! -Súbitamente, el guerrero frenó en seco.- Entonces podréis alcanzarme a mi ¿Verdad?

La muchacha, al tratar de imitar a su compañero de huída, resbaló sobre el barro y cayó al suelo.

-¿Qué dices? ¡Morirás!

-Cuando yo os diga...

-¡Pero...!

-¡Cuando yo os lo diga, me lanzáis vuestro rayo más potente y relajáis por completo vuestro control sobre la dirección, manteniendo intacta su potencia!

La muchacha, aunque asustada, pudo sentir una fuerte convicción en las palabras de su acompañante; por lo que decidió obedecerle, a pesar de sus reservas.

Luego de unos aterradores siseos acompañados de crujidos de ramas, la cabeza del monstruoso reptil surgió

de entre las hojas que cubrían el cielo, pelando la copa del árbol en que se encontraba.

-¿Estáis seguro...?

-Confiad en mi... -La serpiente-dragón, con el júbilo impreso en su único ojo, retrasó de nuevo la cabeza y chasqueó las muelas de pedernal que se hallaban protegidas de la humedad por sendas válvulas en la parte trasera de la mandíbula.- ...¡AHORA!

De la Vara de Rayâ surgió un poderoso chorro de luz azul que se dirigió, a una velocidad mayor de lo discernible, hacia el guerrero... sin llegar a rozarlo.

El monstruo, al mirar de nuevo hacia abajo con las fauces abiertas de par en par, tan solo alcanzó a ver un fuerte destello que, tras impactar contra su sensible morro, la hizo estremecerse de dolor.

Debido a las convulsiones incontrolables sufridas por el cuerpo de la serpiente dragón, un pequeño objeto se desprendió de entre las escamas que protegían sus fosas nasales.

Al verlo sobre el suelo, Áshelayd comprendió lo que había sucedido. En el lecho cubierto por hojas, reposaba un afilado aro de metal brillante que tenía labradas varias runas antiguas sobre su superficie. No tardó en reconocerlo. En su tiempo había pertenecido a un poderoso mago elemental quien, antes del descubrimiento de los mejores métodos para guiar rayos, había inventado este instrumento arrojadizo que los atraía, independientemente del medio en que fuese utilizado. Sus grandes hallazgos en el campo lo hicieron merecedor del título de primer "Shoring", o maestro del rayo; que seguía utilizándose todavía en las misteriosas tierras del noreste.

-¿De dónde habéis...?

-¡Las preguntas luego, doncella! ¡A nuestro perseguidor no le durará mucho el mareo y dudo que vuelva a caer en la misma treta!

Sin mediar otra palabra, la muchacha siguió a Zal por entre los intrincados espacios en que la vegetación permitía el paso; seguidos siempre de cerca por la serpiente-dragón.

Tras varias horas de marcha, la joven se sentía incapaz de dar un paso más. Llena de arañazos y con el vestido ajado y descompuesto, Áshelayd cayó sobre el lodo como un peso muerto. El guerrero acudió en su auxilio, pero fue entonces cuando comprendió que estaban perdidos.

Desde el principio, el monstruo los había estado agotando para que, una vez hubiese caído uno, el otro fuese incapaz de defenderse.

De algún lugar bajo su capa, Zal sacó una larga espada refulgente, de fantástica artesanía, cuya argéntea hoja parecía brillar por sí misma con un resplandor ambarino, y miró hacia el cielo; esperando una nueva reaparición del malévolo rostro.

Por desgracia, la forma de atacar del ofidio fue muy diferente a la que él esperaba. Repentinamente, de entre las hojas, surgió un enorme tronco que, si bien tan solo logró darle de refilón, bastó para lanzarlo a varios metros de distancia, inconsciente; atrapado bajo varias toneladas de madera.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, la muchacha alzó la vara y amenazó a la contoneante figura que ahora se deslizaba por el hueco que el tronco había dejado en el muro de hojas.

-¡Si te acercas tan solo un metro más, te cortaré en rodajas, maldito bicho!

-No me hagas reír, Ashe... estás agotada. Y, aunque no lo estuvieses, piénsalo... Soy mucho más fuerte que tu patética especie... Mi poder es inalcanzable para cualquiera de vosotros, minúsculas criaturillas destinadas a servirme… ¿Acaso no lo comprendes aún? He arrancado un tronco y he abatido a mi adversario con él... ¡Un humano jamás podría hacer algo así!

La gigantesca serpiente-dragón se abalanzó con las fauces abiertas sobre la debilitada muchacha quien, tendida sobre el barro, apenas lograba sostener la vara con suficiente firmeza para apuntar.

Repentinamente, el cuerpo del monstruo cayó al suelo con contundencia; lastrado por el enorme peso del tronco que acababa de caer sobre él.

En la superficie astillada, a media altura del árbol, que quedaba ahora donde antes había estado anclado dicho tronco, se encontraba ahora un muchacho de largo pelo carmesí recogido en una coleta; vestido con una gran hoja verde a modo de capa, quien, en un tono condescendiente, comentó.

-Podemos, siempre y cuando sepamos cómo, cuándo y por dónde cortar.

XLVII - DEUS EST MACHINA

Áshelayd no podía creer lo que estaban viendo sus ojos.

A varias decenas de metros del suelo, sobre lo que quedaba del tronco del árbol caído, Yin, ataviado con una extraña capa hecha a partir de una hoja, apuntaba ahora hacia el monstruo que se retorcía bajo la gigantesca columna de madera, con su espada desenvainada; en señal de advertencia.

El rey de las serpientes-dragón, luego de un agotador forcejeo, logró liberarse del peso del árbol para, con una expresión de ira que rozaba en la demencia, lanzarse hacia donde se encontraba el Yajin´e.

-¡Te acordarás de esto, renacuajo!

-Seguro que sí. Siempre recuerdo los momentos en que disfruto.

En lugar de escapar o defenderse, el muchacho lanzó un yônbai hacia atrás. Repentinamente, un sonido de fricción llenó el ambiente y, la gigantesca rama que el joven pelirrojo había dejado atada, bajó con toda su fuerza sobre la cabeza del ofidio; quien cayó al suelo de nuevo, mareado.

-Mal… maldito…

-¿No sabíais que es peligroso lanzarse por el bosque sin mirar hacia las ramas? Pueden daros un doloroso latigazo si no las esquiváis correctamente…

-¡Serás…!

El monstruo, una vez recuperado, alzó su cuerpo de nuevo con la intención de triturar al muchacho entre sus afiladas y numerosas hileras de dientes.

-Empezáis a aburrirme...

Una vez más, Yin tiró uno de sus cuchillos hacia atrás.

-¡No creas que soy tan estúpido como para caer dos veces en el mismo truco, mequetrefe!

Con gran agilidad, la serpiente se contoneó en el aire y atacó al muchacho desde la derecha; protegiéndose así de un nuevo golpe vertical por parte de las cepas.

Cuando le faltaban apenas unos metros para alcanzar a su objetivo, dos ramas la golpearon lateralmente, cada una por un flanco; dejándola atrapada y sin respiración.

De un salto, el muchacho subió sobre su cabeza y se le deslizó por el lomo hasta llegar al suelo.

Mientras el alargado reptil continuaba contorsionando todo su cuerpo con la intención de zafarse, Yin consiguió reunirse al fin con Áshelayd.

-Mi señora ¿Estáis bien?

La muchacha todavía no podía creer que su guardaespaldas hubiese podido, ya no encontrarla, sino lograr improvisar una estrategia de tal magnitud en tan poco tiempo. Conociéndolo como lo conocía, seguramente había otra docena de trampas similares en las inmediaciones, en prevención de que algo no hubiese salido según lo planeado.

Súbitamente, la joven estudiante de hechicería olvidó los desbocados latidos de su pecho y el rubor de las mejillas al darse cuenta de algo más apremiante que su reencuentro con el atractivo joven de ojos semirasgados que, ataviado con una hoja, todavía esperaba su respuesta:

-¡Yin, debéis ayudar a Zal! ¡Está bajo el tronco!

A pesar de la portentosa fuerza del Yajin´e, la colosal masa de madera, resquebrajada y astillada, que pesaba varias toneladas, ni se movió cuando éste intentó levantarla.

-¿Quién es el hombre que, decís, está atrapado debajo?

-Se llama Zal. Es un Chabandier que me estaba ayudando a cruzar… Mira, ya te lo explicaré ¡Tú, ahora, solo sácalo!

-Lo lamento, pero no puedo. Debemos huir ahora que…

-¡NO! –La muchacha, a pesar de lo agotada que se sentía, se puso en pie y alzó la vara mágica.- ¡Yo lo sacaré! Solo necesito un poco de tiempo.

Viendo lo inútil que sería comenzar a discutir, y sabiendo que no podrían escapar del monstruo si se veía obligado a llevarla a rastras, al muchacho no le quedó otra opción que aceptar las cuestionables demandas de su señora.

-Está bien. Me encargaré de la serpiente durante todo el tiempo que pueda. Cuando lo hayáis conseguido, huid los dos. El suelo está blando y fangoso y dudo que, siendo un Caballero de Ëan, haya muerto por este golpe… siempre y cuando haya quedado atrapado en algún hueco.

-Pero…. ¿Qué haréis vos….?

-No os preocupéis por eso. Empezad.

El retumbar del suelo puso a ambos muchachos sobre aviso. La cabeza del agotado y jadeante dragón había logrado librarse al fin de la prisión que las ramas habían tejido en torno a su cuello. Apenas unos segundos de descanso fueron suficientes para que se levantase,

recuperado el resuello, y comenzase a buscar de nuevo al muchacho que tanto lo había humillado.

-**Jamás un humano había llegado a hacerme morder el polvo de esta forma…**

-Pues será que pocos lo han intentado, pues vencerte se me antoja extremadamente fácil.

Controlando su rabia esta vez, ignorando las provocaciones, la serpiente comenzó a avanzar con cautela, reptando sobre la totalidad de su vientre, hacia el árbol más cercano.

-**¿Acaso no lo sabes, pequeño…? Los de mi clase alcanzamos nuestro mayor potencial en entornos como este… mi capacidad de ataque sigiloso no tiene parangón… mientras esté oculto entre los árboles, nadie puede vencerme.**

-Curioso… -El muchacho alivió el nudo corredizo que mantenía su espada atada a la cadera y se la colocó cruzada a la espalda.- …Iba a decirte exactamente lo mismo.

Sin mediar otra palabra, ambos contendientes se sumergieron en la espesura.

Repentinamente, aparecían y desaparecían partes del largo cuerpo de la serpiente mientras Yin saltaba, de árbol en árbol, con una agilidad pasmosa. Si a Áshelayd ya le había parecido que su guardián era rápido en tierra, ahora podía comprobar que todavía no lo sabía todo sobre él. El Yajin´e fluía entre ramas y hojas con mayor impunidad que el viento; trepaba por los troncos con el único impulso de sus piernas; se deslizaba por las cepas con un equilibrio perfecto… a pesar de los veloces ataques del gigantesco reptil, el muchacho siempre esqui-

vaba, hería y huía; hasta que el rey de las serpientes-dragón comprendió que era el momento de cambiar de táctica.

Si bien su gran tamaño la había puesto en desventaja frente al rápido animalillo, lo que el muchacho de la hoja por capa no había sabido ver era que, aunque había demostrado ser un adversario temible, éste no solo no era la presa que más le interesaba; sino que la susodicha resultaba ser el cebo para atraparlo a él.

Era increíble que el joven no se hubiese percatado de ello… "demasiado increíble".

Justo un instante antes de abalanzarse sobre la hechicera, que estaba horadando el tronco caído con la magia proveniente de su vara, la serpiente-dragón se detuvo, alertada por este pensamiento; justo a tiempo de evitar un nuevo latigazo, proveniente de una cepa cercana, que la habría enviado contra un cúmulo de espinos.

"Ese maldito chico es endiabladamente…"

Antes de que el ofidio pudiese terminar de pensar en cómo proseguir con su queja, un punzante dolor hizo que se le estremeciese toda la espina dorsal.

Aprovechando lo debilitada que había quedado su piel luego de quemarse, así como la ausencia de gran parte de las escamas del cuello a consecuencia de los forcejeos anteriores, el muchacho había logrado clavarle la espada en la nuca; lo bastante hondo como para hacerle caer del árbol a causa del dolor. Ya en el suelo, una vez se hubo repuesto, el monstruo observó al delgado chico, que a pesar de su fuerza carecía de músculos abultados, con toda su atención.

Lo que sentía hacia él trascendía el odio o el ansia asesina… Jamás había tenido una sensación así… lo más cerca que había estado de la muerte en su vida había sido la derrota frente al Harte de la princesa Rayâ durante la “Guerra de los once años”… sin embargo, en esta ocasión, ni siquiera había sido completamente derrotada como aquella vez ¿Por qué le recorrían el cuerpo esos escalofríos…? No eran a causa de la herida. En su momento, la del ojo había sido peor y mucho más dolorosa… Mirando fijamente a los ojos del muchacho, vio claro qué era lo que le ocurría. Tenía miedo. Terror. Aun habiendo perdido, el reptil siempre había confiado en sus probabilidades de victoria… Sin embargo, los ojos del Yajin´e parecían hipnotizarla del mismo modo que los suyos solían hacerlo con sus presas. Esos claros discos pardos en los que no se atisbaba una sola duda acerca de quién se alzaría como ganador de la contienda… esos semirasgados ojos tras los que se escondía una mente capaz de seguir todos sus movimientos y preveer cualquier táctica que se le ocurriese… Luego de tragar saliva, muy despacio, como temiendo que el hacerlo de forma ruidosa pudiese propiciar el ataque del mercenario, la serpiente-dragón comenzó a alejarse, reptando hacia atrás, sin quitar la vista del muchacho, quien, una vez se hubo ido el monstruo, suspiró, tan cansado como aliviado. Había necesitado utilizar mucha energía para cortar el árbol y forzar aquellas gigantescas ramas; y su cuerpo, ahora, se resentía por el sobreesfuerzo.

Para cuando se reunió con Áshelayd, ésta ya casi había terminado de abrir un ancho tajo en la madera. Entre los dos, no tardaron en separar ambas mitades del tronco para encontrarse, de este modo, con un hueco

formado por seis espadas que, clavadas sobre el lodo, habían mantenido el cuerpo inconsciente del guerrero a salvo del peso del árbol.

-Increíble… ¿Habéis visto eso? Zal logró clavar todas estas espadas antes de perder la consciencia… ¿Se puede saber dónde diablos llevaba…?

Yin, quien había devuelto su propia espada al lugar que le era habitual hacía tan solo unos instantes, no parecía tan sorprendido ante la muestra de habilidad del demonio.

-Mi señora… parece que no sabéis mucho acerca de los Caballeros de Ëan. Solo los mejores entre los mejores conseguían el honor de ser considerados como aspirantes a discípulos. Más bien debierais extrañaros de que no haya sabido defenderse mejor…

-No fue culpa suya… Se paró para ayudarme y, en ese instante, el tronco lo golpeó. De no haber estado yo, quizás hubiese podido escapar.

-Bueno, no pasa nada. No hemos de lamentar daños graves, así que, cuando despierte, podremos…

-¡CUIDADO!

De entre el espeso follaje había aparecido, sobre ellos, el triunfante rostro de la serpiente-dragón, quien, con todas sus fuerzas, les había mandado una columna de fuego azulado; que desintegró toda rama o animal que se estuviese interponiendo entre ella y los muchachos.

Rápido como solo él podía serlo, Yin se llevó la mano derecha a la empuñadura y la asió con todas sus fuerzas mientras un extraño impulso parecía emanar de él; repeliendo a todo cuanto lo rodeaba como si de un fuerte remolino se tratase.

-¡RAIDEREN-HAAAIIIIIIIII!

La voz del muchacho se propagó como un retumbante eco por todo el bosque. La llamarada, sin embargo, alcanzó al indefenso grupo en el momento justo en que Yin había terminado de desenvainar su espada.

El monstruo, satisfecho, notó cómo, repentinamente, una molestia en el hocico comenzaba a torturarlo. Al pasar la lengua por él, se encontró con un fino aunque profundo corte que, por alguna extraña razón, apenas sangraba.

Al mirar de nuevo hacia el lugar que acababa de bañar con sus llamas, se encontró con el grupo de pequeñas presas que, lejos de haberse quemado, permanecían sobre un óvalo de suelo intacto, rodeado por el anillo de hollín que su fuego había causado.

¿Era posible, acaso, que el muchacho hubiese sido capaz de crear, al desenvainar, tal y como contaban las antiguas leyendas de espadachines, un vórtice de vacío que hubiese dividido su llama desde el mismo centro y llegado, incluso, a crear un corte en su blindada piel debido al brusco cambio de densidad en el aire...?

Imposible… y, sin embargo, así había sido. No podía correr más riesgos… dejar a alguien así en libertad terminaría dándole problemas cuando intentase hacerse de nuevo con el control de la región; por lo que debía acabar con él en ese momento.

De todos modos, no resultaría difícil. El muchacho, luego de evitar su fuego, parecía haber quedado agotado; ya que tan solo se sostenía en pie gracias a la ayuda de Ashe, y la espada le colgaba del brazo, inerte, como si su peso le resultase demasiado elevado como para poder continuar blandiéndola.

Sin Pensárselo otra vez, el gigantesco ofidio se lanzó hacia ellos con las fauces abiertas.

-¡APARTAROS!

Al grito de Zal, Áshelayd saltó hacia un lado, llevándose consigo al agotado mercenario; dejando así vía libre al guerrero de la caperuza verde, quien, con un arco dorado, lanzó una flecha negra contra el dragón, la cual, a medio camino, se multiplicó por más de un centenar; clavándosele al enemigo en cualquier resquicio que las duras escamas caídas hubiesen dejado; y haciendo caer al monstruo sobre el fango, al fin, derrotado.

XLVIII - UNA NUEVA DIRECCIÓN A SEGUIR

Jahí, furioso, lanzó un fuerte puñetazo a la pared de roca; haciéndola caer, completamente pulverizada, ante la sorpresa de las ya de por sí asustadas crías.

A pesar del esfuerzo que le había costado seguir a la manada de Wikernôs, cuando al fin los había alcanzado en la nevada cumbre de la montaña, tan solo se había encontrado con una brutal batalla en que las adultas parecían querer romper la cabeza a sus compañeras a base de embestidas que hacían retumbar el suelo, causando en ocasiones pequeños desprendimientos de rocas y nieve.

Él ya sabía que algo así era lo que le esperaba… pero, el hecho de haber considerado que los muchachos se hubiesen podido separar de la manada, no hacía menos frustrante comprobar que así había sido.

El joven luchador se sentó junto al grupo de crías, que se apiñaban en una esquina para mantener el calor corporal, pues la cima, aunque se encontraba por encima de la molesta bruma, permanecía a unas temperaturas que, de no haber estado controlando el flujo de espíritu, habrían podido acabar con la vida de Jahí en cuestión de minutos.

Al menos creía saber lo que había pasado… No cabía duda de que, cientos de metros más abajo, había tenido lugar una batalla digna de contar. Rocas destrozadas, suelo quemado, marcas de garras, sangre derramada… y un saliente derrumbado. ¿Habían caído por ahí el macho de Wikernô y el dragón que lo había atacado?

¿Quizás su presa se interpuso entre ellos y resultó devorada?

De ser ese el caso, todo estaría…

-¡Un momento!

Las crías, emocionadas, lo miraron con expectación; creyendo que se trataba de uno de los divertidos juegos que aquel animal tan raro del pelo verde azulado les había enseñado días atrás. Una de ellas ya estaba preparada para lanzar la primera piedra.

Jahí sonrió, socarrón. No necesitaba el cuerpo de la muchacha… la recompensa se ofrecía por la vara que llevaba ¿Cómo había podido olvidarlo? Tan acostumbrado como estaba a buscar gente, había olvidado que, en esta ocasión, lo importante era un objeto… tanto si se la habían tragado como si había caído junto a los monstruos, podría encontrar la vara en el fondo del precipicio.

Riendo entre dientes como un niño al que sus padres no ven realizar una travesura, el muchacho se envolvió en un destello azulado que fundió un círculo de hielo bajo sus pies y comenzó a correr a una velocidad inhumana, saltando de saliente en saliente; descendiendo a un ritmo excelente.

Al fin, luego de tantos sacrificios, el esfuerzo habría merecido la…

Distraído con sus fantasías de gloria y riquezas, el joven luchador resbaló en la nieve y cayó de bruces sobre una enorme roca, que se partió a la mitad a causa del impacto.

Luego de un rato, Jahí se levantó, escupió un poco de sangre y se fue, cojeando y con las mejillas encendidas de vergüenza, a refugiarse junto a las crías de nuevo.

“De todos modos, tampoco había tanta prisa”

XLIX - *VISIONES*

Un muchacho, alto y de complexión atlética, que rozaba la veintena, se encontraba frente a sus narices. Había algo familiar en él… pero no reconocía sus brillantes ojos ni su encrespado pelo azabache; que caía frente a su rostro, tapando en gran parte sus facciones. Ambos comenzaron a andar en círculos, bajo la lluvia, con la ropa y cabello empapados, mirándose el uno al otro, pendientes de cualquier movimiento del contrario, mientras sus sandalias se hundían en el barro y volvían a salir de él con un desagradable sonido de succión; el único que podía oírse en el desolado páramo además del golpear de las gotas en el suelo. El desconocido había dicho algo. No lo había captado. No le importaba. Se llevó la mano a la espalda y desenvainó su espada.

Entonces despertó. A pesar de la oscuridad de la habitación, Áshelayd podía discernir perfectamente todos y cada uno de los detalles de cuanto la adornaba. Más aún, todo parecía brillar y resaltar… Cada cosa semejaba más atractiva y llamativa que la anterior, resultando que, de algún modo, podía ver, a un tiempo, el conjunto y cada forma individual de la sala y de los cuerpos que la rodeaban.

Se llevó la mano a la cabeza, somnolienta, y se la pasó por la cara para apartarse el pelo de los ojos. Hizo las sábanas a un lado y se encontró, bajo ellas, con un fibroso cuerpo masculino, desnudo, que, por alguna razón, no le extrañó que estuviese allí.

Se levantó, con parsimonia, aunque sin el más mínimo esfuerzo. Esos músculos, aunque no prominentes,

pero sí compactos, parecían ser realmente poderosos. Cogió una túnica negra, pero la dejó sobre la cama. No hacía frío. Se lavó la cara en la jofaina; cuyas aguas resplandecieron en cuanto se les acercó, y se dirigió, lentamente, hacia el espejo. En él, en lugar de su torso masculino, se encontró con los suaves rasgos y poco prominentes curvas del cuerpo de una adolescente. Sus propias expresiones se reflejaron en el rostro de la desconocida, de largo pelo azulado y almendrados ojos violáceos; que desapareció bajo su fuerte puño en cuanto se rompió el espejo.

Por segunda vez, Áshelayd despertó, sobresaltada, sintiéndose confusa, asustada, desorientada e íntimamente invadida.

Una vez se hubo cerciorado de que el lugar en que se encontraba era el campamento que habían creado en un claro al anochecer, la joven cerró los ojos de nuevo. Siguió aferrada a la Vara de Rayâ, como lo había estado toda la noche, con la intención de seguir durmiendo, pero no pudo.

Comenzó a repasar, entonces, los acontecimientos que se habían sucedido a la caída de la serpiente.

Con Yin incapaz de moverse debido al deterioro causado por la sobre utilización de energía, Zal magullado y ella misma estando agotada, agradecieron que el monstruo se hubiese dado al fin por vencido. Aunque todavía respiraba cuando lo dejaron atrás y tenía el ojo sano entreabierto, el rey de las serpientes-dragón no había realizado ningún nuevo intento por detenerlos.

Luego de cruzar bajo varias formaciones rocosas por las que al monstruo le resultaría imposible pasar debido a su gran tamaño, se rindieron finalmente al agotamien-

to. Zal, herido, bajó a Yin de sus espaldas e hizo aparecer una tienda de campaña de debajo de sus pantalones. Al fin, Áshelayd comprendió el método que el Caballero de Ëan utilizaba para hacer aparecer diversos objetos de la nada. Lo que en principio le habían parecido tatuajes, no eran sino runas de invocación que debía llevar impresas por todo el cuerpo. Le sonaba vagamente el haber oído hablar de ellas; pero el regalo de Gigaranda le permitió comprobar el verdadero poder de dichas marcas.

Existían dos tipos de runas de invocación: Algunas consistían en hallar la forma equivalente a la esencia del ente a invocar, la cual era conocida como "runa resonante". Estas runas eran eternas e indestructibles, mientras siguiese existiendo la esencia del objeto a representar. Otras, las más comunes, pues descubrir la esencia de un ente u objeto era un proceso sumamente complicado que no había logrado repetirse desde hacía siglos, se realizaban creando una tinta especial en que se pintaba una forma en el objeto de interés; por ejemplo, en una espada. Luego se dibujaba, con el producto antes citado, la misma figura, perfectamente idéntica (solían utilizarse plantillas), en otra superficie. En el caso de Zal, esto era su propia piel. De este modo, tocando la marca de su cuerpo, el guerrero podría hacer aparecer el objeto, estuviese donde estuviese éste, al costo, tan solo, de la desaparición de dicha marca en ambos lugares. La magia se imbuía en la tinta en el momento de la preparación y no era necesario gastar energías propias en el posterior proceso de invocar. Además, el dibujo tan solo se podía borrar realizando la invocación o desintegrando por completo una de las superficies en que estuviese plasmado; así que resultaba una forma idónea de trans-

portar grandes objetos que un mensajero, por sí solo, jamás podría cargar. Seguramente, uno de los tesoros de los Caballeros de Ëan que guardaba la raza Amphybia debía ser una provisión de dicha tinta; en el estudio de la cual el guerrero parecía haber invertido gran parte de sus años de reclusión.

-¿Estáis despierta?

La débil y afónica voz de Zal sobresaltó a la muchacha.

-Sí. Sí lo estoy.

El guerrero se levantó con esfuerzo del pequeño tronco caído en que había estado sentado, se estiró y gimió débilmente debido al dolor. Luego de dar algunos pasos, en que su cojera se hizo evidente, llegó hasta donde la muchacha se encontraba.

-Si ya os habéis recuperado, me gustaría poder descansar un rato de la guardia.

-Cla… claro.

Luego de echar un vistazo al Yajin´e, que reposaba tumbado y con una compresa húmeda en la frente para bajarle la fiebre, la muchacha se levantó y cambió su posición con la del demonio. De los tres, era quien estaba en mejores condiciones… y, a pesar de ello, seguía comportándose como si ella fuese más importante que sus compañeros. Súbitamente, un sentimiento de culpa la invadió. Con fuerzas renovadas a causa del enfado que sentía hacia sí misma, la muchacha cogió el libro de cantos plateados y comenzó a leer desde la primera página.

Si Zal se había hecho daño había sido a causa de su debilidad. De no haber desfallecido, no le cabía duda de que él hubiese logrado escapar de la serpiente. Si Yin

hubiese esquivado las llamaradas del dragón en lugar de defenderse de ellas, cosa que, como bien sabía, no le habría costado mucho de no haber estado ella tras él, hubiese podido utilizar el "Raideren-Hai" directamente contra el cuerpo de éste; con lo que, además, su debilidad no habría llegado a tales extremos; al no tener que proyectar tanta energía para vencerlo.

Desde ese momento, decidió, no volvería a ser un estorbo. Se haría tan fuerte como cualquiera de ellos. Tan fuerte como para poder cuidar de sí misma… para que los demás no sufriesen por ella.

L - *ENCUENTRO*

Al sexto día, llegó el momento de la despedida. Si bien todos se dirigían hacia la misma dirección, Zal debía pasar antes por “un lugar” a cumplir “una misión” cuya naturaleza se negó a revelar. Una vez repuesto, Yin sería mejor guardián que él, por lo que no tendrían problemas; así que se despidió con un simple “no os metáis en más líos, chiquilla”.

Aunque no quiso dejarlo traslucir, la muchacha sufrió bastante con la marcha del demonio; por lo que permaneció sin articular frase alguna durante toda la mañana hasta que, una vez hubieron terminado de comer, no soportó el incómodo silencio durante más tiempo y decidió comenzar una conversación. De no haberlo hecho, el Yajin´e jamás hubiese dicho una palabra por iniciativa propia.

-¿Y qué tal os encontráis ahora?

-Bien.

-…Bueno… ¿Cansado?

-No.

-…Eh… ¿Habéis quedado hambriento?

-No.

Justo cuando la muchacha casi había decidido desistir, una duda cuya respuesta realmente quería conocer acudió a su mente de nuevo. Durante la última semana, no se le había ocurrido preguntarlo ya que apenas sí se habían dirigido unas palabras entre ellos por miedo a que la serpiente-dragón se hubiese recuperado y anduviese tras su pista; pero ahora ya no había razones para continuar posponiéndolo.

-Decidme, Yin… ¿Cómo lograsteis encontrarme en medio del bosque? ¿Realmente pudisteis rastrearme? Porque al entrar en el río, pensé que toda evidencia de mi paso se habría…

El muchacho pareció sorprenderse ante la pregunta. Luego de pensar durante unos instantes, sonrió y dijo:

-Fuisteis vos quien me mostrasteis el camino.

La joven hechicera se sonrojó.

-Y… yo… ¿Cómo…?

Yin, sin más, alzó el brazo derecho. Al caer la holgada manga del manto que el muchacho se había confeccionado a partir de una hoja para sustituir a su chamuscada chaqueta, ahora algo reseca y amarillenta, se reveló una fina pulsera trenzada de color verde azulado cuyas puntas terminaban en dos abultados nudos.

Áshelayd se sintió realmente estúpida. Al llevar su propia pulsera carmesí escondida bajo la muñequera del mismo color, se había olvidado de ella por completo.

La situación se le antojó tan absurda que comenzó a reír con ganas, hasta el punto de llegar a contagiar a su acompañante; quien poseía una risa realmente reconfortante.

Al ver la expresión del muchacho, Áshelayd dejó de sonreír de inmediato. Toda la hostilidad que solía acompañar a los ojos de Yin había desaparecido; y había sido reemplazada por una calidez desconocida. Aunque él también había parado de reír, la nueva luz de sus ojos no se había esfumado.

Ambos se habían detenido. La muchacha ya no veía nada más que los claros irises de su acompañante. El

corazón le latía con fuerza y una extraña sensación, como burbujeante, la oprimía desde el estómago.

Al ver que Yin alzaba un brazo, Áshelayd no resistió más y se acercó a él, con la intención de abrazarlo.

-Fijaos, hemos llegado.

Cambiando la trayectoria en el último momento, la muchacha le limpió del hombro una pelusa inexistente para, luego, intentando que no se le notase lo encendido de las mejillas, darse la vuelta y mirar con detenimiento al lugar en cuestión.

Luego del golpe de agua fría que había resultado la escena anterior, a la joven hechicera le interesaba muy poco lo que pudiese haber a su espalda; sin embargo, aún con todo, lo que se encontró la hubiese dejado, cuanto menos, decepcionada.

Un oscuro hueco en la roca parecía llevar a una cueva húmeda y desagradable.

-Estaréis de broma…

-¿Por qué lo decís? ¿Acaso no sabíais que los vampiros viven en…?

De pronto, las pupilas del Yajin´e se dilataron y todo su cuerpo se puso en tensión.

El muchacho se dio la vuelta y llevó la mano a la espada mientras, al tiempo que tragaba saliva de forma ruidosa, una gota de sudor brotaba de su frente y le resbalaba por la sien.

-¿Es la serp…?

-¡SILENCIO!

Áshelayd dio un paso hacia atrás. En contraposición a la afable personalidad de la que el mercenario había hecho gala hacía tan solo unos instantes, ahora su rostro

era la viva imagen de la desesperación y fiereza de un animal acorralado.

-Fíjate por donde… Tenías razón, Garned…

-¿Qué te creías, idiota…? Mi vista es mucho mejor que la tuya.

-Jajajaja… Sí, claro… Tú sigue soñando con eso y, quizás, se convierta en realidad.

Ambas figuras se detuvieron frente a los muchachos. Los dos hombres vestían, cada uno, una túnica cerrada con una faja negra, de manga ancha y tono oscuro. El más joven de ellos llevaba unas altas solapas de color amarillo que salían del cuello de la túnica mientras que, las del mayor y más alto, eran azules. El pelo del que aparentaba menor edad era castaño; lo llevaba de punta y recogido con una coleta en la nuca. Aquel a quien habían llamado Garned, de cabello largo y negro, peinado con raya al medio, y el flequillo cayéndole a ambos lados del ancho rostro, lucía también un recogido similar. En realidad, dejando a un lado la ropa y el peinado, lo único que los hombres parecían tener en común resultaban ser unos ojos brillantes, cuyas áureas pupilas servían como vórtice a sendos torbellinos de luz vaporosa que convergían en ellos.

-Nos has dado muchos problemas, Capitán…

-Sí… no sabes lo difícil que ha sido dar contigo, chaval…

-Disculpa, Lanjy, pero juraría que estaba hablando yo…

-Está bien, está bien… habla tú, ególatra.

-Psé. Me lo dice la humildad personificada… Pero no importa. Después de tanto buscar, por fin te hemos en-

contrado. Parece que realmente sí seguías vivo… Pero no se puede escapar eternamente de la ira de los dioses.

-Vosotros no sois dioses… -Yin, con la frente empapada en sudor y los dientes apretados, seguía tenso y con la mano en la empuñadura.- Si lo fueseis, no habríais fallado la primera vez.

-Tranquilo, chico… No te tengas tan creído lo de haber escapado. Si bien tu táctica fue magnífica, lo cierto es que no eres rival contra nosotros. Lo más de lo que puedes estar orgulloso es de haber huido la primera vez… ¿Por qué no te rindes?

-Yo no me rendiré… Porque yo no voy a perder.

-Eso es lo que más me ha gustado siempre de ti, Capitán… has hecho tuya la filosofía de los de tu clase… incluso has aceptado nuestra superioridad y acatado las órdenes sin chistar durante todos estos años…

-¿Y entonces por qué habéis intentado matarme?

-Solo el rey lo sabe con seguridad, hijo… pero de todos modos no tenemos por qué decirte nada.

Ambos hombres comenzaron a andar en dirección al muchacho de nuevo. Sacaron sus sables, similares al de Yin, uno con la empuñadura esmaltada en cian y, el otro, en ocre.

Garned se dirigió de nuevo al tenso muchacho:

-Finalmente, ha llegado tu hora… Este día será recordado desde hoy como el fin de una leyenda; la desaparición de uno de los más grandes; la caída de un mito… el fallecimiento del mayor guerrero de Aranae: La muerte de Hai “Obagashy”.

LI - *LA MUERTE DE HAI "OBAGASHY"*

El infame archipiélago Hane estaba constituido por un conjunto de islas situado al noroeste de la península; formando la oreja derecha de la "cabeza de caballo".

Cada una de las islas estaba interconectada, entre sus hermanas y la costa, gracias a un gran número de puentes diseñados, siglos atrás, por el famoso arquitecto Ômino Hasslyn; quien también se había encargado de la primitiva estructura colgante que permitía cruzar el gran cañón, la cual ya había sido restaurada y mejorada en numerosas ocasiones a lo largo de los años.

En las bastas y ricas extensiones de cada una de las islas, plagadas de enormes y antiguos bosques, allí donde moraban tales monstruos que la vida humana parecía del todo imposible, habitaba una orgullosa raza que vivía en las ciudades colgantes, quienes, encaramadas a las copas de los árboles, evitaban la vista de los extraños.

Tres comunidades destacaban entre los demás asentamientos: Siae, la ciudad más antigua; Aranae, la más grande; y Dain´ae, la capital.

En Aranae, centro neurálgico de la mayor fuente de riqueza del micro país no reconocido, un pequeño corría entre los troncos, emocionado, gritando a viva voz las nuevas noticias a todo aquel que quisiese (o no) oír su mensaje.

-¡HA VUELTOOOO! ¡EL CAPITÁN HA VUELTOOO!

A pesar de no tener más de diez años, el muchacho podía saltar de rama en rama con suma facilidad, sin demostrar el más mínimo temor ante la caída de varios

cientos de metros que separaba a las casas colgantes de las raíces de los árboles; al tiempo que seguía anunciando la llegada del héroe de la ciudad.

A medida que el joven anunciante pasaba, todos los habitantes de las copas colindantes salían de sus hogares, emocionados, con la esperanza de ver llegar al tan famoso como esquivo Capitán de las fuerzas especiales.

-Pero Sain, se suponía que la misión consistía en derrotar a un pequeño ejército del Desierto Blanco que se revelaba contra su gobierno… Y no pudimos mandar a nadie más que a Hai para apoyar a sus mermadas tropas.

El joven, emocionado, se había detenido en la entrada de la morada del anciano que le había preguntado, incapaz de resistirse a la oportunidad de alabar a su ídolo.

-Lo sé ¿No es fantástico? Seguro que acabó con todos en un santia…

Antes de que el chiquillo terminase la frase, una fuerte ovación llenó el ambiente. Aunque las numerosas viviendas de la ciudad se veían dispersas, un gran grupo de habitantes se había reunido en torno al camino que el Capitán solía utilizar para volver a su casa.

Cuando se voltearon para mirar, el joven y el anciano acertaron a atisbar, durante unas décimas de segundo, una mancha negra que, por un instante, pareció mirar hacia ellos y, según le pareció al niño, decidió guiñarles un ojo.

Ignorando los gritos de júbilo, la figura enmascarada prosiguió con su carrera hasta llegar a una sobria casa en la que entró sin problemas. Siempre dejaba la puerta abierta, aunque se fuese de viaje, al igual que los

demás vecinos… En su sociedad no había ladrones, pues nadie sufría necesidades; del mismo modo que nadie se veía desempleado. Todos tenían un cometido que cumplir y todos veían recompensados sus esfuerzos de forma proporcional al mismo. En cualquier caso, a él no le interesaban la riqueza o la opulencia. Su única ambición era la fuerza que obtenía a cada combate; el poder que lo ponía, cada vez, más cerca de su objetivo: ser el hombre más fuerte del mundo. El porqué de su sueño era algo que solo a atenía a dos personas… y, desde luego, por su parte, él no tenía pensado comentarlo con nadie.

Una vez hubo entrado en la habitación, el muchacho bajó su elástica máscara bucal y se sacó el pañuelo reforzado con placas de acero de la cabeza; dejando al aire una cabellera rojiza que voló, libre, en cuanto se hubo deshecho la coleta.

Cansado a causa del viaje, el Capitán de las fuerzas especiales se libró a toda prisa de las pesadas piezas independientes de acero que protegían sus brazos y hombros, corazón, muslos y espinillas; aunque se dejó la camisa azul de malla irrompible, pues le resultaba cómoda y apenas pesaba. Al irse a sentar se percató de que llevaba los pantalones plagados de unas nauseabundas manchas de sangre a medio cuajar, así que fue hasta el armario y cogió el kimono rojo que solía utilizar en los acontecimientos que requerían de un vestuario elegante. En poco tiempo tendría lugar la celebración anual que festejaba la llegada de la época de caída de las hojas, la cual acababa de comenzar hacía apenas una semana. Se probó la ropa de gala y sonrió, ante el espejo. Era un kimono barato, sin nada en especial, absolu-

tamente impropio de su rango, pero a él le gustaba. El rojo era su color favorito, el que más lo definía; pues no había mucha gente con su mismo cabello, así que lo utilizaba en cuanto le era posible, como podía adivinarse al ver el esmaltado de su espada; por lo que decidió dejárselo puesto. Ya habría tiempo para lavarlo.

Aunque el cansancio casi lo había vencido y el sueño era evidente en su expresión, Hai era un excelente guerrero y no solía ignorar los procedimientos básicos de limpieza y mantenimiento del equipo.

Cogiendo su desgastada bolsa de cuero, comenzó a hacer inventario y a reponer material. Llenó de nuevo el bolsillo de dinero, metió varios metros de fuerte cuerda trenzada, hebra invisible de araña joven, algo de polvo de fuego, extracto de plantas somníferas, papel y sacó los yônbai de reserva que no había utilizado, pues debía limpiarlos igualmente.

Una vez hubo terminado de afilar sus armas, las guardó en la bolsa, al igual que la camisa, pues no se sentía con fuerzas para echarla a lavar en la pila junto al resto de la ropa negra. Por el mismo motivo, dejó las herramientas de mantenimiento sujetas en el interior de la faja amarilla y se recostó, con la intención de echar un sueño reparador, en el acolchado asiento. El descanso no duraría mucho.

El joven apenas había tenido tiempo de cerrar los ojos… ¿O acaso acababa de despertar luego de varias horas de sueño? El agotamiento físico y mental lo incapacitaban para discernir lo que había ocurrido, pero su instinto le gritaba que no debía sucumbir al sueño por mucho que sus enrojecidos ojos le estuviesen suplicando

que bajase aquellos párpados tan terriblemente pesados.

El Yajin´e, prudente, lanzó un rápido vistazo a la habitación antes de moverse. Todas sus armas se encontraban a mano, donde las había dejado; por lo que, de ser necesario, podría desenvainar y cortar la cabeza a uno de los posibles asaltantes. Luego, no tendría más que… El muchacho maldijo su estupidez. Había vuelto a Aranae ese mismo día. Ya no se encontraba en el desierto blanco, acosado por los numerosos enemigos… la persecución había terminado. Había acabado con todos… nadie quería matarlo en su ciudad natal.

Hai abrió los ojos y se levantó, estirando los brazos, con intención de saludar cortésmente a quien fuera que lo hubiese visitado y decirle, con toda la amabilidad posible, que volviese en otra ocasión; pues estaba agotado.

-Buenos días, “Obagashy”.

El muchacho no esperaba encontrarse con esas dos personas en concreto; por lo que tardó en reaccionar todavía más de lo que, de por sí, le hubiesen permitido sus sobrecargados reflejos.

-Pareces cansado, Capitán. Por favor, relájate; solo hemos venido a hacerte un par de preguntas.

-Vos… vos diréis, mis señores.

Hai se arrodilló ante los dos hombres, quienes vestían sendas túnicas oscuras, y cuyos ojos resplandecían con un fantasmagórico y etéreo fulgor áureo.

-Tranquilo, Hai “Obagashy”… Cuanto más rápido respondas, antes nos iremos. Bien… Hemos oído “cosas” sobre ti… Se rumorea que tienes un poder muy… digamos… “especial”.

-En efecto, soy uno de los guerreros más hábiles y poderosos de Aranae y, debido a ello, me fue concedido el honroso cargo de…

-Lo cierto es que no nos referimos a eso, muchacho.

-Por favor, Garned, no seas así con el chico… A lo que se refiere mi brusco amigo, Capitán, es a que nosotros no estamos hablando sobre las cualidades usuales en uno de los hombres de tu pueblo… sino a, entre muchos otros fenómenos inexplicables, el incidente de hace años, ya sabes, el que te permitió entrar en el escuadrón de los "Oscuros"…

Hai tragó saliva.

-Ya sabéis lo mismo que yo… No recuerdo nada más de lo sucedido en aquel fatídico día de lo que ya tantas veces he contado. Vos, como dioses que sois, debéis saber que lo que os digo es cierto.

-¿Dudas acaso de la divinidad de los "pupilas brillantes", Hai?

El muchacho, al verse la habitación iluminada repentinamente por los vórtices convergentes en los ojos de Lanjy, tropezó con su asiento y volvió a quedar tendido en él.

-No, yo… ¡Por supuesto que no! Solo es que, como es cierto lo que…

-Se acabó. Ya lo has visto, Garned, este enano es demasiado peligroso. Las sospechas de su majestad eran correctas.

-Eso parece… es una lástima que las cosas deban ser así… pero no tenemos opción.

Al joven Yajin´e se le habían erizado todos los pelos del cuerpo. Su respiración se había agitado, sus músculos estaban tensos y, como si acabase de levantarse tras

una larga noche de descanso, su concentración y espíritu combativo habían resurgido; permitiéndole estar pendiente de todo cuanto ocurría en la habitación. Deseaba estar equivocado, pero todo indicaba que…

-Tenemos que matarlo.

De la ancha y larga manga negra de la túnica de Lanjy surgió, de pronto, una mano enguantada cuyo dorso se veía protegido por una placa de acero de la cual surgían tres filos, similares a las garras de algún animal; que se abalanzaron sobre el muchacho.

Hai, haciendo gala de una agilidad inmensa, logró esquivar el certero ataque recibiendo, tan solo, una serie de cortes paralelos superficiales sobre el pecho desnudo.

El pupilas brillantes, sin embargo, parecía haber adivinado, desde el principio, cuál sería la reacción de su adversario; pues había continuado con su movimiento sin detenerse y, al completar la vuelta sobre sí mismo, atravesó de lleno el vientre del muchacho con sus afiladas garras.

A pesar del dolor, Hai logró levantar una pierna y golpear al atacante en la cara con su rodilla para, aprovechando el ataque de risa que Garned había sufrido a causa del patético espectáculo que su confiado compañero había ofrecido, escapar por la ventana con la chaqueta en una mano y, el fardo en que se encontraban sus armas, colocado sobre el hombro no afectado.

El dolor y la pérdida de sangre impedían al Yajin´e fluir entre el follaje con la velocidad y soltura con que solía hacerlo; así que debía encontrar algún modo de detener a sus perseguidores… ¿Pero cómo hacerlo? ¿Cómo detener la ira de un dios? En ese instante, una

idea afloró en la mente del muchacho. Precisamente, la idea que sus enemigos habían intentado evitar esa misma tarde: “¿Y si no eran dioses?”

Repentinamente, el joven guerrero se paró en seco y quedó, sobre una rama, esperando a los dos verdugos. Si no eran seres omnipotentes e inmortales, se los podía vencer.

Garned y Lanjy no tardaron en llegar hasta su posición. Hai se encontraba sobre una de las más gruesas ramas, con dos yônbai en las manos, aparentemente seguro de sus posibilidades de victoria.

-¿Qué ocurre, Capitán…? ¿Has entendido ya lo inútil de tu huída?

-En efecto. Pero no por las razones que vos creéis. –El muchacho se colocó en cuclillas y estiró ambos brazos hacia atrás.- Si realmente sois dioses, huir no me serviría de nada; pues al final, de algún modo, podríais encontrarme. De no serlo, sin embargo, siempre tendré alguna posibilidad de mataros a pesar de vuestros poderes.

Los “pupilas brillantes” no supieron qué hacer durante unos instantes. El desafío del hombre que se había ganado a la fuerza el sobrenombre de “oscuro segador de almas” no era algo a tomar en broma, aún siendo imposible que éste pudiese vencer.

-Si realmente crees que lograrás…

Antes de que Lanjy hubiese terminado la frase, el muchacho saltó hacia ellos enarbolando ambos cuchillos en alto.

Los dos compañeros se apartaron de su trayectoria a gran velocidad; logrando esquivar, por un amplio margen, las armas que el muchacho les había arrojado.

Repentinamente, Garned se percató de que, a su espalda, una serie de ramas habían sido cortadas recientemente.

-¡SALTA LANJY!

Sin un atisbo de duda, ambos saltaron con todas sus fuerzas justo a tiempo de evitar el grueso de sendas explosiones que habían tenido lugar bajo las dos cepas sobre las que habían caído hacía tan solo unos instantes.

-¡Maldito! ¡Nos ha hecho esquivar sus cuchillos para atraernos a las ramas bajo las que había guardado explosivos! ¿Cómo diablos ha…?

-Idiota. Había cortado todas las ramas colindantes para obligarnos a caer allí. La trampa debía haber sido evidente para ti también, Lanjy.

-De acuerdo –El brillo de las pupilas del más joven de los dos comenzó a ganar en intensidad.- A partir de ahora me pondré serio.

Aprovechando la distracción, el muchacho se les había escapado; sin embargo, no tardarían en encontrarlo.

Sentados sobre las frondosas copas amarillentas de un par de árboles especialmente altos, los guerreros vestidos de negro otearon la isla entera, hasta que la ronca voz de Garned advirtió a su compañero.

-Allí.

Dejándose caer de las ramas, ambas figuras desaparecieron entre las alargadas y oscuras sombras del atardecer.

Había sido una apuesta realmente arriesgada pero, luego de ver la velocidad y reacción de sus enemigos, Hai comprendió que, tal y como estaba en ese momen-

to, no podría vencerlos; así que no le había quedado otra opción que escapar.

La única forma de dejar atrás el archipiélago, a falta de un barco, por supuesto, había sido siempre cruzar por los puentes de Hasslyn, pero, a él, acababa de ocurrírsele otra alternativa mucho más rápida… y peligrosa.

Aranae, aunque nunca se había visto obligada a utilizarla, poseía, al igual que las demás ciudades colgantes, un complejo sistema defensivo oculto, conformado por varias protecciones camufladas entre el follaje, basadas en la defensa ofensiva.

Una vez hubo alcanzado su objetivo, el muchacho se apresuró a preparar algunas de las armas; pero sus perseguidores llegaron junto a él en apenas unos segundos.

-Buen intento, Hai, pero inútil de todos modos.

El muchacho dio un golpe a la estaca de madera que tenía a su lado, furioso y frustrado; haciéndola caer de su soporte.

-No te sientas mal, Capitán… Has logrado más de lo que ningún otro habría podido. Puedes estar orgulloso de…

A la desesperada, el joven Yajin´e, con una de las espadas largas y ligeras del expositor en las manos, se lanzó sobre Garned, el menos ágil de los dos debido a su altura; y comenzaron a combatir.

A pesar de la desventaja numérica y la diferencia de fuerzas, Hai resistía el ataque conjunto de los pupilas brillantes; aunque sabía que esto era tan solo porque ellos no se estaban empleando a fondo.

En un último intento, el muchacho golpeó con su pie el estómago de Lanjy y envainó su espada; dispuesto

a utilizar el “Raideren-Hai”; pero el puño de Garned se lo impidió con gran contundencia. El muchacho cayó, agotado, sobre el suelo de madera de la plataforma, con la espada envainada todavía en la mano; mientras los “pupilas brillantes” se acercaban. El filo de la hoja de Lanjy resplandeció con una luminiscencia dorada al rozar el cuello del Capitán de las fuerzas especiales.

-¿Últimas Palabras, Hai “Obagashy”?

El muchacho sonrió.

-…Cero.

Al momento, la plataforma se abrió bajo sus pies, hecha pedazos a causa de una fuerte explosión. Girando todavía en el aire, Hai desenvainó su espada prestada y lanzó el “Unraideren-Hai”, que propagó, al girar, un filo de vacío circular que cortó las cuatro cuerdas de seguridad situadas a su alrededor.

Para cuando cayó sobre la superficie cóncava de madera, el dispositivo ya se había puesto en marcha.

Lanjy, incrédulo, no supo qué hacer al ver cómo el muchacho era lanzado por los aires gracias a la inmensa catapulta; la más grande de la región; que se había disparado al ser cortados sus cuatro cabos simultáneamente luego de ser retirada la estaca de madera que cumplía la función de seguro.

Garned, por su parte, sacó su oscuro arco plegable de entre las ropas, lo tensó y, con una habilidad y precisión superior a la de cualquier otro arquero humano que hubiese habido, atravesó el costado del Yajin´e en pleno vuelo; a pesar de la inmensa distancia y velocidad con que este se movía.

-Vamos, Lanjy. Será una larga caminata nocturna… pero creo que lo hemos atrapado.

-Tranquilízate, compañero. Tenemos tiempo de sobra… vayamos a dormir. Mañana será otro día y no creo que nadie pueda sobrevivir a un ataque como ese.

-Sí, tienes razón. Si no lo mata la flecha, lo hará la caída. Partiremos mañana. Llegaremos a su posición entrada la noche.

LII - *LA TÉCNICA INCOMPLETA*

Áshelayd se sentía completamente perdida ¿Hai "Obagashy"? ¿A qué venía eso de "Hai"? ¿Era otro apodo? En el fondo sabía que no; y eso era lo que más la había dañado y desconcertado.

El misterioso Yin, altivo, distante, pero fuerte protector y buen compañero, le había mentido desde el primer momento. Ahora, ante ella, ya solo podía ver a un muchacho llamado Hai, con el sobrenombre de "Obagashy", a quien no conocía de nada… Y aún así…

La tensión en el ambiente era tal que había espantado a todas las criaturas de las inmediaciones; sumiendo el bosque en el más absoluto silencio. Hai mantenía su posición de combate propicia al golpe de desenvaine, aún sabiendo que éste sería inútil por sí solo contra dos oponentes simultáneos ya que, una vez fuera de la funda de madera reforzada, y asestado el golpe, el atacante se volvía vulnerable durante el tiempo suficiente como para ser alcanzado por el filo enemigo. El "Ishin" resultaría inútil contra cualquier adversario capaz de igualar la velocidad necesaria para ejecutarlo y tampoco se podía confiar en una técnica en dos tiempos por sorpresa contra guerreros de tal calibre. Solo quedaba jugárselo todo en un intento basado en su agilidad y capacidad de continuar la trayectoria una vez completado el primer corte, o ese sería el fin.

Corriendo a la tremenda velocidad que lo caracterizaba, el mercenario logró rodear a sus atacantes, intentando hacerlos pensar que pretendía confundirlos con su imagen residual, para atacarlos por la espalda;

pero ambos se apartaron y desenvainaron en una coreografía perfectamente ejecutada, decididos a ensartar a su presa. Hai, incapaz de detenerse debido al impulso, saltó hacia delante con todas sus fuerzas para evitar el ataque, tras lo cual lanzó varios yônbai a sus espaldas con la intención de evitar ser atacado en el aterrizaje. Apenas hubo llegado al suelo, pudo comprobar que, por desgracia, Garned ya había cortado los hilos que unían su muñeca a los cuchillos.

-No te servirá de nada utilizar este tipo de técnicas con nosotros, Capitán... Conocemos todos los trucos y tácticas que te han enseñado; así como el mejor método para desbaratarlos. Nadie de tu nivel podría vencernos jamás.

-No anticipéis acontecimientos. Quizás os sorprenda lo que he llegado a aprender sin necesidad de maestro.

Con la espada envainada, en horizontal frente a su rostro, sostenida por ambas manos, el joven se colocó de cuclillas y estiró al máximo la pierna izquierda hacia atrás; quedando su cuerpo estirado a muy baja altura.

-¿Eso es…? ¡Cuidado Lanjy!

-¿Por qué, idiota? él no puede hacer un solo movimiento sin que…

Repentinamente, el “pupilas brillantes” sintió una punzada de dolor en el hombro, al tiempo que una enorme fuerza lo arrastraba y lo hacía caer al suelo, causando un gran restallido de hojas secas; luego de lo cual brotó un prominente chorro de tibio líquido carmesí.

A varios metros, apareció Hai, precedido de dos surcos paralelos de tierra desgarrados en el suelo.

-¡AAARRGGHH! ¡MALDITO…!

-Te avisé, Lanjy… -Garned lucía ahora una pequeña perla de sudor frío en la sien; que se veía contradicha por una expresión de asombro tildada de orgullo ajeno.- …Has dominado el “Hadahibou-Hai” tú solo… No… no puedo creerlo… ¿Dónde…?

Áshelayd, como había empezado a pensar que terminaría siendo costumbre, se veía incapaz de seguir la conversación, aunque, luego de un breve repaso a su conocimiento de la lengua antigua, comprendió que no se trataba de una palabra de significado complicado: “hada/piernas”, “hi/salto”, “bou-modo antiguo de determinar una ínfima fracción del segundo” y “hai/impulso”. Al pensar en la última palabra, la angustia volvió a atenazarla.

-Ahora entiendo que pudiese escapar a mi visión… se movió en un plano temporal anterior al que yo observaba…

-¡Silencio, Lanjy!

-¿Plano temporal?

-¿Qué has hecho, maldito estúpido?

-Oh, cállate ya ¿Quieres? No ha entendido nada…

-Nunca subestimes a un guerrero que domina una técnica como el “Hadahibou-Hai”. Toda ventaja es necesaria contra él.

-¿Quién está siendo el impulsivo hoy, Garned? Recuerda que él no está “preparado” para utilizar esa técnica por mucho que la haya logrado realizar.

El desbocado corazón del más alto de los atacantes se tranquilizó al fin.

-Tienes razón, chico… Por un momento logró asustarme. No tiene nada que hacer contra alguien como nosotros…

Apenas hubo terminado la frase, Garned torció el cuello a un lado y el árbol que había tras él cayó cercenado por un corte limpio.

A cierta distancia de allí, Hai comprendió que había perdido toda ventaja y estaba de nuevo a merced de aquellos autoproclamados dioses, no sin razón; pues acababan de esquivar el ataque más rápido jamás creado para un golpe en desenvaine; que era, a su vez, la disciplina con que mayor velocidad alcanzaba en la ejecución de sus técnicas.

-Reconozco que, como autodidacta, has logrado más de lo que hubiésemos podido llegar a esperar… pero las sorpresas se acaban aquí. La técnica que has utilizado, prohibida entre los de tu pueblo y capaz de acabar con cualquiera de un solo golpe, es inútil contra los dioses… y nos ha acercado todavía más a la victoria. ¿No lo sientes todavía? Acabas de realizar dos tentativas seguidas ¿Puedes levantarte siquiera? –Hai contuvo una mueca de rabia. Garned estaba en lo cierto: Le temblaban las piernas y, de cuclillas como estaba, se sentía incapaz de erguirse de nuevo.- Has sometido a tu cuerpo a un desgaste extremo de energía; no te extrañes de tu situación actual. Tenías dos intentos, por lo que veo, uno para cada enemigo aquí presente, y ambos han fallado… No es muy sorprendente que errases tu tentativa sobre mí, que estaba prevenido, pero ¿Contra Lanjy? ¿Por qué cortarle un hombro y no el brazo o, ya puestos, la cabeza? Porque tú, a diferencia de nosotros, careces de lo más importante a la hora de ejecutar esta técnica.

Acto seguido, ambos guerreros se abalanzaron sobre el indefenso muchacho, quien, incapaz de moverse,

maldijo para sí: “¡Justo ahora que había comprendido su secreto!”

Un resplandor azulado iluminó el claro por unos segundos; dejando un cráter de tierra carbonizada entre los cazadores y su presa.

-¡No voy a dejar que le hagáis daño, cobardes! ¡Luchad dos contra dos!

Al otro lado del mismo, una muchacha aterrada pretendía verse fuerte mientras los apuntaba con una vara que no dejaba de oscilar, a causa de su falta de pulso, asemejándose por ello a la goma.

Luego de unos instantes de incredulidad, los “pupilas brillantes” comenzaron a reír.

-¿Piensas acaso que te podríamos considerar una amenaza? Tu magia nada puede contra nosotros; pues desconoces por completo su naturaleza ¿Me equivoco? Probablemente, si un verdadero hechicero viese lo que acabas de hacer aún teniendo “eso” entre tus manos, se echaría a llorar…

La puya de Garned hirió tanto o más de lo que había pretendido.

-¡No os acerquéis! ¡Idos ya de aquí, o me veré obligada a…!

-¿A qué?

Lanjy, cuya espada comenzó a emanar un brillo dorado, saltó sobre la joven sin darle tiempo a reaccionar y le quitó la vara pateándole el brazo con que la sujetaba. Desarmada y sin tiempo para actuar, Áshelayd tan solo pudo cerrar los ojos para esperar un filo que nunca llegó a impactar contra su objetivo.

Frente a ella, sostenido a duras penas por estar agarrándose a sus hombros, permanecía Hai, temblando de

debilidad, con el arma del enemigo clavada en la espalda; sobresaliendo por su vientre.

LIII - LA IRA DE UNA JOVEN

Durante unos infinitos segundos, la escena pareció haber sido congelada. Tanto la muchacha como los "pupilas brillantes" habían quedado completamente anonadados ante lo que acababa de suceder.

Todavía no repuesto de la sorpresa, Lanjy retiró su espada, ahora carente de todo fulgor, causando un horrible gemido agónico por parte del muchacho; quien vomitó una bocanada de sangre sobre el pecho de Áshelayd justo antes de soltarse de sus hombros y caer al suelo, inerte.

Aún cuando los "pupilas brillantes" habían comenzado a moverse de nuevo, a pesar de que éstos se alejaban del lugar, en lugar de acercarse, como asustados por la incompresibilidad del acto, la muchacha continuó paralizada, mirando al vacío donde, hacía unos segundos, los vidriosos e inexpresivos ojos del Yajin´e se habían encontrado con los suyos. Con paso tembloroso, Lanjy se acercó de nuevo al muchacho y lo volteó de una patada, dejando a la vista su expresión descompuesta y total lividez.

Esta última imagen fue suficiente para desencadenar en cascada los sentimientos reprimidos de la joven. Repentinamente, una refulgente luz cegadora inundó el claro, empujando tanto a los guerreros como a la hechicera, y causando un inmenso cráter hirviente.

Tosiendo, Garned salió del montículo de tierra humeante en que había quedado sepultado, solo para ver una imagen que, por algún motivo, consiguió asustarlo incluso más de lo que su propio rey podía lograr.

Frente a él se alzaba la muchacha, con el vestido tan destrozado como su propia túnica, apuntándolos sin un ápice de duda con la Vara de Rayâ y un destello verde en las pupilas que todos sus instintos reconocían como peligroso.

-¿Cómo osas mancillar con tu sucia espada la sangre de ese hombre…?

A pesar de que el único cambio observable en la muchacha parecía el nuevo brillo de sus ojos, algo en su voz, más segura y con la capacidad de proyectarse en un eco infinito paralizó a Lanjy, quien no lograba quitar ojo al orbe de la vara; que brillaba con una intensidad tal que parecía oscurecer el mismo cielo.

-No te atrevas a amenazarnos, niña estúpida, o…

Con un rápido movimiento del báculo, la muchacha creó una nueva explosión; que esta vez tan solo afectó a los enemigos. Furiosos, los “pupilas brillantes” comprendieron el peligro real que aquella adolescente representaba. Dejarla viva en ese momento, prácticamente equivalía a cavar su propia tumba, sino ante ella en un futuro lejano, ante su rey apenas hubiesen regresado al hogar.

Una simple mirada les sirvió para ponerse de acuerdo. Tras asentir levemente, ambos guerreros se separaron con la intención de rodear a la muchacha. A pesar de su velocidad, ésta pareció prever su estrategia e hizo surgir tras ella una sucesión de enormes enredaderas espinosas; que Garned evitó por bien poco gracias a su asombrosa capacidad de anticipación.

Quedándoles tan solo un flanco por el que atacar, con el mismo ánimo de rendirse que había tenido Yin hasta entonces, los guerreros se precipitaron contra la

cabeza de la joven, al tiempo que hacían brillar las hojas de sus espadas con un resplandor dorado y zafíreo respectivamente.

El momento en que su actuación hizo a Áshelayd recordar al joven que yacía ahora muerto en algún lugar del cráter humeante, originó una nueva explosión de energía; que absorbió a los tres en el instante en que las espadas y la vara entrechocaron, despidiendo los cuerpos a gran velocidad y levantando la tierra de nuevo.

Aún con todo lo que habían sufrido, los autoproclamados dioses no tardaron en levantarse; mientras que Áshelayd, quien jamás había manejado tales poderes, permanecía todavía inconsciente y semienterrada, a varios metros de donde la vara continuaba brillando y vibrando, furiosa, a pesar de permanecer clavada en el suelo sin verse atada a ningún ser vivo que le proporcionase energía alguna que amplificar.

-Ha sido… no se… lo más extraño que…

-¿Lanjy el bocazas se queda sin palabras?

-Intenta describirlo tú si puedes, amigo…

Incapaz de aceptar el reto, Garned se acercó, cojeando, hacia donde reposaba la joven inconsciente y levantó el brazo. Esta vez la espada no resplandeció.

-Púdrete en este mismo suelo maldito, perra…

Antes de que su filo lograse caer, una nueva energía se lo impidió… En esta ocasión, se trataba de una fuerza que conocía bien y, al mismo tiempo, se le antojaba diferente.

Al voltearse, comprobó que su compañero había tenido el mismo sentimiento de mal agüero. Ambos se acercaron con prudencia al montículo de tierra cuyos granos comenzaban a caer, movidos por algún fenó-

meno que parecía inmunizarlos a la gravedad durante unos segundos.

Antes de lograr hacerse una idea firme de cómo diablos podía estar ocurriendo algo así bajo el montículo, éste estalló, causando que se pusiesen de nuevo en guardia y moviesen sus brillantes espadas en una coreografía mil veces ensayada, tras lo cual, habiendo terminado el mandoble, Hai cayó al suelo, inerte, a varios metros de sus espaldas, con una horrible herida cruzada de lado a lado en el pecho. Esta vez, ya no se levantó.

LIV - EL ÚLTIMO ATAQUE

Todo resultaba terriblemente confuso. Era casi como tener el cuerpo dormido, pero, al mismo tiempo, sentir una agobiante opresión en el pecho.

Respirar requería de unas energías que no tenía. Abrir los ojos parecía un acto imposible. ¿Qué unía todavía su consciencia al mundo real? ¿Acaso existía todavía? ¿Era eso la muerte, o todavía debía ocurrir algo más…?

Súbitamente, la respuesta llegó en forma de luz abrasadora, que lo precipitó contra la copa de un árbol donde, mecido suavemente, y relajado por el hogareño aroma de las hojas secas, el malherido muchacho perdió la consciencia de nuevo.

¿Cuántas veces había intentado despertar? ¿Qué era ese absurdo sueño plagado de pequeñas luces malignas y sombras aterradoras que se cernían sobre él? Una nueva detonación lo hizo caer de la rama en que se encontraba; sepultándolo en la tierra. Finalmente, había logrado abrir los ojos, pero de poco le serviría, seguramente, bajo aquel asfixiante manto de polvo arcilloso... El muchacho no tardaría en percatarse de su error.

Su propia sorpresa fue tal, que no logró comprender qué le estaba sucediendo hasta que sintió cómo la energía volvía a cada una de sus entumecidas extremidades. Desde la cabeza a la espalda, pasando por el pecho, hasta las puntas de los dedos, el Yajin´e se sintió revitalizado; como si la herida jamás hubiese tenido lugar. La tierra que permanecía ante él no era un problema. Podía ver cada uno de los granos, situados junto a los demás, pero también a los que estaban más atrás; y

a los que permanecían situados detrás de estos, así como a los que quedaban ocultos por los mismos.

Todo en un radio de trescientos sesenta grados, independientemente de estar solapando a otro cuerpo, era captado por su campo de visión. Cada una de las conexiones dentro de los propios granos de tierra, del mismo modo que las uniones constitutivas de los mismos, así como las presentes entre estos componentes cuya existencia jamás hubiese imaginado, eran tan evidentes de forma individual, a primera vista, como en su conjunto; pero esto no era todo. Frente a él se encontraba otro tipo de estructura. Mientras que la tierra en sí permanecía unida por finos filamentos grisáceos, tres formas humanas perfectamente distinguibles, de vivas y continuamente cambiantes conexiones áureas, permanecían en un estado de sepultura similar al suyo. La figura más grande había comenzado a moverse ¿Qué era aquello? Un desfase en la imagen mareó al muchacho. El contorno del cuerpo de Garned parecía vibrar y anunciar cada movimiento con una sombra azulada que precedía a las conexiones doradas… Pronto comprendió lo que estaba sucediendo. No era momento de dudar, ni de su descubrimiento, ni de sus fuerzas restantes. Juntando todo ese maravilloso poder que acababa de inundar su cuerpo y concentrándolo al máximo, Hai saltó de la prisión de tierra, confiando en su cálculo aproximado; embistiendo a los dos “pupilas brillantes”, quienes no tardaron en defenderse, al percatarse de la inesperada amenaza.

Una fracción de tiempo menor que el “bou” bastó para zanjar la batalla.

Si bien la virtud del Hadahibou-Hai era que nadie podía verlo ni, evidentemente, defenderse de él, su defecto era también que el atacante era incapaz de apuntar una vez efectuado el salto. Debía confiar en su cálculo del momento de corte y en que su enemigo fuese incapaz de reaccionar; lo que, en caso contrario a enfrentarse a un "pupilas brillantes", era casi seguro.

Sabiéndolo, ambos guerreros se habían apartado a los lados, aunque todavía ofreciendo un buen blanco a quien pudiese haberlos visto, preparados para el contraataque… sin embargo, había un nuevo factor en la ecuación. Ahora Hai, podía saber, antes de saltar, dónde iban a colocarse.

Luego del recibir aquella fatal herida, ya que, a pesar de haber entrechocado los filos durante un instante, al final las refulgentes espadas enemigas habían logrado horadar su carne, el muchacho cayó al suelo, perdida ya toda la fantástica energía que le había permitido moverse en aquel estado.

Garned y Lanjy, todavía más confusos de lo que ya lo estaban, apenas tuvieron tiempo de mirar hacia atrás antes de que sus brazos derechos se desprendiesen del cuerpo con un horrible sonido de succión, seguido de un brutal derrame de sangre arterial; que terminó por hacerlos caer al suelo, lívidos e impotentes, en cuestión de segundos.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro del muchacho, que sabía perfectamente lo que había logrado a pesar del riesgo corrido.

-Si yo puedo ser tan divino como vosotros… es que, de dioses, no tenéis nada…

Su cabeza quedó enterrada en la tierra durante unos minutos, antes de que una figura tapada por un grueso manto y completamente encapuchada, salvo por una densa rejilla que le permitía ver evitando el paso excesivo de luz, lo cogiese en volandas, soltando un gruñido debido al esfuerzo, para luego llevárselo renqueando al interior del húmedo y desagradable agujero en la roca.

LV - *EL CAMINO DEL ESPÍRITU*

El sonido de las patas almohadilladas del Wikernô al chapotear por el embarrado suelo era el único que podía oírse en aquel tétrico bosque de angostos pasos laberínticos y amenazantes ojos que observaban desde las tinieblas.

Jahí, con los pelos de punta, alzó su puño de nuevo, intentando orientarse, por enésima vez, mediante el destello azulado que emitía gracias a la condensación de su espíritu. Una vez más, los árboles se le asemejaban idénticos entre ellos y cualquier otra marca de referencia, como una roca o tronco caído, era igual de similar y abundante.

Decidido a no rendirse, el muchacho de la gorra carmesí espoleó al raptor que había cazado para mayor comodidad a la hora de bajar de los escarpados picos y siguió de nuevo el cauce del río en que se había perdido el rastro de su presa.

No podía asegurar que se encontrase allí mediante señales visibles en el suelo; pero una repentina perturbación en la esfera aural de su puño, unos segundos atrás, le había indicado que algo poderoso acababa de ocurrir hacia el sur. Merecía la pena, careciendo como carecía de cualquier otra pista, comprobar lo que había sido.

El poco tiempo que había permanecido en aquel bosque mágico le había recordado dolorosamente a sus años de juventud, Junto a Inowake y el maestro Al-Waë. Un fuerte sentimiento de culpa oprimió su corazón durante unos segundos. La remembranza de todo el sufri-

miento por el que su mentor había tenido que pasar por su causa, así como la airada discusión que lo había separado del maestro, solían perturbar su sueño casi todas las noches… Pero ese no era momento de auto compadecerse. Todo cuanto había sufrido en la vida lo había fortalecido hasta convertirlo en un hombre más poderoso que cualquier otro.

Mientras pensaba en ello, Jahí se llevó la mano a una de sus cicatrices de forma inconsciente y se prometió a sí mismo que, si bien había sido un fracasado hasta ahora, las cosas empezarían a cambiar.

-Ser un desgraciado en la cuna no me privará del entierro de un rey…

LVI - FULLRHÉN, DE OFICIO, CRÉDULO

Muy lejos del castillo de la familia real, y habiendo abandonado incluso la protección brindada por las indestructibles barreras endianas, dos figuras encapuchadas caminaban lentamente por el puerto.

El "Carubillo Volador" continuaba retrasando su llegada por motivos desconocidos, debido a lo cual, los muelles se veían desiertos la mayor parte del tiempo. Las tabernas, que en un principio habían visto un incremento importante en sus ingresos, comenzaban también a decaer puesto que, por mucho tiempo que pasasen allí los marineros, si estos carecían de dinero que gastar, el negocio se iba a pique igualmente.

-Entonces, una vez encontrado el "Creador de vientos", podremos partir a Nhüria ¿Verdad?

-No es tan fácil… -La figura de menor estatura, quien, a pesar de ir agarrada a las faldas de la más alta, conservaba un deje de autoridad en la voz, continuó con su explicación una vez hubo pasado de largo el viejo lobo de mar que, canturreando una triste melodía, volvía a casa sin nada que llevarse a la boca de nuevo.- …Para que el "Creador de vientos" nos lleve al otro continente, deberemos utilizar, al menos, dos condensaciones de viento.

-¿Y dónde se supone que vamos a encontrar cristales de magia en este puerto? Éstos son utilizados en el sur. No es fácil encontrarlos aquí, donde la magia directa está mucho más desarrollada y no los precisamos del mismo modo. Puede que hayamos tenido a uno de los

mayores alquimistas de todos los tiempos… pero en cuanto a la práctica generalizada de dicha disciplina, andamos muy por detrás de ellos.

-Bueno, de haber cristales de viento por aquí, el mercado negro del puerto es el único punto de la ciudad en que podríamos hallar alguno ¿No crees? En cualquier caso, el ex-comandante Fullrhén, retirado hace años, vive por aquí cerca. Seguro que él nos ayudará.

-¿Ex-comandante? ¡Estáis loca! No podemos relacionarnos con nadie que responda ante Edwäh o nos encontrarán.

-Tranquila, Yarlita, que el viejo Fullrhén odia con toda su alma a mi padre, debido a su repentina sustitución… Pero a mí siempre me ha tenido mucho cariño, porque yo lo apoyé y creí su historia.

-¿Y por qué lo destituyeron del cargo de forma anticipada…? ¿Insubordinación, quizás?

-Bueno… técnicamente, por demencia…

La muchacha se llevó las manos a la cabeza. Tanto esfuerzo por encontrar a un loco… que ya debía serlo en grado sumo, para haber tenido que ser sustituido debido a las órdenes de un verdadero trastornado como Edwäh.

Bien pensado, se le ocurrió, "quien a un loco le parece un demente, debe estar cuerdo…"

-¿Entonces no está realmente loco?

-Es un hombre bastante excéntrico, para qué te lo voy a negar, pero loco, lo que se dice loco… vale, puede que un poquito, pero básicamente es exceso de imaginación… yo no creo que la sal del mar se le haya subido a la cabeza, como decían tantos a sus espaldas. En mi opinión, simplemente, le cuesta diferenciar una buena

historia de la realidad y, cuando a alguien así le ocurre algo fantástico, nadie lo cree.

-Pues esperemos que se crea la nuestra porque, si no, vamos listas…

La vieja y destartalada casa que se alzaba frente al mar, antaño erguida y orgullosa, ahora medio escorada y del todo podrida, permanecía situada, en solitario, al final del puerto; donde ya nadie más había mantenido su vivienda luego del ataque sufrido por la zona ocho años atrás. Fullrhén, por su parte, había continuado con su rutina a pesar de los graves desperfectos que su vivienda había recibido. Quién le habría podido decir que, luego de casi seis años de total aislamiento social, recibiría una visita lo suficientemente interesante como para hacerlo olvidarse de rehacer su puzzle en blanco por milésima vez.

Al oír el crujido de su puerta, junto al sonido metálico de la aldaba al desprenderse de ésta y caer contra el suelo, seguido de leves murmullos nerviosos, el ex-comandante de las flotas de ataque con mayor índice de victorias en batalla, se levantó inmediatamente del mohoso sillón y bajó las escaleras, sable en mano, de un modo increíblemente silencioso a pesar de los crujidos de las tablas sueltas, tras lo cual, comenzó a murmurar repetidas veces “diablillo transgresor, protege a tu señor” hasta que un leve haz de luz, que pronto aumentó de tamaño, delató la apertura de una puerta a la que nadie había llamado desde hacía demasiado tiempo como para que el viejo lobo de mar pudiese sentirse tranquilo. De pronto, lo vio todo claro. Los asaltantes vestían túnicas marrones y tapaban sus rostros con capuchas ¡Eran cadrelicios! Sin dudarlo, con los ojos verdes en-

cendidos de pura furia desmedida, el ex-oficial de las fuerzas navales, de más de cincuenta años, olvidó todos sus dolores y saltó, mientras enarbolaba el sable sobre su cabeza, al grito de "¡Por la hidra de Jûhi!".

Por suerte para las dos muchachas, el suelo reblandecido cedió ante el envite y la pierna de Fullrhén se hundió hasta el fondo, haciéndolo perder el equilibrio y causándole un doloroso golpe en la cabeza contra la puerta a medio cerrar.

Cuando el comandante retirado recobró la consciencia, se encontró con unos preciosos ojos, del color de la miel, que lo observaban con la preocupación impresa en su inocente aunque inteligente mirada.

-¿Cómo os encontráis, comandante…? ¿Os duele mucho? No sabéis cuánto sentimos que…

-¿Princesa? ¿Sois vos la princesa Ahína? –El extravagante marinero se levantó de inmediato y, tambaleándose a causa de la contusión en la cabeza, se arrodilló ante la más joven de las visitantes.- No tenéis idea de cuánto he esperado este momento… Por fin las sirenas han concedido mi deseo ¡Sabía que llenando los calcetines con tripas de atún lograría que se cumpliese! Bien ¿Cuándo me reincorporo al servicio activo? ¿Me darán algún ascenso compensatorio? Bueno, eso ya no creo, porque al final la cataplasma se echó a perder…

Yarlai contemplaba, entre apenada y divertida, las muecas con que su amiga intentaba expresar que las sospechas del hombre de escaso cabello gris y largo mostacho no eran del todo acertadas.

-Lo lamento mucho, Fullrhén, pero no vengo por ningún asunto oficial… -El anciano sonrió e hizo una despreocupada mueca, quitándole importancia a la confe-

sión; como si siempre hubiese sabido que la visita no tenía que ver en absoluto con su readmisión.- Sin embargo, me tomaría vuestra ayuda como una deuda personal que, os aseguro, de salir todo como hemos planeado, os será saldada con creces.

-Tranquilizaos, princesa…- El enjuto lobo de mar se levantó sobre el improvisado lecho, constituido por un par de largos cojines, en que lo habían tratado y estiró la espalda. Realizó un par de movimientos con la pierna que se le había hundido, con la intención de comprobar que no se hubiese visto dañada, para, sin previo aviso, cambiar su expresión por completo, de una torva mirada senil, a un semblante serio y marcial.- Si queréis partir antes de que los hombres de vuestro padre aparezcan, os recomiendo que nos pongamos en marcha cuanto antes. El “Creador de vientos” está bien escondido, aunque no lo suficiente. Tú, la morena, ve al cofre de mi habitación y trae el saco de piel color celeste mientras yo reúno las armas. Llegaremos a Nhüria antes de lo que pensáis.

LVII - EL CREADOR DE VIENTOS

C aída ya la noche, tres sibilinas sombras reptaban por entre las abombadas tablas que constituían aquella caseta, a pie del mar, en la que su objetivo había permanecido sellado por décadas.

Ayudados por el hechizo de disminución de la gravedad de Yarlai, Ahína y Fullrhén llegaron hasta el techo justo tras ella. Mientras la hechicera descansaba, los otros dos se ocuparon de crear una entrada. Esta vez fue la princesa quien, con una pequeña llama de magia elemental, permitió a sus dos compañeros infiltrarse en la lúgubre estructura.

-¿Y ahora dónde están los cristales?

-Tranquilizaos, sirvienta. Tengo todo lo necesario, vos, simplemente limitaos a cortar los cabos de…

-¡Ahí están!

De la nada, aparecieron seis soldados, espada en mano, formando un círculo a su alrededor.

-¡Por orden directa del rey, la sirvienta Yarlai, así como todo aquel que se haya visto implicado en el rapto de la princesa, quedan arrestados! ¡Deponed vuestras armas y seguidnos a la…!

-Qué vergüenza, soldado… -Varios de los seguidores del rey dieron un paso atrás al comprobar quién había hablado.- Las corazas sucias, los cascos llenos de polvo… ¿Es óxido eso que veo en tu escudo? ¡Intolerable! ¿Qué diablos les ha pasado a las tropas desde que dejé el servicio?

Con el rostro encendido, el anciano sacó de nuevo su sable, de hoja fina, ligera, de excelente labrado; e

hizo volar la espada de uno de los hombres que los amenazaban.

-¡A él!

-¡Probad mi acero, aprendices de mercenario! ¡Dejad que os muerda el filoso metal de mi espada, venida de los mismos avernos abisales clavada en la espalda de Golmhünkur, la ballena mayor del mundo…! ¡Permitid que estos fieros silbidos, hendidos en el viento por mi mano, sean lo último que oigan vuestros indignos oídos; pues mi poder es el de aquellos que han jurado lealtad al dios del mar y se han consagrado a su…!

Repentinamente, Fullrhén cayó sobre sus rodillas, sin aire, para terminar a cuatro patas, agarrándose el pecho con la diestra, mientras seguía asiendo la empuñadura de su arma con su mano izquierda; aunque incapaz de blandirla.

Con el júbilo impreso en sus acalorados rostros, los soldados, quienes para su propia sorpresa habían recibido ya varios cortes y se habían visto obligados a recular hasta una esquina, aprovecharon la oportunidad y saltaron sobre el anciano con los filos apuntando a su espalda.

-¡Debería daros vergüenza!

Un repentino relámpago, de baja intensidad debido a la dispersión, pasó a través de las hojas y lanzó a los agresores atrás a causa de los espasmos.

-¡Nadie nos había dicho que la chica era una hechicera!

-Ese es vuestro problema, chiquillos… no estáis preparados para cualquier eventualidad… –Fullrhén se levantó, apoyado en el hombro de la muchacha.- Si hubieses pasado por una guerra, o por tantas como por las

que yo pasé, no solo no os habríais sorprendido por el ataque de una chiquilla sin experiencia ni intención asesina; sino que habríais soportado con entereza el envite de un anciano acabado contra el que, en cambio, habéis estado a punto de caer. Sois unos…

Antes de que el ex-oficial terminase su sermón, uno de los soldados hizo sonar el silbato que daba señal a los refuerzos, quienes, para dolor y sorpresa del anciano, no se trataban sino de los pescadores del lugar, los cuales, sin trabajo ni sustento, se habían visto obligados a convertirse en fieles perros a las órdenes del rey.

Incapaz de articular palabra a causa de la furia, sintiendo como el pecho volvía a inundársele de un intenso dolor asfixiante, Fullrhén lanzó hacia atrás a la muchacha justo antes de que la red modificada cayese sobre él; inmovilizándolo contra el suelo.

-¡Al agua! ¡Que no escape la sirvienta!

-Un momento ¡Está ahí! ¡Se ha sujetado al ancla!

Los presentes palidecieron ante lo que acababa de decir uno de los inconscientes soldados. El barco que allí se guardaba no se había movido en varios años ¿Cómo podía el ancla permanecer por encima de la superficie, si…?

En apenas un instante, el recinto se hizo añicos. De la nube de polvo y astillas desprendidas, surgió un barco que pareció planear sobre una corriente de aire durante unos instantes para, luego de recortar su silueta contra la luna de menor tamaño, desplegar sus plateadas velas y cortar las olas como si se deslizase por un puente de hielo, hasta desaparecer en la lejanía a una velocidad imposible de igualar por ninguna de las otras embarcaciones del reino.

LVIII - RUMBO A NHÜRIA

Los cálidos rayos del sol matutino incidían directamente sobre el demacrado rostro del anciano, quien se vio obligado por ello a abrir los ojos, a pesar de su malestar.

Bajo su cabeza, pudo sentir la áspera tela de esparto perteneciente a una de las capas con las que las muchachas habían ocultado su identidad en su huída. Rápido cómo ningún otro hombre de su edad podía serlo, Fullrhén se levantó y percibió, al instante, aquella maravillosa sensación cuya ausencia tanto lo había atormentado durante los últimos años.

El suelo se mecía al son de las suaves olas, al tiempo que la brisa salada despeinaba su rala cabellera. El graznido de un grupo de gaviotas a la izquierda, acompañado por el súbito impacto de una cresta, que le humedeció el rostro en forma de llovizna, causó demasiada emoción al curtido marino como para poder soportarla sin derramar una lágrima de felicidad.

Habiendo recuperado de pronto las fuerzas e ímpetu de su juventud, el nuevo capitán del navío subió por un cabo con agilidad felina y saltó en frente de ambas muchachas, quienes, todavía dormidas, parecían haber pasado todo la noche intentando hacer funcionar la nave correctamente.

Luego de taparlas con la túnica que le había servido de almohada, el anciano comprendió, con gran sorpresa, el ingenioso método que las pequeñas habían utilizado para mover el barco aún cuando las condensaciones de viento se encontraban todavía en su propia bolsa. Las

marcas de cortes y múltiples arañazos junto a la entrada del depósito de cristales indicaban, sin lugar a dudas, que la princesa y su acompañante habían introducido, a la fuerza, magia del tipo elemental de viento para obligar a la nave a moverse.

Todavía no sabía muy bien cómo lo habían salvado, pero el patrón presente en las magulladuras de su brazo, junto a los borrosos recuerdos que guardaba, parecían señalar hacia alguna explicación basada en la suerte, un ancla enganchándose en una red y una niña morena muy rápida, tanto de brazos como de mente… Pero aquel no era el momento de pensar en esos detalles ¿Quién diablos sabía hacia dónde se habían estado dirigiendo bajo la navegación de unas mocosas que no habían sabido ni el modo correcto de desplegar las velas? Ya se enteraría de lo que había ocurrido cuando las muchachas se despertasen; ahora lo que debía hacer era arreglar el estropicio que éstas habían montado atando cabos con lazadas sin ton ni son, encontrar su compás, astrolabio, el mapa y, por último, introducir un cristal de viento en el depósito.

Con la mirada firme en el horizonte, sintiéndose de pronto más vivo aún, el viejo marino lanzó una profunda carcajada al viento y comenzó a cantar una antigua canción pirata mientras desataba aquellos patéticos nudos que apenas habrían logrado mantener los cordones de unos zapatos bien sujetos.

-Yo dejé mi pueblo
por cumplir mi sueño…
Yo dejé a mi amada
por la botella de ron…

Con mis camaradas
parto rumbo al cielo…
Mas ya no hay consuelo
Para un rufián cómo yo…
Yo no quiero joyas,
no quiero dinero
¿Qué es lo que yo quiero?
¡Pues se llama libertad…!

Acompañada por el sonido de las olas y el viento, la voz del anciano se fue desvaneciendo a medida que el "Creador de Vientos" se alejaba hacia su nuevo rumbo, movido por una fantástica fuerza que le permitía alcanzar velocidades inimaginables.

Una vez se hubieron ido, el mar se quedó otra vez en completo silencio. Un silencio, de hecho, antinatural.

LIX - EL AVANCE CADRELICIO

Hanrram Llohír, comandante en jefe de la cuarta tropa de infantería de montaña del ejército Cadrelicio, abría paso por los peligrosos riscos; asegurándose de que el tercero de los "Hijos Dorados" fuese llevado, por los porteadores, a través de los caminos más seguros.

La fe de Llohír en el dios Cadrelicio no tenía nada que envidiar a la del propio "Hijo Dorado", aunque esto no le suponía un impedimento a la hora de mostrarse disgustado ante la aberrante situación en que se encontraban.

Jamás se había visto antes algo como lo que iba a suceder y él se sentía francamente asqueado por ello a todos los niveles posibles: No quería entrar en contacto con aquellas repugnantes bestias demoníacas; no quería que se uniesen a su causa; no quería exponer a sus hombres a los peligros de esas montañas inexploradas desde hacía décadas y, sobre todo, no quería tener que preocuparse de uno de los mayores cargos de la iglesia Cadrelicia, habiendo un tan alto riesgo de combate ¿Pero qué hacer, si el viaje se había planeado, precisamente, con motivo de que pudiese llevarse a cabo una negociación, por parte del tercero, con quien quisiera que fuese el líder de los diablos?

-Permanecéis muy callado, Llohír.

La hastiada voz del consentido líder espiritual, aguda y nasal, con su característico tono de superioridad, hizo que al comandante se le erizasen los pelos del canoso mostacho.

-Lamento no poder entreteneros como os gustaría, santidad… -Replicó el curtido militar; intentando mantener su tono lo más cercano posible a la burla sin que llegase a serlo.- … mas el camino es difícil y, por muchas de las zonas, impracticable para los porteadores. Mientras os lleven a cuestas…

-Bien, pues proseguid con vuestro cometido.

El comandante, malhumorado, negó con la cabeza cuando el tercero se hubo encerrado de nuevo en su compartimento y escupió al suelo, asqueado. Desde luego que el muy comodón había entendido su comentario… alguien incapaz de mancharse los zapatos por la gloria del dios al que supuestamente representaba, en su opinión, no solo era desmerecedor del cargo, sino de continuar con vida. Por supuesto, a Hanrram jamás se le habría ocurrido proferir tales pensamientos en voz alta pues, si como militar su tendencia ya era la de acatar normas y órdenes de los superiores, siendo éste también uno de los más importantes guías espirituales, no había discusión posible.

-Yendo por esa colina, llegaríamos en unos días, excelencia, pero tal y cómo viajáis, no creo que podamos subirla; así que serán semanas, si insistís en…

-Insisto, insisto.

Ignorando el rugido que se había originado en las profundidades de su vientre, Llohír descargó toda su furia, en forma de mandoble de espada, contra un pequeño árbol que obstruía el camino de los porteadores. Iba a ser un viaje terriblemente agotador… en varios sentidos.

LX - AMARGO DESPERTAR

Un fuerte pinchazo, seguido de otro. Dolor lacerante a lo largo de la sien izquierda. Diversos olores, algunos dulces, otros agrios, sobre los que destacaba el de la sangre, incrementaban todavía más, si era posible, su sensación de náusea y confusión. Una nueva descarga. Había dolido más que las anteriores. De hecho ¿Cuándo habían empezado a doler? ¿Por qué cada vez percibía con mayor agudeza todas aquellas desagradables sensaciones que la rodeaban? ¿Qué diablos le estaba pasando? Y, por descontado…

-¿…Dónde estoy?

-¡Calla, niña, si no quieres que te quede cicatriz… o algo peor!

Una fuerte presa sujetó la cabeza de la muchacha al tiempo que apretaba contra ella una gasa untada en un líquido que, aplicado directamente sobre la herida abierta de su frente, estuvo a punto de causarle un nuevo desmayo debido al intenso escozor.

Exhausta, la joven separó los párpados en cuanto se la hubieron retirado; aunque la borrosa imagen que sus ojos inundados en lágrimas pudieron ofrecerle durante los breves segundos que transcurrieron antes de que aquel hombre repitiese el proceso, resultaron insuficientes para descubrir cualquier dato relevante acerca del lugar en que se encontraba, o la identidad del misterioso sujeto que la estaba torturando.

Incapaz de gritar o quejarse, poco a poco, fue perdiendo la sensibilidad de nuevo. Cada pinchazo resulta-

ba más leve que el anterior; los olores y sonidos se iban difuminando junto a sus propios pensamientos hasta que, finalmente, se vio envuelta por una reconfortante oscuridad.

Todavía no había logrado mover un dedo desde que se había despertado. Al principio, se había visto completamente paralizada y carente de gusto, oído, vista u olfato; pero poco a poco, fue sintiendo cómo un desagradable hormigueo le inundaba el cuerpo, que se negaba a obedecer sus órdenes; lo cual dejó de ser así en el momento en que comenzó a percibir una leve jaqueca que, rápidamente, aumentó en intensidad hasta convertirse en un horrible suplicio; todavía mayor de lo que lo había sido la parálisis anterior.

Al fin era capaz de mover el cuello, aunque el dolor apenas se lo permitía. Los brazos comenzaban a obedecer cada vez de forma más fiel y, junto a ellos, las piernas; pero se encontraba lejos de sentirse bien. Era casi incapaz de respirar, pues su garganta, al igual que la boca, se encontraba completamente seca. Desesperada por tomar un trago de agua, temiendo el efecto de la tos en un cerebro que se estremecía con cada latido de su corazón, la muchacha se aventuró a salir de la cama, a pesar de su inestabilidad.

Mantenerse en pie no resultaba sencillo, pero podía hacerlo. Apenas hubo dado unos pasos hacia la puerta, ésta se abrió. Una mujer obesa vestida de blanco, de cabello negro azabache, se abalanzó hacia ella, gritándole algo mientras la perforaba con un par de grandes ojos

tan rojos como la sangre. Incapaz de soportar la tensión, y débil cómo nunca se había sentido, Áshelayd se dejó atrapar sin ofrecer resistencia y perdió el conocimiento de nuevo.

-…Lo lamento. Es imposible.

-No digáis eso, Marolla. La muchacha es la única que sabe lo que ocurrió. Debemos preguntarle acerca del incidente o, si no…

-¡No me importa! El maese ha dicho que nadie debe molestarla o la herida correría el riesgo de reabrirse.

-Pero Marolla, Hai está…

La mención de ese nombre fue suficiente para que la joven hechicera se recuperase de su aturdimiento y alzase un brazo hacia el lugar del que provenían las voces; intentando llamar la atención de aquellos desconocidos que permanecían en la puerta.

-¿Qué… qué diablos está pasando…?

-¡Mirad, la habéis despertado! ¡Ahora sí que la habéis hecho buena!

El hombre con el que había estado discutiendo la enorme enfermera logró esquivarla de forma ágil, aprovechando su descuido, y se acercó al lecho de Áshelayd.

-Disculpadme, señorita, pero esto es muy importante: ¿Sabéis con qué clase de hoja fue herido el muchacho que se encontraba con vos en el claro?

La situación le resultaba confusa debido al dolor y al mareo. Las voces resonaban a destiempo en cada uno de sus oídos y la imagen que tenía de aquel hombre resultaba borrosa. Tan solo lograba discernir una tez blanca como la porcelana, cubierta en parte por el largo flequillo de pelo negro, peinado con raya a un lado, y la inquisitiva mirada de unos penetrantes ojos rojos.

Temblorosa, la muchacha intentaba evitar fijarse en los caninos del sujeto, pero fue inútil: Unos dientes largos y afilados, de sobresalientes colmillos, delataban la naturaleza del desconocido… Sin embargo ¿No había hablado de Yin hacía unos instantes?

La imagen del mercenario, ensartado por la espada enemiga, justo frente a ella, precariamente sostenido en sus hombros y con la mirada vidriosa, la golpeó como un mazo; causándole un llanto repentino.

-¡Mirad lo que habéis hecho!

La enfermera, luego de tirar al hombre al suelo con un certero golpe de cadera, abrazó a la muchacha y comenzó a susurrarle al oído palabras tranquilizadoras.

-Yo… Lo lamento. De verdad que no quiero haceros sentir mal, pero será mucho peor si no hacéis el esfuerzo de recordar, pues la vida de ese valiente hombre se encuentra en grave peligro.

Aquellas palabras resultaron liberadoras. Dejando de llorar al instante, Áshelayd se incorporó y preguntó, incrédula:

-¿Sigue vivo?

-Bueno, sí… -Todavía en el suelo, el vampiro no parecía saber cómo continuar la frase sin un “pero”.- …El caso es que…

-Quiero verlo.

-Eso no puede ser, niña. Tú descansa, y yo le diré a este energúmeno que te deje en paz, para…

-¡No! –La joven se zafó del abrazo de la vampiresa y saltó de cama, tropezando al instante y cayendo al suelo; llevándose consigo la mesilla en que se encontraban todas sus pertenencias y esparciéndolas por el suelo.-

¡Yin está así por mi culpa! ¡Si no se hubiese puesto delante… él no… yo no…!

El desconocido intentó consolarla al ver cómo las lágrimas acudían nuevamente a sus ojos.

-El mejor modo que tenéis ahora de ayudarlo es contarnos lo que…

-¡No! ¡Quiero verlo!

-¡Pero estáis muy débil y…!

Al sentir cómo la aferraban, viendo que se desvanecía así toda posibilidad de huir, la ira de Áshelayd estalló. Con la Vara de Rayâ en la mano, pues había caído junto a sus demás cosas, sintió repentinamente que la fuerza volvía a sus adormecidos músculos. Sin dudarlo un instante, lanzó una patada demoledora al pecho del vampiro, tal y como Yin le había enseñado, haciéndolo rodar hacia atrás. Luego de agacharse para evitar la presa de la enfermera, la muchacha apoyó sus manos en el suelo y lanzó las piernas hacia los tobillos de Marolla, haciéndola caer de bruces. En un solo movimiento combinado con el anterior, Áshelayd había dado una voltereta que le había permitido quedar sobre la espalda de la oronda vampiresa, en lugar de bajo su tripa; así que se limitó a saltar hacia el hombre, quien, desconcertado, apenas había comenzado a levantarse, para golpearle en la cabeza con el orbe de su vara; dejándolo inconsciente.

Una vez fuera de la habitación, la muchacha se encontró con varios pasillos que se extendían hasta donde no llegaba la luz de las bolas de Leudo, tallados todos ellos en la roca viva con una increíble maestría… pero ese no era el momento de sentirse impresionada. Con el brazo alzado frente a ella, pensó en el Yajin´e con todas

sus fuerzas y los extremos de su pulsera señalaron el camino.

El dolor o la oscuridad eran impedimentos insuficientes como para detenerla. Nutrida de la energía necesaria para moverse, otorgada de algún modo por el arma legendaria que llevaba, la muchacha no tardó mucho en encontrar la habitación que buscaba.

Ya había llegado demasiado lejos como para detenerse, pero, si había algo que no quería, era perjudicar al muchacho entrando en medio de una operación de urgencia; lo que la hizo dudar unos instantes frente a la puerta.

-Pasa. No le estoy tratando aún.

Casi tan confusa como furiosa ante esta inesperada información, la muchacha abrió la puerta y se lanzó hacia delante, ignorando la figura que reposaba sentada a su izquierda (a la que ya tendría tiempo de amenazar, de no ver comenzada la operación de inmediato), para reunirse con su compañero.

A escasa distancia de su objetivo, un contundente golpe en el estómago la detuvo. De rodillas, boqueando y sintiéndose cada vez más débil, debido a la súbita pérdida de la vara, la muchacha tan solo pudo vislumbrar durante unos instantes la pálida imagen del muchacho pelirrojo, quien reposaba tendido sobre una mesa de operaciones, con el pecho tapado por alguna extraña clase de tela, antes de perder de nuevo el conocimiento.

LXI - *INOPERABLE*

La estancia era cálida, luminosa y, pese al desorden, confortable. Sin embargo, Áshelayd no podría haberse sentido más incómoda.

Dejando a un lado el profundo dolor físico y emocional que sufría, y que se había propuesto ignorar, era incapaz de soportar la actitud de aquel extraño sujeto que, frente a ella, se dedicaba a comer galletas de gunna mientras ojeaba unos grabados pornográficos entre risitas.

Había despertado hacía más de una hora y, a pesar de los múltiples gritos que había proferido, aquel hombre no se había dignado a mirar para ella. De por sí, esa situación la habría sacado de quicio, pero lo que más le molestaba ahora era que ese maleducado, sin lugar a dudas, era el doctor que la había atendido; así como el hombre que se negaba a curar a Yin.

Se trataba, para su sorpresa, de un anciano demonio, que parecía superar el centenar de años. Su piel cobalto se veía surcada por profundas y numerosas arrugas, a excepción de su increíblemente larga nariz, de más de diez centímetros, sobre la que se sostenían unas pequeñas gafas que no paraba de ajustarse para poder observar mejor los sugerentes dibujos. A pesar de su edad, poseía un pelo fuerte, largo y abundante; que resultaba indiscernible de su larga barba, también de color blanco, que al andar rozaba el suelo debido a su corta estatura. Áshelayd había calculado que el delgado sujeto, de dedos largos y huesudos, apenas le habría llegado a la cadera de haber estado ambos de pié.

-¡Oh, parece que ya has despertado!

La joven hechicera lo fulminó con la más iracunda de sus miradas.

-¡Pues claro que estoy despierta! ¿Acaso estás sordo, maldito…?

-Espera un momento, voy a sacarte el collarín que, si no, no entenderé nada…

Frente a la atónita mirada de la muchacha, el anciano desabrochó la hebilla de una correa de cuero violeta que le rodeaba el cuello, tras lo cual giró tres veces la moneda dorada que colgaba de él; tornando su color en un gris mate.

-¿Pero qué…? –Ya habría ocasión de preguntar por ese extraño artefacto, se recordó; ahora lo importante era ayudar a su guardaespaldas.- ¿Dónde está mi…?

-Ah, claro, no tienes idea de para qué sirve… -El misterioso doctor, quien parecía muy orgulloso del objeto, había ignorado por completo la segunda pregunta de la muchacha; dando por comenzada su explicación.- Esto es el “recuerdafrases”, uno de mis más recientes inventos: te lo colocas en el cuello, grabas un mensaje y éste puede ser escuchado por el destinatario, girando el resorte a la derecha. Si lo giras a la izquierda, borras el mensaje anterior y lo puedes volver a utilizar… otra ventaja es que, si alguien está roncando, se lo puedes poner y dejará de molestarte; pues mientras lo lleves puesto, nadie podrá oír nada de lo que digas.

La muchacha, intentando no parecer demasiado avergonzada ante el “hipotético ejemplo” que le acababan de sugerir, se centró de nuevo en el tema que le interesaba.

-Por favor, necesito ver a mi compañero para saber qué tal está… ¿Está bien? ¿Se va a morir? ¿Por qué no lo estáis ayudando? ¿Acaso sus heridas no eran tan graves como las mías?

El semblante del inventor se oscureció de pronto y, luego de un largo suspiro, la miró con una seriedad que no había divisado anteriormente en sus curiosos ojos.

-Sus heridas eran… y son, muchísimo más graves que las vuestras, jovencita.

Áshelayd sintió que el corazón le daba un vuelco y su estómago empezaba a hervir de ira una vez más.

-¡Y ENTONCES POR QUÉ NO LO AYUDÁIS!

-¡PORQUE NO PUEDO!

El anciano, para evitar la triste mirada de la muchacha, había dirigido sus ojos hacia un par de arrugadas y temblorosas manos; que no hicieron sino recordarle su propia debilidad ante la muerte.

-Hay muchas cosas que yo puedo hacer, jovencita… cosas increíbles, inexplicables para algunos, aunque siempre basadas en mi conocimiento alquímico… Me temo que debo daros malas noticias, y no me gusta jugar, mientras algo serio está ocurriendo; así que os seré franco acerca del estado de vuestro amigo y las opciones que tenemos. He ganado muchas batallas: Contra la vejez, contra el aspecto exterior, contra la espada, contra la magia… mas en mi guerra contra la muerte, los resultados son parejos. Hay veces que ni mis pócimas ni mi bisturí pueden ayudar a alguien mejor que el reposo. Puede que no me creáis, pero hay ocasiones en que una operación de urgencia mata al paciente, mientras que, una intervención realizada luego de varias horas de descanso, aumenta las probabilidades de salvarlo.

Frente a la muchacha, ya no se encontraba aquel viejo verde e infantil que tan alegremente la había ignorado mientras disfrutaba de aquel material para adultos. Ahora, ante ella, tan solo había un hombre al que le pesaban tanto las canas como su propia falta de conocimiento a tales alturas de la vida.

-Entonces… ¿Tan mal está…? ¿Cuáles son las posibilidades de…?

La muchacha cerró los ojos con fuerza, al tiempo que apretaba los labios, para evitar ponerse a llorar de nuevo.

El demonio se acercó a la esquina en que ésta permanecía sentada y se dirigió a ella, desde la misma altura, a pesar de permanecer este último erguido.

-Nunca se puede saber con seguridad… pero se trata de un Yajin´e. Si hay alguna clase de humano capaz de resistir esas heridas fatales, son ellos. Por otra parte… ni siquiera sé qué diablos causó ese corte… atravesó limpiamente una malla de tela de araña del norte ¿Puedes creerlo? Debió ser algo con un gran poder de penetración…

-La muchacha, con la cara entre las rodillas, respondió, sollozando:

-Se lo hizo el de las solapas amarillas con la espada…

-¿Cómo?

-El hombre más bajito de los dos que estaban con nosotros… creo que lo hizo él; pero no estoy muy…

-¿Quiénes estaban con vosotros?

La joven miró a los ojos al alquimista y pudo ver en ellos la viva imagen de la confusión y la impaciencia.

¿Acaso no nos salvaron de esos dos hombres? Yin lo dijo muy claramente: "ellos nunca fallan"; así que había supuesto que nos habíais salvado de ellos; porque nosotros ya no…

-Niña, cuando os encontramos estabais tirados en el suelo, sin nadie cerca, dentro de un gran cráter de tierra humeante, a varios metros el uno del otro.

Áshelayd no sabía de qué diablos le estaba hablando ¿Cuándo había sucedido todo eso? Ella solo recordaba haber visto morir al joven y, luego de eso, no había nada. A pesar de su confusión, no era momento de perder más tiempo si es que había alguna posibilidad de ayudar al muchacho que yacía, agonizante, al otro lado de aquellas macizas paredes de roca.

-Entonces… ¿De qué sirve saber que fue la espada del amarillo lo que lo atravesó?

-Pues que era, sin duda, una espada mágica. Puede incluso que legendaria, o no se explican los daños sufridos por el paciente… Cuando lo ensartó, le atravesó la columna; por poco lo deja paralítico… pero, aún peor que eso, desbocó completamente el canal principal de espíritu; por lo que resulta muy difícil tratarlo con alquimia… con un espíritu tan cambiante e inestable, los resultados podrían ser devastadores… Jamás había visto una reacción así. Normalmente, una espada encantada que afecte al espíritu, lo que hace, es cortar su circulación o anularla; pero en esta ocasión parece haber incrementado su potencial de un modo incontrolable… y si solo fuese esto, estaría en peligro, aunque relativamente a salvo; pero no puedo tratar este problema mientras su pecho no…

-¿Qué le pasa en el pecho?

El demonio cerró los ojos y maldijo para sí por haberla preocupado sin motivo.

-Parece que esa parte no la recordáis… Entonces, eso significa que, a pesar de su primera herida, volvió a levantarse… es increíble. No os mentiré: la segunda herida es todavía peor. Decís que había dos hombres ¿Verdad? Imagino que “el amarillo” no utilizaba dos espadas…

-No. Cada uno tenía la suya.

-Pues creo que lo atacaron entre ambos y… bueno… -La habitación quedó en repentino silencio durante unos instantes, para ser luego roto por un débil suspiro, seguido de una nueva explicación.- Lograron infligirle dos profundas incisiones en el pecho con sus espadas. Le cortaron limpiamente las costillas, causaron serios daños a los pulmones y, uno de ellos, pasó rozando el corazón; originándole una peligrosa pérdida de sangre. No hay modo de curar algo así. Jamás se ha documentado un caso en que a alguien le hayan abierto el pecho de ese modo, aún en quirófano, y haya sobrevivido… no hablemos ya de los pulmones cercenados y el corazón dañado… Sinceramente, no comprendo cómo puede seguir vivo.

La crudeza con que aquella información había llegado a sus oídos la hizo tambalearse. El doctor tenía razón. Nunca se había realizado una operación con éxito a alguien cuyas costillas hubiesen sido traspasadas de ese modo y, aunque el herido lograse resistir de algún modo, jamás podría recuperarse de las secuelas de unas heridas de tal magnitud. Ni siquiera con las increíbles capacidades regenerativas de los Yajin´e.

-¿Por qué no vamos?

-¿Qué?

Tengo formación médica básica… y además se hacer magia; puedo ser vuestra asistente.

-Lo lamento, chiquilla, pero no podéis…

-¡Tengo la maldita Vara de Rayâ! ¡He sobrevivido al ataque de un dragón, a la caída de un precipicio…! –Las lágrimas comenzaron a aflorar de los ojos de la joven, al tiempo que la rabia y la sensación de impotencia se iban apoderando de su ser.- ¡ME HE ENFRENTADO A ESCORPIONES ENORMES Y A UNA SERPIENTE-DRAGÓN! ¡ME HE HECHO AMIGA DE UNA RANA GIGANTE Y HE SOBREVIVIDO AL ATAQUE DE DOS “PUPILAS BRILLANTES”! ¡NO ME DIGÁIS LO QUE PUEDO O NO PUEDO HACER!

El alquimista dudó durante unos instantes y, luego de frotarse los ojos y recolocarse las gafas sobre la extremadamente alargada nariz, respondió:

-A pesar de lo estúpido e irresponsable de la petición… me veo obligado a aceptarla. Si hay algún modo de que el joven salga de ésta, creo que debe ser alguno que involucre una voluntad de salvarlo al menos tan fuerte como la vuestra.

Ignorando el dolor, Áshelayd se apoyó en la vara y se levantó ante la atenta mirada del demonio, el cual permanecía todavía dubitativo. Sin duda, el emocional discurso de la joven había sido conmovedor, pero jamás habría logrado hacerlo cambiar de idea de no ser por una de las primeras razones que le había dado: la joven tenía la Vara de Rayâ en su poder ¿Realmente la había aceptado ésta como su nueva usuaria? De ser así, todavía quedaba una pequeña esperanza…

-Por cierto, maese, todavía no os he preguntado vuestro nombre. Yo me llamo Áshelayd, y vengo de una familia nómada de las tierras del Este.

-Yo ya no recuerdo el lugar en que mi comenzaron mis andanzas, pues llevo mucho tiempo viajando... sin embargo, puedo deciros mi nombre: Leudo Magnafrian.

LXII - INTENTO FALLIDO

Áshelayd todavía no se había atrevido a echar un vistazo hacia la mesa de operaciones desde que habían entrado pero, dado que acababa de colocar el último utensilio en el banco, sabía que Leudo no tardaría en comenzar con la intervención y, por tanto, a necesitar su ayuda.

Le había sorprendido sobremanera conocer la identidad de aquel extraño individuo ¿Quién iba a imaginar que ese anciano demonio, de actitud infantil y aficionado a los grabados pornográficos, podría haber resultado ser uno de los más famosos alquimistas de la historia? Sin embargo, pretendió ocultar su sorpresa y acató al instante cada instrucción según las iba recibiendo; pues lo que estaba en juego era demasiado importante como para poder permitirse el lujo de una distracción tan banal.

-Vamos a retirar la protección… -La muchacha soltó un respingo de sorpresa al oírlo hablar de pronto, tras tanto tiempo en silencio.- Es otro de mis inventos. Lo llamo "plástico" y lo refino a partir de una especie de brea… aún no le he encontrado muchas utilidades, pero…

-¿Qué tengo que hacer?

El anciano carraspeó y, molesto por haber quedado su explicación a medias, aunque entendiendo la razón por la que lo habían interrumpido, explicó:

-Ahora, debemos quitarle el "plástico" antes de nada. Se lo he puesto porque es un aislante muy eficaz contra las enfermedades y, aunque la herida debía repo-

sar, dejarla al aire hubiese sido como pedir a las infecciones que se infiltrasen a sus anchas.

-Id con cuidado…

Leudo comenzó a tirar de la flexible lámina negra, causando un desagradable sonido al separarse ésta de la costra fresca.

-Ahora voy a exponer la herida… estad preparada.

Cualquier cosa que el alquimista pudiese decirle habría sido inútil; Áshelayd llevaba desde hacía rato intentando imaginar la peor herida posible, con la intención de reducir al mínimo el impacto que resultaría ver al fin el pecho abierto de su guardaespaldas. No había servido de nada.

La joven sintió cómo se le iba la cabeza y le temblaban las rodillas por unos instantes, aunque su determinación fue más fuerte que sus ganas de huir y continuó plantada; desafiándose a sí misma a pensar siquiera en lo contrario.

-¿Qué hacemos ahora?

-Primero, le voy a colocar esto… -El anciano demonio terminó de ajustar el último de los cinco discos metálicos en la frente del joven y, acto seguido, un aparato cercano comenzó a emitir un leve zumbido.- …Ahora, conoceremos sus constantes vitales. Si bajan peligrosamente, zumbará con mayor volumen y, si… bueno… esperemos que no deje de sonar.

Áshelayd asintió y comenzó a pasarle al doctor las gasas que éste le había señalado. Aquella iba a ser una de las experiencias más agobiantes y agotadoras de su vida… pero, para ella, cualquier esfuerzo que pudiese llegar a hacer sería menor del que Yin se merecía.

¿Cuánto tiempo había pasado desde el inicio de la operación? Era imposible saberlo, ya que no había ventanas por donde entrase la luz del sol, ni ningún reloj allí. El constante zumbido se había vuelto ya indiscernible para su acostumbrado oído; por lo que, en algunas ocasiones, había llegado a asustarse, pensando que éste había cesado.

-¿Ya hemos terminado con ese lado?

En cuanto la muchacha terminó de limpiarle el sudor de la cara, Leudo dejó la gruesa jeringa a un lado y, tras un largo suspiro, contestó.

-El "cicatrizador óseo" ha unido la superficie de sus costillas inferiores y la clavícula, pero aún no podemos colocar las demás; ya que nos impediríamos nosotros mismos el acceso directo a los órganos dañados. No podemos retrasar durante más tiempo el tratamiento que sus pulmones y corazón necesitan. -Con un nuevo aparato en la mano, el demonio comenzó a separar las pequeñas láminas transparentes con que había mantenido la hemorragia pulmonar a raya, tras lo cual, brotó un débil chorro de sangre.- ¡Maldita sea! ¡Lo sabía!

Rápidamente, Áshelayd y Leudo contuvieron el derrame y unieron los bordes seccionados con un ungüento. Se habían dado toda la prisa posible, pero el rostro del muchacho lucía todavía más lívido.

-Ha ido por muy poco, pero no podemos rendirnos… ¡Ya estamos más cerca de lograrlo!

El cansado y apenado rostro con que el alquimista le respondió hizo que se le helase la sangre en el pecho.

-No, niña, no estamos más cerca… sino todo lo contrario. Ha ocurrido lo que tanto había temido. Nos he-

mos apresurado demasiado al tratar el pulmón y ha perdido demasiada sangre…

-¿Pero qué dices? Hemos colocado varias costillas… hemos curado el pulmón… ¡Solo queda el otro, reparar el corazón y…!

-Sabes que no. Ya está muerto… no podemos hacer más.

-¿Qué? –Áshelayd, al borde del colapso, apenas podía reprimir el impulso de saltar sobre el alquimista y golpearlo con todas sus fuerzas.- ¡Yin todavía está vivo! Su corazón late; su cerebro funciona…

-¿De verdad no lo entiendes…? Antes de llegar aquí ya había perdido mucha sangre ¡Más de la mitad! Luego de esta pérdida… no le queda apenas. Cualquier otra herida lo matará al instante y, aún si el pulmón derecho no sangra al destaparlo, es seguro que el corazón si lo hará cuando lo tratemos pero, por si esto fuese poco, moriría de inanición o hipohemia antes de despertarse.

-Pero… podemos intentar recolocar las costillas que quedan, cerrarlo y, luego de un tiempo, volver a intentar…

-No. Ya no le quedan fuerzas para resistir más tiempo… mucho me temo que, dejándolo tal cual está, no durará más de una hora. Si seguimos con la operación, serán unos pocos minutos.

La muchacha había dejado de escucharlo. Toda la rabia y el dolor acumulados surgieron de pronto desde lo más hondo de su interior. No había modo de convencerla para que se rindiese. No en esa ocasión. Al tiempo que alzaba la mano, Áshelayd susurró un cántico siseante y, acto seguido, Leudo salió volando hasta la otra punta del cuarto.

-Si vos no le queréis ayudar, yo sí pienso hacerlo.

Dicho esto, arrancó la lámina que protegía el órgano dañado y comenzó a tratarlo del mismo modo en que el doctor lo había hecho con el otro. La mano le temblaba, pero había logrado reparar, a grandes rasgos, el daño. Todavía más nerviosa, comenzó a retirar el plástico que cubría el corazón. Salió sin problemas. Luego de un gran suspiro, la muchacha colocó el aplicador en la herida, lo que causó que ésta se abriese. Tras una repentina convulsión del cuerpo a causa de la cual todo a su alrededor se vio cubierto por un manto carmesí, el zumbido cesó.

LXIII - ESPÍRITU IMBATIBLE

Jamás un silencio le había hecho tanto daño.

El aparato que registraba las constantes vitales del mercenario había dejado de zumbar; no se lo oía respirar y el corazón, a la vista, permanecía inmóvil.

Áshelayd se limpió la sangre de la cara e, ignorando todo esto, continuó reparando el músculo destinado a la distribución de este fluido por el organismo; a pesar de que se había derramado el poco que quedaba. Una vez hubo terminado, colocó los huesos restantes en su lugar y los fue uniendo, con mucho menos miedo que en la anterior ocasión, mediante la extraña mezcla que el anciano había utilizado para fusionar las demás.

-No vais a salvarlo, pequeña… lleváis con eso más de veinte minutos… es demasiado tarde. La química de su cerebro ya se ha corrompido y ha comenzado la descomposición. No tiene sentido que sigáis…

-Lo tiene. –El anciano se levantó y, extrañado, se acercó más a la muchacha quien, con una expresión neutra, mirada vidriosa y moviéndose de forma rígida y torpe como un autómata, continuaba reconstruyendo el cuerpo del cadáver.- Ya sé que está muerto… ya sé que no va a volver… pero estas heridas se las hicieron por mi culpa. Se lo debo… debo dejarlo lo mejor que… que…

Incapaz de contener sus sentimientos por más tiempo, la muchacha cayó al suelo, de rodillas, y comenzó a sollozar.

Leudo, sin decir una palabra, subió de nuevo a su banqueta y continuó con el trabajo que la muchacha

había dejado a medias: Reparó los huesos, recolocó los músculos, tendones, ligamentos; unió la piel y, una vez hubo terminado, ayudó a la joven a ponerse en pie.

Áshelayd recogió la vara y se dispuso a acompañar al demonio fuera de la sala, donde el vampiro al que había golpeado los estaba esperando, nervioso… Sin embargo, en el último momento, rompiendo a llorar de nuevo, dio la vuelta y corrió hacia el lívido y todavía tibio cuerpo del joven. Leudo y su acompañante, este último con los ojos enrojecidos, permanecían con un semblante inexpresivo al otro lado de la estancia; contemplando la escena.

La joven hechicera todavía no podía creer que estuviese muerto. De nuevo, pensó en él con todas sus fuerzas; lo visualizó de mil modos distintos… pero los extremos de la pulsera permanecieron colgando, inertes, sin dar respuesta alguna a su orden. Incapaz de expresar sus sentimientos, o de contenerlos, Áshelayd abrazó a su compañero caído y, antes de apartarse, sintiendo cómo las lágrimas acudían de nuevo a sus ojos, lo besó en los labios.

El anciano y el vampiro se habían dado la vuelta, presas del dolor y la consternación; contagiados por la emotividad del momento, aunque los pensamientos de la joven se encontraban muy lejos de ellos.

Intentando controlar el profundo sufrimiento que la atormentaba, todavía incrédula hacia la repentina y, en su opinión, indigna muerte que Hai había sufrido, se separó de su cuerpo y se dirigió al encuentro de aquellos que, dándole la espalda, la esperaban al otro lado de las puertas abiertas; aunque no llegaría allí tan fácilmente. Debido a un repentino tirón, perdió el equilibrio y tras-

tabilló. Confusa, miró hacia atrás y vio que no había nada. Al intentar mover el brazo de nuevo, comprobó lo que había pasado: El orbe de la vara, que había entrado en contacto con el cuerpo del muchacho cuando lo había abrazado, permanecía unido a él; como atraído magnéticamente. De pronto, la joven sintió cómo la abandonaban sus fuerzas y cayó al suelo, incapaz de moverse, al tiempo que el poderoso báculo comenzaba a brillar, cada vez con mayor intensidad, en contacto todavía con el cuerpo inanimado.

-¡Cuidado!

El vampiro, alertado por el fenómeno, corrió hacia la muchacha y se la llevó lejos de aquella vara que, rápidamente, iba aumentando en brillo hasta el punto de resultarles imposible saber qué ocurría tras el manto de luz.

Varios segundos de incremento de la ardiente irradiación luminiscente después, todo se tornó negro de pronto; al tiempo que se oía el golpe seco producido por un objeto al caer. El vampiro, que había ocultado su rostro tras las opacas mangas negras de su camisa, fue el primero en aventurarse a comprobar qué había sucedido. Las bolas de leudo que iluminaban la sala se habían apagado, pero él llevaba una de las unidades portátiles que, luego de haber sido agitada, con lo que comenzó a emitir un tenue fulgor, dejó caer al suelo debido a la sorpresa que la escena le había causado.

El centro de la sala, de las paredes al techo, se había volatilizado en torno a un muchacho que, desnudo, permanecía en pie, confuso, en un pequeño cráter humeante en el suelo, junto a la ya calmada Vara de Rayâ.

LXIV - EL DEMONIO, EL MERCENARIO Y EL VAMPIRO

Leudo continuaba riéndose, junto al vampiro, mientras celebraban el increíble suceso.

-Todavía no entiendo lo que ha ocurrido en aquella habitación…

-No seas tan aguafiestas, Darwen, que no es momento de pensar en nada… ¡Es hora de festejar, jajajaja!

El delgado presidente de Kilnia sonrió y se sirvió una nueva copa.

-Parece que no hay forma de matar a ese chico. Realmente me impresiona el modo en que logra salvarse por los pelos en el último momento.

-Es cierto, ese chaval era Obagashy… Lo había olvidado, porque la muchacha no dejaba de llamarlo “Yin”.

-No sé nada de eso… quizás sea su verdadero nombre y, el que nos dio, el falso… pero no me parece algo relevante. Hai Obagashy nos dio nueva vida hace años y me alegro profundamente de haber podido devolverle parte del gran favor que nos hizo.

-Tal y como me habíais hablado de él, me había imaginado a un hombretón del tamaño de un oso.

-También nosotros nos sorprendimos al verlos llegar, pero… bueno… más nos sorprendimos al ver de lo que fueron capaces aquel niño y aquel viejo. Nunca habríamos imaginado, para nuestro pueblo, un futuro tan brillante.

-Curiosa elección de adjetivo jajajaja.

-Cierto, amigo mío, aunque te recuerdo que, gracias a ti, estamos cerca de que ese chiste pierda la gracia.

El anciano carraspeó y bajó la mirada, incómodo.

-No tanto como desearía, Darwen…

-Pero más de lo que hubiésemos podido soñar jamás. No te preocupes; en algún momento encontrarás la fórmula correcta.

-Por cierto, ahora que me acuerdo ¿Dónde está la muchacha? Fui a visitarla antes, para ver si se sentía bien, pero no se encontraba en su cuarto.

-Ah, sí… mi hija y sus amigas se la han llevado para lavarla y adecentarla por lo de la cena. Se lo he permitido porque he supuesto que una joven debería estar con niñas de su edad, haciendo cosas propias de sus años, en lugar de pensar en sangre, muerte, dolor y tristeza.

-Ambos hemos visto lo que ocurrió, querido amigo… tanto esa niña como Obagashy han sido elegidos, de un modo u otro, por la Vara de Rayâ. Eso ya es, de por sí, prueba suficiente de que no van a tener una vida tranquila o despreocupada… -El anciano alquimista dio un nuevo sorbo de licor, con lo que su enorme nariz se amorató todavía más.- …claro que, en el caso de Hai, esto jamás ha sido así.

-Sé que, con todo lo que nos han ayudado, no estoy en posición de quejarme, pero realmente me apena que los Yajin´e eduquen así a sus hijos.

-Ciertamente, los obligan a madurar muy pronto y, si no logran cumplir las expectativas, lo más probable es que terminen muertos en combate… pero la culpa es de todos, por crear un entorno propicio para que la formación tan temprana de luchadores y asesinos le resulte

rentable a un país. Los guerreros de la hoja esmeralda son el resultado de una sociedad violenta y perezosa a partes iguales.

-Otra vez esa expresión. Creo que eres el único hombre del mundo que llama así a los Yajin´e ¿De dónde viene eso?

-Los Yajin´e no se refieren a los miembros del grupo de "mercenarios" con esa palabra. Ellos se llaman, entre ellos, "Deigao Fuhn´e"; "verde-roca, hoja-guerrero" o, en un lenguaje comprensible, "guerreros de la hoja esmeralda". El rito de paso de niño a adulto incluye, como culmen, el regalarle al joven una hoja tallada en esmeralda con bordes dorados. Sinceramente, me parece más interesante llamarlos así que simplemente Yajin´e o mercenarios.

-Que vendría a ser lo mismo…

-Ah, la juventud, llena de ignorante inocencia… cómo la echo de menos y cómo me alegro de haberla dejado atrás… Yajin´e no significa mercenario.

-¿Y qué quiere decir, entonces?

Antes de que Darwen hubiese comenzado a articular su última pregunta, el alquimista ya había caído rendido ante el alcohol. El vampiro, por su parte, dejó su copa a un lado y sonrió amargamente. De veras que apreciaba a aquellos dos sujetos que, tan diferentes y de modos tan distintos, tanto habían ayudado a su pueblo… Esperaba de corazón que el muchacho se recuperase pronto, o estarían en problemas.

LXV - RELAJACIÓN

Aquellas aguas de agradable temperatura, junto a la luz tenue, resultaban el marco perfecto para las placenteras friegas que su agotada espalda estaba recibiendo.

Tras el increíble suceso que había ocurrido unas horas atrás, Leudo había dado a Marolla la orden de obligarla a descansar, sin embargo, una nueva visita lo había impedido. Apelando al buen corazón de la enfermera, un grupo de adolescentes, lideradas por la hija del presidente, se la habían llevado a los baños, para ayudarla a relajarse y deshacerse del exceso de tensión (y mugre).

La gran bóveda en que se encontraban permanecía completamente inundada a excepción de un sinnúmero de pasillos de madera, que cuarteaban la laguna subterránea en celdas. El agua caliente, potable, surgía de manantiales naturales y, desde allí, se filtraba hacia otro río subterráneo, por lo que el nivel se mantenía constante. Normalmente, se dividía en dos zonas, una para hombres y otra para mujeres, mediante una pared corrediza, que sustituía a una formación natural rocosa que había desaparecido hacía algunos años; aunque debido a lo importante que era la nueva invitada, los baños habían sido reservados para ellas al completo.

-¿Os duele?

-No, ahí no… pero ya estoy bien, gracias, no hace falta que os molestéis…

Aunque avergonzada ante tantas atenciones, la joven no podía negar la gran habilidad de sus anfitrionas a la hora de atender a los huéspedes. Luego de llevarla al

agua, le habían frotado a conciencia todo el cuerpo para desprender la suciedad acumulada en el camino, le habían dado masajes con esencias aromáticas y, ahora, frotaban de nuevo su piel con una esponja enjabonada.

-No seas tonta, que no es molestia… al fin y al cabo, eres la elegida por la Vara de Rayâ, que lo ha dicho Leudo; y eso te pone casi al nivel de Obagashy.

-Sí, bueno… Mejor no hablemos de eso ahora.

-Oh, lo siento, os hemos hecho pensar en las malas experiencias que habéis sufrido estos días…

-No importa, de verdad. Es solo que no quiero pensar en ese rollo de "Hai Obagashy"… ya habrá tiempo de que me de las explicaciones que me debe.

Observando cómo el trabajo de toda una tarde intentando animarla se venía abajo, la hija del líder electo intervino.

-¿Y para qué le disteis ese pelo al alquimista, hechicera?

-Ah, eso… -La muchacha alzó la mano y enseñó a las chicas la pulsera carmesí que colgaba, chorreando agua, de su muñeca.- Yin tenía una igual, pero hecha con mi pelo, de color azul verdoso… sin embargo, cuando resucitó, todo cuanto lo rodeaba, incluido su ropa y el suelo, se vaporizó; así que, dado que nos han resultado bastante útiles hasta ahora, le pregunté a Leudo si sabía hacerlas… y parece que sí.

Al momento, las jóvenes se ruborizaron y empezaron a cuchichear.

-¿Qué pasa?

-No, nada… es que no sabíamos que Obagashy fuese tan cercano a ninguna chica. Sinceramente, todas

aquí lo admiramos un montón y… bueno… nos apena que nuestras “posibilidades” se hayan vuelto nulas…

Con las mejillas todavía más coloradas de lo que ya lo habían estado debido al hecho de permanecer sin ropa ante tanta gente, Áshelayd intentó cambiar de tema.

-¿Por qué admiráis tanto a Yin por aquí?

-¿Cómo que por qué?

-¡Sí, es el guerrero más fuerte de la historia!

-Nos salvó a todos hace años…

-Sin él, todo sería muy diferente… nos dio la libertad, nos enseñó a defendernos, siempre nos ha tratado como a iguales…

-¡Y es guapíiiisimo!

Todas las jóvenes comenzaron a gritar en señal de acuerdo con aquella afirmación. Áshelayd sentía muy lejanos los días en que ella misma, junto a sus amigas, solía comportarse de ese modo ¿A dónde se habrían llevado a todos sus compañeros del internado? Quizás habían tardado demasiado en llegar al sur y, tal y como estaba Yin, probablemente se demorarían todavía más, sin embargo, su próximo destino estaba decidido. Debían llegar a la torre dorada y, a partir de ahí, ya vería lo que hacer.

-Vamos, tenemos que ponerte guapa para la cena de hoy.

Antes de que la hechicera pudiese preguntar de qué cena estaban hablando, ya la habían sacado del manantial, secado y colocado frente a un espejo de cuerpo entero. Aunque solo se vio durante unos segundos, pues comenzaron a vestirla de inmediato, la imagen que llegó a sus ojos le resultó deprimente: Debido a la continua

falta de alimento, junto al esfuerzo que había supuesto el entrenamiento, casi toda su grasa había desaparecido y, con ella, las leves curvas que tanto habían tardado en aparecer y que tan poco se notaban. Ahora, pensó al borde del llanto, no habría forma de diferenciarla de un chico con la ropa puesta.

Antes de que pudiese pensar en el modo de solucionarlo, las otras muchachas ya se habían puesto en acción. Varios empujones y tirones después, se encontró a sí misma ataviada con un deslumbrante vestido de color azabache, que poseía la cantidad exacta de relleno en los lugares exactos como para hacerla parecer cinco o seis años mayor. Conociendo el secreto, las impresionantes figuras de las muchachas que la acompañaban dejaron de acomplejarla. No mucho después, su larga melena, de nuevo brillante y lisa, se había visto recogida en un elaborado moño; sus labios, carnosos, permanecían ahora adornados con un brillante tinte negro y, párpados y pestañas, resaltados con diversos cosméticos que jamás había visto.

Para cuando hubieron terminado, Áshelayd casi no podía respirar de la impresión. El color negro hacía contrastar su piel y combinaba muy bien con sus ojos violáceos. Sin pensarlo, se acercó al espejo y, con las manos en forma de garras, sacó los colmillos. Acto seguido, se arrepintió y miró hacia las jóvenes con las mejillas encendidas; aunque éstas parecían estar intentando evitar reírse de ella. Por lo visto, no tenían conocimiento de la impresión que la gente de fuera tenía de los vampiros.

-Bueno… ¿Qué tal estoy?

-Casi digna de Obagashy.

Las chicas rieron y la guiaron hacia el salón de celebraciones. La hechicera jamás hubiese pensado, hacía tan solo un día, que nada de lo que le ocurría tuviese solución, sin embargo, ahí estaba, con la cabeza curada, sin una marca, todavía más guapa que antes de salir de viaje y con Yin sano como un roble; aunque todavía encamado. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sentía realmente optimista con respecto al futuro que les esperaba.

Y pensar que todo había sido gracias a lo que se encontraba en el interior de aquel húmedo agujero al que se habría negado a entrar…

LXVI - *ANUNCIO*

Los murmullos habían ido inundado la estancia de forma implacable hasta que las grandes puertas se abrieron y, acompañada por la hija del gobernador y sus amigas, Áshelayd hizo su entrada; momento en que se hizo el más absoluto de los silencios.

Todos los vampiros se levantaron a un tiempo y se inclinaron respetuosamente ante ella. Una vez hubo llegado junto al presidente, éste la cogió por los hombros y comenzó a hablar a los ciudadanos reunidos.

-Amigos… compatriotas… hoy es un día muy importante para todos nosotros. Hace algunos años, un hombre valiente nos liberó a todos de la opresión y nos enseñó a defendernos por nuestros propios medios… causando severos daños a nuestras estructuras en el proceso –Los presentes rieron la gracia de su carismático líder.- Sé que la impresión que los pueblos de la región tienen sobre nosotros no ha cambiado mucho… de hecho, ha empeorado, por culpa de quién todos sabéis… Sin embargo ¡Nuestro salvador ha vuelto! –Todos comenzaron a jalear al oír esto, así que Darwen se vio obligado a alzar las manos para acallarlos.- No podemos agradecerle nada directamente todavía porque, como ya habréis oído en los numerosos rumores que circulan, su estado de salud es delicado…

-¡Tonterías! –Uno de los hombres más ancianos de los que se encontraban allí, había logrado alzar su voz sobre el ruido de la multitud.- Yo he visto lo que es capaz de resistir ese muchacho… no nos mientas, Darwen ¿Por qué no se encuentra aquí ahora?

Muchos secundaron su opinión, aportando sus diversas dudas.

-No está aquí porque le abrieron el pecho en cruz, le cortaron en los pulmones y el corazón y, luego de una operación en la que estuvo muerto durante cincuenta y tres minutos, todavía se está recuperando.

Leudo, una vez hubo terminado la explicación, dedicó una gran sonrisa a la multitud; que había quedado muda de golpe. Incluso con lo reverenciado que era y la fama que tenía, ninguno hubiese pensado que el mismísimo Obagashy pudiese sobrevivir a algo así.

-Sin… sin embargo… Sin embargo… -Continuó Darwen intentando recuperar su seguro tono de voz inicial.- …tenemos en su lugar a la muchacha que lo acompañaba y, gracias a la cual, se ha salvado: ¡Áshelayd, la hechicera; esposa de Obagashy!

-¿Qué? -Todos comenzaron a aplaudir y vitorear, convencidos de que el mercenario había ido allí a presentarles a su compañera.- Darwen, yo no soy… yo no…

-Ah, perdonadme ¡Atención, amigos, compatriotas, disculpad mi error…! Áshelayd y Obagashy todavía no se han casado, solo están prometidos… y, en vuestro nombre y el mío propio, les invito a que hagan oficial su enlace aquí, en nuestra querida ciudad.

Áshelayd Enterró la cara entre las manos y, en voz baja, se dirigió al gobernador mientras los gritos de júbilo y vítores del público aumentaban en intensidad.

-Señor… Yin y yo no tenemos esa clase de relación…

-¿Qué? Pero, en la sala, cuando os ibais…

-¡No habléis de eso! El caso es que no somos novios y ya está.

-Pero ahora ya lo he dicho… ¡Ya lo solucionaremos! Ahora sonreíd y disimulad.

Intentando no montar una escena, Áshelayd tensó los labios cuanto pudo y saludó a todos desde lo alto de la plataforma en que se encontraba la mesa en que comerían los individuos más importantes. Aquella iba a ser una cena muy larga.

LXVII - SEIS PUNTOS

El muchacho todavía reposaba, inmóvil, sobre la esponjosa cama en que lo habían puesto luego de desmayarse tras su inesperada resurrección. A poca distancia de él se encontraba Leudo, sentado sobre una banqueta de largas patas; quien reía de forma pícara cada poco rato, mientras observaba sus apreciados grabados representativos de bellas señoritas poco pudorosas.

Pasaban de las tres de la mañana cuando una joven muchacha, con el peinado descompuesto, ojeras y recolocándose el relleno de uno de los pechos medio salido por el escote, entró en la estancia con un suspiro, apoyándose en su báculo debido a las ampollas que los zapatos, muy ajustados, le habían causado al bailar.

-Llegáis muy tarde, pequeña.

-Suerte la vuestra, que nadie se percató de vuestra huída. A mí me ha tocado bailar con todos los hombres de la maldita fiesta con que estaba celebrando mi supuesto compromiso.

-Quién diría que no estáis comprometidos, teniendo en cuenta…

-¿Qué tal está Yin?

Leudo rió ante la evasiva de la colorada muchacha y se bajó de la banqueta.

-La verdad, en el exhaustivo examen que he realizado durante vuestra ausencia, no he descubierto absolutamente nada de lo que buscaba.

-¿La razón por la que se curó misteriosamente?

-De hecho, mi búsqueda iba dirigida hacia la presencia de enfermedades o heridas que pudiesen haber

persistido, pero no he encontrado nada. Y cuando digo nada, es nada. No tiene ni una cicatriz, ni un lunar, ni una caries… pero es que, además, las proporciones de elementos de su sangre son perfectas a pesar de que debería estar sufriendo, como mínimo, una anemia grave. Todo está perfecto. Tenemos, ante nosotros, a un Yajin´e tipo; a un ser humano ideal, imposible de encontrar. No hay desgaste; no hay indicios de que jamás le haya ocurrido nada…

-¿Cómo es eso posible? Hace apenas un par de meses que lo operé de urgencia porque tenía una flecha clavada en el pulmón. Después de eso, luchó a muerte contra un hombre que lo dejó malherido; encajó varias explosiones, un dragón lo lanzó por los aires y luchó contra dos “pupilas brillantes” que casi lo matan… No es posible que esté libre de cicatrices.

-Tampoco es posible que alguien que ha muerto explote y, luego, aparezca completamente sano en un cráter y, sin embargo, también eso ha ocurrido.

-No entiendo nada… ¿De verdad no se os ocurre ningún modo de que algo así haya podido suceder?

-Bueno, quizás exista una posibilidad… pero no sé…

-¡Decidlo! Por favor, decidme lo que pensáis.

-Es que creo que ya me he esforzado mucho hoy por vosotros dos. Me merezco un premio a cambio ¿No te parece?

Áshelayd miró hacia los grabados de la mesa y, luego, a la mal contenida sonrisa del anciano.

-¿Qué es lo que queréis?

-Nada, nada… es que llevo mucho tiempo sin tocar a una chica y…

-¡De eso nada!

-Tranquila, que nadie os va a obligar a nada… pero, claro, tampoco yo haré lo que vos queráis…

Con los brazos cruzados y lanzándole una irritada mirada con sus ojerosos ojos al alquimista, la muchacha se decidió a negociar.

-¿Tocar qué, cómo y durante cuánto tiempo?

-El pecho, por debajo del vestido, durante un minuto.

-Que sea por encima del vestido y durante diez segundos.

-¡Entonces dadme también un beso!

-Solo si añadís un par de artefactos alquímicos que yo elija.

-¡Hecho!

Emocionado, Leudo corrió hacia la estantería y subió por una escalera hasta la última balda; de donde cogió un par de largos y anchos pergaminos enrollados. Una vez abajo, tendió uno de ellos a la muchacha y le indicó que lo sostuviese por encima de su cabeza. El anciano saltó, entonces, y tocó la frente de la joven con un dedo, que no cesó su presión hasta haberle llegado a los pies.

-¡Hey! ¡Eso no estaba en el trato!

-Tranquila, que no es lo que pensáis… fijaos en el pergamino.

Áshelayd comprobó, impresionada, que el papel, antes completamente en blanco, contenía ahora una detallada silueta de sí misma, dentro de la cual se contenían dibujados con precisión todos y cada uno de los canales de espíritu y los “Gan´shi” que poseía, de diferentes colores y con una leyenda acerca de la calidad del funcionamiento de todo ello.

-¿Qué es esto?

-Es un lector espiritual. Sirve para conocer el estado de los canales de espíritu o de los “lugares del alma” con la mayor precisión posible. Veo que ese “vida” no está muy desarrollado… ¿Estáis esperando a haber celebrado la ceremonia?

-¡Callad de una vez!

-En fin… no parece que tengáis nada malo en general. Algunos canales pequeños son nuevos y otros se están robusteciendo, por lo que deduzco que habéis estado forzando vuestros poderes últimamente. Seguid así y mejoraréis deprisa.

-¿Y esto para qué sirve?

-En vuestro caso, para nada más que explicaros su funcionamiento. En el caso de vuestro compañero, quizás resulte de mucha ayuda a la hora de descubrir el origen de aquel misterioso fenómeno ¿Recordáis que habíamos hablado de que su espíritu se había descontrolado luego de verse atravesado el canal principal por la espada del tipo de amarillo? Los canales de espíritu se subdividen hasta las conexiones intercelulares. Solo con ellos, se podría crear un esquema tridimensional de un cuerpo mientras que, únicamente con la carne, no podemos formar canales de espíritu. Bien, mi hipótesis es que la vara canalizó vuestra propia energía, transformada y amplificada, a través de los canales del joven, que intentaron recrear, a su alrededor, la carne, hueso y demás elementos vivos que deberían estar ahí. Recibieron mucho poder de vuestro báculo; así que desintegraron todo al tiempo que reconstruían el cuerpo, y se nutrían de esa materia para recomponer el desastre. Ahora mismo es solo una vaga hipótesis… pero, de estar en lo

correcto, quizás encontremos la respuesta al ver los canales en el pergamino.

Tras el leve asentimiento de la muchacha, quien todavía se estaba preguntando qué era eso de "intercelular", Leudo Magnafrian cubrió el cuerpo de Hai con su invención y pasó el dedo de un extremo al otro. Lo que descubrieron los dejó sin aliento: El muchacho que tenían frente a ellos acababa de darles una nueva sorpresa, mayor incluso, para Leudo, que la de su resurrección. En la cabeza, tras el punto de "Sentido", se encontraba otro "Gan´shi", que, de hecho, debería haberse llamado "Gan´doi", de tamaño algo menor, en posesión de sus propios canales de espíritu ramificados; conectados al de los demás en muy pocos puntos.

-¿Qué es eso?

-Esto, querida, es uno de los mayores descubrimientos que he hecho jamás… y ahora…

-¿…Qué…?

-¡Lo prometido es deuda!

Riendo, el anciano se abalanzó sobre la joven y agarró su pecho con las manos entre risitas. Pasados los diez segundos, se retiró, todavía riendo, y la muchacha metió la mano por debajo del escote, tras lo cual sacó un par de saquitos rellenos de plumas.

-Espero que lo hayáis disfrutado. Yo no he notado nada.

A pesar del enfado del viejo y de sus continuas protestas acerca de que "así no había valido", Áshelayd ya no le estaba haciendo caso. Con la mirada perdida en aquel papel amarillento, no podía dejar de preguntarse quién diablos era aquel muchacho…

LXVIII - NEXO

Se trataba de una sensación extraña. No nueva, pero sí olvidada.

Había despertado hacía unas horas, completamente despejado y relajado. El fuerte dolor del brazo derecho y la cadera, ambos producto de una cruda rotura múltiple sufrida años atrás había desaparecido. Ninguno de sus músculos estaba cargado o dolorido, no sentía hambre, sueño, sed o molestia alguna. Al moverse, percibió cómo todas sus articulaciones giraban con suma suavidad, sin síntoma alguno de desgaste o agotamiento.

La habitación se encontraba en penumbra, pero pudo entrever un cuerpo pequeño, arrodillado ante la cama, con la cabeza recostada en sus piernas.

No le costó reconocerla, pues la había estado viendo cada noche durante las últimas semanas; se trataba de su señora. El hecho de pensar en ella hizo que un fuerte dolor oprimiese su pecho durante unos instantes, hasta que recordó que la herida había desaparecido ¿Pero cómo?

Al otro lado de la habitación, una figura todavía más menuda lo observaba gracias a unas grandes gafas que producían la leve luminosidad que le había permitido ver hasta entonces.

-Responded.

-¿A qué preguntas?

El muchacho frunció el ceño ligeramente; causando que el ambiente del lugar se volviese repentinamente pesado e irrespirable. El aura hostil que desprendía po-

dría haber tumbado a cualquier cobarde, aunque Leudo sonrió.

-Veo que no os andáis con chiquitas. Estáis en mi estudio y, aunque yo no soy un vampiro, nos encontramos en Kilnia, su ciudad subterránea. No encontramos a nadie con vosotros a la entrada de la cueva y, vuestra curación, ha sido debida a un fenómeno misterioso relacionado con una curiosa anomalía: poseéis seis emplazamientos del alma en lugar de cinco.

Hai se recostó de nuevo y pasó unos minutos meditando profundamente.

-Se llamaban Garned y Lanjy. Eran dos "Pupilas Brillantes" al servicio de Daichi Ëxazaid, el rey del archipiélago Hane. Mi pueblo venera a los "Pupilas Brillantes" como dioses, debido a sus poderes extraordinarios. Según el credo que nos han enseñado, fueron ellos quienes enseñaron a los nuestros las artes de la guerra y nos concedieron nuestra longevidad, fuerza superior y gran capacidad de recuperación… pero no es cierto. Lo descubrí hace un par de meses; poco antes de conocer a mi señora. Yo… Yo soy como ellos. Ahora no, pero lo he sido… durante un instante… no… no sé cómo… Pero eso explica… -El muchacho se llevó las manos a la cara y se masajeó las sienes.- He vencido a dos. Les corté los brazos y los vi caer. Me adelanté a sus movimientos; los vencí utilizando su mismo poder. No comprendo lo que ha podido…

-Si me lo permitís, quizás yo tenga algo que decir al respecto. Sé que no me estabais contando esto a mí; sino que estabais recapitulando… sin embargo, como experto estudioso de la alquimia y los misteriosos poderes de la naturaleza, me veo en posición de ofrecer una

hipótesis: Creo que vos sois, por naturaleza, poseedor del mismo poder que ellos. En mi opinión, nacisteis con esta habilidad, pero la perdisteis porque el canal de espíritu que permite su funcionamiento fue sellado. Hemos descubierto que vuestro sexto punto posee una red de canales espirituales propia; aunque se une a la principal en unos pocos puntos: Los "Gan´shi". Cuando os atravesaron con aquella espada mágica, el sello desapareció por algún motivo y el sexto punto se volvió activo; sin embargo, vuestro cuerpo no estaba preparado para soportar el repentino aumento de energía y colapsó, por lo que lo perdisteis de nuevo, como método de autoprotección. Hasta que acomodéis todo vuestro organismo a la nueva fuente de fuerza supletoria, será demasiado peligroso utilizar vuestra excepcional habilidad latente.

-¿Y cómo pudo la espada de Lanjy reactivar el canal sellado?

-Bueno… puede que lo que hizo sea "sellar el sello" y, por tanto, anularlo; aunque no lo creo. Lo más probable es que no se tratase de un sello; sino de un corte. Posiblemente, el canal había sido cortado con magia y, parte de esta magia residual, impedía que el canal sanase. Al cruzarse la espada mágica justo en ese punto, su poder hizo de conductor y sirvió como puente entre ambos extremos del canal; permitiéndole volver a unirse como dos gotas de aceite en el agua.

-¿Es eso posible?

-Solo si la espada que sirvió como puente es la misma que cortó el canal de espíritu.

-No tengo el recuerdo de Lanjy atravesándome antes de nuestra batalla. Aunque hay un… no; nada. No importa.

-En cualquier caso, quiero saberlo ¿Qué es lo que se siente? ¿Qué te aporta el nuevo punto?

-Es difícil de explicar… ¿Cómo definiríais un color que nadie más ha visto?… Ni siquiera era algo así, sino una nueva gama de sentidos llevados a su mayor exponente y que me permitían percibir cosas que no sabía ni que existían… Gracias a él lo veía todo; lo oía todo… nada se escapaba a mi percepción: ni la materia, ni la energía; ni siquiera el futuro… pero, más que nada, sentía un poder embriagador; una sensación de invencibilidad propia de un dios… Comprendí sin problemas el por qué del ego de los que se llamaban de ese modo a sí mismos. No puedo describíroslo… simplemente, era como ser consciente de todo el universo; nutrirse de su poder y tener permiso para manipularlo.

-Qué interesante… así pues, quizás deberíamos llamar al sexto punto: “Nexo”.

Hai asintió, sin hacer mucho caso, tras lo cual cerró los ojos e intentó contenerse. Aquella sensación que había experimentado era, en cierto modo, adictiva. No podía sucumbir al ansia de poder tan fácilmente. No tendría sentido hacerse fuerte convirtiéndose en lo que él tanto despreciaba.

LXIX - *CONTROL ESPIRITUAL*

Era casi medio día para cuando la dolorida muchacha despertó.

Durante unos instantes tardó en ubicarse pero, cuando alzó la mirada, todos sus dolores y preocupaciones se esfumaron de pronto: Hai la estaba observando, con una media sonrisa en la cara y un antiguo pergamino en la mano.

-¡Yin! ¿Qué tal os encontráis?

-Perfectamente, gracias a vuestros cuidados, mi señora. Parece que no hacéis otra cosa que tratar mis heridas.

Áshelayd, ruborizada, carraspeó y, luego de levantarse de su lado; pues se había dormido de rodillas, apoyada en su regazo, contestó con modestia:

-Bueno, vos me habéis salvado la vida más veces aún… Pero ¿De verdad que no os duele nada? Pensábamos que habíais muerto.

El joven colocó la mano sobre el pecho y respondió:

-Según me han dicho, realmente morí. No obstante, ahora me encuentro mejor que nunca: Ya no me duelen los huesos que me había roto, ni siento las punzadas de la herida de la flecha al respirar. El alquimista ha dicho que es todo gracias a la acción conjunta de un extraño sexto punto que poseo y vuestra vara.

-Todavía no comprendo cómo pude…

-La Vara de Rayâ, según me dijisteis, posee conciencia propia, al igual que las demás armas legendarias; por lo que puede que haya sido decisión suya el curarme.

-¿Y por qué iba a hacerlo? Es cierto que, con lo del beso, tenía los sentimientos a flor de piel; pero no creía que la vara fuese a…

-¿Lo del qué?

Antes de que a la hechicera se le ocurriese alguna vaga excusa que balbucear, la puerta se abrió de repente.

-¡Hai, querido amigo! -Darwen, ignorando a la muchacha, se arrodilló e inclinó ante el joven, en señal de respeto.- Nos honráis con vuestra presencia. Por favor, si hay cualquier cosa que podamos hacer para…

-¿Sois Darwen? –El presidente asintió- Vaya… habéis cambiado mucho ¿Qué tal os han ido las cosas desde aquella?

-Comprobadlo vos mismo en cuanto os sintáis con fuerzas. Estoy seguro de que os veréis gratamente sorprendido. Si hay cualquier cosa que necesitéis, no dudéis en…

-Ahora que lo mencionáis, no veo mis cosas por aquí. Comprendo que la ropa estaba en muy mal estado, pero la espada y la bolsa con las armas las necesito.

El vampiro tragó saliva de un modo ruidoso y, luego de un leve carraspeo, mandó entrar a alguien que se encontraba tras la puerta.

-Hemos guardado vuestro equipo; aunque no lo hemos tocado, por miedo a dañar algo. –El joven alzó el brazo, pero Darwen lo detuvo.- Antes de nada, debo deciros que… bueno… nuestros mejores herreros no pueden compararse a los vuestros… en fin… lo lamentamos mucho.

Hai, intrigado, agarró la bolsa y la colocó sobre la cama. Acto seguido, recibió la espada del ayudante; pero se le cayó al suelo.

-Tranquilo, Yin. Habéis estado muy grave; pronto os recuperaréis de…

Áshelayd se quedó muda al contemplar la expresión del joven. Permanecía con la mirada perdida y el brazo todavía extendido, temblando ligeramente. Con lentitud, el mercenario recogió el arma del suelo y, mirándola como si no la reconociese, empezó a desenvainarla. Apenas hubo comenzado, sonó un rasguño en el interior de la madera que lo hizo entornar los ojos, como si esto le hubiese causado dolor. Una vez fuera, la hoja, que había originado gran cantidad de aquellos desgarradores sonidos mientras salía, mostró su nuevo aspecto; uno que hundió por completo el ánimo del Yajin´e: El filo de metal, antaño brillante y de superficie suave y lisa como el mercurio, ahora permanecía resquebrajado y hendido en dos segmentos; dividiéndola prácticamente en tres.

-En vuestra lucha contra los que os hirieron, vuestra espada ha sido la peor parada. Hemos intentado arreglarla pero, la mezcla de metales que usáis los de vuestro pueblo, nos es desconocida… y nos avergonzamos de reconocer que nuestra mejor forja es incapaz de reblandecerlo siquiera.

-Mi espada se llamaba “Ajinkattai”. Fue la espada de mi padre; temida por los enemigos y venerada por sus aliados. Siempre que la he tenido conmigo, he logrado salir vivo de cualquier situación; por desventajosa que ésta fuese… Incluso en la última batalla me fuiste fiel, vieja amiga. –El muchacho la envainó de nuevo y continuó hablándole; ignorando a los demás.- Lograste

cortar el brazo de los enemigos… me protegiste de sus mandobles y aún sigues entera… Eres el "shy" del "Obagashy" que ha atemorizado a los corazones de todo aquel que ha osado enfrentársenos. Descansa, fiel compañera, que te lo has ganado… Ya no te forzaré a matar nunca más.

Todos los presentes, salvo Hai, se giraron para ocultar las lágrimas que habían comenzado a acudir a sus ojos y permanecieron en silencio hasta que otro hombre apareció por sorpresa; rompiendo de forma abrupta la emotividad del momento.

-Señor presidente ¿Puedo saludar ya a Obagashy?

-¿Qué? Ah, sí, sí… No sé si recordaréis a Milluén; General de nuestro pequeño ejército. Tiene algunas cosas que comentaros.

-Si me lo permitís, Obagashy, me gustaría que hicieseis una revisión a mis tropas. Hemos entrenado mucho desde vuestra visita y hemos aplicado los consejos que nos disteis.

-Claro. Qué menos, luego de toda la ayuda que nos habéis brindado.

Hai salió de la cama y comenzó a andar. Repentinamente, tropezó y salió lanzado hacia delante; destrozando por completo una de las estanterías del cuarto.

-¿Pero qué diablos os ha ocurrido?

-Creo… -El alquimista, que había llegado sin que nadie se diese cuenta, rebuscó en su bolsillo y sacó un collar dorado, adornado por un colgante en forma de hexágono con un hueco circular al medio.- …que conozco la explicación. Habéis aprendido a utilizar un cuerpo mutilado; uno incapaz de beneficiarse de los efectos del punto "Nexo". Ahora, entre el exceso de energía y las

nuevas corrientes de espíritu, vuestro cuerpo se ha vuelto incontrolablemente fuerte. Debéis entrenar para aprender a dominar el flujo de espíritu relacionado con el nuevo punto, o el desfase os hará imposible coordinar vuestros movimientos. Ya que, con mi gran intelecto, predije lo que ocurriría, he pasado la noche confeccionando este modulador espiritual. Colocáoslo y vuestro espíritu se anulará a efectos prácticos. De este modo, podréis ir aprendiendo a utilizar el sexto punto sin sufrir las molestias del descontrol espiritual constante. Por supuesto, mi trabajo no es barato… ¿Negociamos el precio, jovencita?

-¿Qué os parece conservar las gónadas a cambio del colgante?

Leudo, ante la proximidad del orbe de la vara hacia el punto en que las piernas se unían a su cuerpo, se vio obligado a entregar el artefacto; aunque a regañadientes.

Una vez se hubo colocado el colgante al cuello, el hexágono se adhirió con fuerza a la piel de su pecho, como si estuviese imantado, y el muchacho notó cómo sus fuerzas mermaban de golpe, al tiempo que sufría un escalofrío.

Viendo que al fin podía controlar sus movimientos, comenzó a seguir al general, acompañado por Áshelayd y el gobernador, y se encaminaron al encuentro de las tropas para ver su presentación.

-No esperéis que participe en ningún combate, Milluén.

-Ni se me habría ocurrido, Obagashy. Francamente, os he encontrado mucho mejor de lo que esperaba, pero ya nos habían informado de vuestra indisposición. Aun-

que, de todos modos, creo que os habríais llevado una sorpresa, de haber luchado contra mis hombres.

-¿Ah, sí? Bueno, es una lástima que no pueda ser.

-Sí, claro… no sería reprochable que tuvieseis miedo, de todos modos.

Áshelayd, enfurecida ante las insinuaciones que aquel hombre acababa de realizar, se colocó entre ambos y se unió a la conversación.

-¿Sabéis? Yin ha entrenado personalmente a alguien durante esta última estación… y diría que incluso su discípulo sería capaz de enseñaros algo.

El general, hombre poco instruido en ciencias o letras, pero inteligente, captó al instante que la joven estaba hablando de sí misma.

-Bueno, no sería de justicia que "ese discípulo" saliese magullado, teniendo en cuenta lo que debemos a Obagashy… y, creedme, sería lastimado si se enfrentase a cualquiera de mis hombres.

-Quizás "él" quiera medirse con su mejor hombre.

Áshelayd se arrepintió al momento de haber propuesto tal locura, movida por el enfado; pero ya era tarde. El rostro de Milluén se había iluminado y, sin articular otra palabra, se adelantó por las escaleras, gritando a pleno pulmón:

-¡Preparad a Garlas, al final habrá exhibición!

La muchacha, avergonzada, esquivó la mirada interrogante de su guardaespaldas, quien, en calidad de maestro, se limitó a decir:

-Utilizad la cabeza y encontraréis el modo de utilizar su fuerza en su contra.

Aún sin comprender qué clase de consejo era ese, la joven hechicera siguió al resto del grupo hacia las oscu-

ras escaleras. Quizás esto le enseñaría finalmente a pensar antes de hablar.

LXX - EL PRIMER COMBATE

El gran recinto en que tenían lugar los entrenamientos había alcanzado su máximo aforo recomendado hacía ya varios minutos; pero los curiosos todavía seguían colándose.

Áshelayd, aterrada, permanecía sentada junto al Yajin´e mientras la primera demostración de fuerza, realizada por Garlas, en calidad de anfitrión, tenía lugar:

Habiendo colocado seis bloques de roca cortada sobre dos gruesos pilares, alzó uno de sus musculosos brazos, tan solo protegido por unas relativamente gruesas vendas, y lo dejó caer, con fuerza, sobre éstos; haciéndolos estallar en mil pedazos.

Los vítores inundaron la sala, pero la hechicera no compartía el sentimiento. Las reglas los obligaban a luchar sin magia, espadas, escudos ni nada similar; por lo que debería enfrentarse a él sin la vara, lo cual, en su opinión, decantaba demasiado el combate en su contra.

Desesperada y en busca de consejo, lanzó a Yin una mirada de súplica que pronto se convirtió en sorpresa. El mercenario, todavía mirando fijamente hacia el guerrero, sonreía levemente de forma socarrona; como si hubiese encontrado alguna especie de punto débil que pudiese servirle de ayuda.

Esperanzada ante esta posibilidad, la muchacha lo agarró por las solapas de la túnica negra que llevaba y lo obligó a mirarla.

-¿Y bien? ¿Cuál es el plan?

-Bueno… Pensé que ya os habríais dado cuenta. Vaya, esto complica las cosas…

-¿Qué? NO. Esto las facilita ¡Las facilita mucho! ¡DÍMELO!

Avergonzada, la joven soltó al Yajin´e y se esforzó por hacer caso omiso a la curiosa mirada de uno de los vampiros, que se había sobresaltado ante sus gritos; dándole oportunidad a Yin para responder.

-Es que no sería deportivo decíroslo si no os habéis dado cuenta por vos misma.

Había llegado el momento. Los presentes se apartaron para dejar pasar a la invitada y ésta se levantó; no sin antes hacer un último intento con los ojos empañados y el labio inferior temblando; expresión que ya le había granjeado algún que otro favor en el pasado.

-¿Una pista?

El muchacho no dudó.

-Utilizad vuestra especialidad para convertir sus virtudes en defectos; pues él no podrá quejarse.

Sin la menor idea acerca de lo que aquello podía significar, pero ligeramente esperanzada ante la posibilidad de que se le fuese a ocurrir antes de caer inconsciente ante uno de los demoledores golpes de Garlas, Áshelayd se colocó en su lugar y, tras declinar su oportunidad para intimidar al oponente demostrando su fuerza sobre los bloques, realizó una reverencia y se dio por comenzado el combate.

A pesar de su colosal tamaño, el guerrero era ágil y se movía con rapidez, pero no parecía estárselo tomando en serio. Áshelayd había esquivado sin dificultad sus primeros golpes, e incluso desviado uno; aunque al hacerlo, el impacto le había dañado la mano ¿De qué estaban hechos los músculos de aquel hombre? Antes de poder imaginar alguna respuesta coherente, un nuevo

ataque, esta vez más veloz, la obligó a lanzarse hacia atrás y dar una voltereta apoyando las manos en el suelo y lanzando las piernas hacia arriba con fuerza, tal y como se lo habían enseñado. Para su sorpresa, una vez recuperada la posición de guardia, se percató de que un fino hilo de sangre caía desde la nariz de Garlas, quien, avergonzado ante las risas del público, aspiró hondo y la miró con furia. Parecía que ahora ya no iba a haber más concesiones… pero a la joven le resultaba difícil asustarse, luego de haber visto hasta dónde llegaban sus propias habilidades ¡Había esquivado y atacado al mismo tiempo! No podía esperar a ver la cara de su maestro, orgulloso de la pericia que acababa de demostrar poseer… pero no era el momento. No debía desviar su atención del enemigo.

Lanzándose como un toro bravo, el guerrero se abalanzó sobre la muchacha, quien se coló entre sus piernas, lo agarró del cinto desde atrás y, aprovechando la inercia, elevó su cuerpo con la intención de patearlo en la nuca; aunque Garlas logro parar el golpe con el antebrazo.

Otra vez ¿De qué estaba hecho ese tipo? Áshelayd sentía como si se le hubiese roto la pierna luego de impactar contra él ¿Cómo podía tener unos brazos tan fuertes? Si era capaz de romper varias planchas de roca con ellos, por supuesto que podría parar sus golpes, aunque…

Aprovechando el instante de indecisión de la muchacha, el guerrero le dio un rodillazo en el estómago e, inmovilizándola contra el suelo, dijo:

-Ríndete.

La sala se inundó en vítores, pero la joven continuaba forcejeando, por lo que Garlas le colocó las manos sobre el cuello y sonrió.

La presión era cada vez mayor, pero Áshelayd no pensaba dejarse derrotar. No por alguien capaz de usar un truco tan barato.

Apenas hubo abierto la boca, el rostro de su oponente se iluminó, pero no tardó en tornar su expresión en rabia, al ver que, de ella, tan solo habían salido una extraña serie de siseos reverberantes. En apenas unos segundos, el guerrero lanzó un alarido y se levantó, con los brazos en alto… lo cual resultó ser un grave error, pues la muchacha, todavía agarrada a sus manos, había aprovechado su ayuda para girar en el aire y lanzarle una patada demoledora en el cráneo; dejándolo confuso y permitiéndole a esta agarrarle el meñique y retorcerle el brazo, apoyándole la rodilla en el hombro, tal y como Yin le había instruido.

-En cuanto te rindas, “todo” el dolor cesará.

-¡ME RINDO!

La sala quedó en silencio durante unos instantes, pero pronto fue inundada por vítores y alabanzas. Un grupo de vampiros alzaron a la vencedora mientras Garlas se disculpaba de rodillas ante el general; quien miraba a su vez al Yajin´e con una mezcla de rabia y vergüenza. Yin la miraba a ella, con una clara expresión de aprobación… y no era para menos, pues nadie más en aquella sala se había dado cuenta de que, bajo las vendas de Garlas, había unas protecciones de acero capaces de romper rocas y huesos… pero vulnerables a un hechizo cauterizante. EL orgulloso guerrero jamás reconocería

haber hecho trampas; por lo que no había de qué preocuparse: la muchacha había ganado.

Áshelayd, en el aire, cerró los ojos y se dejó llevar por la multitud… estaba en la gloria.

LXXI - EL QUE SERÉ A PARTIR DE AHORA

A pesar de la ausencia de sol, los vampiros se guiaban también por ciclos de día y noche; marcados, antaño, por personas dedicadas a apagar y encender las antorchas y, actualmente, por un ingenioso sistema mecánico situado en el soporte de cada Bola de Leudo; creado por el mismo individuo que las había inventado.

Los orbes de los pasillos y galerías se habían encendido hacía casi una hora, pero el muchacho pelirrojo llevaba despierto desde muy temprano. Su nuevo cuerpo resultaba, en apariencia, idéntico al anterior, pero la reconexión de aquel canal suplementario que jamás había utilizado, lo entorpecía tanto como lo habría hecho la repentina aparición de una tercera pierna.

Cuando Áshelayd entró en la habitación, se encontró al joven en taparrabos, colocado en equilibrio sobre un Yônbai mientras alzaba los brazos en una postura de meditación.

-Eh… ¿Qué pasa?

-Eso debería preguntarlo yo, mi señora… pasad.

El Yajin´e se bajó del cuchillo, el cual, al perder el apoyo que su peso le ofrecía, cayó al suelo. Después se volvió a colocar al cuello el colgante que anulaba su poder.

Áshelayd, cuyo primer instinto había sido irse y darle tiempo para ponerse una túnica, decidió aprovechar la oportunidad que le había dado para verlo sin varias capas de ropa holgada encima: El cuerpo del mercenario era simétrico, proporcionado, de aspecto ágil y de mus-

culatura casi imperceptible, pero que, como sabía, cobraba un aspecto tenso y fibroso cuando la increíble fuerza que poseía era requerida. En cualquier caso, nada parecía haber quedado mal después del misterioso incidente.

Percatándose de la interrogante mirada que le había estado lanzando el joven durante su poco disimulado escrutinio, la muchacha, acalorada, articuló la frase menos inconexa de que fue capaz bajo aquellas circunstancias.

-Yo… eh… El combate de ayer muy bien ¿Eh?

-Sí. Estuvisteis realmente asombrosa… me gustó la patada que le lanzasteis mientras esquivabais. No es fácil calcular con tanta precisión mientras se es un novato… -El joven, que acababa de terminar de colocarse la túnica negra que le habían proporcionado, suspiró levemente y se dirigió de nuevo hacia ella.- …pero no era eso en lo que estabais pensando, verdad?

Áshelayd, sobresaltada, dio un respingo y comenzó a justificarse.

-¡Oh, vamos, como si tú nunca hubieses imaginado esas cosas…! –Dándose cuenta de pronto de que su guardaespaldas no se estaba refiriendo a "aquel" pensamiento, la muchacha, con el rostro teñido de un rojo aún más intenso, carraspeó y adquirió un tono que pretendía ser solemne.- Es verdad. He venido por otro motivo; aunque no sabía cómo sacar el tema… ¿Quién eres?

El ambiente se había vuelto frío de pronto, a la par de pesado e irrespirable, aunque en esta ocasión, el aura hostil no provenía del joven, sino de la hechicera que, frente a él, parecía esforzarse aún por imaginar motivos válidos para que le hubiesen mentido pero, inconscien-

temente, había comenzado a proyectar su ira hacia el exterior; capacidad adquirida, seguramente, debido al entrenamiento intensivo que había recibido bajo el imponente aura del mercenario.

-Me llamaban Capitán Hai “Obagashy”, el guerrero más fuerte de Aranae… pero ya no soy ese. Mi pueblo venera a los “pupilas brillantes” como dioses –El muchacho pareció escupir estas palabras, más que pronunciarlas-. Toda nuestra cultura está basada en ellos y, todo nuestro gobierno, gira en torno al suyo. Solo somos sus sirvientes, a cambio de los dones que afirman habernos otorgado… y, tanto por admiración de su poder, como por miedo a perder dichas bendiciones, no nos quejamos. Si alguien es rechazado por los dioses, está muerto. Sobrevivir a una orden de ejecución suya es imposible, dado que son dioses; por tanto, aunque haya conseguido escapar, Hai “Obagashy” está muerto para todos los Deigao Fuhn´e. Como Capitán del escuadrón de fuerzas especiales, he servido a esos impostores y he matado por ellos… hoy soy consciente de su verdadera naturaleza… y de la mía. Ahora solo mato si me veo obligado a ello, y no daño a nadie que mi propia conciencia me indique que no lo merece… Puede que mi nombre no sea Yin; pero Yin es la clase de persona que me gustaría ser a partir de este momento. –El joven lanzó de pronto una penetrante mirada a la muchacha.- Y cuando mi cometido actual haya sido cumplido y, finalmente, pueda controlar el punto “Nexo”, pienso volver a Hane y derrocar al “no tan divino” Rey para liberar a mi pueblo.

Áshelayd, con la respiración agitada y habiéndolo perdonado completamente por mentir, se abalanzó sobre él y le dio un abrazo con todas sus fuerzas.

-A mi no me importa cómo te llames ni lo que hayas hecho, idiota… yo solo sé lo que he visto de ti… y, si hay algo que sé seguro, es que te quie…

El potente bramido de una corneta se extendió por entre los túneles gracias al eco; dejando inconclusa la frase.

Yin se había apartado de la muchacha y se había encaminado al despacho presidencial.

-Quedaos en la habitación, mi señora. Habrá problemas.

No cabía duda acerca del sonido ni melodía de la llamada… los Cadrelicios se encontraban a las puertas de Kilnia.

LXXII - PACTO CON LOS DIABLOS

De los tres palcos que daban a la pequeña cuenca que precedía a la entrada principal de la ciudad subterránea, Darwen se encontraba en el que en mejor estado se había conservado. A pesar de ello, las hiedras lo recubrían y parte de la baranda se había desprendido. Ninguno de ellos había sido utilizado desde hacía mucho.

Las numerosas figuras vestidas de azul claro rodeaban al palanquín en el que, tumbado sobre un mullido lecho de cojines, con las cortinas abiertas, se encontraba uno de los “Hijos Dorados”.

-Acercaos a donde pueda veros, vampiro.

Darwen, protegido por una túnica negra unida a una capucha del mismo color, que cubría por completo su cara, a excepción de una tupida rejilla frente a los ojos que filtraba el exceso de luz, con lo cual le permitía percibir con relativa claridad lo que se encontraba a su alrededor, se asomó para que el líder del grupo pudiese ver con quién hablaba.

-Estoy aquí.

-¿Estoy aquí, qué?

-Estoy aquí… -El presidente de Kilnia se mordió el labio bajo la capucha.- …santidad.

-¿Ves como no es tan difícil? Bien ¿Habéis decidido ya uniros a nuestra causa? Pensad en el generoso trato que os ofrecemos… Vosotros, paganos impíos, culpables del pecado de haber nacido vampiros, pudiendo vivir como si fueseis seres normales y puros… Si os ofrecéis

en vasallaje a nuestra iglesia, os perdonaremos por vuestros crímenes contra Dios y, si sois sinceros en vuestra fe, los nuevos niños saldrán sanos, sin muestra del vampirismo al que vuestras vidas de pecado, rechazando a Cadrael y su mensaje, os han llevado…

Darwen, al borde del llanto debido a la rabia y con la respiración agitada, apretaba los dientes con tanta fuerza que sentía que sus ya de por sí retraídas encías, una enfermedad común entre los de su clase, causada, según Leudo, por la carencia de vitaminas ligadas al sol, no soportarían la presión. Pero no podía negarse ¿Verdad? La humillación que estaban sufriendo él, su pueblo y su cultura no podían anteponerse a las nuevas generaciones… al bienestar de su amada hija… ¿Y si era verdad? ¿Y si aquellos prepotentes conquistadores estaban realmente en posesión de un mensaje divino y podían curarlos de su vampirismo…? ¿Importaba, realmente?

-Necesito consultar por última vez con mi gabinete, para informarles de vuestra propuesta final –Mintió el presidente.- Os ruego que nos deis un poco de tiempo para decidir.

Tampoco era como si tuviese dónde elegir. En caso de que tan solo hubiese estado en la tesitura de decidir si los Cadrelicios eran realmente capaces de curar a su pueblo, los habría echado de allí sin dudar; pues, al margen de los problemas éticos que suponía decidir una unión con un grupo tan violento e intransigente, Leudo se le antojaba de muchísima mayor confianza, y había demostrado estar cerca del descubrimiento en las últimas investigaciones… Pero no. No era tan sencillo. El poder militar de los Cadrelicios era, ahora, tan poderoso, sino más, que el del propio ejército real; y su control

sobre la población era ya mayoritario, y con tendencia a crecer. Todos sabían que el Edwäh estaba negociando una importante alianza con ellos y, pronto, cualquier mandato religioso sería equiparable al real. No podían permitirse, siendo ya parias, estar en contra del mayor poder bélico de la región; y menos cuando estaba respaldado por la legítima autoridad de la familia de los Ëan.

-No hay nada que elegir.

Con un respingo, el abatido presidente se dio la vuelta y descubrió que la mano que ejercía aquella férrea presa sobre su hombro pertenecía al hombre más poderoso de cuantos allí se encontraban, y que, al mismo tiempo, resultaba ser quien menos podía hacer.

-Hai… No… no lo entendéis… ellos…

-Coincido con el muchacho, Darwen. -Leudo, quien, completamente erguido, apenas les llegaba al vientre debido a su escasa estatura, se hizo notar de pronto.- No me gustan nada los de esa iglesia… no me gusta mucho ninguna iglesia en general, lo reconozco, pero las hay más o menos inofensivas; y esta es de las descaradamente peligrosas. Tan vírica en su expansión como violenta de acción, lucha por el dominio total e ignora el conocimiento científico tachándolo de "cambiante e inexacto" y asegurando que todo lo que necesitamos saber está en sus libros sagrados. Si valoras en algo mi trabajo, no te unas a ellos; pues, de haberles obedecido, ninguno de mis ingenios habría salido jamás a la luz.

-No… no es eso… ellos… ellos… tienen demasiado poder militar. No podemos vencerlos ni siquiera con los pocos efectivos que han traído ¿Cómo resistir sus siguientes ataques, apoyados por el ejército real?

-Lo enfocáis desde el punto equivocado, Darwen. Nadie ha dicho que podáis vencerlos… Tenéis dos opciones: Luchar hoy, arriesgándoos a perder, pero pudiendo huir si ganáis, o luchar hoy, arriesgándoos a perder, y seguir combatiendo contra sus tropas hasta que la guerra termine. No existe una tercera opción… porque vos mismo dijisteis, años atrás, que más valía morir que vivir bajo el yugo de un tirano para el que nada importan las vidas de quienes rige.

EL cuerpo de Darwen se tensó de pronto, atormentado por el recuerdo del hombre que había ocupado anteriormente el trono de lo que ahora era su joven república democrática.

-No. Los niños no deben saber… No deben saber lo que es eso… toda nuestra generación sufre pesadillas todavía, pero ellos duermen tranquilos, sin tener idea de lo que se siente, o sin recordarlo en grado suficiente… Lucharemos, Hai. Por favor, comunicadle mis intenciones al general.

Apenas se hubo dado la vuelta, el presidente saltó sobre él y, gracias a la acción del colgante, que ralentizaba los movimientos y reflejos del mercenario, logró colocarle un parche morado en la cara, tras lo cual, cayó al suelo como un peso muerto.

-¡Darwen! ¿Pero qué…?

-Lamento haberte robado esto de tu cuarto, pero supuse que algo así podía suceder si se enteraba. No te confundas, amigo. Mi nueva determinación por luchar sigue siendo la misma… pero este hombre ya ha hecho bastante por nosotros y, en las condiciones en que se encuentra, es casi seguro que morirá en combate. Ha-

bíais terminado hace ya unas semanas con lo necesario para poner en marcha el plan “Exilio” ¿Verdad?

LXXIII - LA DECISIÓN

El muchacho ya había sido llevado de nuevo al estudio de Leudo, el cuarto que poseía la mejor cerradura, para cuando Áshelayd llegó hasta donde el demonio y el presidente continuaban discutiendo los detalles de la operación.

-Lo siento, Darwen, pero no me parece correcto abandonaros así.

-No hay otro modo. Debéis iros con mujeres y niños en el barco, mientras nosotros los entretenemos.

-¿Qué ocurre? ¿Dónde está Yin?

-Ahora no hay tiempo, pequeña. Los Cadrelicios están a la puerta y…

-¡QUÉ! -La vara de la muchacha había adquirido un poderoso fulgor, al tiempo que sus ojos comenzaban a humedecerse a causa de la rabia.- Si los asesinos de mi maestro están aquí… ¡Más os vale que no sean aliados!

-No. Calmaos, por favor. -Darwen se había tranquilizado y, con voz firme, explicó la situación a la muchacha.- …y por eso he encargado que se lo lleven. Vosotros dos saldréis por el pasadizo que lleva al gran puente, mientras nuestras mujeres y niños escapan en un barco especial, que hemos construido bajo la supervisión de Leudo; y que guardábamos para alguna emergencia de este tipo, o para trasladarnos si fuese necesario.

-¿Y por qué no nos podemos ir todos ahora, sin dejar a nadie atrás?

-Porque mucho me temo que tardaré, al menos, 72 horas en terminar los preparativos y poner en marcha

los sistemas… Si logran entrar antes de ese momento, estaremos todos perdidos…

-Y por eso el ejército y yo nos quedaremos a hacerles frente para retrasarlos cuanto podamos. No hay más de qué hablar.

-¿Y si hubiese otro modo?

-¿Alguna idea?

-Podríamos clausurar las entradas. Eso los retendría lo suficiente como para…

-Es inútil. Existen demasiadas aberturas, y los cadrelicios poseen unas famosas armas en forma de gas que envenenan a la gente. Sin la ventilación, nos aniquilarían; así que enclaustrarnos sería contraproducente.

-Entonces, solo nos queda una opción… GANAR.

El ambiente se había vuelto tan denso que casi podía verse el aura combativa de la furiosa muchacha, quien, atormentada por el recuerdo de su anciano maestro, parecía más que decidida a contribuir en la confrontación.

-Desde luego, es una opción magnífica, Darwen… Si ganáis, aunque sea solo la primera batalla, tendré tiempo de sobra para preparar la nave y llevaros a todos a un lugar seguro. Sé que, contra toda su fuerza militar, no podríamos hacer nada, pero ¿Qué diablos? Aquí solo hay un puñado de ellos, están en nuestro terreno y, encima, tienen que proteger a un importante líder espiritual… tenemos muchas ventajas a nuestro favor. ¡Aprovechémoslas y salgamos con el menor número de bajas posible!

Tras unos instantes en silencio, la voz de Darwen adquirió un tono marcial y se dirigió hacia la muchacha y el anciano.

-Intentaré conseguir todo el tiempo que pueda para que preparéis el barco y las tropas se alisten. Por favor, Áshelayd, bajad para decirle al general que se prepare… y que os prepare, si todavía tenéis intención de ayudar.

La joven hechicera, sin el menor atisbo de duda, se encaminó a la sala que le habían indicado. Había llegado el momento de ver para qué habían servido tanto entrenamiento y estudio del viejo libro.

LXXIV - EN GUERRA

Con la improvisada mentira de Darwen, el ejército había tenido tiempo de prepararse; lo cual incluía a Áshelayd.

Tan solo había dos magos más en el grupo y, como era costumbre, les habían ordenado posicionarse en las zonas más altas, para poder realizar sus hechizos de forma relativamente segura para ellos; aunque a la muchacha continuaba sin convencerle el plan.

-Pero, General, si todos colocan siempre a los magos en el mismo sitio, ir al frente para llevarnos a muchos por delante al principio los cogerá de improviso y no solo habremos causado bajas en sus filas, sino que se desorganizarán y tendremos ventaja.

-¡Y yo te repito, niña, que si siempre se colocan así es por una razón! ¡No vas a saber tú más de lo que nos han enseñado los más grandes y famosos generales a lo largo de la historia! Bastante problema tenemos ya con que la lucha en las cavernas haya sido descartada y nuestro número de arqueros ascienda a diez… ¡Así que cállate de una vez y vuelve con tu grupo!

Enfadada, la muchacha se dio la vuelta y regresó junto a los demás magos. Sabía muy bien que el General tenía razón y que lo que la motivaba a proponer aquel plan era su ansia personal de venganza contra quienes, como bien sabía, habían hecho tanto daño a todo cuanto amaba; pero no dejaba de pensar que, en el fondo, su idea no había sido tan mala.

Por encima de su clara túnica de seda con motivos de llamas y burbujas, llevaba una capa negra similar a la

de los demás, para evitar convertirse en un blanco recurrente, al poder ser distinguida del resto de figuras encapuchadas. Ligeros protectores de cuero en brazos y piernas, además de la mal remendada camisa-armadura de Yin, quien no tendría la oportunidad de utilizarla, eran lo único que había logrado encontrar para protegerse; pero no importaba. Tenía agarrada con fuerza la vara de Rayâ y, en su memoria, los hechizos sacados del libro que había seleccionado para la ocasión. No había visto en el todavía ninguna de las impresionantes e imparables magias que se le atribuían, pero sí muchísima información acerca del funcionamiento de la naturaleza; la cual podía ser utilizada, haciendo uso de su ingenio, para poner la batalla a su favor.

El imprevisto flujo de figuras cubiertas por tela negra la hizo despertar de su ensimismamiento y se dispuso a seguir a los magos a las plataformas de combate.

Un repentino respingo de angustia la hizo pararse en seco ¿Cuáles eran? Todos se habían puesto las capuchas antes de salir; imposibilitando el reconocimiento del grupo al que debería haber seguido.

Una leve sonrisa acudió a sus labios mientras se los cubría con la tela de rejilla. Al final tendría que atacar junto a los soldados, dado que no conocía la situación del lugar que le habían asignado…

Frente a la montaña, los cadrelicios habían adoptado una posición defensiva. No era la primera vez que realizaban una propuesta de ese tipo a pueblos bárbaros y reticentes a aceptar su religión, y sabían como solían terminar las negociaciones.

Cerca del momento en que habían previsto que sucedería, el ejército de vampiros surgió como de la nada y

comenzó a cargar contra ellos. Dada la orden de contraataque, un fuerte relámpago se cernió sobre el ejército azabache.

De un modo inexplicable para quienes lo habían lanzado, éste se había disipado justo antes de llegar a su objetivo.

-¡Tienen magos en primera fila!

Apenas hubieron oído aquel grito femenino proveniente de su propio frente, los combatientes kilnianos se detuvieron en seco, formaron un muro de escudos y dejaron a su pareja de hechiceros crear protecciones luminosas a su alrededor.

La irregularidad del terreno, y carencia de huecos al nivel adecuado, había impedido atacar desde la protección de las rocas a los pocos arqueros que tenían entre sus filas, obligándolos a exponerse para combatir; y su precario número de magos tan solo podría protegerles de ataques energéticos dispersos. La desventaja, perdido el primer envite, era clara; así que Áshelayd decidió poner las cosas un poco más a su favor.

Como había aprendido en el libro, la luz del sol no les llegaba con la misma fuerza con que lo habría hecho de no tener atmósfera. Si mantenía estática y aumentaba el nivel de reflexión de una capa de aire concreta, quizás podría…

La muchacha no tuvo que repetir su hechizo. Una gran cúpula sombría, que se vio refulgente desde la lejanía, se cernió sobre el campo de batalla, dificultando la visión de los cadrelicios y liberando a los vampiros de sus incómodas prendas protectoras. Con un grito de júbilo, comprendiendo al momento la ventaja que suponía para ellos, cargaron de nuevo contra el ejército invasor.

Uno de los soldados que se encontraba a escasos metros de Áshelayd era custodiado por dos fornidos maceros y permanecía mirando al cielo, con las manos extendidas hacia la cúpula y murmurando siseos ininteligibles. Sin duda era el mago que había lanzado el rayo que acababa de rechazar. Era cuestión de tiempo que descubriese el truco utilizado y encontrase el modo de anularlo; por lo que detenerlo debía convertirse en su prioridad.

La bola de fuego fue rápidamente bloqueada por el hechicero. Ordenó a sus camaradas que lo siguieran a distancia prudencial y devolvió el saludo.

Antes de que hubiese llegado hasta ella, Áshelayd hizo brotar un chorro de tierra que recibió el impacto de la esfera ardiente. Confiada, comenzó a correr hacia el enemigo, pero un rayo la lanzó hacia atrás. El hechicero había lanzado dos ataques seguidos, claro… ¿Cómo no lo había previsto, después de tanto entrenamiento? Su experiencia en combate no podía compararse a la de un mago Cadrelicio… pero había mejores cosas en que pensar en aquellos momentos.

Después de intentar detenerse sin éxito, terminó de rodar al caer sobre unos peñascos, que no por ser relativamente planos amortiguaron mejor la caída, e intentó levantarse. El silbido de una espada al ser blandida la alertó a tiempo para apartarse, pero una punzada de dolor en la espalda, sin duda producto del impacto, la hizo trastabillar. El siguiente envite logró golpear su costado, cortando tela y cuero, pero no piel, gracias a la camisa azul, y un contundente rodillazo la mandó contra la pared de roca cercana a la pendiente por la que había caído. Con la espada atrasada, el Cadrelicio la agarró del

cuello y sonrió al ver el dolor en su mirada. Antes de terminar su estocada, las pupilas de la joven refulgieron con un brillo azulado y el hombre se dobló sobre sí mismo, dejando caer la espada.

Áshelayd tosió y se irguió. No le había resultado difícil imaginar un sufrimiento horrible que transmitir al “Sentido” del adversario, pues ella misma acababa de padecerlo… claro que, el suyo, no había sido tan agudo ni constante.

Al llegar de nuevo al campo de batalla, la joven se encontró de frente con el hechicero que la había derrotado; ahora custodiado por un solo macero.

Al verla, soltó un improperio y dirigió su corta vara blanca de milagrero (pues los Cadrelicios intentaban diferenciar como fuese posible a sus magos de aquellos ajenos a la religión) hacia ella. Áshelayd se defendió con un nuevo muro de tierra, pero esta vez el segundo golpe del hechicero falló. Antes de que el milagrero o su guardián hubiesen tenido tiempo de percatarse de ello, la muchacha, quien se había propulsado a sí misma por los aires con un segundo géiser de polvo oculto por el primero, dejó caer el orbe de su vara, con todas sus fuerzas, sobre el casco del macero; el cual cayó al suelo, sangrando y, en apariencia, inconsciente.

Con una rápida finta, la joven esquivó el siguiente ataque del milagrero y, simplemente, desapareció.

No había rastro de ella y, cuando finalmente el hechicero había comenzado a rezar, temeroso de aquella magia desconocida, un fuerte golpe en la espalda, unido a una intensa descarga eléctrica, lo hicieron caer por el risco.

Cerca del lugar por el que se había precipitado, el aire se onduló y reveló, como si de un espejismo se tratase, la presencia de Áshelayd. Utilizar el escudo de tierra para catapultarse había sido genial, pero aumentar la capacidad reflexiva del aire que la rodeaba de tal modo que se volviese prácticamente invisible desde el ángulo deseado, había sido, a todas luces, apoteósico; aunque su alegría y autoaprobación no durarían mucho.

Un doloroso golpe en el hombro la desequilibró e hizo caer por el risco; aunque con mayor suerte que el milagrero, pues logro desviarse hasta un saliente. Agarrándose el brazo afectado, que ya había sufrido una descarga y el lanzamiento de un mazo, por parte de un guerrero al que se arrepentía de no haber destrozado con su magia por miedo a quedarse sin fuerzas en algún momento clave, se levantó para ver, ante sus narices, a un grupo de tres lanceros y dos espadachines cadrelicios que, sin dudarlo, dirigieron sus ataques hacia ella.

-¡SUJYULLA!

LXXV - COMBATE DE BESTIAS

El campo de batalla se había sumido de pronto en un completo silencio, a causa del fuerte restallido que lo había inundado.

Una densa nube de humo negro comenzaba ahora a disiparse, permitiendo entrever una gigantesca y poderosa cola, terminada en un hacha de acero sujeta a un arnés, y una gran pata anaranjada con manchas rojas, de uñas negras, que descansaba sobre el cuerpo aplastado de uno de los lanceros.

Una repentina ráfaga de viento terminó de alejar la humareda, dejando a la vista a un enorme monstruo acorazado con varias piezas de acero. Sobre su lomo reposaba una joven de aspecto tan sorprendido como el de cualquiera de quienes los rodeaban.

-Áshelayd… -Aquella voz, que se oía tan clara como si nada se interpusiese entre ella y sus oídos, acompañada por una conocida sensación de cosquilleo en la nuca, hizo que la muchacha comprendiese que su desesperado intento había dado buen resultado.- …Áshelayd ¿Estás bien? Traigo recuerdos de parte de mi hermanita.

-¡Has venido!

La gigantesca salamandra cornuda de montaña barrió a un grupo cercano de cadrelicios con su hacha.

-La gobernanta no te mintió. Siempre que nos llames por una causa honorable, responderemos con presteza… ¿Luchar contra los Cadrelicios? ¡No necesito saber mucho más para ponerme de tu lado!

Con renovada confianza, aunque todavía más débil que antes a causa de la repentina invocación, la muchacha le comunicó la situación a su compañera tan rápido como la telepatía le permitió; lo cual no era poca velocidad.

-… así que necesitamos ganar tiempo y, para ello, debemos derrotarlos en la primera confrontación y obligarlos a retirarse hasta mañana.

-Tranquila, pequeña… tú ahora solo sujétate y no temas, pues mis habilidades solo dañarán a mis enemigos.

Apenas hubo dicho esto, la salamandra incendió su cuerpo y se abalanzó sobre un numeroso grupo de soldados Cadrelicios; que comenzaron a correr, envueltos en llamas.

Áshelayd contemplaba, asombrada, cómo el líquido incendiario la cubría también; pero no le causaba ningún daño. Sin duda, el poder de la salamandra no era solo biológico, sino, al menos en parte, también mágico.

El ejército Cadrelicio se había dispersado, por miedo a volverse un blanco apetecible para aquella bestia llameante; sin embargo, al enemigo todavía le quedaba un milagrero con vida. Tal y cómo estaba la situación, recibió permiso del "Hijo Dorado" para invocar el poder de los dioses.

Una vez se hubo quitado el guante, colocó la otra mano sobre la marca que había descubierto y gritó un nombre que se vio ahogado por los gritos de los soldados. Tras un gran restallido de fuego y humo negro, un enorme lobo blanco de dos colas y orejas largas y caídas saltó sobre el anfibio.

-Ten cuidado, Áshelayd… ese hombre es un aliado de los Cannya. ¡Maldito clan sin orgullo…! se han dejado domesticar por una organización, en lugar de conceder favores individuales a los individuos que los merezcan…

Una gran ráfaga de aire apagó la mayor parte de las llamas azules que rodeaban a la salamandra, dejando vía libre al colosal cánido para atacar.

La confrontación inicial terminó con la placa protectora del hombro izquierdo del anfibio arrancada y con un superficial corte de hacha en el costado del cánido.

-¡Un lobo no puede hacer eso!

-Por eso te dije que tuvieses cuidado, pequeña… ese chucho no tiene nada que hacer contra mí en condiciones normales, pero su jinete es un mago experimentado que se ha estado guardando las fuerzas y se ha tomado su tiempo para invocarlo… esto es un combate muy desigual…

-¡No! Yo puedo ayudarte, soy fuerte, he entrenado, yo…

-Tú eres una estudiante de magia herida que ha gastado más de tres cuartas partes de su poder; así que agárrate bien y déjame hacer… Si ves que tienes una buena oportunidad de fulminarlos, sin embargo, no me vendrá mal la ayuda.

Sin decir otra palabra, ambos animales se abalanzaron de nuevo el uno contra el otro.

…

El panorama era sobrecogedor ¿Qué había pasado? Dos ejércitos, uno vestido de azul claro y el otro de negro, se enfrentaban sobre un terreno tan escaso como irregular, al que la luz del sol parecía no ser capaz de acceder con normalidad, mientras dos monstruos combatían ajenos al bullicio.

Jahí tiró de las improvisadas riendas del Wikernô, pero el miedo impedía al animal realizar cualquier acción. Viéndose rodeado de repente por un grupo de Cadrelicios, el muchacho se bajó de su montura y los despachó antes de que tuviesen tiempo de alzar sus espadas.

-¡Vamos, amiguito! Si te quedas aquí, uno de esos monstruos se nos podría com…

De pronto, las ensangrentadas fauces del lobo se abalanzaron sobre el animal y el joven luchador; cuya salvación llegó en forma de hacha roma y quebrada, que lo lanzó lejos de un golpe.

-¿Todavía seguíais vivos, impuros seguidores del diablo? ¡Pues pronto lo solucionaré!

Jahí, con el corazón desbocado a causa del susto, miró hacia aquellos a los que hablaba el milagrero que montaba la bestia plateada. El otro animal, alguna clase de lagarto naranja lleno de heridas sangrantes, jadeaba, casi incapaz de soportar el peso de su abollada y agrietada armadura mientras, sobre ella, una joven paraba, como podía, los rayos que el mago enemigo les continuaba lanzando.

Sus ojos no le engañaban ¡Era la muchacha! La chica a la que perseguía para conseguir aquella valiosa vara acababa de salvarle la vida, a pesar de que, la situación

en que se encontraba, no parecía ser la de alguien en condiciones de andar ayudando a otros…

Una profunda rabia inundó de pronto su pecho ¿Por qué lo había hecho? ¿Cómo se suponía que debía reaccionar él ahora?

Cuando ya se había decidido a intervenir, un desgarrador bramido retumbó en la falda de la montaña. El lobo, gracias a los ataques de su jinete, había logrado acercarse lo suficiente como para morder el brazo desprotegido del anfibio y se lo había arrancado.

La salamandra, luego de dar un último golpe desesperado con la cola a su enemigo, que lo obligó a alejarse, se tambaleó y cayó de costado.

-Áshelayd…

-¡No hables, te pondrás bien!

-Tranquila, me recuperaré mejor de lo que crees, esto es solo un método de defensa… No he podido vencerlos, pero al menos así puedo igualar el combate. El mago ha gastado mucha energía y, cuando pierdo una extremidad, el tuétano del hueso que se ha desprendido de mi cuerpo emana un gas venenoso… el lobo está envenenado y no podrá luchar más. Quizás hasta muera. Suerte contra el hechicero… yo… no puedo seguir…

Y, con simultáneos vórtices que absorbieron sus cuerpos hasta hacerlos desaparecer con un sonido de succión, ambas bestias regresaron al lugar de donde habían salido.

Aprovechando el momento de sorpresa que el milagrero había sufrido al verse de pronto suspendido en el aire sin apoyo, Áshelayd condensó sus fuerzas restantes en una bola de fuego que impactó de lleno contra su pecho; carbonizándolo.

La falta de energías había hecho mella. La muchacha casi no aguantaba de pié y sostener la vara en alto quedaba muy lejos de sus posibilidades, por no hablar ya de utilizarla.

Enfrentarse a una hechicera que había derrotado a un enviado de Dios y a su milagrero no era algo que los soldados deseasen hacer, pero el que estuviese agotada y, su aspecto, fuese el de una joven muchacha llena de heridas los animaba.

Jahí, por su parte, se había visto rodeado por un numeroso grupo de guerreros del mayor calibre, que no habían participado en combate, pues se encontraban protegiendo al tercer "Hijo Dorado"; por lo que no habría podido ayudar a nadie más que a sí mismo.

La visión de la muchacha era borrosa, los sonidos parecían retumbar en su cabeza con varios segundos de retraso y su propia respiración resultaba incómoda de oír y sentir. Incapaz de hacer frente a tantos enemigos, se dejó caer de rodillas… justo a tiempo para evitar la lluvia de guijarros que se habían desprendido de una súbita serie de explosiones.

LXXVI - EL ESTRATEGA

Ambas facciones se sorprendieron y prepararon para la aparición de algún otro monstruo, pero lo único que ocurrió fue otra tanda de explosiones.

Las detonaciones eran repentinas y se sucedían demasiado cerca del tercero como para que a los Cadrelicios les resultase una situación aceptable.

No había forma de que los vampiros las estuviesen lanzando, pues se encontraban todavía lejos de aquel punto ¿Podían guardar catapultas en aquellas cavernas? O acaso…

-¡Mirad! ¡Es él!

En uno de los riscos más altos, reposaba la oscura figura de un hombre con la cara cubierta por una máscara bucal y un pañuelo en la cabeza. Al cinto, llevaba una espada de vaina roja esmaltada y, colgando, algunos cuchillos de lanzador.

Al ver que todas las miradas se habían dirigido hacia él, proclamó con una voz serena, pero que retumbó con una fuerza que volvió el ambiente frío e irrespirable:

-El pueblo de los vampiros goza de los servicios de los Yajin´e –una decena de figuras encapuchadas surgió de pronto de entre las rocas; soltando, cada una, un pequeño globo de papel con una vela dentro que, al llegar a cierta distancia, era consumidos por el fuego y dejaban caer sus cargas explosivas sobre el ejército enemigo. –Deseo saber quién es el hombre que manda a este ejército invasor… Quiero que sepa, antes de que ocurra, que es Hai “Obagashy” quien va a matarlo.

Un resplandor, que resultó visible a pesar de la falta de luz, sugirió que el muchacho había comenzado a desenvainar su espada, y fue entonces cuando los Cadrelicios comenzaron a retroceder.

-¡Cobardes! ¡Seguid avanzando! ¡Ya casi los teníamos, malditos herejes; volved a la batalla!

-¿Pero qué dices? ¡Salgamos de aquí!

-¿Qué? -El comandante en jefe no daba crédito a lo que oía.- Pe… Pero, santidad, nosotros…

-¡Sácame de aquí, Llohír! ¿Acaso no has oído que ese infiel quiere matarme? ¡No podemos arriesgarnos a que eso ocurra! ¡Retirémonos!

-Con mis respetos…

-¡No quiero tus respetos! ¡QUIERO TUS PIERNAS! Ponte a correr con los porteadores y sácame de aquí.

Dicho esto, el hijo santo cerró las cortinas con pulso tembloroso y se negó a contestar a nada más.

El comandante había perdido una batalla ganada a causa de la cobardía de aquel supuesto representante de un dios invencible… Si en alguna ocasión flaqueó la fe de Hanrram Llohír, fue en ese momento; y quizás nunca volvería a ser la que era.

Áshelayd miraba, llena de orgullo, al lugar en que se encontraba su guardián. Acababa de demostrar de forma impecable cómo derrotar a un ejército que los superaba utilizando más el ingenio que la fuerza... Se sorprendió a si misma al sonreír y gritar: "¡Hemos hecho un Handschmud!"

Jahí, agotado y acorralado, vio de pronto cómo quienes lo cercaban (aquellos que continuaban vivos o conscientes) se batían en retirada. Un breve vistazo, bajo el contexto de cuánto sabía, le bastó para recono-

cer la figura y espada de quien los había hecho huir… El hombre que acompañaba a la muchacha; ese que logró derrotarlo sin tocarlo y que volvió las explosiones de Inowake contra él… Había llegado hasta allí buscando robarle la vara a aquella chica y, luego de verse envuelto en el conflicto más extraño que había presenciado jamás, había sido salvado dos veces: Una por la propia muchacha y, la otra, por su guardián.

Estaba cansado, magullado y lleno de arañazos; pero si había algo que realmente le dolía era la deuda que acababa de contraer.

LXXVII - TRAS LA BATALLA

Muchos habían muerto, pocos entendían lo que había sucedido y ninguno podía creer que todo hubiese acabado con una victoria semejante.

No podían esperar que se hubiesen retirado para siempre, pero no cabía duda de que, si volvían, sería demasiado tarde. La táctica del general les había parecido arriesgada, pues en opinión de muchos lo lógico habría sido combatir dentro, pero fuesen cuales hubiesen sido sus razones (se decía que había contrarrestado de ese modo un gas venenoso, o que intentaba alejarlos de los túneles para que no atrapasen a mujeres, niños y ancianos en el barco), su plan había dado resultado.

La joven, sin embargo, sabía muy bien lo que había ocurrido y se odió a sí misma por haber intentado proteger a su guardián… Él siempre sabía cómo actuar en el momento preciso. Había sido un error pensar que intentaría combatir en el frente estando tan débil ¿Cuándo se le había ocurrido aquella idea? ¿Quién lo había ayudado? Globos de papel propulsados con una vela… bastaba con pedir a un mago que la brisa soplase de cierto modo, y el ejército enemigo estaba acabado.

Luego de pararse varias veces a causa del cansancio, la muchacha llegó finalmente al cuarto de Leudo; donde se encontraba el joven mercenario, sentado sobre una silla y deshaciendo las cápsulas de papel que no había utilizado.

-Yin…

-¡Mi señora! Me alegro de que no os haya ocurrido nada grave… Me habría gustado poder evitaros el sufri-

miento al que os habéis visto expuesta; pero mi condición…

-¡Idiota! –La joven lo abrazó y enterró su arañada cara en el pecho.- No se te ocurra pedir disculpas por ayudarnos a pesar de nuestros intentos por detenerte… No habría podido sobrevivir sin tu entrenamiento, ni sin que hubieses aparecido en ese momento… Eres mi mejor amigo, y haces que me sienta segura; porque sé que siempre estás ahí para salvarme en el momento adecuado… ¡Y quería decirte que te quie…!

-¡Loco! –El pequeño demonio se precipitó en la habitación con la cara morada de ira.- ¿Cómo te atreves, maldito? ¡Te mataré! -Áshelayd, sorprendida, se sentó sobre la mesa mientras veía cómo el alquimista arrancaba las hojas de papel de las manos del mercenario. – Mis grabados… Mis queridos grabados…

Leudo se había dejado caer de rodillas mientras sollozaba, con la inmensa nariz inmersa entre las bolas de papel arrugado

-Yo… Tan solo utilicé lo que tenía a mi alcance para…

-¿Sabes lo que valían mis grabados? ¿Lo sabes? Muchas de aquellas mujeres ya ni siquiera viven… sus figuras se han perdido para siempre…

-Esperad un momento… ¿Estáis hablando de…?

-Mis preciosas diosas, ninfas, bailarinas y modelos… Destruidas…

-¿…Estáis hablando de aquellas cochinadas?

-¡Pues claro! ¿De qué si no?

-¡Tal y como os comportáis, pensé que Yin había utilizado alguna investigación o algo así!

-¡Ojala! Las investigaciones están en mi cabeza y puedo repetirlas… pero los turgentes pech…

-¡Calla ya y vete a montar el barco ese!

-¡Ya está "montado"!

-¡Pues entonces no tengo que hablar contigo nunca más!

Molesta más allá de lo que la situación parecía haber podido ocasionar, la muchacha dio una patada al anciano en la entrepierna y se fue con los ojos anegados en lágrimas.

Aquellos estúpidos hombres… Uno no pensaba más que en sexo y, el otro, no se había ni figurado todavía lo que sentía por él a pesar de sus intentos fallidos por confesarse.

Estaba tan cansada… sin terminar de comprender cómo, había llegado al lugar en que trataban a los enfermos de urgencia. Sin acabar de saber qué la movía, se tumbó en un camastro y se durmió con un suspiro entrecortado. Si tan solo él hubiese dado alguna muestra de sentir lo mismo…

LXXVII - CIUDAD FANTASMA

La caverna, situada a nivel del mar entre los acantilados, era húmeda, olía a podrido y resbalaba a causa de las algas; pero todos los presentes agradecían haber podido llegar hasta ella a tiempo.

El barco, aún sin bautizar pero conocido por todos como “Exiliador”, permanecía a flote, con algunas escalas aún sin recoger, debido a que el presidente no había subido todavía.

-No tengo palabras para agradeceros cuanto habéis hecho… ni para disculparme por…

-Dejadlo ya, Darwen. La espada que me habéis dado, así como la ropa nueva, que es lo que ahora necesitaba, es muestra de gratitud más que suficiente… Dicho lo cual, dad recuerdos de mi parte a vuestra hija y sus amigas, y agradecedles que se hayan prestado a disfrazarse y ayudarme con mi pequeña actuación.

-Algo me dice que son ellas quienes os agradecen que les hayáis dejado involucrarse… De verdad os lo digo, amigo mío: Nuestro pueblo está en deuda imperecedera con vos y con vuestros descendientes. No sé a dónde iremos ahora pero, sea a dónde sea, nunca olvidéis que tenéis un lugar de honor en la memoria de nuestro pueblo.

-¿Estaréis bien en el viaje?

El barco está acorazado y cubierto por completo… no me preguntéis cómo se mueve sin velas, porque solo Leudo lo sabe, pero está bien surtido y es funcional. Ahora, no os retraséis más y huid por el pasillo que os he indicado antes de que los Cadrelicios regresen. Tras ha-

beros alejado a una distancia prudencial, os ruego que detonéis los explosivos. No estaría bien que, luego de lo que nos habéis ayudado, permitiésemos a los Cadrelicios seguiros por salvar un par de estructuras... Una vez más, gracias.

Y, tras una ligera reverencia, Darwen enganchó el brazo en la escala y comenzó a subir al barco que acababa de zarpar.

Áshelayd y Yin se quedaron mirando hasta que la nave hubo salido por la inmensa abertura y se pusieron en camino.

-Creo que voy a echarlos mucho de menos.

-Os comprendo, mi señora… los vampiros son un pueblo que podría haberse vuelto huraño y vil debido a lo mal que ha sido tratado por otros individuos, o por la misma fortuna, pero, a pesar de ello, han decidido conservar un humor y hospitalidad dignos de elogio… Les deseo lo mejor.

-No puedo dejar de darles gracias por las ropas y provisiones que nos han proporcionado… incluso se han molestado en coserme el vestido que me regaló el tritón, a pesar de lo ocupados que estaban.

-Sí. No puede compararse con Ajinkattai, pero el sable de un solo filo que me han proporcionado es de lo mejor que pueden hacer con sus forjas. Para ellos ha sido un gran esfuerzo proporcionárnosla… pero dejemos ya de pensar en eso. Ambos grupos hemos salido beneficiados y tenemos nuestro propio destino. Una vez hayamos pasado este túnel, estaremos casi al lado del gran puente y, finalmente, podremos descubrir a dónde se llevaron a vuestros amigos y quién es ese “Guardián de

los Secretos" que queréis encontrar ¿Tenéis todavía las indicaciones del hostelero?

-Sí. Las he llevado conmigo todo este tiempo y las he pasado a limpio en un par de ocasiones, cuando se han manchado, aunque me las he aprendido de memoria. No me costará encontrar los documentos que me indicó.

-Es una gran noticia.

-Sí. Esto… Hay una cosa que aún no os he preguntado ¿Cómo hicisteis para escapar de la habitación de Leudo? Me dijeron que os habían encerrado en ella luego de sedaros y que, no solo no despertaríais hasta que todo hubiese terminado sino que, aunque lo hicieseis, no podríais salir de ella.

-Ah, sí, eso… Con el forcejeo del momento en que Darwen me sedó, se soltó el colgante inhibidor y parece que la gran afluencia de energía con la que abastece mi cuerpo el punto nexo me ayuda a metabolizar los venenos todavía mejor que antes. En cuanto desperté abrí la puerta sin pensarlo y, solo cuando vi que había arrancado el pestillo, me percaté de que el hexágono estaba separado de mi piel. Todavía no controlo la fuerza, pero parece que, al menos, ya puedo caminar sin lanzarme contra las paredes.

-¡Jajaja! Pobre Leudo. Entre eso y lo de los grabados, no me extraña que no se haya despedido de nosotros. Y yo que pensaba que había sido por los preparativos…

-Un hombre curioso, el alquimista… me pregunto si volveremos a verlo.

-Para eso seguramente habría que encontrar la nueva ciudad de los vampiros, y no me parece… Un momento ¿Creéis que estamos lo bastante lejos?

-En eso estaba pensando. Realmente me apena irme así…

Antes de que la muchacha pudiese añadir nada más, el joven rompió el sello de la piedra roja que les habían proporcionado y, en cuanto el brillo de esta se apagó, una fuerte explosión resonó a lo lejos.

Kilnia, la ciudad de los vampiros, ahora prácticamente incomunicada, y vacía por completo, había muerto.

LXXIX - LA TORRE DE LA CANTERA

Hadí Permanecía sentado en el antiguo trono labrado en piedra del último piso, el único mueble que allí había, limpiándose la sangre de la frente con una gasa.

¿Qué había pasado? ¿Cómo podía haber fallado de tal modo en su misión? No había excusa… Cierto que un tercio de las tropas habían sucumbido a la esperada aparición del objetivo principal y que, finalmente, éste había logrado sonsacar la información que necesitaba, al hombre que ahora yacía muerto a sus pies, antes de que a él le hubiese dado tiempo de llegar… pero no era disculpa para su propia incompetencia.

Con un suspiro, el "Guerrero Santo" arrancó su espada del pecho del cadáver, se levantó y miró al cielo entre las gruesas columnas de mármol que soportaban la cúpula que coronaba la torre.

-¿Se sabe algo?

-N… no, señor… Hemos descubierto al traidor y recogido los cuerpos de los valientes que murieron por la causa; pero no sabemos nada de…

-¡Silencio! –El joven guerrero cerró sus saltones ojos (Lo cual agradecieron los presentes) y suspiró de nuevo.- ¿Acaso crees que puedo informar tan tranquilamente de esto estando todavía bajo mi periodo de prueba? Al Padre no le va a gustar nada que hayamos perdido al objetivo… ¿De quién es la culpa? Desde luego, la responsabilidad recae sobre mí, pero ¿Quién es el verdadero culpable?

-Pues… -El soldado contestó con prudencia; consciente de que su respuesta decidiría cuanto tiempo de vida le quedaba.- La culpa es… ¿Del diablo?

-¿Qué?

-Bueno… el enemigo es un aliado del diablo… sin duda éste le dio fuerzas para evadirnos y, si nos hemos salvado los que nos hemos salvado, ha sido tan solo gracias a la bondad de Dios…

El muchacho se rascó la barbilla con aire meditativo y se echó hacia delante en el asiento.

-No te falta razón, soldado… ¡Me pondré en contacto con la sede de inmediato! Debemos llamar a los milagreros exorcistas por si quedasen restos del diablo por aquí que pudiesen poseer a alguno de nosotros. Ahora…

La frase del "Guerrero Santo" quedó inacabada debido a la sorpresa que les causó el ver cómo el grueso pilar central de la torre se abría de pronto, dejando al descubierto el rostro de una muchacha de aspecto tan confundido cómo el de ellos mismos.

LXXX - LA SALIDA DEL TÚNEL

La escena se desarrolló a demasiada velocidad como para que la agotada y sorprendida joven hubiese tenido tiempo de reaccionar.

Apenas hubo sacado la cabeza por la salida del pasadizo, un muchacho alto y delgado con ojos de desquiciado había blandido hacia ella una gran espada que se había detenido repentinamente por un filo proveniente de detrás de ella.

Sin darle ocasión de moverse por sus propios medios, Yin la obligó a ocultarse en el pasadizo de un empujón y se lanzó contra el joven del peto azul.

La fuerza del bloqueo había desestabilizado a Hadí, pero el golpe que lo sucedió fue colosal. Luego de recorrer por el aire media estancia y de rodar varias veces sobre sí mismo, el "Guerrero Santo" se levantó y cubrió, por poco, del siguiente ataque con su escudo.

A pesar de la gran defensa de la que gozaba, el golpe le hizo crujir el hombro y lo lanzó con fuerza contra una de las columnas que sujetaban el techo; la cual se agrietó.

Los dos subordinados, alterados ante aquella demostración de poder, corrieron para avisar de lo sucedido al resto de los soldados.

-¿Quién sois y por qué nos habéis atacado?

El muchacho que acababa de darle aquella paliza parecía de menor edad que él. Era pelirrojo y vestía una chaqueta negra de algodón sin mangas bajo la que llevaba una camisa de seda gris. A la cintura, tenía sujeta una gruesa faja de color oscuro. Sujetaba frente a su

rostro un sable robusto, de guarda ovalada, que, debido al impacto contra su escudo indestructible, había perdido parte de su filo; lo cual animó a Hadí.

-Los muertos no necesitan saber nada más que las alabanzas que le deben a su señor.

Con gran ímpetu y habilidad, el guerrero blandió su espada contra el joven pelirrojo; quien lo esquivó sin esfuerzo y contraatacó. El golpe Lanzó a Hadí hacia arriba, pero éste había previsto la situación y, girándose en el aire, colocó los pies sobre el techo y se impulsó sobre el mercenario con la espada en alto.

El brutal entrechoque de hojas hizo volar por los aires la espada de Hadí; la cual se clavó en el duro suelo de piedra a unos metros. Rápido de reflejos, el "Guerrero Santo" rodó por el suelo y llegó hasta ella antes de recibir el siguiente ataque; pero este no se habría producido.

El arma del Yajin´e, incapaz de seguir el ritmo de su propietario, tenía el filo partido y, su lomo, algo más flexible, se había doblado de un modo que la volvía inutilizable.

El joven la hizo a un lado y se sacó un Yônbai de la chaqueta.

-Ahora no puedo seguir entreteniéndoos con la espada. Los cuchillos solo me permiten utilizar técnicas de apoyo a la esgrima o tácticas asesinas… Así que responded a mis preguntas ahora, o no habrá un mañana para vos.

Recuperado el aliento y con la espada de nuevo en sus manos, Hadí respondió, con orgullo:

-Soy un "Guerrero Santo" a las órdenes de Dios y defensor de las palabras de Cadrael. Vosotros habéis

irrumpido en un lugar que es solo nuestro y, por ello, merecéis la muerte, malditos infieles.

-Bien. Si la muerte es lo que nos deseáis y pretendéis concedernos, no podéis culparme por lo que voy a…

Una repentina ráfaga de fuego se cernió sobre el joven que llevaba el símbolo de la espada dorada en el pecho. Se cubrió con el escudo mágico y la hizo estallar contra el muchacho pelirrojo. Yin, incapaz de controlar todavía sus nuevas fuerzas, se había echado a un lado para evitar las llamas dispersas pero, perdido el control, se estrelló contra una de las columnas; quebrándola.

El golpe había dejado entumecido su brazo izquierdo y, al intentar levantarse para regresar al combate, se percató de que el colgante había vuelto a adherirse a su piel; suprimiendo sus habilidades.

Hadí, listo para terminar con la amenaza que suponía la hechicera que lo había atacado, se lanzó sobre el hueco del pasadizo mientras que ésta, ofuscada por el odio que sentía hacia los Cadrelicios, y viendo en él la viva imagen de la descripción del muchacho de Árdell, apuntaba con su vara hacia el “Guerrero Santo” sin la menor intención de apartarse.

En una fracción de segundo, una mano desconocida tiró de Áshelayd hacia atrás, poniéndola lejos del alcance de la espada enemiga, tras lo cual, una poderosa patada lanzó al guerrero a varios metros de distancia.

Para cuando Yin, Áshelayd y Hadí se hubieron levantado, el muchacho que había detenido el combate ya había tenido tiempo de reajustarse la gorra y los tirantes. Permanecía tranquilo, con las manos en las caderas, en el centro del triángulo que éstos conformaban y, mostrando una sonrisa socarrona en la cara, proclamó:

-Ya vale de paridas… ¡Todos p´a atrás, que aquí está Jahí, “el dragón centelleante”!

LXXXI - A PUÑO Y ESPADA

Los combatientes habían quedado anonadados ante la repentina aparición del muchacho de la gorra roja de duende.

-¡Tú!

-Sí, yo, monada. La otra vez, yo y mi amigo queríamos pillar la recompensa que dan por tu vara… Pero ahora os debo una y, cuando Jahí "el destructor de ejércitos" debe una… la paga en cuanto puede ¿Qué quiere el cara-loco de vosotros? –Yin lanzó una suspicaz mirada al joven luchador; el cual soltó un pequeño suspiro y, desentumeciendo los hombros, continuó.- Vale, no os fiais. Lo capto. Es verdad que os he seguido por vuestras auras desde atrás… pero yo os lo quería contar antes; lo que pasa es que el túnel por el que os largasteis estaba tapa´o y me costó lo mío pasar con el Wikernô… por cierto, lo he deja´o ahí. Pilladlo e iros. Yo me quedo, me ocupo del ojo-sapo y deudas saldadas, ¿Vale?

Sin decir una palabra, el Yajin´e se subió al asustado animal, ayudó a la muchacha a hacer lo propio y lo arreó hacia una de las múltiples salidas que ofrecía la ausencia de paredes.

-Gracias.

Jahí, sonriendo, alzó el pulgar hacia Áshelayd sin apartar la vista del adversario y respondió:

-De nada, guapa. A la próxima que me veas, mejor escapa ¿Eh?

Las alas del Wikernô hembra, no aptas para el vuelo, pero sí capaces de controlar lo suficiente las corrientes de aire como planear durante un rato, llevaron a los

dos jóvenes hasta el suelo desde la cima de la no muy alta torre y, apenas hubo puesto pies en tierra, desapareció inmediatamente de la vista gracias a su enorme velocidad.

-Esa muchacha… Llevaba la vara que busca el rey ¿Verdad?

-T´has pispa´o ¿Eh?

-Tenemos instrucciones de entregar esa vara al rey si la encontramos… me has robado a una prisionera muy valiosa. Capturarla tiene prioridad hasta en hora santa.

-Tú contra la guapa y el “cerilla” no puedes ni de coña. Si te pareció que igual aún ganabas, es porque acaban de luchar en una batalla tope chunga y estaban cansa´os.

-Jamás he perdido una batalla. Dios está de mi lado y me da fuerzas cuando las necesito. Si eran más fuertes que yo, entonces yo me habría hecho más fuerte que ellos. Confío plenamente en él.

-¿Dios? Sí, claro… ¿Cuál dices? Porque hay pila de ellos…

-Tú… sucio infiel…

-¿Qué? ¿Infiel yo? ¡Y me lo dice el cara-loco! El que va por Cadrael pero pasa de todas las demás religiones jajaja ¡Si soy infiel a tu religión, tu eres infiel hacia to´as las demás! Eres casi tan infiel como yo.

-¡Esas religiones no son de verdad! ¡Solo Cadrael…!

-Sí, sí… -El joven bostezó exageradamente.- "Tú religión es mejor que las otras porque es la de verdad"… qué pena que to´as digan lo mismo ¿Que no?

-¡Maldito hereje, ateo y descreído!

-Eso son halagos, no puyas, colega; y has dicho dos cosas que son lo mis…

De una voltereta hacia atrás, Jahí esquivó el mandoble que el guerrero le había lanzado.

-No merece la pena hablar con alguien como tú… ensucias mis oídos con tus burdos sinsentidos…

-Por mí vale. Entonces te ensucio la ropa con tu “burda” sangre ¿Te hace?

De un rápido movimiento, el luchador lanzó dos patadas hacia el espadachín; quien se cubrió con el escudo y blandió su arma contra el cuerpo del otro joven. Tras un salto en el aire, el muchacho descubrió, sorprendido, que tenía un pequeño rasguño en el pecho.

Normalmente, la corriente de espíritu que mantenía a su alrededor de forma inconsciente cuando luchaba era suficiente para detener cualquier golpe que le lanzasen, sin embargo, aquella espada tan brillante y de aspecto diferente al de cualquier otra que hubiese visto, parecía tener la capacidad de atravesar el espíritu, al menos, si no permanecía lo suficientemente concentrado.

-¿Ya no sigues denigrando al Dios verdadero, ateo?

-¿Para qué rajar de bichos que no existen, pudiendo rajarte a ti la cara? ¡Tigre!

Una serie de movimientos mil veces ensayados obligaron al guerrero a recular ante los múltiples ataques de cuchillas invisibles; pero logró detenerlas con el escudo y lanzar un fuerte corte hacia el torso del adversario.

El protector de acero del pectoral de Jahí, mal remachado luego de haber sido cortado por Yin, saltó por los aires; dejando a la vista el tatuaje.

-¡Qué es eso!

El muchacho se apartó a distancia prudencial, adoptó una extraña postura, con las manos entrelazadas de una forma no menos curiosa, y, luego de respirar profundamente, contestó a la pregunta.

-Lo tengo desde crío y no se borra eches lo que le eches ¿Te importa mucho?

-¿Es esto alguna clase de chiste, sucio descreído?

-¿Chiste? Pos yo aquí no veo nada que haga risa menos tu cara… y tu dios.

-Todos los infieles sois así ¿Verdad? No sabéis tomaros las cosas en serio…

-No te voy a decir que soy un tipo serio… pero la verdad es que solo t´estaba tomando el pelo para que me diese tiempo a preparar esto: ¡Dragón!

Una gran corriente sinuosa de espíritu color azul brillante rodeó al luchador; quien se movió más rápido de lo que el ojo podía discernir y se abalanzó sobre su enemigo.

Los golpes habían doblado su velocidad y potencia anterior y Hadí, incapaz de seguir el ritmo, luchaba desesperadamente por parar el máximo número de golpes posibles mientras se cuidaba de chocar con más columnas, pues ya había roto unas cuantas al salir despedido.

Pasados unos segundos que al Cadrelicio se le hicieron eternos, pero para Jahí no fueron suficientes, el aluvión de ataques cesó.

El luchador jadeaba al otro lado de la habitación, con los brazos colgando y las piernas temblorosas; mientras que el “Guerrero Santo” comenzaba a recuperarse.

-Eres ciertamente un diablo… -El muchacho, con cara y cuerpo amoratados y llenos de pequeños cortes, comenzó a desprenderse de los restos chamuscados de

la camisa que habían destrozado los veloces golpes del adversario.- Y por ello me ofende tanto que pueda haber alguna relación entre nosotros.

Ya sin cobertura, pues la cota de malla se había desintegrado también, el guerrero mostró a su oponente el número que llevaba tatuado en el pecho.

-¿Qué…? ¡Cómo t´has hecho ese...!

-No caeré de nuevo en tus provocaciones, diablo. Estás agotado y no pienso darte la oportunidad de recuperar fuerzas.

-¡A mi tú no me achantas, cara-loco! ¡Ahora, o me dices qué significa el...!

Con un ímpetu nacido del ansia de venganza y del odio hacia cuanto el contrincante representaba, el espadachín comenzó a blandir su arma contra el agotado joven; quien pronto se arrepintió de haber calculado tan mal el potencial de su adversario. Jamás había luchado contra alguien capaz de resistir de aquel modo la cata "lluvia" perteneciente a la modalidad "Dragón" del "Kunjichi-ya-jinbaë" y, ahora, ya no tenía fuerzas para atacar o defenderse. Odiaba reconocerlo, pero su maestro tenía razón cuando le había dicho que…

-¡Arcángel!

El golpe de espada iluminó la estancia y Jahí sintió cómo se disipaba su escudo de espíritu y la hoja penetraba en su carne.

Luego de rodar por el suelo para alejarse, el luchador se levantó, apoyándose sobre una de las columnas, y se agarró la pierna ensangrentada.

-Tío, controlas el flujo de espíritu…

-Tonterías. La luz blanca es el poder divino al que se me permite acceder por ser un fiel servidor de la iglesia verdadera.

-No. Lo que acabas de hacer es pasar el espíritu a la espada y convertirlo en filo a su alrededor.

-¡No aprendes! ¡CELESTE!

Un tajo de energía salió despedido de su mandoble y cortó todo a su paso a excepción de Jahí; quien logró apartarse a tiempo y rodó de nuevo para evitar el siguiente ataque.

-¡Es cierto! "El espíritu fluye por todos los cuerpos vivos… -Comenzó a recitar de memoria.- …y responde a la voluntad si ésta es lo suficientemente fuerte como para…"

-¡Cállate! –Una nueva ráfaga de luz amenazó con cortarlo en pedazos; pero la volvió a esquivar.- Mi poder es divino y, el tuyo, diabólico. ¡No te atrevas a decir que son lo mismo!

-¡Pues mira bien si lo son! ¡Mono!

Un aluvión de golpes luminosos de baja intensidad creó una cortina de humo que no duró mucho; pues el espadachín lanzó un golpe envolvente de luz que disipó el polvo y cortó cuanto tocó.

-Trucos infantiles… Tu poder es grande, pero el diablo nunca gana la batalla contra los verdaderos servidores de…

-Del dios invisible que puede hacerlo t´o, pero pide a sus cria´os que maten por él. Sí. Ese sí que es invencible…

Jahí, ignorando el dolor, se había apoyado con la espalda contra otra columna para mantenerse en pie. El esfuerzo se hacía patente en su rostro.

-Di lo que quieras, ya no me afectan tus puyas. Estás acabado y no puedes ni fingir lo contrario. Mírate, apenas te sostienes de pie.

-Tengo una pierna chunga, pero la otra está bien. Con lo fuerte que soy y la habilidad que tengo, puedo andar de sobras.

El espadachín frunció el ceño. Tenía razón. Sus heridas eran numerosas, pero la única verdaderamente impedidora era la del muslo; que no era razón suficiente como para verse obligado a apoyarse contra una…

-¡Estás…!

-¡Sastamente!

Con un último esfuerzo, Jahí hizo que la columna se desprendiese y la cúpula, sin apenas soporte, pues el pilar central era hueco, se derrumbase sobre el resto de la estructura.

LXXXII - EL EJÉRCITO DESCABEZADO

Jahí, en el último momento, se había agarrado a un saliente tras el derrumbe de la cúpula; sin embargo la estructura se había dañado demasiado y la placa de mármol cedió bajo su peso.

La caída Habría acabado con cualquier hombre normal, pero al muchacho todavía le quedaba algo de espíritu con el que protegerse. Estaba inconsciente pero, al menos, vivo.

El calor era agobiante. No corría el aire y una mezcla de olor a cuero y sudor humano inundaba el cargado ambiente cuando despertó.

Se encontraba dentro de una tienda de campaña de color blanco, atado a una estructura de madera de aspecto improvisado. En condiciones normales, habría podido romperla sin esfuerzo, pero incluso un inconsciente como él era capaz de ver cuándo tenía que quedarse quieto. Por lo que sabía, fuera podría haber todo un ejército al que enfrentarse y, no solo estaba con las energías al mínimo, sino que apenas podía andar con la pierna herida de aquel modo.

-Veo que has despertado.

Un hombre maduro, de gran bigote y con galones de comandante acababa de entrar escoltando a un individuo bajito, de aspecto débil, vestido con un lujo tal que parecía escupir a la cara: “más importante que tú”

-Sí… dentro de los sitios donde tengo despertado, este es de los chulos.

-Típico de los infieles… salvajes viciosos y carentes de elegancia.

No cabía duda. Aquel hombre de voz nasal llevaba mandando desde que había nacido. Era la clase de persona que menos le gustaba al luchador.

-¿Queréis algo? Quería sobarme otra vez. Igual cuando me despierte me encuentro con una piara de cerdos y así se me quita el mal olor que echas.

El “Hijo Dorado” golpeó la cara del muchacho con su cetro, con aire indignado.

-Insolente perro… Serás ejecutado.

-Excelencia, lo indicado en este caso sería interrogar…

-¡Ejecutado! Se ha burlado de mí. Nada es más importante que limpiar el honor de nuestra iglesia; que es el mío.

Con la mirada encendida de ira e impotencia, Hanrram se inclinó ante su superior e indicó a dos soldados que llevasen al prisionero afuera.

El sol estaba bajando, pero los guijarros de la antigua cantera conservaban el calor del ambiente; por lo que éste no supuso una gran mejora frente al anteriormente percibido en la tienda.

Jahí se encontraba de pié en el centro de un amplio círculo de soldados, con los brazos atados a sendas cuerdas sujetas a dos caballos que se encontraban a cierta distancia.

Había tenido muy mala pata ¿Por qué estaba allí el ejército que había combatido contra la muchacha y el

espadachín el día anterior? Quizás habían ido a pedir refuerzos a las tropas asentadas en la torre…

-¿Te arrepientes de tu vida de pecado y Juras vasallaje al único Dios verdadero antes de morir?

-¿Eh? Perdona, tío, no me he cosca´o; estaba pensando en cosas que no me aburren…

-Que si te pones al servicio del Dios verdadero.

-Ah… Cuando me digas cuál de todos es, igual me lo pienso.

-Sea.

El comandante se alejó para dar instrucciones a los jinetes y el "Hijo Dorado" bajó de su palanquín para ver de cerca el espectáculo.

-Imagino que, ahora que se acerca el castigo que corresponde a quienes no aceptan la palabra de Cadrael, te arrepentirás de lo que has dicho... No te culpo. De hecho, te perdono por tus ofensas; porque yo soy así de magnánimo, de puro, de…

-De falso. Te lo vas a pasar genial viendo cómo me descuartizan… Bueno, te lo pasarías si fuese a pasar.

El líder espiritual dejó escapar una aguda risita que causó que a Jahí le diesen todavía más de pegarle "por pijo".

-Aún insolente ¿Eh? Pero pronto suplicarás… suplicarás primero que te dejemos ir, y luego que te matemos y, entonces, te concederemos tu segunda petición; porque siempre concedemos esa segunda petición…

-A ver si es verdad.

El luchador se llevó la mano derecha al hombro izquierdo e hizo lo propio con el otro brazo; dejándolos cruzados sobre su pecho.

-¿Acaso piensas que podrás resistir así el tirón? Ingenuo… solo lograrás hacerte más daño… si es que tal cosa es posible, claro ¡Adelante! Empiezo a aburrirme.

Los caballos comenzaron a correr y, a medida que iban ganando velocidad, las cuerdas se desenrollaban con cada vez mayor violencia.

-¡Estás muy cerca!

Justo antes de que las sogas se tensasen, Jahí saltó hacia delante y estiró los brazos; dejándolas enroscadas alrededor del cuello del tercer “Hijo Dorado”

-¡No! ¡Déjame ir!

-Se siente –Los caballos se frenaron en seco, luego de haber arrancado de cuajo la cabeza del Cadrelicio, a causa del fuerte tirón que el muchacho había dado, utilizando sus fuerzas restantes; que había acumulado durante la conversación. –Pero solo se te podía conceder la segunda petición ¿No?…

Uno de los soldados, poco consternado por la pérdida de aquel déspota, aunque sabiendo que era su obligación el vengarlo, se abalanzó sobre el muchacho; pero un gran brazo azul lo hizo detenerse de golpe.

-Eres difícil de encontrar, Jahí “El Versátil”

-¡Que no me llames así…!

Los guerreros se habían reagrupado a su alrededor, pero procuraban mantener las distancias, por miedo a la imponente figura del Indo que acababa de llegar y, por lo visto, estaba del lado del chico que había frenado a dos caballos con sus propias fuerzas.

-¡Un momento! –El comandante Llohír se había adelantado.- Lo más importante es el honor de la iglesia; que es el mismo que el de nuestro fallecido líder… Idos

de aquí ahora y no volváis. Nosotros tenemos que recoger sus restos y mostrar nuestros respetos.

Con aire confuso, tanto por haberse librado de la pelea como por la cara del comandante; que parecía más feliz que molesto, Inowake y Jahí comenzaron a alejarse con rumbo incierto.

La extensión de terreno desierto era grande, y no parecía ir a terminarse pronto.

-¿Sabes? Por la noche va a hacer mucho frío… Ojala tuviésemos algo que ponernos sobre el cuerpo.

-Sí…

-El Indo, moderadamente preocupado, se acercó más a la cara de su compañero, que llevaba apoyado en su brazo, casi en volandas, e inquirió:

-¿Has perdido el sentido del humor por estar tan cerca de la muerte?

-Palmarla no es algo que me dé cague… pero hoy he estado cerca. Lo que me raya no es eso. Es que he perdido contra el cabeza-cerilla, casi me matan en una batalla de antes y salí todo chungo de la paliza del ojo-sapo… No soy fuerte. No tengo la fuerza que hace falta para pelear a este nivel. Tenemos que volver.

Inowake colocó su enorme mano sobre el hombro libre del muchacho y lo apretó en señal de comprensión. Sabía cómo de destrozado debía estar para haber decidido volver con el maestro; con todo lo que aquello suponía.

EPÍLOGO

El Wikernô, luego de la caída y tras haber pasado varios días atravesando terrenos a los que no estaba adaptado, se negó a seguir corriendo; por lo que fue liberado.

El "Gran Puente" unía la península a la que se dirigían con el "Valle de la Gloria", pasando sobre el mar prohibido, y había sido construido hacía siglos tanto por razones comerciales como para tener una alternativa a la navegación por aquellas aguas malditas. Sus cimientos eran resistentes y estaban construidos con Lavka, sin embargo la erosión y el paso continuado de viajeros habían obligado a cambiar varias secciones a lo largo de los años.

Áshelayd creía llevar a Yin apoyado sobre su hombro, para liberarlo del dolor causado por el golpe que se había dado por su culpa pero, en realidad, era éste quien la sujetaba para que no le doliesen las heridas sufridas en batalla al caminar. El sol se había ocultado hacía varias horas, y todavía les quedaba otro tanto antes de llegar al extremo contrario del puente. Sin embargo, no les molestaba, dado que el viento llegaba del sur y era cálido, y la noche, con las dos lunas llenas y sin una nube, resultaba agradablemente luminosa.

Cuando la hechicera y el mercenario alzaron su mirada, se encontraron con el denso sendero de estrellas concentradas correspondientes a su propia galaxia, y lo siguieron con la vista; de forma casi inconsciente. Al final del río de puntos de luz, irguiéndose sobre el horizonte,

pudieron ver, por primera vez, la refulgente cima de la torre dorada de Ordenaýl.

INDICE *PÁG.*

PRÓLOGO 5

CAPÍTULOS:
I - ÁSHELAYD, LA SOÑADORA 9
II - EMPIEZA LA AVENTURA 15
III - EN EL BOSQUE DE SEISRÍOS 19
IV - YIN, EL MISTERIOSO DESCONOCIDO 28
V - LOS BANDIDOS DE SEISRÍOS 33
VI - EL PUEBLO DE ÁRDELL 43
VII - ÁNID NID, EL NERVIOSO HOSTALERO 53
VIII - INTERROGANDO AL ENEMIGO 61
IX - RÁPIDA TRAVESÍA POR SEISRÍOS 71
X - UN NUEVO RUMBO 74
XI - HADÍ, EL GUERRERO SANTO 79
XII - ATAQUE POR SORPRESA 90
XIII - ALTERCADO EN EL BOSQUE DE ANAFAE 95
XIV - UNA ARMADURA MUY FLEXIBLE 105
XV - ENDIA, LA CAPITAL DEL REINO 108
XVI - LA LUCHA DEL ESPÍRITU ANIMAL 115
XVII - SIN ESCAPATORIA POSIBLE 120
XVIII - EL DESCUIDO DE "BRACAMARTE" 124
XIX - LA FUERZA DEL SOGUHIKÁN 129
XX - UNA MEDIDA DESESPERADA 137
XXI - BONI, LA SIMPÁTICA HECHICERA 145
XXIII - SISTEMA DE BÚSQUEDA 156
XXIV - UNA PAUSA POCO DURADERA 162
XXV - JAHÍ, EL VERSÁTIL 169
XXVI - EN DIRECCIÓN A YARIOJIRA 176
XXVII - EN BUSCA Y CAPTURA 182
XXVIII – AMAGAKI 187
XXIX - LUCHA CON VARA 192
XXX - LA REGIÓN DE LOS INDO 197
XXXI - UN COMBATE EXPLOSIVO 206

XXXII - UNA HUÍDA INESPERADA *211*
XXXIII - CONVIVIENDO CON LOS RAPTORES *216*
XXXIV - LA DEFENSA PERFECTA *221*
XXXV - EL PERSEGUIDOR INCANSABLE *226*
XXXVI - UN ENCUENTRO DESAFORTUNADO *229*
XXXVII- BATALLA DE TITANES *232*
XXXVIII - LA MANO QUE GOBIERNA UNA REGIÓN *236*
XXXIX - NEGRO PORVENIR *242*
XL - UNA EJECUCIÓN PRECIPITADA *248*
XLI - EL BOSQUE DE YARIOJIRA *259*
XLII - UNA MARCHA SIN RUMBO *264*
XLIII – GIGARANDA *268*
XLIV - CAMINO AL VALLE DE LA GLORIA *278*
XLV - ZAL, EL DEMONIO *286*
XLVI - HUYENDO DEL DEPREDADOR *293*
XLVII - DEUS EST MACHINA *299*
XLVIII - UNA NUEVA DIRECCIÓN A SEGUIR *308*
XLIX – VISIONES *310*
L – ENCUENTRO *315*
LI - LA MUERTE DE HAI "OBAGASHY" *320*
LII - LA TÉCNICA INCOMPLETA *332*
LIII - LA IRA DE UNA JOVEN *338*
LIV - EL ÚLTIMO ATAQUE *342*
LV - EL CAMINO DEL ESPÍRITU *346*
LVI - FULLRHÉN, DE OFICIO, CRÉDULO *348*
LVII - EL CREADOR DE VIENTOS *353*
LVIII - RUMBO A NHÜRIA *356*
LIX - EL AVANCE CADRELICIO *359*
LX - AMARGO DESPERTAR *361*
LXI – INOPERABLE *367*
LXII - INTENTO FALLIDO *375*

LXIII - ESPÍRITU IMBATIBLE 380
LXIV- EL DEMONIO, EL MERCENARIO Y EL VAMPIRO 383
LXV – RELAJACIÓN 386
LXVI – ANUNCIO 391
LXVII - SEIS PUNTOS 394
LXVIII – NEXO 399
LXIX - CONTROL ESPIRITUAL 403
LXX - EL PRIMER COMBATE 410
LXXI - EL QUE SERÉ A PARTIR DE AHORA 415
LXXII - PACTO CON LOS DIABLOS 419
LXXIII - LA DECISIÓN 424
LXXIV - EN GUERRA 427
LXXV - COMBATE DE BESTIAS 433
LXXVI - EL ESTRATEGA 439
LXXVII - TRAS LA BATALLA 442
LXXVII - CIUDAD FANTASMA 445
LXXIX - LA TORRE DE LA CANTERA 449
LXXX - LA SALIDA DEL TÚNEL 451
LXXXI - A PUÑO Y ESPADA 455
LXXXII - EL EJÉRCITO DESCABEZADO 462

EPÍLOGO 467

SINOPSIS

En un mundo donde la magia es tan utilizada como la espada, pocos son los que la comprenden. “Guardián de Los Secretos” es el nombre que recibe aquel que desentrañó el misterio; aquel a quien la joven Áshelayd busca, por un país de monstruos y asesinos, en que la guerra parece inminente.

CONTRAPORTADA

La región de Ëan, antaño grande y gloriosa, degenera bajo el mandato de una estirpe decadente, y no faltan grupos dispuestos a tomar el control; al precio que sea.

Áshelayd, una joven hechicera, se ve envuelta en el conflicto a causa de su búsqueda; la del "hombre que comprende la magia". Acompañada por Yin, hábil guerrero, la muchacha recorre el reino en dirección a la Gran Biblioteca de Ordenaýl, enfrentándose a monstruos y soldados, creando alianzas y haciéndose más enemigos.

Una religión emergente se apodera de las mentes de los ëanos; los vampiros luchan por sus tierras; la heredera al trono ha desaparecido…

Una nueva etapa está a punto de comenzar, pudiendo ser la más espléndida jamás vivida, o suponiendo la caída definitiva de su cultura. ¿Podrá evitarlo Áshelayd encontrando al "Guardián de los Secretos"?